

JESÚS FERRERO

---

*El secreto  
de los dioses*

Lectulandia

El secreto de los dioses cuenta la historia de una cofradía milenaria que se va haciendo cargo de un manuscrito en el que parece hallarse «el secreto de los dioses», en relación con el fuego de la destrucción y el fuego de la purificación. Inspirada en el mito del Apocalipsis, a lo largo de la novela asistimos a la destrucción de múltiples mundos. Como dice uno de los personajes de la novela: «El fin del mundo ya ocurrió, el fin del mundo ha ocurrido muchas veces». La novela empieza con la agonía de Platón y concluye con su muerte: entre uno y otro momento se despliegan más de dos mil años de historia y diez personajes de diferentes épocas, a través de los cuales vamos viendo los sucesivos apocalipsis, las sucesivas revelaciones, las sucesivas destrucciones de las culturas.

Lectulandia

Jesús Ferrero

# El secreto de los dioses

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2019

Título original: *El secreto de los dioses*  
Jesús Ferrero, 1993  
Diseño de cubierta: Irene Gracia  
ISBN: 9788401385049

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

A mis hermanos  
Antonio, Miguel  
Javier y Pablo

## DIEZ

100

El Sol parecía un punto insignificante desde los alrededores de Alfa Centauro. Un helado mar de ceniza se interponía entre la constelación del hombre caballo y las periferias del sistema solar, habitadas por cometas que como boyas fugaces trazaban su última y más difusa frontera. Más allá de los cometas y de sus enloquecidas trayectorias, y siguiendo siempre la ruta del Sol, iban apareciendo, uno tras otro, los planetas. El disco de bordes apagados de Plutón, la esfera tormentosa de Neptuno, el globo azulado de Urano, Saturno con sus anillos y sus lunas, Júpiter y sus torbellinos de gas...

Sobrepasado Júpiter, se llegaba al cinturón de los asteroides, que erraban por una vasta franja de miles de millones de kilómetros. Tras ellos podía adivinarse el planeta rojo; y si se continuaba avanzando hacia el Sol, no tardaba en aparecer la Tierra, ya en el corazón del sistema solar. Al principio, no parecía mayor que un ojo de cristal, pero poco a poco la esfera azul se iba agrandando hasta adquirir dimensiones gigantescas... Se trataba de un planeta cubierto de agua: mares prolongándose unos en otros como vasos comunicantes, en los que a menudo se veían archipiélagos volcánicos, parecidos a juegos de abalorios que hubiesen sido esparcidos al azar por una divinidad demente. Las islas iban dejando paso a una península de perfiles muy accidentados. Más allá de la costa, en una abrigada hondonada, se destacaba una ciudad. Lo primero que se percibía de ella era su Acrópolis: una roca ocre y gris cercada por una muralla. En el interior del recinto se destacaban dos templos y la estatua de una diosa vestida de guerrero. Ya fuera de las murallas, podía verse un teatro en forma de concha escalonada, y una larga avenida que llegaba hasta el puerto, en cuyos muelles reinaba la actividad, a pesar de que ya estaba próximo el crepúsculo.

Detenido en medio de la rada en la que algunos pescadores cosían redes, un anciano de anchas espaldas observaba junto a su esclavo cómo siete jóvenes adornaban con flores una nave negra.

Empezaba a faltar la luz y los pescadores abandonaron su labor, pero los muchachos siguieron colocando guirnaldas en la nave. El anciano cerró los ojos y respiró hondamente. El olor de las flores mezclado con el del salitre le recordaba la fragancia de los perfumes funerarios, y una leve náusea afloró en su imaginación más que en su garganta.

—Creo, Tasio, que es hora de volver a Academos... —susurró el anciano.

—Yo también lo creo, señor. Está a punto de caer la noche... —dijo el muchacho.

El mar tenía el color del vino rojo cuando amo y esclavo iniciaron en carro el regreso a casa. Enseguida se hizo de noche, pero la luna llena permitía ver el camino

entre los árboles. Dejándose arrullar por la brisa y el trajín de las aves nocturnas, el anciano pensó que por primera vez en su vida no llevaba las riendas de su carro, debido a lo mucho que le temblaban las manos. Después se quedó mirando los ojos de un búho posado sobre una estela funeraria, y le preguntó a su esclavo qué relación tenía él con los muertos.

—Una relación de familia... —contestó el muchacho, y como viera que el anciano se quedaba sorprendido, añadió—: Los muertos no tienen vida, señor. Y un esclavo, ¿la tiene? Pero no penséis que me refería a esa clase de familiaridad... Yo siento a los muertos en nuestro mismo espacio, y flotando en la frontera entre la vigilia y el sueño, y en el corazón del sueño también los siento...

El anciano miró con afecto a Tasio y una vez más pensó en los esclavos... Ellos sí agradecerían el saber y sabrían utilizarlo para atravesar el océano de las apariencias y palpar los fundamentos del mundo... No tenían patria, no podían decir esta tierra es mía, y por consiguiente no padecían la peor de las taras. Ellos, y no los racimos de sublimes que llegaban todos los años a la Academia para aprender retórica y poder entonar más tarde ditirambos, cantos fúnebres y arengas cuartelarias en la rugiente asamblea de una ciudad que creían suya desde siempre, y en la que podían hacer y deshacer a su antojo, siguiendo el dictado de su impudor, su arrogancia y su ordinariez: vicios camuflados tras el rictus aristocrático que, en el fondo, era ya la mueca que inmovilizaría sus bocas tras el último suspiro, como si ya desde jóvenes llevasen consigo la enfermedad de la muerte. Qué triste era creer que uno tenía patria, pensó recordando sus viajes juveniles. Qué triste, y qué mezquino, y qué consolador. Pero al final los dioses nos obligaban a tragar la peor de las cicutas, haciéndonos comprender que ni siquiera el variado ámbito de la vida nos pertenecía de verdad. Estábamos de paso, en ésta y otras existencias, siempre de paso. Hasta los árboles, tan enraizados en la tierra, estaban de paso, como las nubes, los planetas, los cometas, y las estrellas. Todos de paso girando en la vasta oscuridad... Pero eso les importaba poco a sus distinguidos alumnos, que ya habían aprendido desde la infancia a utilizar el lenguaje para cerrarse a sí mismos el paso a todo indicio de verdad. Y lo que debiera servir para penetrar en el misterio de la vida, se convertía en una herramienta para medrar, engañar y pregonar lo impregonable con palabras hinchidas de calor humano. La clase de palabras que tanto complacían a los miserables, pensó, y volvió a mirar a Tasio.

Continuaron por el sendero, notando el persistente olor a cipreses que impregnaba la noche ática, hasta que llegaron a una encrucijada de caminos. El de la derecha conducía a Atenas, y lo bordeaban las tumbas del cementerio de Cerámicos, y el de la izquierda seguía hasta Academos. Ya estaban torciendo hacia la izquierda cuando el esclavo comentó:

—Todavía no me habéis dicho por qué hemos ido al Pireo.

—¿No lo adivinas? —dijo el anciano, esbozando una sonrisa.

—Seguramente queríais ver la nave que mañana partirá hacia Délos, iniciando el viaje ritual en busca del fuego con el que los atenienses conmemoran el triunfo de Teseo contra el Minotauro. Sin embargo, tengo la impresión de que mi señor conmemora otro hecho... ¿O no era ésa la nave que Sócrates esperaba desde la cárcel para poder tomar la cicuta? Una cosa es segura: mientras el viaje del barco sagrado tiene lugar, están prohibidos los ajusticiamientos...

—Voy a terminar creyendo que lees mis pensamientos... —murmuró el anciano y, tras un breve silencio, le preguntó—: ¿Dónde naciste? Creo recordar que me lo dijiste, pero lo he olvidado. Mi memoria se evapora, hijo. Ya no puedo confiar en ella, y te aseguro que no hay mayor desgracia que el olvido. —Sonrió de nuevo, y añadió—: Ni mayor alivio...

Antes de contestar, el esclavo miró de soslayo a su señor y pensó que había algo más que tiempo en los ojos del anciano y algo más que vejez en sus largos cabellos blancos, que ahora le rozaban el cuello.

—Nací en Mantinea —respondió finalmente—, pero siendo muy niño me trajeron a Atenas...

—¿En Mantinea? Fue allí donde conocí a Diotima... —dijo el anciano cuando se adentraban en una galería larga y oscura, conformada por las copas de los plátanos que crecían al borde del camino, ya muy cerca de Academos. Se hicieron casi invisibles sus cuerpos y, sólo a veces, fugaces vetas de luz discurrían por sus rostros y los lomos de las yeguas.

—¿Diotima? —preguntó el esclavo—. ¿La pitonisa?

—Sí.

—Yo la creía una mujer de la época de Sócrates...

—¿Y por qué?

—En vuestro diálogo *El Banquete* la presentáis como amiga de Sócrates.

—¿Sabes leer? —le preguntó el anciano, mientras seguían avanzando por la oscuridad, oyendo el jadeo de las bestias y el chirriar de las ruedas al rozar los guijarros.

—No tan bien como quisiera.

—¿Quién te enseñó?

—Aprendí solo, noche tras noche, consultando vuestros libros a la luz de la luna, sobre una de las tumbas del cementerio... La luna y los muertos me ayudaron, y gracias a ellos pude leer el diálogo donde confesáis que estabais enfermo el día en que Sócrates se envenenó.

—Sí, enfermo de indignación... —respondió su amo, y enseguida añadió—: ¿Sabes que me dejas muy asombrado?

—Sin duda mi señor se burla de mí...

—No me burlo, Tasio —dijo el anciano con seriedad, al dejar atrás los plátanos—. No me burlo... —repitió acariciándole enérgicamente la cabeza.



Cuando hablaban de él, Tasio se sentía a la intemperie, quizá porque hasta que no llegó a la Academia siempre que le nombraban era para infligirle algún castigo. Por eso prefirió reanudar la conversación diciendo:

—Me estabais hablando de Diotima. ¿Cómo... la conocisteis?

El anciano se quedó unos instantes pensativo y con la mirada ausente, hasta que empezó a decir:

—La conocí en el oráculo secreto de Pikerni. Una noche, acudí a la cueva sulfurosa del santuario, y ella me estaba esperando como si me conociese desde siempre. Enseguida empezamos a intercambiar nuestros pensamientos como inspirados por un demonio. Para ella todas las cosas estaban llenas de dioses, y todos llevábamos a cuestas muchos dioses vivos y muchos dioses muertos, desde el origen del tiempo... También me dijo que los dioses eran simples y profundos, a diferencia de los hombres que eran complejos y superficiales. Busca a los hombres simples y profundos, porque son amigos de los dioses, me aconsejó. Diotima parecía poseída por el dios. Pero había serenidad en esa posesión, que la convertía en un puente hacia la otra orilla de la vida, en la que se notaba la latencia de una feminidad de la que preferí apartar los ojos... Nadie como ella me habló de lo que oculta, en su gloria y en su abyección, el deseo; y puedo asegurarte, Tasio, que ninguna otra mujer engendró junto a mí discursos tan irónicos sobre el amor...

Tasio miró a su amo con admiración y pensó que sólo los hombres muy excelentes y muy favorecidos por los dioses podían llegar a encontrarse, en alguna encrucijada de sus vidas o sus muertes, con mujeres como Diotima.

## 99

Finalmente llegaron a la casa de Academos, rodeada de acacias. Las yeguas se detuvieron y cuatro siluetas empezaron a deslizarse entre los árboles de forma casi furtiva. Espeusipo fue el primero en mostrar su cara a la luz de la luna. Tras él aparecieron Timeo, que ya era sesentón pero que por su esbeltez y el saludable color de su piel no parecía haber cumplido los cuarenta, y el robusto Xenócrates.

El anciano los saludó parcamente y se dirigió al interior del recinto. Ya en su alcoba, permaneció unos instantes solo, recordando hechos del pasado que ahora acudían a él con una intensidad inesperada, y después acudió al comedor, donde le aguardaban su sobrino y sus dos amigos. Se recostó en el espacio que quedaba libre junto a Timeo, y dispuso los almohadones a fin de poder mantener el torso casi recto. Entonces llegó Tasio con el aguamanil y la jarra. Mientras los comensales se lavaban las manos, un muchacho trajo el kylix lleno de vino aromatizado, y se lo dio al anciano, que apenas si lo acercó a sus labios, para pasárselo enseguida a Timeo, que bebió con igual comedimiento antes de ofrecérselo a Espeusipo. Después el maestro invocó a Febo, para que su mismo nombre purificase los alimentos que ya reposaban

sobre las pequeñas mesas, cogió el pan, y lo repartió entre los comensales tras haberlo troceado con suma delicadeza.

Xenócrates estaba hambriento y más que comer devoraba; en cambio Platón degustaba lentamente el pan y los peces, como si meditase en su sabor. ¿Cuánto tiempo seré todavía habitante de la vida?, pensó. ¿Cuántas veces sentiré el sabor a mar del pez y el sabor a tierra y a sol del pan recién hecho?

—Así que mañana nos vamos todos al banquete nupcial de Fedro y Selene... —dijo Xenócrates.

—Sí, ayer Selene consagró a los dioses sus juguetes de niña, si bien hacía seis años que ya no jugaba con ellos, pues, como sabéis, acaba de cumplir los quince —comentó Espeusipo—. Esta tarde, hallándome en Atenas, vi a su tía Demetria con otras mujeres y el tañedor de oboe, cuando se dirigían hacia la fuente de Calíore para recoger el agua del baño nupcial. Las casas de los novios ya están adornadas con guirnaldas de olivo y laurel...

—La pequeña Selene... —musitó Platón—. La tuve hace años en mis brazos, cuando Praxíteles intentaba hacerle un retrato... Y ahora se casa, y va a ser nuestro Fedro quien la conduzca al tálamo... ¡Cómo vuela el tiempo!

Tras un breve silencio, Espeusipo comentó:

—Por lo visto, Aristóteles y mi hermano Adimanto no piensan ir al banquete. Hace más de una semana que se fueron a Eleusis y todavía no han regresado...

—¡Me asombra que Aristóteles se haya vuelto tan piadoso! —exclamó Xenócrates.

—Mucho me temo que el viaje de Aristóteles y Adimanto a Eleusis tiene poco que ver con la piedad... —añadió Espeusipo.

El anciano les miró con severidad antes de preguntar a su sobrino:

—¿Qué quieres decir?

No sin jactancia, Espeusipo le respondió:

—Como el dios que tiene su oráculo en Delfos, ni digo ni oculto nada, simplemente indico...

—Tus indicaciones resultan ociosas en este momento. Fui yo quien aconsejó a Aristóteles y a tu hermano iniciarse en los misterios. Confío en ellos, y también confío en que no faltarán al banquete de Fedro. Llegarán mañana...

Todos volvieron a callarse, tras mirar prudentemente al maestro. Espeusipo y Adimanto aún estaban comiendo cuando el anciano decidió retirarse y dio las buenas noches a los comensales.

De nuevo en su alcoba, se detuvo junto al lecho y se quedó pensativo. La luna llena se hallaba encima de la Acrópolis, visible desde la ventana, y toda la estancia parecía impregnada de una difusa luz de ámbar, bajo la cual los objetos suavizaban y a la vez matizaban sus aristas. Las paredes estaban desnudas, como papiros que aún no hubiesen sido profanados por la escritura, y únicamente el bajorrelieve de Atenea pensativa, asido a la pared del fondo, rompía aquella espartana ausencia de

iconografías. Frente al bajorrelieve, se veía una pequeña columna de mármol, cuyo capitel sostenía un brasero de plata para quemar incienso; y a tres pasos de la columna se hallaba el lecho de madera roja con incrustaciones de marfil. A la izquierda del lecho había un candelabro de bronce, que descansaba en un trípode conformado por tres garras de león firmemente apoyadas en el suelo, y a la derecha dos taburetes de patas cruzadas, una silla y la mesa de mármol y bronce, sobre la que se veían un libro enrollado, varios papiros sueltos, una pequeña estatua de Apolo, una copa, un espejo, y un puñal.

El anciano miró todos los objetos como si no le pertenecieran, y se tendió en el lecho. Pronto empezaron a pesarle los párpados y, como en un sueño veloz, se fueron deslizando por su memoria imágenes en las que parecía resumirse toda su vida. Comenzó viendo los ojos de toro de Sócrates, mirándole bajo la copa de un plátano junto al Iliso, una de las pocas tardes en que su maestro decidió salir fuera de las murallas. Después recordó las últimas palabras de Sócrates el día del juicio: «La hora de irnos ha llegado, yo para morir, vosotros para vivir. ¿Quién se llevará la mejor parte? Sólo el dios lo sabe...» Y también oyó la voz afeminada del acusador Meleto. Poeta tenía que ser, pensó, pues sólo los malos poetas llegaban a ser tan repulsivamente resentidos... Más tarde recordó sus días en Megara, cuando huyó de Atenas y de los jueces que habían condenado al hombre más sabio y justo de su tiempo; y sus días en Cirenaica, hablando con el matemático Teodoro; y sus noches en Tarento, junto a los venturosos pitagóricos, entre los que se encontraban Timeo, ya anciano, y su sobrino igualmente llamado Timeo, que ahora vivía en la Academia. También recordó su viaje a Egipto, antes de fundar su escuela y antes de albergar el vano sueño de crear un estado perfecto en una ciudad tan corrupta como la Siracusa de los dos Dionisios y Dión. Momentos de sus conversaciones con los sacerdotes de Sais, no lejos del lugar donde el Nilo se desmembra, cruzaron raudos su memoria, súbitamente empañada por la evocación de la travesía en una nave espartana, cuando, al regresar de Siracusa, fue vendido como esclavo en Egina, entonces enemiga de Atenas. Fue después de aquel periplo cuando decidió comprar el olivar de Academos y ubicar en él su escuela. Cuarenta años habían pasado desde entonces, jalonados por dos nuevos y decepcionantes viajes a Siracusa. Cuarenta años de relativa felicidad, que quizá estaban llegando a su fin...

Volvió a sentir pesados los párpados y, a diferencia de otros días, se fue quedando dormido sin sobresalto alguno. Enseguida empezó a soñar con el barco negro que habían visto en el Pireo. Sorprendentemente, su esclavo Tasio iba en la nave, formando parte de la comitiva ateniense. El barco llegaba a Délos. Tasio descendía de la nave y, acercándose a un joven sacerdote de ojos negros, le decía que era un esclavo de Platón, y que se hallaba en Délos por orden suya, pues su amo quería saber cuándo llegaría la hora de su muerte.

Con voz clara y rotunda, el sacerdote le daba una respuesta. Tasio la entendía, pero él, que estaba soñando el sueño, no comprendía las palabras del sacerdote. O

hablaba en una lengua bárbara, o en una lengua de ultratumba...

En ese momento Platón se despertó y, al mirar hacia la Acrópolis, creyó que la roca ardía. Repentinamente, recordó el sueño que acababa de tener. Ninguna pesadilla, de las muchas que le habían asaltado hasta entonces, le parecía tan relacionada con su destino y, como ya había hecho otras veces, decidió seguir las indicaciones del sueño. Aún no había amanecido cuando, tras lavarse la cara, acudió a la habitación de Tasio.

Su esclavo dormía plácidamente, conformando una imagen de la belleza en reposo y sin embargo viva, más allá y más acá de la frialdad del mármol. Pero tampoco ese cuerpo reuniría nunca en sí mismo iguales atributos, pues también en la juventud nos renovamos en unos aspectos y nos destruimos en otros. En los cabellos, en la carne, en los huesos, en la sangre y en la totalidad del cuerpo se llevan a cabo continuas mutaciones que sólo advertimos cuando ya son hechos consumados, nunca antes. Y no sólo en el cuerpo, sino también en la conciencia, cuyos hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, penas, temores, todas y cada una de estas cosas jamás son las mismas, sino que nacen y perecen incesantemente, como nuestros conocimientos y nuestros recuerdos, pensó, y siguió mirando al muchacho.

Tasio era de baja estatura, pero de miembros muy proporcionados, que adquirirían su máxima belleza cuando estaban en reposo. Miembros jóvenes, sangre viva y caliente. Eso era estar tocado por la Gracia, diosa que no hacía distinciones y que se repartía por igual en los hombres libres y en los esclavos. Despertarlo le parecía imperdonable, pero no pudo evitar la tentación de posar su mano en la mejilla del durmiente.

Tasio integró en su sueño el roce de los dedos fríos y empezó a soñar que una mano de mármol le acariciaba. Tal vez la mano de un dios que había descendido de la Acrópolis y ahora estaba en su cuarto; o quizá la mano de una moira... Abrió los ojos sobresaltado, y vio frente a él el rostro contraído de su amo.

—Quiero que vayas a Délos con la comitiva ateniense... —le dijo el anciano.

—¿Y por qué? —se atrevió a preguntar Tasio, mientras se frotaba los ojos.

—Porque acabo de soñar que llegabas por orden mía allí y que un joven sacerdote te hablaba de mi muerte...

—No sé si os entiendo, señor... —musitó Tasio, cada vez más desorientado. Su amo, que parecía encontrarse en la misma situación que él, pasó por alto sus palabras y dijo:

—Apolo Febo te guiará hasta la isla donde Leto le parió, Apolo te guiará hasta su isla...

—Me asusta vuestra mención a Febo, dios de la cordura, cierto, pero también de la locura...

—Olvida toda inquietud... —susurró Platón—, Llegarás sano y salvo a tu destino...

—Pero, señor, ¿por qué estáis tan seguro de que si voy a Délos encontraré allí al muchacho de vuestro sueño?

—Es un presentimiento que tengo... Hazme caso y vete a Délos. Encontrarás al muchacho, escucharás sus palabras, y regresarás enseguida para comunicármelas... Llegarás a la isla sagrada como hombre libre y con algún dinero que te daré para el viaje. He decidido concederte la libertad, pues la mereces más que todos mis discípulos...

En la penumbra del cuarto, sus rostros adquirirían un matiz fantasmagórico. Tasio empezó a llorar. Creía que aún estaba soñando, pero al mirar de nuevo a su amo, vio en sus ojos la determinación de la vejez y, lamentándolo mucho, decidió obedecer. Para él era muy amargo dejar de pertenecer al único hombre que hasta entonces le había tratado con delicadeza. Lleno de pesadumbre, se repitió a sí mismo que no regresaría vivo de aquel viaje y se imaginó vagando insepulto por un infierno líquido. Pero tres horas después, cuando ya se dirigían al puerto, prefirió creer que era todo un privilegio conocer la isla del dios del sueño y la muerte suave. Un inesperado viaje propiciado por las visiones de su amo, por su lenta agonía dispersándose en sueños cada vez más parecidos a los pasillos de un laberinto del que no quería encontrar la salida; sueños que a veces llegaban a él y lo poseían por entero, llenando sus noches de preguntas sin respuesta, de bocas femeninas que hablaban de la vida y de la muerte en cuevas sulfurosas, o de seres que eran, que habían sido, simultáneamente machos y hembras, girando como ruedas cósmicas por praderas sin término, borrachos de vértigo y de poder...

## 98

Amanecía cuando amo y esclavo se despidieron en el muelle de las dos columnas. Tasio ya se hallaba a bordo de la nave cuando el anciano pensó si no sería mejor decirle al muchacho que descendiera del barco, poniendo punto final a aquel desvarío. Pero se contuvo, y esperó en silencio a que el sacerdote coronase la popa del navío y se iniciara el viaje. Cuando ya la vela blanca desaparecía tras la columna del faro, Timeo, que los había acompañado hasta el puerto y que no se explicaba por qué Tasio partía hacia Délos, le dijo a su amigo:

—Creo que ha llegado el momento de que me expliquéis este misterio...

Platón se sintió avergonzado. Le resultaba penoso confesarle a su amigo lo muy obsesionado que estaba con la muerte, y por primera vez en mucho tiempo decidió escamotear la verdad.

—No hay nada que explicar, Timeo... Esta mañana, Tasio me suplicó interceder por él ante el arconte para que pudiera formar parte de la comitiva ateniense, pues ardía en deseos de conocer la isla sagrada... —le dijo a su pesar, pues siempre había

tenido la impresión de que detrás de las mentiras flotaba la muerte—. ¿No te hubiese gustado ir con ellos?

—Ahora que lo pienso, creo que sí. Pero... ¿no deberíamos encaminarnos a la casa de Fedro...?

—Sí —le dijo Platón—, aunque antes me gustaría dar un paseo por la Acrópolis...

Timeo se sorprendió, pues hacía más de un lustro que su amigo no paseaba por el centro de la ciudad. En la Academia era frecuente decir que así como Sócrates nunca quería salir de Atenas, Platón nunca quería entrar.

Ambos subieron al carro. Platón, que se notaba más tranquilo que el día anterior, decidió coger las riendas, y se dirigieron a Atenas por la avenida de la muralla. Accedieron al centro de la ciudad tomando la cuesta que conducía a la Stola de Zeus, y donde ya se sentía el difuso y a la vez penetrante olor a alimentos descompuestos, a orines, a perros devoradores de detritus, a usureros, a subastas, a asambleas... Fragancias que al mezclarse y destilarse en el crisol de la polis producían el perfume de la corrupción; un concentrado sumamente embriagador para las narices impuras, que en Atenas adquiría aún más consistencia que en otras ciudades, pues impregnaba las piedras y los cuerpos, confiriéndoles, como la púrpura al empapar la lana blanca, ese genuino tinte aristocrático que caracterizaba a los descendientes de Teseo, pensó el anciano cuando sobrepasaban el altar de los Doce Dioses y seguían por la calle que dejaban entre sí las dos zonas del mercado. Un cúmulo de nuevos olores los envolvió, y mientras cruzaban la plaza, Platón fue observando los ojos de los niños, que miraban con asombro los marfiles, los vidrios, las alfombras, los peces todavía vivos, los sacos de especias, las liebres y los corderos recién desollados...

De pronto un viejo alfarero lo reconoció, y la gente empezó a rodear el carro. Era el problema de cruzar Atenas a la luz del día... En cuanto detectaban su presencia en la ciudad, se armaba un gran revuelo y hasta los niños querían saludarlo.

A fuerza de súplicas y de buenas maneras, consiguieron sobrepasar la casa de la Moneda y alcanzar la cuesta que les condujo hasta la Acrópolis, frente a cuyas escalinatas se aparearon para visitarla a pie.

Tras sobrepasar los propileos, vieron que no había nadie en el interior del recinto. Estaban solos ante los dioses, a la hora más ruidosa de la mañana.

Sumido en sus pensamientos, Platón se detuvo junto al pretil y contempló la ciudad que le había amamantado. Nodriz de leche envenenada con cicuta, espléndida unas veces, y otras monstruosamente mezquina, incapaz de vivir una vida tranquila y de permitir que los demás la vivieran, pensó, antes de continuar hacia la derecha y divisar en la ladera de la roca el teatro de Dionisos, donde había pasado tardes inolvidables de su juventud, cuando aún no habían concluido las guerras del Peloponeso y las tragedias se escuchaban de otra forma... Desde entonces la asamblea estaba en poder de los poetas líricos, y eso explicaba por qué los atenienses se habían metido en nuevas guerras, que se resolvían con nuevas derrotas. Y he aquí

que una vez más Atenas tenía enemigos por todas partes: Esparta, Tracia, Caria... La ciudad estaba más sola que nunca, tras medio siglo de contiendas en las que habían sido sacrificadas cinco generaciones de efebos. Al final, hasta los cincuentones tuvieron que coger las armas... «Ya sólo nos falta unir nuestro destino al de Macedonia para desangrarnos todavía más y desaparecer bajo la misma humareda de la que surgimos tiempo atrás. Tal como un sueño que tiene su comienzo, su desarrollo y su fin. Fin del sueño que casi nunca coincide con el despertar, pues los sueños suelen concluir antes de que abramos los ojos, y antes de que los atenienses los abran definitivamente, mucho antes, el drama habrá finalizado para todos y especialmente para los que aún quieren protagonizarlo», pensó, y de pronto le alarmó verse precisamente en la Acrópolis, después de tanto tiempo. En realidad, no la había visitado desde la víspera de su último viaje a Sicilia. ¿Y si la estuviese viendo por última vez?, se preguntó mientras escuchaba el rumor de hombres y carros que llegaba desde el mercado, y que se iba agrandando por momentos, como si en él se fundiesen varias generaciones de atenienses desaparecidos, que con sus gritos le aseguraban, una vez más, que ellos no habían venido al mundo para pensar. Habían venido para vivir, para gozar, para declarar la guerra, para sufrirla, para ganarla y perderla, para sentir penas terribles y alegrías inmensas. Habían venido al mundo para olvidar, y por eso la vida era como una borrachera.

## 97

Sintió que se mareaba, y le pidió a Timeo encaminarse hacia la casa de Fedro. El sol apretaba cuando salieron de la Acrópolis, y llegaron ligeramente aturdidos a la residencia del novio, situada en el flanco meridional del Skambónidai, el barrio más lujoso de Atenas. Fedro les estaba esperando a la puerta, vestido con un elegante kitón largo. Con los ojos llorosos, el novio abrazó a Platón y avergonzado recordó lo que en más de una ocasión le había dicho el maestro acerca del matrimonio. Si había alguna forma despreciable de inmortalidad era justamente la carnal. Todos envidiaban las tragedias de Sófocles; nadie envidiaba sus lamentables hijos, en nada parecidos a su padre. Quizá Platón tenía razón, pensó su discípulo, pero permanecer soltero toda la vida, ¿no era lo mismo que casarse con la muerte? ¿Y cómo podía él cambiar a Selene por la muerte? Tres días antes, había estado en Delfos, y allí la pitonisa le había dicho que su matrimonio iba a ser feliz, y que no debía temer la unión con Selene, una mujer tan guapa como Friné, por la que había perdido el seso su tío Praxíteles, y tan inteligente como Aspasia, que hizo tan dichoso a Pericles, a pesar de que sus conciudadanos creyesen que las mujeres brillantes no podían ser al mismo tiempo honestas. El quería a Selene, él la deseaba, él esperaba tener hijos con ella y, muy a su pesar, empezaba a darle igual lo que pensara el maestro.

Tras los saludos y las felicitaciones, la comitiva formada por el novio, sus familiares y sus amigos se dirigió a la casa de la novia, dos calles más abajo. Selene los recibió coronada de laurel y vestida con una plisada túnica de lino, pero no pudieron ver su rostro, cubierto con el velo del que no se desprendería hasta el momento de coincidir en la alcoba nupcial con su marido.

Una vez concluidos los saludos formales, todos los invitados se fueron colocando en los lechos; los hombres a un lado y las mujeres a otro. Fue el momento en que los tañedores de oboe y los flautistas comenzaron a tocar, mientras los esclavos repartían tortas de sésamo y pronunciaban las palabras rituales: «Han huido de lo malo, han encontrado lo excelso...» Ya había comenzado el banquete, en el que abundaban la carne de cordero y los pescados rojos, cuando llegaron Aristóteles y Adimanto. El macedonio, que se presentó sonriente y tan elegante como siempre, saludó respetuosamente a los novios y se recostó después junto a Adimanto y los demás miembros de la escuela de Platón. El maestro dirigió una mirada de reproche a los recién llegados, antes de que Aristóteles le dijese:

—Lo siento, señor. Ayer mismo concluyó nuestra iniciación, y no hemos podido llegar antes.

Platón asintió con una leve sonrisa y prosiguió sin más incidentes un banquete que se estaba caracterizando por las conversaciones susurrantes y la sosegada magia que iba creando entre los invitados algo parecido a la felicidad.

Estaban sirviendo los dulces y el vino con especias cuando Platón empezó a sentirse mal. No queriendo perturbar la dicha de los comensales, se despidió cautelosamente de sus discípulos y de los recién casados, y, asegurando que se trataba de una indisposición hija de los achaques de la edad, salió con Timeo del comedor, y se dirigieron en el carro a la Academia.

—Empieza a preocuparme vuestro estado —le dijo Timeo, cuando ya divisaban la escuela.

—A mí también —susurró Platón, haciendo un gesto de dolor.

—¿Qué os ocurre exactamente?

—No lo sé. Es un malestar general; como si todo mi cuerpo estuviese dejando de funcionar...

—No digáis locuras. Necesitáis descansar...

Platón asintió y, ya en el jardín, le alivió la paz que reinaba en la Academia.

—Como sabes —le dijo entonces a su amigo—, llevo varios meses durmiendo tan sólo dos o tres horas al día, y mi cabeza arde... Podría probar alguno de tus fármacos...

—Desde luego. Puedo prepararos un somnífero que os reconciliará más de diez horas con el sueño... Aguardadme en vuestro aposento... —le dijo Timeo, antes de alejarse.

Platón entró en su alcoba y, sentándose frente a la ventana, estuvo unos instantes observando a Tasio, que leía junto a la fuente, hasta que vio llegar a Timeo, que traía



un kylix con el fármaco triturado. Se trataba de un polvo parecido al de la cicuta molida. Al verlo, Platón le preguntó:

—Y bien, tú que entiendes de estas cosas, ¿qué debo hacer?

—Solamente beberlo y pasear, hasta que sintáis que os pesan las piernas. Entonces os acostaréis. Así hará efecto y os dormiréis profundamente... —le dijo Timeo, vertiendo agua en el kylix y pasándoselo a su amigo.

Platón bebió el líquido sin repugnancia y sin dificultad, y sospechando que Timeo deseaba continuar el banquete nupcial, le aconsejó volver a Atenas.

—¿Y quién se quedará con vos?

—Tasio —le dijo Platón—. Acabo de verlo en el jardín.

Timeo asintió con la cabeza y se despidió de Platón, que en cuanto se quedó solo empezó a sentirse poseído por el demonio de la locura. Inesperadamente, se apoderó de él la idea de que su amigo le acababa de dar a beber cicuta. Alguna vez le había dicho a Timeo que él deseaba una muerte súbita y suave, como las que sabía deparar Apolo. Quizá su amigo había tomado al pie de la letra sus palabras, y no conformándose con un sueño de unas horas, le propiciaba el sueño eterno. Empezó a caminar por la alcoba, sintiendo que los objetos se iban desdibujando sobre una malla vidriosa. Las garras de los candelabros cobraron vida, y el lecho pareció elevarse ligeramente del suelo. Desvió los ojos de las garras y, al acercarse a la ventana, creyó que Atenas, su Acrópolis, sus casas y sus murallas se disolvían en una atmósfera cada vez más ígnea.

Arrastrando los pies, se acercó a la mesa, y no tuvo mejor ocurrencia que mirarse en el espejo. Sus ojos le parecieron de otro, y pensó que esa sensación sólo la había tenido aquella tarde en Egina, cuando lo vendieron como esclavo.

Cada vez más desconcertado, acarició con las yemas de los dedos la superficie pulida del espejo. Era de bronce y parecía de fuego cristalizado. Un espejo indestructible reflejando un rostro destruido... Pero ¿era su rostro? Por Zeus, no, era el rostro de Sócrates... Al final había acabado pareciéndose a Sócrates. Los mismos ojos de toro, las mismas barbas, las mismas arrugas profundas, como talladas con navaja. Asombrado ante el prodigio, se desprendió del espejo y volvió a acercarse a la ventana... Ahora veía nieve, mucha nieve cayendo sobre una ingente sucesión de casas iluminadas por unas luces mortecinas que no había visto nunca; luces rojas y azuladas, luces obsesivas que se desplazaban entre las brumas y se perdían en la noche. Y de repente, un chorro de fuego surgía de entre las casas. Ardía la noche, el mar, la Acrópolis.

Huyendo de sus propias visiones, se apartó de la ventana y se fijó en el manuscrito que reposaba sobre la mesa. Era el diálogo *Critias* su único libro inconcluso, su única

cuenta pendiente con los dioses y los hombres antes de abrazar la muerte. Pero tenía que acabarlo, como fuera y a costa de lo que fuera...

Un temblor de tierra destruyó la Atlántida, pensó recordando más de un pasaje del libro. La isla circular, rodeada de tres canales igualmente circulares y de grandes atolones que conformaban como tres anillos ciclópeos en torno al corazón de la ciudad, se hundió en el mar. Y se hundieron las muchas casas que se apiñaban entre los canales y las murallas, y el santuario dedicado a Poseidón, cercado por un jardín con árboles de todas las especies... Y ahora, ¿qué queda de la Atlántida? Según dicen, sólo queda un fondo limoso e infranqueable, en el que se pierden para siempre las pocas naves que llegan hasta allí... Un temblor de tierra, sí, pero quizá también un volcán, un vómito rojo y gris, como el que creí ver antes... Su luz mercurial iluminará un día las ruinas de Atenas, pensó, y volvió a mirar el libro. ¿Por qué le tenía tanto afecto a aquel diálogo? ¿Por qué pensaba que en él iba a albergarse una de las claves de su obra?

Cada vez más obsesionado, decidió llevar a cabo una súplica a Apolo, siguiendo el procedimiento ordinario, pues sabía que tales prácticas mágicas influían sobre la zona más oscura de la conciencia, humedeciéndola tanto como el vino, y facilitando la inspiración. Por eso arrancó siete hojas de la rama de laurel que rozaba la ventana, y con un punzón fue escribiendo sobre ellas lo siguiente: «Apolo Pean, que eres dueño de la noche y ejerces tu dominio sobre ella, indícame a través del sueño el camino para continuar mi libro, y dame fuerzas para concluirlo. Hijo de Leto y de Zeus, ilumíname.»

Y cuando ya sintió que empezaban a pesarle los pies, ocultó las siete hojas bajo la almohada, e intentó dormir. Se fue quedando cada vez más frío, pero no le llegaba el sueño. ¿Y no podía ocurrir que Febo se negase a escucharle por la sencilla razón de que el único sueño que ahora le aguardaba era el de la muerte, como sospechaba desde hacía rato? Morir, morir, qué amargo trago... Y sin embargo, la muerte era necesaria para que la vida siguiera su curso incesante. ¿Acaso los vivos no procedían de los muertos de la misma manera que los muertos procedían de los vivos? Que los muertos antes fueron vida nadie lo ponía en duda, pero ¿por qué poner en duda lo opuesto, negándose a aceptar que la vida procedía de la muerte y que antes de ser vida fue ausencia, fue materia, fue inconsciencia y negrura? Una cadena iba de la muerte a la vida, otra cadena iba de la vida a la muerte; ambas formaban las dos partes del círculo de fuego. Si una de las dos cadenas se cerrase en sí misma, y la muerte generase sólo muerte, y la vida generase sólo vida, el resultado en ambos casos sería muerte, inmovilidad, solidificación de la materia inerte y la materia sintiente, ausencia de rotación y generación... Recordó que había escrito eso hacía tiempo, en un diálogo mentado por Tasio, donde también hablaba de la reminiscencia... Y ahora todo era para él reminiscencias, recuerdos de algo que ya vivió, o ya escribió, o ya sintió, o ya soñó, o ya gozó, o ya superó... Pero entonces, ¿por qué no le era dado saber la continuación del *Critias*? ¿Tendría que morir para

saberlo? Quizá también la muerte era un recuerdo. Quizá había que morir para recordar al fin nuestro propio nacimiento. Y así la agonía sería una reminiscencia del instante del parto, de la misma manera que el parto era una reminiscencia de muertes que ya habían sucedido en nosotros y en los otros: nuestros abuelos y bisabuelos, nuestros antepasados perdiéndose en las sombras... Y quizá debido a ello nacer era más doloroso que morir, y más agónico que la misma muerte. Pero era tan difícil decir que sí a las moiras...

Aguanta, corazón, que cosas aún más perras soportaste, pensó recordando al bravo Ulises, y sin que pudiese evitarlo, su imaginación le traicionó de nuevo y empezó a ver su propio entierro. Sumido en un estado a medio camino entre el horror y el alivio, creyó que su espíritu flotaba por encima de su cuerpo y que salía de la Academia para dar vueltas alrededor de las tumbas de Cerámicos, mezclándose con otros fantasmas. Después regresaba a su aposento y veía cómo Aristóteles, Timeo, Fedro y Adimanto le lavaban el cuerpo con esencias perfumadas, para luego venderlo, dejando su rostro al descubierto.

En el patio de la Academia exponían más tarde el cadáver, sobre un lecho ceremonial. Su cabeza coronada de flores reposaba sobre un almohadón purpúreo, mientras sus dos sobrinos lo protegían de las moscas con abanicos.

Al anochecer del día siguiente, se llevaba a cabo el sepelio. Dos de sus alumnos purificaban la casa, mientras el cortejo fúnebre salía de Academos. Al frente de la comitiva iba Selene con el vaso de las libaciones, y tras ella los cuatro hombres a los que más había querido, cargando con el féretro: Timeo, Aristóteles, Fedro y Adimanto. Detrás de ellos iban los demás discípulos y los ciudadanos de Atenas. Después venían las mujeres, y cerraban el cortejo tres tañedores de oboe.

Con paso solemne iban atravesando la avenida central del cementerio, hasta que se detenían ante un altar de mármol, sobre el que ya habían colocado el bajorrelieve de Atenea pensativa. Los cuatro portadores del féretro lo colocaban sobre el altar, y enseguida los sacerdotes lo rociaban con aceites y le prendían fuego.

Ahora ardía sobre la pira de mármol, desprendiendo llamas rojas que se recortaban contra las tinieblas de la noche e integraban su carne en el fuego general del universo, tan querido por Heráclito. Sus amigos miraban fijamente la hoguera sin decir una sola palabra, para que el ausente se hiciese más que nunca presente y poseyera sus almas y sus cuerpos. Su carne se consumía desprendiendo un humo de olor a espliego y a mirra, hasta que se convertía en ceniza azulada, que era recogida en un lienzo blanco y depositada en una urna. Finalmente los presentes le decían un último adiós, y se iban alejando en silencio del valle de los muertos y las piedras escritas.

Del sofoco pasó a la quietud, al darse cuenta de que había sido víctima de una nueva alucinación, y empezó a sentir el aire como una gran placenta. No vivimos en la superficie de la tierra, pensó, vivimos en su interior. La atmósfera es parte sustancial del planeta; una cálida envoltura de gases benignos: la clara del huevo

telúrico en la que permanecemos sumidos como los peces en el agua. Y dentro de esa inmensa clara, ¿hay alguna diferencia entre las sensaciones de dolor y las de placer, entre la vida y la muerte? El placer y el dolor son siameses ligados por la cabeza, como dijo Sócrates, y la vida y la muerte también. Y ahora sentía un extraño placer al pensar que su filosofía estaba a punto de alcanzar su razón de ser, y que la causa primera empezaba a coincidir con la última. Desprenderse del cuerpo, del amor, del deseo, del terror, de las fantasías, de las naderías, y hasta de la sensatez... Pero ¿qué estaba diciendo? Su beatitud volvió a transformarse en inquietud, y pasó más de dos horas de angustia, en las que creyó que ya no latía su corazón, hasta que sintió que llegaba a un ámbito a medio camino entre el entresueño y el sueño, donde se demoró algún tiempo intentando no pensar en nada. Un sudor frío brotó en su espalda y en su frente, obligándolo una vez más a ser consciente de su propio cuerpo. ¿Y si ya estuviese próximo el momento más penoso de la agonía, cuando el caos, padre de la tierra y del cielo, se apodera de la conciencia y el lecho empieza a oler a orín? Oh, Zeus, líbrame de semejante trance, líbrame de la humillación, gritó para sus adentros, y volvió a sentirse empapado de sudor, a la vez que creía perder el sentido del tacto. Tocaba la madera de la cama, la apretaba entre sus dedos, pero no la notaba como antes. ¿Y ese sabor a salitre y a cal al fondo de la garganta? ¿Y esas estrellas fugaces que caían a un abismo sin fondo? Estoy ya muerto, se dijo, estoy perdido y me quemo en mi propio fuego, y ese fuego negro, cada vez más activo, es lo único que me permite diferenciarme de la otra tiniebla, la exterior, la infinita... Mas no, aún respiro, aún siento el peso de la vida, pero ya nada ni nadie me despojará de la certeza de que estaré muerto dentro de poco... La luz que ahora veo es la luz azulada de la muerte, parecida a la que vi una tarde mar adentro, cuando viajaba hacia Egipto con la esperanza de encontrar allí la más asentada sabiduría. No, no, no, la luz que veía era la que iluminaba la nave sagrada en la que iba Tasio, y que avanzaba lentamente, a través de un mar vinoso, en el oscuro crepúsculo... El barco llegaba al puerto de una isla rocosa sobre la que se erigían edificios de mármol y un santuario dedicado a Apolo. Tanto desde lejos como desde cerca, Délos parecía una Atlántida en miniatura, si bien carecía de canales y sus murallas, bastante deterioradas, no estaban revestidas de oricalco refulgente como el fuego.

## NUEVE

95

Las olas saltaban sobre las losas del muelle, y el viento agitaba las copas de los torturados cipreses que rodeaban el puerto. Junto a los demás miembros de la comitiva, contemplé unos instantes el esplendor de Délos, sus avenidas pétreas y su santuario, mientras escuchaba la canción a Apolo que ya habían empezado a entonar los delios. Fue entonces cuando comprendí mejor que nunca el himno de Homero, que embriagado de dulces recuerdos había dicho: «Tu corazón, Febo, encuentra la alegría en Délos, cuando los jonios de elegantes túnicas se congregan en tus atrios y se entregan, para complacerte, al pugilato, a la danza y a los cánticos...»

Nuestra delegación caminaba en procesión hacia el santuario, siguiendo el sendero que se iba abriendo entre la multitud, cuando vi que se acercaba a nosotros un muchacho de cabellos encrespados y ojos negros, del que enseguida empecé a oír comentarios favorables. Al parecer, se llamaba Cristóbulo y era el joven sacerdote de Apolo. Su kitón, austero y muy sacerdotal, hacía aún más regia su silueta, y parecía un hombre revestido de prematura y quizá inmerecida autoridad.

Ya nos hallábamos ante el santuario cuando ocho jóvenes de nuestra comitiva depositaron cuatro corderos blancos sobre el altar ornado con flores y guirnaldas de hojas. Poco después, Cristóbulo se acercó a las víctimas atadas con bandas de lana y las roció con el agua lustral. Acto seguido encendió el fuego del altar y, tras arrojar sobre los corderos varios puñados de harina, invocó al dios, elevó el cuchillo y empezó el degollamiento. La sangre cubrió el ara y se oyó un suspiro, antes de que cuatro oficiantes iniciaran el troceo de las víctimas para repartir su carne entre los asistentes.

Tras el banquete sacrificial, vi que Cristóbulo se apartaba del grupo de fieles y que se iba a pasear bajo los atrios del santuario; momento que aproveché para acercarme a él.

—Señor, soy un enviado de Platón, que soñó con vos y con esta isla... —le dije.

Cristóbulo me miró sorprendido, e hizo ademán de escuchar. Entonces le conté el sueño del maestro, en el que se incluía la pregunta de cuándo llegaría su hora. Ya había concluido mi relato cuando el sacerdote posó sus manos en mis hombros y me dijo:

—Platón se está muriendo... Cierra los ojos y escucha...

Cerré los ojos y presté atención. No era el rumor del mar ni eran las voces de los delios lo que ahora estaba oyendo... Eran pasos perdiéndose por los pasillos de la Academia... El sudor corría por la frente de Platón, que se hallaba en el centro de su alcoba, rodeado por Timeo, Xenócrates, Espeusipo y Adimanto, a los que se habían unido Aristóteles y Fedro... Platón detenía la mirada en Fedro, después en

Aristóteles, y finalmente se desplomaba, pronunciando una enigmática palabra: tres sílabas que parecían decir «Akásar». Fedro se acercaba a él... «¡Platón ha muerto!», exclamaba de pronto Cristóbulo, sacándome del ensueño.

—Lo sé... —decía yo, abriendo los ojos—, Y ha debido de morir ahora... Noto su ausencia...

Cristóbulo sonrió antes de susurrar:

—Te engañas... Platón ha muerto, pero no hoy...

—Estáis mintiendo...

—No tengo por costumbre mentir —replicó el sacerdote, mirándome fríamente—. Platón murió ayer, según nos han dicho varios mercaderes que llegaron hace unas horas desde Atenas, en un barco más rápido que el vuestro; y todo lo que has visto y oído es una ilusión...

—Una ilusión provocada por vuestra magia y a la que no le veo ningún sentido...

Sin cambiar de tono y con una dulzura no exenta de gravedad, Cristóbulo me dijo:

—No se lo ves porque su sentido es doble y perseguía un doble fin. En primer lugar quería que sintieses, que vieses, que olieses la muerte del maestro; y en segundo lugar quería que te dieras cuenta de que su muerte es sólo suya, y de que vuestras mentes no se hallan tan próximas como tú creías ni parecen estar preparadas para encajar la ironía de todo lo que viene de Apolo... Tu lúcido maestro ignoraba que su hora iba a llegar antes de que hablases conmigo y que la noticia que te iban a dar en Délos iba a ser la de su muerte. Y de haberlo sabido, ¿no hubiese sido más cruel su agonía? Ya ves que, al final, el dios fue con él misericordioso.

Asombrado por sus palabras, me quedé en silencio, mientras el viento silbaba y barría los atrios del santuario; y cuando el frío empezaba a paralizarnos por dentro y urgía irse de allí, decidí hacerle a Cristóbulo una última consulta.

—En la visión que gracias a vos tuve hace un rato...

—No la tuviste gracias a mí... —me dijo—. Agradécela a Febo...

—En la visión que tuve gracias a Febo —corregí—, el maestro decía «Akásar». ¿Conocías el significado de esa palabra?

—No me tortures con preguntas que no tienen respuesta ni pienses que has visto la muerte de Platón tal como ocurrió. Acepta que fue una alucinación propiciada por el dios para que te fueses haciendo a la idea... Además, las últimas palabras de la vida se las decimos a los muertos, y pertenecen a una lengua que sólo entonces comprendemos. Vuelve a Atenas tranquilo; Platón descansa en paz —dijo alejándose de mí y entrando en el santuario.

Al día siguiente, la nave sacra emprendió el regreso a Atenas; pero yo no pude seguir el consejo de Cristóbulo, pues una fuerza ajena a mí me impedía hacerlo. Era como si en torno a la isla se hubiese creado una invisible muralla que me prohibía salir de la roca donde Leto había parido a Apolo Febo y a su hermana gemela, la indómita Artemisa. Y a veces la muralla se estrechaba de tal modo que me impedía pisar el muelle, condenándome a permanecer en la casa de un pescador a unos cien

pasos del puerto, donde comía y dormía. Mi situación podía parecerse a la locura, pero yo intuía que era otra cosa. Quizá la parte húmeda de mi conciencia, la que más directamente llegaba a captar los mensajes de los seres que nos exceden y al mismo tiempo nos contienen, me impedía salir de Délos hasta que me fuesen reveladas las claves de algún misterio que, según yo sospechaba, debía estar relacionado con el sueño de Platón y con su irónico desenlace. Por eso seguí en Délos, viviendo gracias al dinero que me había dado el maestro poco después de que hiciese de mí un hombre libre. ¿Libre para qué?, me pregunté más de una vez, lleno de incertidumbre. Libres podían ser los alumnos de la Academia, hijos de familias poderosas que habían sido educados para mandar y que tenían abiertas, por su origen y condición, las puertas de la ciudad y de sus asambleas. Pero yo, ¿qué iba a hacer con mi libertad en cuanto se me acabase el dinero? Poseído por un desasosiego cada vez más angustioso, pasaba buena parte del día recorriendo la ciudad. Absorto cruzaba la avenida de los Leones Micénicos, a menudo frecuentada por cientos de comerciantes, marineros y esclavos; o recorría el estadio, inhóspito y con todas las gradas vacías, desde las que se dominaba un escenario igualmente vacío. Otras veces me perdía por los interiores de algunas casas deshabitadas. De ese modo conocí la casa de las máscaras, ornada con frescos en los que se veían actores que en días de tormenta y relámpagos llegaron a parecerme seres vivientes.

Una de aquellas noches me tendí desnudo en la azotea de la casa del pescador y estuve contemplando los batallones de estrellas mientras sentía sobre mi cuerpo el calor de los mosaicos y la brisa del Egeo. Hasta que empecé a notar en torno a mí una vibración que me empujaba hacia la morada del dios. Me incorporé y contemplé durante un rato la ciudad que parecía iluminada por la vaga luz zodiacal de miles de estrellas pulverizadas. Los cipreses eran casi los únicos árboles de Délos, y algunos de ellos se alzaban por encima de los templos y los santuarios, acentuando el aire sacro de la isla. Y al mirar sus siluetas, como puntas de lanza deseosas de atravesar las nubes, crecía mi ansiedad.

Con la cabeza ardiendo, me vestí apresuradamente y me encaminé hacia el santuario. No se veía a nadie por las calles, pero la noche estaba llena de ruidos: ronquidos humanos y ronquidos del mar, crepitar de antorchas, ladridos... Ya ante el santuario, me detuve bajo sus atrios, preguntándome a mí mismo por qué estaba tan empeñado en entrar a semejantes horas en las prohibidísimas moradas del dios, sabiendo que al hacerlo cometía un sacrilegio. Lleno de una euforia que no excluía el terror sagrado, me introduje en el santuario por una puerta lateral que se hallaba entreabierta, lejos de los perros que custodiaban el templo, y que correteaban por el jardín, ajenos a mis intenciones y a mis movimientos. Nada más cruzar la puerta, me topé con un dédalo circular, en cuyos pasillos me demoré más de una hora. Finalmente encontré la salida del laberinto y me vi en medio de un ámbito rectangular, todo él cercado por un muro a su vez rodeado de cipreses. En el centro del recinto, había un templo con trece columnas dóricas a cada lado y doce ventanas

rectangulares. Cuando uno se introducía en él, comprobaba que las ventanas iban encuadrando a las diferentes familias siderales. Miré hacia mi derecha, por la ventana que se hallaba entre las dos últimas columnas, y me pareció ver la constelación del Centauro. A mi izquierda, los haces de luz lunar formaban bandas grises sobre el suelo e iluminaban la estatua de Apolo que se hallaba en la mitad superior del templo, frente al brasero de las llamas perpetuas, de donde el sacerdote había extraído las brasas del fuego nuevo que los atenienses ya llevaban hacia Atenas. Nunca había visto un Apolo parecido. En una mano tenía un cetro y en la otra un tintero, donde los delios vertían todos los años unas gotas de su producción anual de púrpura. Su sonrisa arcaica estaba llena de misterio, y había en su mirada una serenidad que imantaba y apaciguaba al mismo tiempo. Si de pronto el dios hubiese descendido del pedestal de mármol negro para rozarme con sus dedos, su contacto hubiese sido tan terrible como el de Talos, el hombre de bronce que custodiaba las puertas de Creta, y que antes de estrechar a sus víctimas se introducía en una hoguera hasta que sus miembros enrojecían. Pensando estaba en ello cuando sentí un súbito mareo. Pero no me desplomé, y seguí rígido ante el dios. Cuando creí volver a mí mismo, continuaba con los ojos prendidos en los de Febo. Lentamente fui bajando la mirada, desde la cabeza del dios al pedestal, hasta que descubrí otra estatua, que se alzaba desde el suelo y que tenía mi misma altura. Se trataba de una mujer de larga cabellera rubia y vestida con un kitón jonio tan corto como el de los hombres. La mujer se hallaba de pie, con la cabeza ligeramente alzada, como si estuviese mirando fijamente el rostro de Apolo. Yo la veía de espaldas y empezaba a dudar... ¿Era en verdad una estatua? Largo rato permanecí con la mirada fija en ella, comprobando que ni sus cabellos, ni sus brazos, ni su cintura, ni sus piernas se movían un ápice. Hasta que, de súbito, una ráfaga de aire se deslizó entre las columnas y vi que la parte inferior de su kitón se movía levemente, matizando algo más sus muslos.

## 94

Fue entonces cuando se dio la vuelta y pude ver sus ojos y el seno al descubierto que dejaba su kitón sujeto con un broche al hombro izquierdo. Aquella mujer poseía la belleza espectral que según Platón tenía la pitonisa de Mantinea. Una belleza inseparable de la intuición de la locura, tal vez de su visión. Por eso su mirada, trágica y fulgurante, me subyugaba.

La mujer se acercó a mí y empezó a acariciar mis cabellos, empapados de sudor. El contacto de sus manos me aliviaba. Eran manos que comunicaban sosiego, que amaban al tocar.

—¿Quién eres? —balbucí.

En lugar de contestarme, bajó mis párpados con sus dedos y empezó a besarme. Sus labios no me parecieron los de un viviente, pero tampoco los de un muerto, y aún



menos los de un espectro. Eran labios carnales, y comunicaban un frescor parecido al del rocío, que más tarde identifiqué con la ambrosía. Y mientras sus labios me poseían, pues todo mi ser se concentró en el acto de besar, empecé a sentirme habitante de un espacio del que ya me había hablado Platón.

Tras el beso, se apartó de mí y me miró intensamente. Ahora sus ojos me comunicaban espesor, y mi carne adquirió una intolerable solidez. No tenía miembros diferentes y con diferentes funciones: mi cuerpo era una estatua de bronce macizo. Ella notó mi desconcierto y volvió a acercarse a mí. Nuestras manos se rozaron y era como sentir de nuevo todo el saber en las yemas de sus dedos. Mi cuerpo se iba ablandando por dentro a la vez que notaba cómo acudían a mí verdades que hasta entonces me habían parecido inaccesibles. Y yo creía entenderlas en ese preciso momento, y en silencio le pedía al dios y a la mujer que aquella lucidez que unificaba mi carne y mi intelecto no me abandonase ni inca.

Al verme tan azorado me fue guiando la mano desde sus senos a su ruello. Nuestros labios volvieron a juntarse y era como si estuviese percibiendo la belleza sin fondo, abismal a pesar de tener el perfil muy bien definido, la que había existido siempre, pues no nacía ni moría, ni crecía ni decrecía; la belleza sin rostro, sin manos, sin cuerpo, que era como el eco de la vibración nerviosa del universo, y que llegaba hasta los labios de la mujer. Y al estrecharla daba por justificadas todas mi fatigas anteriores, pues nunca me había sentido tan próximo a la delicia.

Con delicados gestos, me indicó que nos tendiéramos en el suelo, caliente como el de un baño público, mientras las sombras rojas parecían ejecutar una danza sexual entre las dos hileras de columnas. Más enajenado que antes, creí que se miraba a sí misma a través de mis ojos y que a sí misma se materializaba cada vez que mis párpados subían y bajaban. Hasta que el deseo fluyó libre, por la confiada extensión de su mirada, y sentí que los dos ascendíamos a una misma esfera de gozo sostenido. Y cuando más arriba estaba, llegó sin previo aviso la caída; pues justo entonces noté inoportunamente una brusca quemadura en la espalda. Abrí los ojos y me vi solo ante la estatua del dios, y ella ya no estaba a mi lado. Tras unos segundos de vacilación, me fijé de nuevo en la estatua de Apolo y empecé a preguntarme qué había ocurrido con la mujer cuyo perfume seguía notándose a mi alrededor. Me hallaba a punto de abandonar el recinto cuando los perros guardianes empezaron a ladrar. Habían olido mi presencia y no me quedó otro remedio que salir corriendo del santuario.

Llegué jadeante a la casa del pescador y permanecí todo el día en la azotea, contemplando Délos y pensando en la mujer de los ojos ardientes. ¿Sería una ciudadana de la isla que, como yo, había entrado furtivamente en la morada del dios? ¿Una sonámbula quizá? ¿Y si fuese una pitonisa? Cierto que la verdadera patria de

las pitonisas era Delfos, pero mujeres como las adivinas delficas abundaban en Grecia. Féminas que aseguraban estar en contacto con el dios mántico y que se creían depositarias de sus misterios. ¿Y si de pronto una de las sacerdotisas de Délos se había unido carnalmente a mí, bajo el auspicio del dios de la distancia carnal y mental? Pues convenía no olvidar que a Apolo le complacían las paradojas, y que a pesar de ser el dios más distante, no desdeñaba los misterios del amor y en más de una ocasión se había unido a una mortal. A mí me fascinaba su contradictorio proceder, y por ello le rendía y le rindo, con humildad y con orgullo, mi más sincera pleitesía, como también se la rendía Platón, al que más de una vez sorprendí meditando ante una de las estatuas de Febo, que presidía la estancia más resguardada de la Academia. Todo podía ser posible en los dominios de Apolo, porque su mente albergaba los secretos pasados, presentes y futuros, y porque reinaba tanto sobre nuestros sueños como sobre nuestras vigiliass, abarcando la totalidad de nuestro ser, a diferencia de otros dioses que sólo influían en aspectos parciales de nuestra vida. Ahora me parecía que la mujer que había hecho epifanía en el recinto dórico debía de ser una de las adivinas del santuario, y yo tenía que volver a sentir mi piel contra la suya. Y sobre todo tenía que oírla hablar. Si era una pitonisa, no podía ser muda. Y yo quería oír su voz, y notar de nuevo el contacto de las yemas de sus dedos...

Con ese propósito en la cabeza, esperé la llegada de la noche, y cuando la luna menguante empezaba a acercarse a la mitad del cielo, subí al monte Cintio antes de dirigirme al santuario. Desde la pétrea cima del monte, Délos parecía la joya del Egeo y podía verse perfectamente todo su perímetro. Allí mismo, en una de las faldas del Cintio, Leto había parido a los arqueros, apoyándose en una palmera para hacer más fuerza. Y no dejaba de sorprenderme que Febo hubiese nacido en el exilio, fuera del Olimpo, en una isla árida y minúscula; y al contemplar desde allí el teatro, el templo de los atenienses, el santuario dionisiaco, la Vía de las Procesiones, el santuario de Afrodita, el santuario de Zeus y Atenea Cintios, todavía sin concluir, el estadio, el santuario de Apolo y su colosal estatua, creí comprender por qué Délos era el lugar nativo del dios que aconsejaba conocerse a sí mismo. ¿Y el conocimiento de uno mismo no comenzaba, ya en la infancia, por percibir los límites del propio cuerpo de la misma manera que yo percibía ahora el perímetro de Délos y todas sus maravillas? Una isla que podía abarcarse íntegramente con la mirada: he ahí su secreto.

Más de una hora permanecí detenido en medio de la colina cintia, bajo las nacientes estrellas, pensando que debía ser muy valiente si quería hacerme digno del dios de la inspiración profética: el fuerte, el peligroso, el sumamente dañino; el dios de los combates entre arqueros y de las luchas entre pugilistas, el exterminador de la muerte súbita, el conductor de las moiras, capacitado para producir la peste y toda suerte de calamidades; el cruel y a la vez el que propiciaba el tránsito rápido y sin dolor, y que podía manchar las impurezas de los criminales, pues para Febo no había falta que no pudiese ser borrada; el dios amigo de los lobos, los milanos, los cisnes, los buitres, los delfines y los cuervos, que nunca había recomendado la paz como un

bien en sí mismo, que no creía en la paz, y en cuya mente se albergaban quizá los más terribles secretos acerca del destino humano; el dios fundador de ciudades, benefactor y destructor como el fuego; el dios del fuego y para el fuego, contradictorio, sabio y hermoso, que ahora me llenaba de vértigo y de deseos de ir más lejos en el conocimiento de sus misterios...

Lleno de entusiasmo y con los nervios ardiendo, bajé corriendo la colina cintia y volví a encaminarme al santuario. Me hallaba muy cerca de los atrios cuando vi a Cristóbulo en actitud meditativa, paseando entre las columnas. Oculto tras una hilera de cipreses, tuve que esperar a que desapareciera para poder entrar en el recinto por la misma puerta que el día anterior. Volví a cruzar el laberinto, hasta llegar una vez más ante el dios de cetro y el frasco purpúreo. Permanecí un rato con los ojos fijos en sus ojos, pero la mujer no apareció. Lleno de ansiedad cerré los puños y esperé y desesperé y se humedecieron mis ojos al pensar en ella. Hasta que los perros comenzaron a ladrar. Uno de ellos me descubrió y corrió desde el fondo de la nave, animado por los gritos de un hombre cuya voz me pareció la de Cristóbulo. El perro avanzaba hacia mí, ladrando salvajemente. Sus ojos y sus colmillos me convencieron de que tenía que salir de allí y, atravesando a toda velocidad el pórtico de los naxios, alcancé la calle. La luna había desaparecido, caía una lluvia menuda, y las calles se habían borrado tras la niebla. Los perros me seguían; yo los notaba cada vez más cerca, y eché a correr ciegamente por una de las calles que subían hacia el teatro. Después torcí hacia la derecha, cada vez más desesperado, atravesé un zarzal, rodé por una pendiente de arena y pude detenerme a duras penas sobre una piedra resbaladiza. Entonces oí los ladridos más cerca que nunca y noté unos dientes húmedos sobre mi muslo. No me quedó otro remedio que seguir rodando por la piedra, hasta que me quedé sin suelo.

Caí como un cuchillo, en medio de un círculo de agua, y empecé a girar. Mi cuerpo y mi mente evolucionaban a la par que el remolino y ni siquiera podía gritar. El sufrimiento me abría su última cámara, y yo seguía dando vueltas y descendiendo hacia mundos cada vez más gélidos, por un pozo de agua que se abría en el seno de las aguas, y que parecía la tráquea del mar. Pero la conciencia no quería morir, y se rebelaba ante aquel alud de materia líquida, y ardía como una pira para mejor diferenciarse de las tinieblas, que ya la envolvían por todas partes, conduciéndola a la asfixia. Y llegó un instante en que todas las partes de mi cuerpo, llenas de rugiente vida, parecieron suspender sus funciones. Fue un silencio que se me antojó más hondo que la vida y que la atravesaba de parte a parte como una sorda vibración. Y en ese silencio, la conciencia ardía todavía más, como si se estuviese preparando para dar un salto más allá de su propio cerco. Pero no podía, y ahora la oscuridad brotaba

de mi propio fondo. Tinieblas que emergían de la médula de los huesos y que se iban apoderando de todo el cuerpo. Un desvanecimiento del que la memoria huía hasta disolverse en sus más heladas periferias, mientras las masas líquidas subían y bajaban, llevándome desde el corazón de los remolinos a la cima de las olas. Todo mi cuerpo estaba bloqueado, y especialmente mis pulmones, lo que no me impedía seguir vivo; a pesar de que, dentro de la conciencia de mi suplicio, identificara mi angustia con los flujos y reflujos de la agonía, cuando queremos y no queremos entregarnos a la oscuridad de antes de haber nacido. Pero una ola más poderosa que las otras me arrojó a una playa... Noté el roce de mi piel con la arena un instante antes de perder definitivamente la conciencia. Algunas horas más tarde creí recobrarla de nuevo y, con el cuerpo entumecido, me arrastré por la arena encharcada, hasta que sobrepasé las estrechas y efímeras lagunas que iban creando las olas. Ya a cierta distancia del agua, miré a mi alrededor. La playa era inmensa, y las charcas brillaban bajo la niebla transparente. Todo mi ser era olvido y, durante un buen rato, ni siquiera fui capaz de recordar mi nombre. A punto estaba de desplomarse vencido por la fatiga cuando creí divisar a lo lejos una figura humana, destacándose entre las reverberaciones de la luz y el agua. Avanzaba por la encharcada planicie, hasta que el sonido de sus pasos se hizo evidente y vi ante mí a una mujer, vestida con un kitón largo y plisado como el que llevaba Cristóbulos. La aparecida me miró a los ojos y sonrió.

—¿Dónde estoy? —grité.

En lugar de responder de viva voz, la mujer se arrodilló ante mí y escribió sobre la arena húmeda una palabra:

## AKÁSAR

—¿Así se llama esta región?

La mujer movió afirmativamente la cabeza.

Llegué a pensar que era muda. Pero ella leyó mis pensamientos y acercando sus labios a mi oreja me susurró:

—En la isla de Akásar las palabras habladas envenenan y las escritas purifican. No vuelvas a hacer preguntas con la boca. Los ojos dicen más... ¿Me acompañas?

Asentí y al mirarla de nuevo me inquietó el hecho de que unas veces me pareciese un hombre y otras una mujer, como si su rostro oscilara desde la intrafeminidad más destilada a la más concentrada intravirilidad, sin perder jamás su sosegada belleza. La mujer me indicó que la siguiera y juntos nos alejamos de la playa y nos fuimos adentrando en las arboledas de Akásar; un lugar que según mis cálculos no podía estar lejos de Délos, y que sin embargo no parecía Grecia. Bajo las altas copas de los cedros, que formaban hileras, círculos y triángulos, no tardé en ver numerosas piedras escritas. Yo iba leyendo frases al azar, en diferentes piedras, y con asombro

comprobaba que los párrafos se sucedían armónicamente, conformando sentencias en las que se concentraba más que nunca la miel y la cicuta.

Estaba a punto de ponerse el sol cuando, desde lo alto de una colina, la mujer me indicó que mirara hacia una pradera rodeada de árboles, donde conversaban cinco seres de la misma raza que mi guía. Y yo estaba seguro de que uno de ellos era Platón. A ratos, el viento traía hasta nosotros sus voces, que me parecían impregnadas de un indefinible sosiego, si bien hablaban en una lengua tan ajena a mí como su mundo. Presa de un impulso ciego, le dije con los ojos a mi guía que nos reuniésemos con ellos. La mujer sonrió enigmáticamente. Yo volví a mirar hacia la pradera circular y me pareció que entre los cinco bienaventurados se encontraba también ella.

—Aunque me prohíbas hablar, yo necesito hacerlo —le dije, y añadí—: ¿Cómo es posible que estés aquí, frente a mí, y al mismo tiempo con ellos?

La mujer susurró:

—Si sigues explorando lo que nadie se atreve a explorar, y sigues caminando por el sendero que te va indicando Febo, te darás cuenta de que, al igual que yo, puedes estar en varios sitios a la vez. Ahora mismo te encuentras aquí, en Akásar, y al mismo tiempo estás dormido en un lugar muy conocido de Délos, como comprobarás cuando despiertes...

—¿Cuando despierte? ¿Qué quieres decir? —le pregunté creyendo que me estaba volviendo loco.

La miré de nuevo, y fue entonces cuando me di cuenta de que me hallaba ante la misma mujer que se me había aparecido en el santuario de Apolo. Si hasta entonces no la había reconocido, debía de ser porque ahora se hallaba en su mundo y no en el mío, mostrando la plenitud de su naturaleza y no sólo algunos de sus aspectos.

—Aún no sé cómo he de llamarte... —le dije.

—Llámame Diotima.

—¿Diotima? ¡No puede ser...! —exclamé—. Si de verdad eres Diotima, tuviste que conocer a Platón, y Platón murió muy viejo...

—Yo también.

Me aparté ligeramente.

—Entonces, ¿estoy hablando con una muerta...?

—No —me dijo con dulzura—. Estás hablando con una mujer que murió dos, tres, diez veces...

—¿Y cuál es tu misión?

—Ayer mi misión era comunicarte directamente un saber oculto, juntando mi piel con la tuya, como hice en el santuario; pero hoy mi misión es descubrirte, a través de un sueño que parece el de la muerte pero que no lo es, la isla de las piedras escritas, donde está contenida toda la memoria pasada, presente, y futura, pues el futuro es también un recuerdo para quien alcanza a ver el tiempo real...

Cada vez más intrigado, me atreví a preguntarle:

—¿Eres realmente una mujer?

Diotima se echó a reír, mas sus risas no me molestaron. Parecían caricias amansándome por dentro.

—Soy una intramujer —sentenció.

—Nunca había oído hablar de tales seres... —le confesé, lleno de desconcierto.

—Te creo; pero eso no quiere decir que no sepas lo que son. Las intramujeres —dijo—, somos seres idénticos a las mujeres que los hombres llevan dentro... Y tú sabes de sobra que esas mujeres sólo se parecen a las normales en la forma de su cuerpo, pero nunca en sus actitudes, y aún menos en su comportamiento; pues las intramujeres se acercan a los hombres como si fuesen hermanas en el juego, en el fuego, en la adversidad, en la orfandad, en la locura, en la cordura, en el deseo, y en las palabras que lo enuncian y lo ocultan...

—¿Quieres decir que eres la Diotima que yo imaginé cuando oí hablar de ti por primera vez?

—No, quiero decir que soy de la misma especie que la Diotima que concebiste en tu mente, sólo de la misma especie. Es importante que entiendas la diferencia.

Iba a hacerle más preguntas, pero ella acercó el índice a los labios, indicándome silencio, y empezó a alejarse.

—Espera... —le susurré.

Diotima me miró, y en un tono que convertía las palabras en sustancias saturadas de dulzura, me dijo:

—No puedo esperarte, Tasio. En ésta y en otras vidas ninguno puede esperar a nadie, pues cada ser sigue su ciclo... Pero soy tu amiga, y volveré a verte... Ahora aprende bien la palabra que dibujé en la arena, y guárdala en tu memoria, porque Akásar es un lugar al que debes volver... Pero no olvides que para llegar de nuevo adonde ahora estás tendrás que ir más allá de donde nace el sol, mucho más allá, siguiendo un camino de lobos y buitres; pues Akásar, la isla de los no-mortales y del no-tiempo, no está en Grecia, y tu viaje ha sido más largo de lo que imaginas... El mundo que amas se está muriendo; el mundo que amaba Platón va a desaparecer... Y tú y yo desapareceremos también, y desaparecerán otros mundos que sucederán al nuestro... Pero aún no ha llegado ese momento, y aunque veas que me alejo, ahora estás muy cerca de mí, tan cerca que para rozarme ya sólo te falta cruzar una frontera más leve que la que separa el entresueño del sueño y un cabello de otro cabello... —musitó, para añadir finalmente—: Todas las cosas que te han sido reveladas guárdalas siempre en tu memoria... Adiós.

Sus susurros se fueron perdiendo en el bosque. Diotima se alejó más y comencé a seguirla. De pronto, oí un chasquido a mi derecha, giré la cabeza y vi una piedra en la que figuraba mi nombre. Presa del frenesí, intenté leer mi destino, pero un sudor frío empezó a recorrer mi piel y las letras me parecieron cada vez más borrosas. Cerré los ojos; al abrirlos de nuevo, me vi tendido en un camastro duro como el granito. Ante mí se hallaba el joven sacerdote de Apolo.

—¿Dónde estoy? —grité.

—En la cárcel de Délos... —me dijo Cristóbulo, mirándome con desprecio.

91

Las palabras del sacerdote me condujeron al instante en que el perro me mordió y caí al agua. Fue entonces cuando supe que durante toda una noche había permanecido en un ámbito donde el sueño y la vigilia se fundían sibilinamente, como dicen que ocurre cuando penetramos en los dominios de Apolo. Según pude deducir, fue en el santuario donde perdí la conciencia por primera vez; y al día siguiente, al caer al agua, la perdí de nuevo, y la playa a la que creí llegar no era otra que la del muelle Sacro. Allí, tendido en la arena encharcada, me desmayé y tuve el sueño de Akásar, a pesar de que lo viví como un hecho real. Y en la playa del muelle me encontraron los delios, como bien me explicó Cristóbulo:

—Al parecer caíste al remolino de la peña Negra, aquí llamada la roca de Febo. Pero diez horas después tu cuerpo apareció tendido sobre la arena del muelle Sacro. Ya íbamos a incinerarte cuando advertimos que aún respirabas... También vimos que llevabas el kitón desgarrado y que un perro te había mordido en el muslo, lo que nos obligó a pensar que eras tú el profanador al que perseguían los mastines laconios... A ningún hombre libre le está permitido entrar en el santuario del dios, al que sólo tienen acceso los sacerdotes. Pero tú eres esclavo, y tu delito es doblemente imperdonable... Por eso Apolo te arrojó al abismo... Sin embargo, el mar te ha vomitado, y eso quiere decir que, debido a tu naturaleza servil, ni Febo ni Poseidón te quieren como víctima... Pero tendrás tu castigo... —me aseguró Cristóbulo.

Harto de sus palabras, apreté los puños y dije:

—No soy ningún esclavo; Platón me concedió la libertad poco antes de iniciar mi viaje a Délos. Y aunque lo fuera, los dioses no hacen las distinciones que vos hacéis; por eso Apolo consintió que yo llegara al corazón de su santuario, donde una de sus enviadas me ayudó a comprender lo que vos no comprenderéis jamás...

Al ver su mirada, supe que había cogido el peor de los caminos, y me arrepentí de lo que acababa de decir.

—Aprieta los puños —susurró entre dientes—. Apriétalos bien... Así te entrenarás para la prueba que te espera, y de la que difícilmente saldrás con vida... Pero dime... ¿Has estado con una de las enviadas de Febo? ¿Y puedo saber cómo se llama?

—Diotima.

Cristóbulo esbozó una sonrisa sarcástica antes de preguntarme:

—¿La mujer que Sócrates evoca en *El Banquete*?

—Exactamente.

El sacerdote volvió a reírse.

—Pues debe de tener más de cien años...

—Os equivocáis. Parecía una mujer de veinte...

Cristóbulo ya no dudó de mi trastorno, y decidió llevarme la corriente.

—¿Y qué te estaba ayudando a ver la sabia Diotima?

—Me estaba ayudando a ver que por dentro no hay límites, al igual que por fuera, como aseguraba Heráclito... —dije con firmeza.

—Muy filósofo te veo, para ser un esclavo, y muy loco también...

—¿Tendré que repetiros que soy un hombre libre?

—Lo eras; pero tu libertad apenas ha durado una semana...

En ese momento llegaron a la prisión varios hombres de la guardia délica y, al descubrirme, comenzaron a murmurar y a hacer aspavientos. Viéndome cada vez más perdido, le dije al sacerdote:

—No entré en el santuario por propia voluntad... Llegué sin darme cuenta, como en un sueño... Una fuerza me empujó, y si mi actitud os escandaliza, pensad que tras ella está la mano de Apolo... ¡Nadie puede impedirme la comunicación directa con mi dios...!

Todos me miraron con horror.

—¿A qué clase de comunicación te refieres? ¿Tu piel junto a la del dios? —dijo Cristóbulo elevando la voz—. ¿Tu piel junto a la de Febo?

Los miembros de la guardia volvieron a mirarse como si no acertaran a creer lo que oían.

—¡Qué pobre insensato...! —murmuró el sacerdote—. Si Apolo te ha trastornado, es porque quería castigarte, justamente como hizo con Casandra... —gritó, antes de ordenar a los guardianes que me cubrieran los ojos con una venda de lana.

No tardó en propagarse por toda la ciudad la noticia de que uno de los miembros de la comitiva ateniense había cometido un gran sacrilegio y se había atrevido a injuriar a Cristóbulo, a la guardia, y a toda la comunidad delia. Según me dijo el carcelero, los niños hablaban de mí con temor, y las madres cuchicheaban en los patios de sus casas y aseguraban que yo había entrado desnudo en el santuario, mientras sus maridos se preguntaban por qué surgían de Atenas individuos tan deplorables como el que ahora se hallaba en prisión. ¿Qué tendría esa ciudad para engendrar seres tan extraviados?, se decían unos a otros, con una delectación que sólo podía explicarse si se reparaba en la fama de corruptos que los delios tenían en toda Grecia. Por eso, en cuanto conocían o simplemente intuían la impiedad ajena, se sentían aliviados y la proclamaban a gritos.

Me tuvieron algunas horas más en la cárcel, con los ojos vendados, hasta que la guardia délica me condujo por las empinadas callejas hasta un lugar que, por lo que pude sospechar, estaba lleno de gente. Fue entonces cuando me despojaron de la venda y me vi en medio del estadio. Ante mí se hallaba un musculoso agonista, ya con los guantes de puntiagudas tachuelas cubriéndole las manos. El árbitro, que por



su aspecto parecía haberse dedicado en otro tiempo al pugilismo, me dijo mientras me colocaba los guantes:

—Como sabes, está prohibido dar muerte al adversario. Pero en este caso no va a ser así, y lucharéis con guantes especiales. El Consejo Délico le permite hoy a tu contrincante, nuestro querido Pólux, darte muerte sin el menor reparo, pues no otro castigo merece tu sacrilegio...

Empecé a temblar, provocando las carcajadas de los delios. Ya estaban mis manos enfundadas en los guantes y acababan de sonar las flautas que anunciaban el comienzo del combate cuando el público empezó a rugir, animando a Pólux y pidiéndole sangre. Con los ojos llorosos, le supliqué protección a Apolo, patrono de los pugilistas, y empecé a esquivar los mortíferos directos de mi rival, ante la irritación creciente de sus seguidores. Los dioses no me habían dado demasiada fuerza, pero como compensación legítima a tan peligrosa carencia me habían concedido mucha agilidad, y rara era la vez que Pólux conseguía rozarme.

Acababa de iniciarse el tercer asalto cuando volví a invocar a Apolo pidiéndole que me librase de aquella pesadilla. Me despisté un instante, y Pólux consiguió llegar a mi hombro izquierdo, pero fue entonces cuando, al inclinarse hacia mí, pude estrellar mi puño derecho en su sien izquierda. Pólux me miró desconcertado, negándose a aceptar que estuviese perdiendo la conciencia. Echaba espuma por la boca, le sangraba la sien, en la que se había hundido la tachuela más puntiaguda de mi guante, y miraba al público gimiendo y pidiendo patéticas excusas. Finalmente se desplomó sobre mí y caímos los dos, ante los gritos ensordecedores del público.

Me asfixiaba debajo de Pólux. Su sangre caía sobre mis párpados, su carne prieta me oprimía contra la arena ardiente. Y cuando al fin conseguí separarme de él, comprobé que los gritos habían cesado y que reinaba en el estadio un silencio letal. Desde la entrada del recinto, Cristóbulo me observaba lleno de estupor y no queriendo dar crédito a lo que estaba viendo: Pólux muerto y yo de pie, mirándole fijamente.

## 90

La noche que sucedió al combate, la recuerdo como una de las más angustiosas de aquel tiempo. Los delios ya no sabían qué hacer conmigo y me devolvieron a la cárcel. Inesperadamente, había acabado con su mejor pugilista, y debió de parecerles un castigo de Febo, por lo que decidieron no ajusticiarme. Estaba próxima el alba, y yo intentaba reconciliarme con el sueño, cuando irrumpió en la celda Cristóbulo para decirme:

—Al verte por primera vez en los atrios del santuario tuve un mal presentimiento, al que imperdonablemente no quise hacer caso... Eres una pesadilla en forma de cuerpo humano. Aborrezco tu mirada, tu sonrisa de cretino, tu aspecto de hombre

bueno y servil... Me gustaría matarte con mis propias manos, pero Apolo me ha enviado un sueño en el que me prohíbe mancharme con la sangre de un necio y un impío... ¡Esclavo eras antes de que Platón te concediera la libertad, y esclavo vuelves a ser en este momento, pues acabas de ser vendido a unos mercaderes que te sacarán de nuestra isla, a la que te aconsejo no volver mientras te dure la vida...! —gritó antes de salir de la prisión.

Y fue así como dos días después ya pertenecía en cuerpo y alma a unos mercaderes de Mileto. Al amanecer de mi tercer día en la cárcel, me condujeron al puerto. Nos hallábamos en el muelle Sacro cuando, al recordar de nuevo mi segundo sueño, me pregunté si no habría sido Akásar la palabra que Platón pronunció en la visión que tuve del instante final de su agonía. Desde la frontera que separaba la muerte de la vida, cuando la mirada empezaba a abrirse a la oscuridad, ya pasado el temor a perderse, ya pasado el horror, tal vez mi antiguo amo había visto, como yo, los cedros de Akásar y las piedras escritas...

También pensé que, dentro del privilegiado círculo magnético de Délos, la vida había ido adquiriendo para mí una nueva dimensión desde la cual los sueños, lejos de implicar el desahogo de acciones no consumadas durante la vigilia, eran una vía de conocimiento que se entrelazaba con mis pensamientos diurnos conformando un único espejo de profundidades que me sobrepasaban. Y me daba ahora cuenta de que a través de los sueños nos comunicábamos con los muertos y con los sueños de otros durmientes, de forma que el que soñaba se convertía en el puente entre los vivos y los desaparecidos: una franja de sombra a la que a veces llegaban luces chisporroteantes, que procedían tanto de las dimensiones de la vida como de las extensiones de la muerte. Uno y otro mundo se necesitaban para regenerarse, de manera que había siempre una zona de la vida que penetraba en la muerte, y una zona de la muerte que penetraba en la vida, a través de una misteriosa cúpula en la que el durmiente ocupaba el lugar más conjuntivo, convirtiéndose en un vivo que estaba muerto, y en un muerto que estaba vivo.

Toda la isla era en efecto magnética, y especialmente los lugares dedicados a Apolo, incluyendo la peña Negra y el remolino. De ahí que yo no quisiera irme de Délos y deseara volver al santuario del dios mántico, pues tenía la impresión de que si seguía la línea que me iban dictando mis últimos sueños no tardaría en abrirse ante mí una ventana desde la cual la vida, mi propia vida y la de los demás, me mostrara una faz desconocida por su misma transparencia. Estaba seguro de que desde mi llegada a Délos caminaba por una senda entre los vivos y los muertos, llena de encrucijadas donde me esperaban nuevas revelaciones; y yo no podía abandonar de pronto esa senda. Debía penetrar más en el misterio de Akásar, y para ello me parecía necesario continuar en Délos. Por eso, y porque volvía a mi condición de esclavo, fue tan penoso el viaje hasta Mileto. Recuerdo que cuando ya nos estábamos alejando de Délos me entregué al llanto y únicamente la esperanza de que quizá algún día podría regresar a su santuario, unido al convencimiento de que era mi deber escribir sobre

cuanto me estaba ocurriendo y de que el dios me había salvado la vida por algo, me impidieron arrojarme al agua.

En Mileto pasé algún tiempo en la casa de un rico mercader a la que solían ir algunos filósofos, siempre dispuestos a participar en los generosos banquetes que solía organizar mi nuevo amo. Su casa, que tenía las dimensiones de un palacio, se hallaba situada en la parte más animada de la ciudad, cerca del puerto de los Leones y del templo de Dionisos, y tenía un amplio patio central al que daban casi todas las dependencias, además de un lujurioso jardín con estatuas de los dioses y los triunfadores en diferentes olimpiadas.

Pronto hice amistad con dos esclavos de la casa, a los que acompañaba todas las mañanas al mercado. Gracias a ellos fui familiarizándome con una de las ciudades más fascinantes de Jonia. Un paraíso para los ricos y un infierno para los pobres, como enseguida comprobé. Y es que en Mileto las diferencias herían más que en Atenas, y en los mismos barrios convivían los más deprimentes mendigos y las familias más poderosas, enriquecidas en el comercio de la lana, la púrpura, el oro, la plata, los muebles, la cerámica, y toda clase de productos agrícolas.

Mileto me impresionó tanto como Délos, y especialmente el día en que, tras haber recorrido la avenida principal, desde la Puerta de Hierro a la vía Sacra Central, descubrí el templo de Apolo délfico. También allí estaba el inmortal que ya me había salvado una vez la vida, y cuyo recinto esperaba poder visitar en secreto, pues estaba de nuevo dispuesto a comunicarme directamente con el dios, negando el papel de intermediarios entre la tierra y el cielo que se atribuían desde antiguo los sacerdotes. Ocurría sin embargo que por las noches no podía salir de la casa de mi amo, pues trabajaba de copero en sus continuos festines que, invariablemente, acababan en orgías donde participaban numerosos efebos y hetairas. Recuerdo haber visto en esos banquetes escenas saturadas de lascivia, en las que se practicaban las cópulas en grupos de tres y cuatro personas, cuando ya ni ellos ni ellas parecían tener conciencia de sí mismos. A tales festejos solían asistir, como he indicado, los filósofos más célebres de la ciudad; y por lo que pude ver, eran, como los sacerdotes, hombres llenos de jactancia, despiadados con los esclavos y a menudo fatuos, a pesar de que podían pasarse horas y horas hablando de ética, estética, metafísica, política, aritmética, geometría y mitología, tanto griega como bárbara. Yo me acobardaba mucho cuando les oía hablar, y me torturaba preguntándome por qué después de haber leído más de un diálogo de Platón no entendía qué querían decir cuando hablaban del «ser», del «no ser», del «infinito contenido en un solo punto», del «aire superior y el aire inferior», del «átomo», del «vacío», y de la «anti-tierra», que al parecer era una esfera que rodeaba el «fuego central» de la tierra, y que un humilde servidor ni siquiera podía imaginar.

Pero una noche, animado por el vino, me atreví a interrogarlos. Con voz temblorosa, y con la mejor voluntad del mundo, les pregunté si creían que en algún lugar de la tierra, o entre el cielo y la tierra, o entre la tierra y la anti-tierra, podía

encontrarse una isla de inmortales llamada Akásar, donde estuviese depositada la memoria de la raza humana y la de todo el universo. Huelga decir que los sabios de Mileto se rieron de mi isla de los inmortales, que consideraban un invento típicamente platónico, y, o bien me tomaron por un loco, o bien por un tonto, o bien creyeron que me estaba burlando de ellos; y acabaron insinuándole a mi amo que no debía dejar hablar tanto a los esclavos, pues ellos sólo aceptaban coloquios de cierta altura; lo que me valió veinticuatro latigazos, tantos como años acababa de cumplir, por meterme donde no debía y por interrumpir las conversaciones de hombres excelentes que tenían por misión en esta vida esclarecer los misterios de la condición humana y la condición divina.

Mas yo no claudiqué y una madrugada en que un geómetra famoso me preguntó dónde creía yo que podía encontrarse la isla de los inmortales, le respondí:

—Febo me indicó que esa isla está más allá de Oriente...

—¿Y qué procedimiento eligió el dios para llegar a ti? —inquirió mi cultivado interlocutor.

—El más habitual en él —le dije yo—. Apolo me deparó un sueño parecido a la muerte.

Mi alusión al dios provocó la risa del docto, que enseguida fue secundada por todos los comensales. No necesito decir que yo no pertenecía al batallón de los incrédulos que ya no sentían las heridas que los inmortales infligen desde lejos ni oía sus voces apareciendo y desapareciendo en la brumosa frontera que va del entresueño al sueño. Por eso no me desanimé, y acabé haciendo amistad con un filósofo de la vecindad llamado Demetrio, que me pareció el más proclive a aceptar que pudiese haber, en algún mar de la tierra, una isla donde dejase de pasar el tiempo y donde el ser y el saber conformasen una única e invariable naturaleza.

A Demetrio le impresionaba que yo hubiese sido esclavo de Platón y le conmovía mi caligrafía, que consideraba infantil. Sus ojos, penetrantes y melancólicos, me recordaban en algo a los de mi antiguo amo, y yo le tenía en gran estima, si bien rara vez le entendía lo que me quería decir, justo al revés de lo que me había ocurrido con Platón.

Un anochecer decidí ir a visitarlo a su casa para hacerle partícipe de mis tribulaciones íntimas, y penetré en su morada sin llamar. Iba recorriendo un largo pasillo cuando divisé al fondo una luz amarillenta. Hipnotizado por la luz, seguí adelante hasta que llegué al final del corredor. Fue allí, bajo tres lámparas de aceite que pendían de un candelabro, donde vi a Demetrio estrechando a un muchacho de doce o trece años. Por su forma de poseerlo, sospeché que el niño era su alumno, pues se trataba de un simple frotamiento de muslos. Oculto tras una gran vasija, vi cómo Demetrio introducía su lagarto rojo entre los muslos del efebo mientras le besaba los cabellos y la frente. El niño permanecía inmutable, como es de rigor que ocurra entre los discípulos, pero el filósofo parecía cada vez más concentrado en su empeño en llegar cuanto antes al escalofrío. Y finalmente llegó: bajo la luz cetrina, sus brazos

temblaron mientras apretaba con fuerza el torso del niño, que gimió levemente cuando ya el rocío discurría por sus delicados muslos. No me pareció el mejor momento para hacerle consultas a Demetrio y, antes de que me descubriera, atravesé la galería y volví a la calle. No mucho después, llamé a su puerta, y Demetrio me abrió, algo azorado y con los ojos idos. Pero era un hombre sumamente amable, y me pidió que pasara. En el fresco patio de su casa estuvimos conversando un rato en compañía de su efebo. Yo le hablé de Akásar y de la memoria humana. Mientras me escuchaba, me ofreció un kylix lleno de rico vino de Ismaro. Lo apuré agradecido y se lo pasé. El bebió a su vez, después depositó el vaso sobre la mesa y me dijo:

—El mundo, para ser perfecto y poseer la pura redondez que imaginó Parménides, ha de albergar en él un punto donde accedamos a todo el ser y a todo el saber. En ese punto el tiempo y el espacio serán uno... Puedes, si quieres, llamar Akásar a ese punto, o puedes llamarlo de cualquier otra forma. Pero ese punto existe, y alguien lo descubrirá tarde o temprano, y verá lo que nadie ha visto...

—Habláis de un punto, no de una isla...

—Hablo de un punto infinito, como los que jalonan el recorrido de Aquiles y la tortuga según la aporía de Zenón... Un punto perdido en la inmensidad, que puede ser una isla, o un valle muy profundo, o un cerro en medio del desierto...

Creí que me volvía loco y a partir de entonces decidí no comunicar a nadie mis pensamientos.

Pero mi obsesión por descubrir el enigma de Akásar no me abandonaba, y una de las pocas noches en que no hubo banquetes en casa, decidí penetrar en el santuario de Apolo délfico, pues pensaba en Diotima continuamente y rara era la mañana en que no me despertaba, rebotante de amor, con su imagen en la cabeza.

Recuerdo que desde la casa de mi amo bordé el flanco meridional del barrio portuario, atravesé la oscura calle que separaba el templo de Dionisos y el Bolouterion, llegué a la vía Sacra Central, y conseguí introducirme en el Delfinion a la hora más silenciosa de la noche, cuando ya estaba próxima el alba profunda. El Apolo que hallé en el lugar más sagrado del recinto me fascinó tanto como el de Délos. Sus ojos eran pura luz, su boca estaba prodigiosamente biselada, y todo en él era distancia serena y concentrada interioridad. Me quedé paralizado ante su mirada, hasta que cerré los ojos y creí que una voz de mujer me susurraba, desde los médanos más vaporosos de mi propia conciencia, que mi destino era retornar a la isla sagrada que vio nacer a Febo, donde hallaría la clave del misterio de Akásar y de mi segundo sueño en Délos.

Ya se oían a lo lejos los ladridos de los canes de sagaz olfato que, al igual que en Délos, custodiaban el Delfinion, cuando me precipité fuera del santuario y alcancé la vía Sacra, desde donde retorné una vez más a la casa de mi amo.

Llevaba tres años en Mileto, recordando todos los días mis noches delicadas, cuando mi amo, ya moribundo, me concedió la libertad. Tras sus funerales, recibí como herencia una pequeña suma de dinero, y tres días después decidí regresar a Délos con la esperanza de que Cristóbulo no me reconociera. Mi deseo de volver a la isla de Apolo era tan intenso que hasta que no supe de un barco que hacía la ruta de las Cicladas no pude conciliar el sueño.

En el puerto de los Leones subí a la nave que debía devolverme finalmente a la isla de la que nunca quise salir, y que sin embargo me llevó al reverso más negro del sueño de Akásar. Y es que en cuanto dejamos atrás Mileto, empezaron los motines, así como los bruscos cambios de rumbo, peligrosos siempre, pero sobre todo cuando está próximo el invierno y pocas son las naves que se aventuran a cruzar el Egeo. Una vez más, Délos se estaba convirtiendo para mí en la roca inalcanzable, en la isla viajera que, según las leyendas, erraba antiguamente por el mar despojada de raíces, y, como el tallo de los asfódelos, flotaba según la marea, siguiendo las corrientes marinas y los vaivenes del Notos y el Euros.

Tras una violenta tempestad que partió el mástil de nuestra nave, nos vimos a merced del viento y con nuestras vidas en los brazos desalmados de las olas, avanzando hacia el sur, por una oscura región plagada de islotes. Algunos decían que nunca llegaríamos a puerto, y censuraban a un tuerto llamado Lépedo, hombre de taimadas intenciones que acostumbraba a beber vino sin mezclar y que se había hecho con el mando de la nave tras degollar al capitán. Ya para entonces, los víveres se habían acabado, y los marineros empezaban a devorar el cuero de sus sandalias.

Hasta que una noche el barco encalló junto a una pequeña isla, que fue nuestra salvación y nuestro infierno. Llevábamos diez días sin movernos, muertos de hambre y de frío, cuando Lépedo ordenó a tres de sus hombres que acabasen con Cikias, un muchacho de piel aceitunada y suaves modales, con el que yo había hecho cierta amistad... Prefiero no recordar sus ojos cuando sintió que lo miraban como algo comestible.

Un olor dulzón impregnó después todo el islote y los asesinos se prepararon para el banquete, pasando por alto que iban a ingerir un alimento prohibido que ocultaba en sus fibras ascuas de fuego. Concluido el festín, Lépedo y los suyos se entregaron a la lujuria en una cueva que se abría tras un pequeño pinar. Fue entonces cuando Oblas empezó a enloquecer. Cikias era su mejor amigo, y ahora creía que le hablaba desde el estómago, censurándole el doble crimen. Su propio ombligo le parecía la boca de Cikias, que una y otra vez le decía: «Fuiste el primero en probarme. ¿Y tú eras mi mejor amigo?»

De nada le sirvió cubrirse con las manos el ombligo; la voz de Cikias seguía reprochándole la infamia. Presa de la desesperación, Oblas intentó clavarse la espada en el hígado; pero después lo pensó mejor y, tras decirnos adiós con la mirada, se arrojó al agua desde la roca más alta del islote, siendo inmediatamente ingerido por un pez de dientes como cuchillos.

Llegó la noche, y los dos empezaron a gemir desde el vientre del pez. Hasta mí llegaban sus lamentos de seres que ya nunca descansarían bajo la tierra, confundándose con las risas de Lépido y sus amigos.

## 88

Mientras reanudan el festín en la gruta yo intento no perder el poco control de mí mismo que me queda. Siento deseos de gritarles que son unos malnacidos, pero al final vence mi cobardía. A media noche, los veo salir de la cueva. Lépido va el primero. Noto abultado su vientre y su único ojo visible empieza a parecerme el de Polifemo. De pronto me descubre, rígido, helado, a unos veinte pasos de él, y tras señalarme con el dedo empieza a reírse.

—¿No tienes hambre? —me grita, aproximándose con torpeza.

—Eres peor que el monstruo cornudo de Creta —le digo—, y hasta mí llega tu pestilencia...

Sus dos secuaces se ríen, pero él parece cada vez más serio. Les ordena silencio, y me vuelve a señalar con el dedo.

—Desde que te vi la primera vez me molestó tu presencia, y no me explico por qué no decidí empezar contigo... ¡Acércate y atrévete a repetir lo que has dicho...! —me grita.

En lugar de hacerle caso me echo a correr por el pinar, provocando una vez más sus risas. La isla es pequeña, y saben que podrán capturarme en cuanto se lo propongan; por eso se olvidan de mí y se acercan a la nave que sigue incrustada entre dos rocas. Allí encuentran un ánfora llena de vino añejo y pronto empiezan a ser poseídos por el más demente de los transportes báquicos. En medio de la borrachera, Lépido empieza a gritar mi nombre mientras señala las tiras de carne que cuelgan de uno de los pinos como lúgubres estandartes. Después se oculta con sus hombres en la gruta, y continúan la fiesta.

¿Qué puedo hacer?, me digo presa de la angustia; y al ver la enorme piedra que a duras penas se sostiene sobre la cueva, tomo una severa decisión. Pero antes de intentar moverla, corro hacia la nave en busca de una vasija llena de brea que descubrí hace días y la escondo tras un pino. Después, trepo por la roca y empujo la piedra, que cae sobre la boca de la gruta, cubriéndola casi por completo. Lépido y sus amigos empiezan a gritar al sentirse apresados. La piedra ha dejado un pequeño hueco por el que Lépido consigue sacar la mano derecha. Yo la golpeo con un madero y, tras dar un grito, no le queda otro remedio que ocultarla.

Vuelve el silencio, tan sólo mancillado por los cuchicheos de Lépido y sus dos aliados. De pronto, noto que la piedra tiembla. Ahora han aunado sus fuerzas y pretenden desplazarla de la boca de la cueva. Mientras lo intentan, yo vierto el alquitrán por el hueco, que se va deslizando hacia el fondo de la gruta. Después le

prendo fuego y empiezo a oír sus blasfemias. Sospecho que hacen lo posible por mitigar las llamas, pero no lo consiguen. El humo venenoso les ahoga. Vomitan maldiciones, gimen, sollozan; pero yo no cedo y vierto más alquitrán antes de tapar completamente el agujero, pues no soporto el olor a carne quemada que sale de la gruta.

A media noche, cuando ya han cesado sus gritos, me alejo del pinar y me oculto en otra cueva, consumido por el hambre y por el frío.

Al fin me he librado de ellos, pero empiezo a sentirme enfermo, y sé que hasta la llegada de la primavera nadie podrá rescatarme. La fiebre me devora y antes de que me lleve la muerte, voy a ocultar el testimonio escrito de mis viajes en la vasija que contenía la brea y, tras taponarla con alquitrán endurecido, la voy a enterrar en este refugio.

El viento gime y el mar ruge, como si en sus densas olas se agitasen miríadas de almas en pena... Mientras oigo sus lamentos, continúo escribiendo mi mensaje con brea líquida. A ratos miro la luna y le digo que me hable de los viajeros que se perdieron antes que yo y murieron mirando su rostro de máscara funeraria. ¿Alguno llegó a la isla que Diotima me mostró en sueños?

La luna continúa en mitad del cielo. Yo la sigo mirando y creo entender por primera vez en mi vida el sueño de Délos... El mundo que tenía que desaparecer, ya está desapareciendo... Lo que ahora está pasando aquí, ocurrirá mañana en todas partes; por eso la luna parece tan roja, porque en su faz redonda se refleja ya la sangre que regará la tierra; más de la que discurre por los versos de Homero, y más de la que pudo imaginar Esquilo. Platón lo sabía; pero no entendí su vida y por eso tampoco pude entender su muerte... Ni para él ni para mí habrá islas pobladas de cedros y losas escritas; sólo rocas grises, de formas monstruosas. No hay aquí memoria, nunca la hubo, y al fin todas las cosas están llenas de abismos, en contra de lo que decía Diotima. Ella me prometió que nos volveríamos a ver... Pero ¿dónde? ¿Más allá de la vida? Diotima mentía y se reía de mí desde la seguridad que le daba saberse muerta. Y sin embargo, una vez vi la belleza con ella, y su recuerdo hizo más soportable mi cautiverio y fue redimiendo de algún modo mis días. Ojalá redima también mi muerte y mi escritura sea la entrada a un jardín en cuyo mismo trazado se resuelva el enigma que ahora me atormenta, y se ilumine la sima en que se ha ido convirtiendo mi vida. Pero... ¿y si el futuro viajero que un día encuentre la vasija decide quemar mi manuscrito por creerlo una locura? No, nadie destruirá jamás mi testimonio, nadie. Que la maldición eterna de Febo y sus hermanos caiga sobre quien pretenda apagar las llamas que crepitan en cada palabra de mi testamento, y ya que he sufrido tanto desde que salí de Academos, que el destino sea benigno con mi último deseo y más benigno aún con el sueño de Akásar.



## OCHO

87

La noche que precedió al hallazgo de la vasija de Tasio, Sibilia, una de las concubinas de mi padre con la que yo mantenía una relación secreta, me dijo tras haber retozado conmigo en el lecho:

—No debes ir con otras, Procoro, y sobre todo no debes ir con Petra, esa culebra... Tiene menos años que yo, pero su alma es más vieja. No la persigas, no la desees o me mataré; y si lo hago no te olvides de esta profecía: tiempo después de que yo muera, morirás tú también, solo, perdido y enloquecido...

Asustado por el cariz que estaban tomando las cosas, le dije que todos moríamos solos.

—Sí, pero sobre todo tú, que eres el peor enemigo de ti mismo. Y ese enemigo te llevará a lugares que ni siquiera imaginas... —sentenció.

Ni Hermes ni Apolo quieran que se cumpla semejante profecía, me dije a mí mismo, y al contemplarla de nuevo, su mirada me pareció de una nobleza peligrosa. Me acerqué a ella, la besé en el cuello y le susurré que no tenía la más mínima intención de volver a ver a Petra. No mucho después, Sibilia se perdió por el pasillo que conducía al gineceo y, solo en mi aposento, intenté reconciliarme con el sueño acudiendo a los *Versos de Oro* de Pitágoras. Varias veces leí la regla que aconseja una vida austera y viril, pero no me sirvió de nada. Me dominaba la ansiedad, enfermedad que nos impide detenernos en las formas y en sus contenidos, dándole a nuestra vida la apariencia de una fuga permanente que a la vez que nos hace esclavos del presente nos impide habitar plenamente en él.

Me serví una copa de vino y lamenté que Sibilia hubiese nombrado a Petra. En otras épocas de mi vida, en las que se fue incubando todo lo que ahora me atormenta, mi madre tejió en torno a mí un cerco de niebla, al permitirme caprichos que le negaba a mi hermano Arcadio, y que en lugar de convertirme en un niño sosegado me hizo más ansioso que mi hermano, y más quebradizo. Tal vez mi madre creyó que mis nervios no eran tan fuertes como los de Arcadio, y quiso, mientras le duró la vida, aliviar un camino que intuía difícil... Volví a colmar la copa y lamenté una vez más que Sibilia hubiese evocado a Petra... Mi madre había comprado esa esclava para mí... No se lo había dicho a nadie, pero yo lo sabía... Desgraciadamente, mi progenitora falleció dos días después de la compra, y mi padre tomó posesión de Petra, ignorando las intenciones de mi madre y las mías propias, como era su costumbre. Pero yo no me resigné a aquella situación, y ya había estado una vez con Petra, que hacía honor a su nombre, pues eran duras sus carnes y parecía hecha de piedra volcánica.

Colmé por tercera vez la copa y pensé en Sibilía, que me había iniciado en el amor. No quería traicionarla, ni quería que se cumpliera su profecía, pero de nuevo me sentía perdido y necesitaba agarrarme a un cuerpo muy sólido: a Petra, que ahora me parecía la única boya posible a la que poder asirme en medio de aquel torbellino que surgía en el centro mismo de mi cuarto. Por eso me vi obligado a arrastrarme hasta la alcoba de la mujer de piedra. La hallé tendida en el lecho, y parecía ser víctima de una pesadilla. Me acerqué a ella, la estreché y le dije cosas que quizá nadie le había dicho en toda su vida de concubina. Entre sollozos, Petra me dijo que me amaba y que si quería seguir visitándola por la noche debía dejar de ver a Sibilía. Después me pidió protección, ignorando que era ella la que me protegía a mí. Yo notaba su fortaleza en su forma de respirar, en su mirada y en su voz. Si había en ella inseguridad, era porque no escuchaba su propia respiración, pensé.

En la penumbra de olor a jazmín y a salitre volví a ser partícipe de su sosiego interior al recorrer con las yemas de los dedos su cuerpo de hija de las islas más graníticas del Egeo. Y mientras mis dedos se detenían en sus senos, que brillaban en la claroscuro atmósfera del cuarto, le pedí que me hablase de su vida, pues su voz me producía la misma sensación de paz que la dulzura de su mirada o el esplendor lítico de sus nalgas. Junto a ella mis nervios recobraban sus límites, y no miento si digo que había en mis abrazos más ansia de cordura que deseo carnal, aunque Sibilía no quisiera o no pudiera comprenderlo.

Ya había amanecido cuando abandoné su lecho. No tenía sueño y decidí dar un paseo por la playa hasta el acantilado sobre el que se alzaba el templo de Poseidón. Recuerdo que caminaba muy cerca de las olas cuando Icarío, un pescador que conocía mis paseos matutinos, me salió al encuentro.

—Señor —me dijo—, voy a ir a pescar esponjas hasta la isla de los ahogados. Podéis acompañarme si lo deseáis...

—Claro que lo deseo —dije subiéndome con él a su barca.

Icarío llamaba con ese nombre a un islote del grupo de los Pserimos en el que habíamos descubierto el esqueleto de un barco del que sólo quedaban la columna vertebral y dos costillas. En aquel islote, rodeado de aguas claras y profundas, abundaban las esponjas grandes y suaves, únicas en todo el Egeo. A ellas iba unida la leyenda de que eran tan hermosas porque se alimentaban de los ahogados que las corrientes arrastraban hasta allí.

Hora y media después de haber dejado atrás Kalimnos, llegamos a la única playa de la isla. Yo me quedé en tierra e Icarío se acercó al esqueleto del navío. Amarró la barca a una de las costillas de madera y se arrojó al agua. Las esponjas se hallaban a más de quince brazas del fondo, y hasta ellas descendía para arrancarlas enteras.

Mientras él cumplía con su trabajo, me acerqué a la pequeña gruta donde hacía días había descubierto un alfa tallada en la roca. Llegué a la cueva y decidí remover la arena. Fue entonces cuando encontré la vasija de Tasio, que se rompió al chocar con la hoja de mi cuchillo. En el interior del recipiente hallé un mensaje escrito sobre

papiros en los que las letras parecían mineralizadas. Esa misma mañana, le leí a Icario el manuscrito.

—¿Crees que está próximo el fin de nuestro mundo, como soñó el autor de este mensaje? —le pregunté tras la lectura, cuando ya nos disponíamos a comer.

—¡No!

—¿Y crees que lo pudo escribir un esclavo de Platón?

—No conozco a Platón...

—Debí suponerlo... ¿Y Akásar? ¿Crees que existe?

—¿Cómo voy a creerlo? —me respondió—. Haríais bien en quemar esos escritos... Son una fábula urdida por un loco...

—Puede que tengas razón. Sin embargo, creo que en la palabra Akásar se oculta un enigma... Todas las palabras que vienen de Apolo dicen más de lo que indican... —le advertí, pensando en la posibilidad de trasladarme a Délos y consumir el viaje que Tasio no concluyó.

Icario esbozó una sonrisa escéptica, y por primera vez me sentí como Tasio, preservando su testamento en un mar de bestias incrédulas.

Cuando acabamos de almorzar, convencí a mi amigo para que me acompañara hasta la cueva que se hallaba al otro lado del pinar, y cuya boca estaba bloqueada por una piedra grande y redonda. Ya frente a la piedra, le pedí que me ayudara a desplazarla. Me hizo caso a regañadientes y empezamos a empujar. Tras no pocos esfuerzos, conseguimos que la piedra se moviera y rodase por el resbaladizo declive que bordeaba el pinar, con tal mala suerte que fue a caer sobre la barca, destrozándola completamente.

Icario comenzó a blasfemar, pero yo no le hice caso, absorto como estaba en la contemplación de los tres esqueletos que se hallaban en la gruta. Ellos eran la prueba de que Tasio no mentía, y agradecí a Apolo el hallazgo.

—¿Y ahora cómo volvemos a Kalimnos? —aulló mi amigo.

Los hombres de poca fe, pensé para mí, son más dañinos que la peste, pues llevan dentro de sí la enfermedad del desaliento y son los peores enemigos de nuestras alianzas con los dioses.

—Volveremos en aquella nave —le dije señalando un barco que pasaba a menos de una legua del islote—, ¿Crees que Febo nos iba a dejar abandonados?

—¿Y mi barca? —gritó—. De ella vivo y gracias a ella como.

Le arrojé una moneda de oro que atrapó con la boca como un perro, y acto seguido comenzamos a llamar al barco, cuyo capitán nos envió una chalupa tripulada por dos marineros.

Ya era de noche cuando regresamos a Kalimnos. Tras cruzar el barrio de los pescadores y bordear el templo de Apolo, llegué a la casa de mi padre. La sorpresa que allí me esperaba tenía mucho que ver con el testimonio de Tasio, pues parecía apuntar a una misma oscuridad. Sibilia se había colgado de una viga de mi alcoba. Y

ahora me miraba rígida, desde las alturas, y eran sus ojos dos simas hacia arriba que desembocaban en un mar sin luz.

## 86

El llanto acudió a mí, y Sibilía empezó a parecerme una mujer generosa hasta el delirio y posesiva hasta la autoinmolación. El recuerdo de su voz se fundió en mi memoria con las palabras de Tasio la noche en que todos le abandonaron, y durante unos instantes olvidé dónde estaba y qué hacía.

La cuerda que la sostenía se rompió de pronto, y su cuerpo cayó sobre el lecho, muy cerca de mí. Rocé sus muslos, olí sus cabellos, y enseguida sentí en la garganta la nauseabunda dulzura de la muerte.

Continué de pie, en medio de la alcoba, preguntándome si no habría llegado el momento de cambiar de vida y de olvidarme de las concubinas de mi padre, de las noches en vela, y de las tardes tendido en el lecho, procurando no oponer ninguna resistencia a la mortecina inmensidad del mundo... Ya no me extrañaba que mi padre, Lisipo el Viejo, dueño de los astilleros más grandes de las Espóradas, empezara a fijarse en mi hermano menor, con la intención de ir dejando a su cargo las posesiones familiares. Desde hacía dos años, no me negaban nada, y sospecho que habían ordenado a más de un esclavo que se las arreglara para que hubiese siempre cerca de mi mano una copa llena de vino. Aspiraban a que mis propios excesos me matasen sin necesidad de recurrir a más venenos, y no me quedaba otro remedio que admitir que había en ese proceder más pragmatismo griego del que creí ver al principio.

Aún seguía en mi alcoba cuando irrumpió en ella Petra y me vio inmóvil ante el lecho, mirando a una mujer que le pareció dormida, y que ella conocía bien.

—¡Traidor! —rugió—. Me juraste que esa serpiente nunca más reptaría hasta tu cama.

—Y nunca más lo hará —le dije.

Mis palabras la inquietaron y caminó hasta el lecho. Se fijó primero en Sibilía y después miró hacia el techo, descubriendo el trozo de sogá que pendía de la viga. Se quedó unos instantes paralizada, antes de empezar a gemir.

—¿Aún te sigue pareciendo un reptil? —le pregunté—. Ya no hace falta que sigas suplicando su muerte a los dioses. Tus deseos se han cumplido.

—¿Tan cobarde eres que no quieres asumir la responsabilidad que te corresponde, y tan ciego estás que no ves que se ha matado porque se sentía vieja? —dijo con frialdad, y huyó de mi alcoba poco antes de que hiciese aparición mi padre.

—¿Qué hace aquí Sibilía? —gritó.

Como me resistía a contestar, se acercó a la difunta y murmuró:

—Ya entiendo... Algo me habían dicho de tus relaciones con ella... ¿Muerta?

Asentí.

—¿Y tú eres mi primogénito? Te acuestas con mis concubinas, las humillas, las incitas a la muerte... Vives fuera del mundo, no me ayudas, no me sigues; y eres motivo de burla en todo Kalimnos...

A punto de sollozar, le dije:

—Siento todo lo que está pasando, padre... Creo que me estoy perdiendo... Necesito ir a Délos para pedirle al dios que me ilumine...

—¿A Délos? ¿Y por qué no al fin del mundo? Qué simple y qué necio resultas a veces... —gritó, y salió del aposento murmurando improperios contra mí.

Como si se tratase de una procesión en la que participaran todos los componentes de mi familia, apenas había desaparecido mi padre cuando irrumpió en la alcoba mi hermano Arcadio, que acababa de cumplir los dieciséis años y que se diferenciaba de mí por el mucho aprecio que se tenía a sí mismo y por su obsesión en querer parecer la quintaesencia de la dignidad aristocrática. Arcadio miró a la difunta, después me miró a mí, e hizo un gesto de profundo desagrado.

—Es lo único que te quedaba por hacer para que empezases a parecerme un héroe —dijo antes de salir de la habitación.

Al quedarme solo volví a fijarme en Sibilia. Me zumbaban los oídos, y sentía que toda mi memoria se precipitaba hacia una oquedad sin vida en la que no se percibía el más mínimo ruido, ni siquiera el de mi respiración. Por eso puedo decir que durante algún tiempo fui un hombre sin respiración en una alcoba en la que yacía una mujer y donde ya se sentía el quehacer de la muerte.

Un murmullo empezó a recorrer la casa, como si todas las personas y todos los objetos se hubiesen puesto a temblar a la vez. Y como un marino que hubiese caído al agua en día de tempestad y luchase por alcanzar una de las boyas del puerto, único punto de referencia en medio de la oscuridad, deseé conformar con ella un solo cadáver. Como la noche anterior, volvía a necesitar una roca a la que agarrarme, y miré de nuevo a Sibilia. No tenía la lengua fuera, y eso hacía aún más extraña su muerte, por no decir más incierta... Me dije a mí mismo que no podía estar muerta, y que su expresión resultaba demasiado dulce... El rumor se fue acrecentando, y me arrojé sobre ella. Enseguida noté el calor otoñal de su cuerpo y el sabor salado de sus labios y sus mejillas...

—¿Por qué te creí muerta? ¿Por qué te creyeron todos muerta? —grité estrechándola con todas mis fuerzas, mientras el rumor de fondo se hacía cada vez más envolvente—. ¿Por qué no quise advertir que tu apariencia no era la de la muerte? ¡Estás más viva que Petra, y mucho más viva que mi padre, y mucho más viva que Arcadio...!

El rumor, ahora estruendoso, se fue convirtiendo en clamor. Y cuanto más me envolvía aquella demencia sonora más me agarraba a Sibilia y más elevaba la voz.

—¡Despierta y dime a qué lugar viajaste en sueños para estar tan caliente...! Tu piel me quema... Déjame estar dentro de tu fuego, que destruye y purifica; porque tú

me destruías y me purificabas cada noche, por eso estás más viva que yo, y más viva que los dioses...

Mi voz llegó hasta el jardín donde se hallaba mi padre, que acudió corriendo a mi aposento, con los demás de la familia.

—¡Lamentarás haber blasfemado así contra los dioses! —rugió mi progenitor separándome de Sibilía, mientras Arcadio me miraba lleno de indignación.

## 85

Los funerales de Sibilía se celebraron en secreto y a ellos sólo asistimos mi padre, la madre de la difunta, y yo. La vieja Agimma, que me miraba como a un asesino, convirtió el velorio en un infierno. En las pocas ocasiones en que me vi libre de su mirada, pensé que ni ella ni el recuerdo de Sibilía me iban a dejar vivir en paz, y que había llegado el momento de abandonar la casa de mi padre.

Los días que sucedieron al funeral los pasé en la terraza de mi aposento, meditando en todo lo que podía haber en mi vida de destino y de azar, de razón y de locura. La muerte de Sibilía coincidía con el hallazgo del manuscrito de Tasio, obligándome a ver ambos hechos como profundamente emparentados. Desaparecía la mujer que me había iniciado en los misterios del amor, y aparecía un mensaje que me iniciaba en los misterios de Akásar, que tenían su centro magnético en Délos, como cabía deducir del testimonio de Tasio. Délos me parecía la nueva roca a la que yo me podía agarrar. A esa creencia se unía la sospecha, ya presente en mi infancia y alimentada a veces por mi madre, de que yo, a pesar de mi fragilidad nerviosa o quizá debido a ella, estaba destinado a llevar a cabo algo grande y único, que adquiriese el viso de una revelación, iluminando las tinieblas de mí mismo y de los otros. Y ahora me parecía que esa revelación sólo podría tener lugar en el punto exacto del santuario délico donde Tasio encontró a la intra-mujer. Y es que según mi modesto entender, no se podía imaginar un mundo perfecto sin ciertos lugares en los que se hiciese visible y gozable la eternidad, y quedasen redimidas todas nuestras equivocaciones, hijas de nuestra limitada condición mortal. ¡Cómo concebir un mundo sin esos fundamentales puntos de apoyo...! Y sin embargo, Tasio había sido el único hombre empeñado en buscarlos... Délos sería mi refugio... La isla ideal para meditar en todo lo que me había ocurrido y me podía ocurrir; lejos del acoso de Agimma, de Arcadio, de Petra, que rondada continuamente por las proximidades de mi aposento, y de Sibilía, cuyo fantasma me venía a visitar por las noches, impidiéndome dormir. No podía pasarme la vida inmovilizado por mis propios caprichos y mis miedos, me decía a menudo para darme ánimos, no podía seguir ni un solo día más en Kalimnos. Y es que a las razones ya señaladas se añadían otras, no menos relevantes. La primera y más definitiva residía en el hecho de que durante los tres siglos que el manuscrito de Tasio había permanecido en el islote de las esponjas, únicamente yo había dado con él. Si

su mensaje tenía algo que ver con Apolo, y resultaba evidente que sí, yo era el nuevo señalado por el dios, aunque mi humildad me impidiese reconocerlo; y el mensaje de Febo apuntaba al lugar donde Tasio se había unido a la pitonisa. ¿Y cómo comparar a Diotima con Sibilia o Petra? La intra-mujer y la mujer no eran homologables, pues se trataba de muy distintas entelequias, situadas en diferentes dimensiones del ser. Y así, mientras que la intramujer nos conducía a la sabiduría, la mujer, según me iba pareciendo, tenía cierta tendencia a conducirnos a la locura.

Una de aquellas madrugadas, Petra acudió a mi alcoba descalza y llorosa, se sentó junto a mí y, evitando mirarme, empezó a decir:

—No entiendo lo que te ocurre, Procoro... La ausencia de Sibilia no puede trastornarte tanto... Ahora te siento siempre lejos, en un lugar parecido a la muerte.

—No tienes derecho a hablarme así —le dije, dolido por sus palabras—. No quiero ver a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—Tu presencia es la que más me perturba, porque es la que más me ata a esta isla en la que ya no consigo conciliar el sueño —le contesté, y añadí—: Unas horas antes de que muriese Sibilia, o quizá en el mismo momento en que agonizaba, supe que tenía que abandonar Kalimnos por un tiempo. Todo cuanto le hurté a mi padre se lo devuelvo...

—¿Y yo sólo soy un objeto de tu padre? No te sienta bien la soledad, Procoro. Si te dejo solo volverás a entregarte a ese mortífero sopor que ya casi te ha matado el brillo de los ojos...

Sabiendo que me hallaba ante una mujer muy testaruda, empecé a simular un súbito trastorno, e intenté darle a mi mirada todo el poder disuasorio que suele tener la de los locos.

—Sal de aquí, y considera una bendición de los dioses no volver a tener tratos conmigo. Soy más venenoso que tú, porque tengo menos voluntad, y conmigo sufrirías más que con mi padre y con mi hermano, a los que estoy dispuesto a llamar si no te marchas...

Petra empezó a temblar.

—No sé de qué me hablas —dijo acercándose a mí—, ¿Quieres irte unos meses de Kalimnos? Lo entiendo; lo único que no comprendo es tu actitud ante mí, después de las noches que hemos compartido...

—¿Y Sibilia? —grité.

—Sibilia murió. Ya no está entre nosotros —dijo.

Como siempre, ella tenía razón, y su cordura no sólo estaba en sus palabras, sino también en el tono de su voz, en su compostura y en el torneado de su figura destacándose contra la pared azul. Y una vez más supe que tendría que acercarme a ella. La pared azul parecía el mar, lleno de vetas cobrizas. Y Petra era una isla, recortándose contra el agua con la precisión meridiana que mi mirada necesitaba para

orientarse de verdad y superar aquella nueva sensación de pérdida que me incitaba a dudar de todos mis propósitos y me hacía sentir un inquilino en mi propio cuerpo.

Por eso la estreché con tanta fuerza. Roca volcánica. Cielo en la tierra. Cielo sólido como la piedra, que antes ha sido fuego terrenal. Formas que me ayudaban a recordar que tenía piel, que tenía sed, y que tenía miedo. En ellas descubría mi naturaleza mortal y mi deseo de seguir vivo y despierto.

Besé sus labios, bebí sus lágrimas, y mientras la desnudaba pensé en la mujer que llevo dentro y me pregunté si no sería parecida a Petra... De pronto, admití la posibilidad de unir mi destino a ella, para que me acompañase a Délos. Sería como llevar conmigo un ancla, tan necesaria en las noches de borrasca íntima. La arrastré desnuda hasta la terraza, volví a besarla y le dije:

—Nuestro mundo va a desaparecer, Petra. El día mismo que murió Sibilia tuve una revelación. Arderá Kalimnos, arderá Grecia... Ocurrirá lo mismo que pasó en Pompeya hace quince años. Ríos de lava hirviente se abatirán sobre las ciudades; nubes de ceniza envenenada anegarán las calles llenas de muertos... Habrá pocos sitios seguros para vivir, y será necesario llevar una existencia itinerante, para la que habrá que estar preparados... Yo voy a empezar enseguida ese aprendizaje yéndome a Délos... ¿Vendrás conmigo?

Petra me miró en profundidad antes de decir que no.

—Me asombra tu respuesta —le dije—. Tienes que venir conmigo, Petra. Salvarás tu vida... Comprende que te hago partícipe de mis secretos porque te quiero. Ni a mi padre ni a mi hermano les pienso avisar... No me creerán, les ciegan las apariencias y el ver que todo sigue como siempre... Pero tú tienes que creerme. ¿Vendrás?

—No —dijo de nuevo.

Irritado por su obstinación, me quedé mirándola en silencio, intentando explicarme por qué cuantos me rodeaban estaban tan incapacitados para percibir aquel olor a piras funerarias que yo sentía a menudo, procedente de un futuro cada vez más próximo. La negativa de Petra me parecía imperdonable, y me obligaba a dudar de su inteligencia. Esperaba de ella palabras más acordes con su gloriosa silueta; deseaba que me hablase como una intramujer, dispuesta a ser mi cómplice en el juego, en el fuego, en la adversidad, en la orfandad, en la locura, en la cordura, en el deseo..., y he aquí que me encontraba con una bípeda implume que sólo sabía decir no. Pero, una vez más, me negué a aceptar las evidencias y preferí pensar que se trataba de una ceguera momentánea.

—Mi propuesta te ha pillado desprevenida, y tu reacción más natural ha sido la negación —susurré—. Comprendo tu proceder, pero ahora ya has tenido tiempo para recapacitar. ¿Te vienes conmigo?

—No —volvió a decir.

Aquella tercera negación resonó en mi cabeza con una contundencia atroz. Muchas de mis ideas acerca de la mujer se pulverizaron en mi cabeza, no dejando tras



ellas ni siquiera una estela de ceniza; y una vez más volví a advertir lo peligroso que podía ser confundir a la mujer con la intramujer.

—¡Sólo sabes decir que no! —grité, agarrándola de los hombros y zarandeándola violentamente.

Petra consiguió librarse de mí y, mirándome con rabia, dijo:

—Prefiero ser esclava y comer pan negro que reinar entre los muertos. No voy a irme de esta casa, y menos contigo. No creo que nuestro fin esté tan próximo, ni necesito viajar a Délos para comunicarme con los dioses. Me parece bien que tú quieras ir, pero no pienso acompañarte, a pesar de que seas el hombre que más quiero y al que más delicias le debo. Mi destino es seguir aquí, junto a estas piedras.

Volví a acercarme a ella y le di un tortazo.

—Tu destino es venir conmigo.

—¿Y acabar loca y humillada en algún muladar del mundo? No —dijo entre sollozos—. Nadie me sacará nunca de Kalimnos. Deja que me vaya; empieza a darme miedo.

Me aparté de ella y mientras la miraba empecé a sollozar. No era una intramujer; tal vez ni siquiera era una mujer, a pesar de que sus carnes tuviesen la consistencia del mármol rosa de Paros. Después me pareció que mis ojos se alteraban, y que hasta cambiaban de color, como si hubiesen sido poseídos por un demonio interior de una pureza radical. Y sin embargo, esa mirada mía que desde dentro me parecía tocada por la gracia y ya completamente al margen del sufrimiento que me había provocado su reiterada negativa, a Petra le debió de parecer una máscara trágica, o quizá algo peor: la mirada de una alimaña. Porque vi en sus ojos el miedo, en su versión más femenina. Una forma de pánico que a mí me parecía propia de las mujeres y que cuando nos la contagiaban a los hombres sentíamos deseos de salir de nosotros mismos y queríamos morir. Pues era un horror amorfo, sin dimensión y sin fondo, que parecía taladrar la noche de la vida como un silbido helado. Y ese silbido llegaba ahora a mis tímpanos y sentía deseos de arrojarme por los acantilados que rodeaban la terraza.

Mostrando más que nunca su desnudez, Petra adelantó la mano y me dijo:

—Aléjate de mí, y vete con tu dios a Délos.

Fue como volver a mí mismo. A mi soledad y a la soledad de Tasio. Se acabó el entregarme al pánico femenino, se acabó depender tanto de los demás. Ahora me marcharía de una vez por todas, sin nostalgias y sin culpas, siguiendo un camino que ya había seguido Tasio. Estaba perdiendo de verdad el norte, y más que el auxilio de los hombres empezaba a necesitar la ayuda de los dioses, que finalmente decidieron escucharme, ya que a la semana siguiente mi padre aprobó mi viaje a Délos, ofreciéndome más dinero del que yo esperaba e indicándome, sin necesidad de recurrir a las palabras, que quería verme fuera de Kalimnos una buena temporada. El día en que inicié el viaje me sentí profundamente feliz, y al respirar desde la cubierta

del barco la brisa marina me pregunté asombrado cómo había tardado tanto tiempo en dejar la casa de mi padre.

Llevábamos casi un día navegando cuando anunciaron que haríamos escala en Patmos, donde dejarían a un anciano que viajaba sentado en el banco de popa, junto a dos soldados. Se llamaba Juan, según me dijo un viajero, pertenecía a la secta de los cristianos, que ya empezaba a ser numerosa, y aseguraba haber sido el discípulo amado de Jesús el Nazareno.

Mientras nos íbamos acercando a Patmos, me fijé varias veces en él y me pareció que en su mirada había un aplomo que estaba por encima de sus tribulaciones presentes y que le permitía mantener en todo momento la tranquilidad.

## 84

El viento ruge y las olas chocan contra la nave, que oscila peligrosamente. ¿Llegaremos siquiera a Patmos?, empiezo a preguntarme; y miro de nuevo a Juan, que sigue clavado a su banco, en actitud meditativa, ajeno a la tormenta, al terror de los viajeros y al grito del soldado que acaba de caer al mar. El soldado lucha por no hundirse, pero un remolino lo arrastra hacia las profundidades. El otro guardián se arrodilla ante Juan y le suplica:

—Señor, dicen que haces milagros y que eres el elegido de un nuevo dios... Apiádate de mi amigo Juvencio y no pienses que somos tus enemigos; simplemente cumplimos órdenes del emperador, que nos encomendó custodiarte y conducirte hasta Patmos... Comprende nuestra situación y salva a Juvencio.

—¿Y ese emperador a quien sirves no tiene el poder suficiente para rescatar a tu amigo del agua? ¿Y Júpiter? ¿No lo tiene? —le pregunta Juan.

El soldado empieza a sollozar ante el anciano, que finalmente aprieta sus manos, cierra los ojos y pronuncia una oración. En ese momento, comenzamos a oír gritos de auxilio. Nos giramos y vemos a Juvencio que eleva la mano por encima de las olas. Le lanzamos una soga y no mucho después lo vemos de nuevo ante nosotros, mirándonos como un resucitado.

—Por Júpiter... —le dice a su amigo, temblando y cubriéndose los ojos con las manos—. He estado muerto, Julián, al fondo del remolino...

Me estremezco al oír a Juvencio, que ahora abraza a Julián. Uno de los tripulantes, viejo y tuerto, grita:

—Juan ha hecho un nuevo milagro.

—¡Mientes! Aquí nadie ha hecho milagros... Fue el mismo remolino el que volvió a lanzar a mi amigo a la superficie... ¿No es así, Juvencio? —dice Julián, y le susurra algo al oído.

—Así es... —declara Juvencio, mirando al anciano—. Y a Júpiter le debo el estar ahora aquí.

Comprendí la actitud de los soldados, que estaban obligados a comportarse como severos guardianes del judío, mas no era ése mi caso. Yo quería acercarme a aquel hombre que me parecía la nueva roca en la que curar mi ansiedad, yo quería hablarle; pero me faltaba coraje y continuaba mudo e inmóvil, observándolo desde el otro lado de la nave, cuando ya se sospechaba a lo lejos el faro llameante de la isla de los desterrados. Antes de llegar al puerto, mi conciencia empezó a agitarse con el mismo furor que las olas y, cuando ya nuestro barco se detenía en el muelle, dudé de todos mis propósitos y tuve el presentimiento de que iba a ser Patmos, y no Délos, la isla de la revelación que estaba buscando desde antes de haber nacido.

## 83

Ya nos hallábamos en el muelle de Mirinusa, la ciudad más populosa de Patmos, cuando empezó a correr la noticia de que el alma de las siete iglesias de Asia había llegado a la isla tras devolver a la vida a un soldado tragado por el agua. Los seguidores del sacerdote de Apolo, que eran muchos, no veían con buenos ojos la presencia de Juan, y algunos de ellos bajaron hasta el puerto para insultar al que ya era mi maestro, aunque él no lo supiera.

—No queremos apestados...

—El emperador no puede llenarnos la isla de indeseables.

—¡Libradnos de esa fiera! —le gritó un viejo a los dos soldados.

—No podemos —dijo Juvencio—. El emperador ha ordenado que Juan resida en Patmos...

—Nadie le dará cobijo —le aseguró una anciana.

—Calla, mujer —le dijo Juan—. Me basta con una cueva para vivir en paz... No he venido a Patmos por propia voluntad; pero ya que estoy aquí, es mi deber comunicaros que os esperan días penosos, en los que querréis no haber nacido y en los que suplicaréis la muerte, y la muerte no querrá haceros caso... Y os juro que cuando las olas empiecen a alzarse como bestias de mil bocas y se oscurezca el cielo, oiréis dentro y fuera de vosotros una voz... Y los que sigáis la voz, los que ya la estéis siguiendo, habitaréis la Nueva Jerusalén; y os libraréis del crujir de dientes y del gran dolor. Porque están próximos los días en que los poderes del cielo y el infierno se manifiesten a la vez, y la desesperación y la muerte reinen en la tierra.

Su voz era ronca, magnética, uraniana, y tenía aún más poder de persuasión que sus palabras. Los rugientes ciudadanos de Mirinusa se quedaron mudos y paralizados, hasta que alguien dijo:

—¿Hablas del fin del mundo?

—Hablo del fin de los tiempos, de vuestros tiempos; de la agonía de Apolo y del desmoronamiento de sus santuarios; de vuestra ruina, vuestra orfandad y vuestro miedo; de la muerte que llegará del aire, de la tierra, del agua y del fuego; del terror

que será vuestro único alimento cuando llegue el día y la hora. Y ese día y esa hora están ya señalados en el Libro de la Vida. Ahora mismo estoy viendo la página en la que aparecen vuestros rostros y vuestros nombres; pero aunque me mataseis, no podría revelaros quiénes estáis destinados a la gloria y quiénes ya os estáis condenando con vuestro proceder. Y ahora dejadme paso, que he de buscar un cobijo en el monte para las noches que me esperan...

La gente temblaba al escucharle; pero yo, más que temblar, ardía poseído por una euforia desconocida, comprendiendo que todos los hechos de mi vida, incluyendo el hallazgo del manuscrito de Tasio, habían sido pasos que me conducían hacia Juan. Yo era incapaz de hallar el norte en el mar del presente, y he aquí un hombre que sabía orientarse en el océano del pasado y del futuro. Yo buscaba un mapa de la tierra, y he aquí un hombre que tenía un mapa del cielo.

Todos le mirábamos cuando los legionarios, que ya habían cumplido su misión, lo dejaron libre. Juan pasó por el estrecho meandro que se abría en medio de la turba, hasta que dejó atrás el muelle y, con una agilidad impropia de sus años, empezó a subir por un sendero entre la roca siguiendo la dirección de Fora, cuyas murallas destacaban a la luz de la luna, coronando la aplanada colina.

Lleno de impaciencia, esperé a que las gentes se fueran del muelle para tomar el mismo sendero que Juan. Ya había cruzado la cuarta torrentera de un pinar muy denso cuando Juan oyó mis pasos y se dio la vuelta. Su mirada me pareció una amenaza llena de luz, y el miedo que sentí se llenó de esperanza.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Soy Procoro —le dije—, y vengo de Kalimnos...

—¿Y qué haces aquí?

—Ayer dejé mi casa con la intención de dirigirme a Délos y pedirle a Apolo un poco de luz... Hoy ya no sé lo que quiero...

—¡Apolo es el ángel del abismo! —clamó Juan—, El paganismo nos aleja del verdadero Dios, por eso ahora te sientes tan perdido... Pero no debes preocuparte, pues a veces hemos de perdernos, y mucho, para poder llegar a nuestro propio corazón. ¿Sabes escribir en griego?

Asentí temblando.

—En ese caso —dijo Juan—, debieras venir conmigo.

—No deseo otra cosa, señor —susurré arrodillándome.

—Levántate —musitó—. Aquí soy un desterrado, y no estaría bien que nuestros amigos de Patmos pensarán que tengo gente a mi servicio. Comportate como un amigo, y no como un esclavo... Pero sigamos adelante, que me muero de sueño, y empieza a hacer frío...

—Allí veo una cueva —grité.

—Creo que tienes razón —dijo al descubrir la boca negra que se abría frente a un pino—. Ya tenemos cobijo, pero no tenemos pan.

—Yo llevo pan, señor —le advertí, mostrando mi zurrón—. Y también llevo vino...

—Alabado sea Dios... ¡Pero hijo, qué demonio te ha prohibido hasta ahora invitarme a un trago!

Abrí mi cantimplora y le ofrecí el jugo de las viñas de Kalimnos. Juan dio un largo trago, me devolvió la cantimplora, y dijo:

—Hace unos instantes, creía que estaba regresando una vez más a la noche oscura que sucedió a la muerte de Jesús. Pero El, que me conoce muy bien, sabe cómo aliviarme con pequeños detalles, que yo le agradezco vivamente... Me hallaba muy apenado y, de pronto, descubro que no era para tanto. La noche es toda calma, hay muchas estrellas, tenemos pan y tenemos vino... ¿No te parece un milagro en tiempos tan mezquinos?

Su forma de ser, y la alegría íntima que parecía poseerlo, me conmovieron profundamente y ya no dudé de que me hallaba ante mi maestro.

## 82

Esa noche, mientras aguardábamos el sueño en la cueva, Juan empezó a hablarme de la doctrina del hombre de Nazaret. Sus palabras parecían brasas y enseguida comprendí por qué la gente le llamaba el Hijo del Rayo, en realidad el Hijo de Zeus: su último y más tardío vástago, que bien podía destronar en Patmos a los dioses olímpicos a poco que le dejasen manifestarse en las calles.

Más de la mitad de los habitantes de Mirinusa y Fora se fueron tras él al segundo día, y el pánico cundió entre los sacerdotes de los dioses. Una mañana, varios oficiantes acudieron a Kinops, el sacerdote de Apolo, y le dijeron:

—El desterrado ha traído la desolación a Patmos, y cientos de engañados se van tras él.

Kinops decidió enfrentarse al hebreo y acudió a la playa de Grikos, lugar preferido por Juan para sus coloquios con las gentes, pues se trataba de una doble bahía conformada por dos arcos iguales y separados por una lengua de tierra que concluía en una roca piramidal, de forma que entre las dos playas y la roca parecían conformar un alfa y una omega.

Juan se hallaba hablándonos de Jesús en la primera de las playas cuando vimos acercarse a Kinops y a sus jóvenes oficiantes. El sacerdote se detuvo ante Juan y pude ver mejor su rostro, que más que arrugado parecía agrietado. Sus ojos apagados se avivaron cuando dijo:

—Hijo del Rayo te llaman, pero yo te llamo hijo de la desesperación. Hijo de la luz te llaman, pero yo te llamo hijo de las tinieblas. Hijo de un dios te llaman, pero yo te llamo hijo de una bestia. No hay lumbre en tu conciencia, sólo hay terror. Apolo nunca quiso iluminar tu inteligencia para que pudieras verte a ti mismo, pues los

proscritos como tú no merecen su auxilio... Por eso la oscuridad de tu mente es el peor castigo que puede infligir el Vengador a un mortal... Pero tu enfermedad es contagiosa y está emponzoñando las conciencias de esta isla; por eso voy a suplicarle a mi dios que intervenga y haga aparecer a nuestros antepasados...

Las palabras de Kinops me sumieron en la confusión, recordándome mi antigua devoción a Apolo. ¿Y si al abandonar a los dioses me estaba alejando de la luz y adentrándome en mundos cada vez más tenebrosos que harían invivible mi vida? Kinops hablaba de un castigo, y su voz me parecía ahora la del patriarca ancestral, la voz de Homero surgiendo de las olas surcadas por naves que se dirigen a Troya, la voz que hablaba de las piras funerarias y su pesada humareda, la voz que decía que los caminos del día bordeaban los de la noche, y que no convenía perderse en el pasado, lugar de la muerte a la que no había que poner disfraces. ¿Mas en esas melancólicas sentencias no estaba ya implícita la visión del fin del mundo griego, que pasaría como pasan los cuerpos y las almas...?, me pregunté, cada vez más desorientado.

Juan y Kinops seguían mirándose fijamente, como dos pastores de pueblos enfrentados que se disputaran un pastizal fronterizo.

—No me asustan tus palabras de brujo —le dijo finalmente Juan, tras advertir los temblores del sacerdote de Febo—. Tus inmortales no van a ayudarte porque ya están muertos... Harías bien en aceptarlo y no oponerte a los que han oído la voz.

—¿Qué voz? —gritó Kinops, fuera de sí.

—La voz que tú mismo estás oyendo en este momento, y que te prohíbe los sacrificios sangrientos, y postrarte ante los ídolos, y tener esclavos...

—Pobre insensato... —le dijo Kinops—, Crees que estás anunciando un mundo nuevo y sólo estás inaugurando un nuevo infierno, mucho peor que todos los infiernos que nos han precedido... Pero tu obra en esta isla consagrada a Apolo tiene que acabar hoy mismo... —gritó el sacerdote antes de adentrarse en el mar.

El viento empezaba a arreciar y las olas, hasta entonces mansas, comenzaban a encrespase cuando Kinops, con el agua hasta la cintura, dijo:

—Dios de la mirada nítida, arquero que no olvidas una sola infamia, deja que vuelvan a nosotros los muertos y confirmen nuestras creencias y nos protejan en esta noche negra de dioses extranjeros y humillación, borrando de la vida a este hijo del infierno...

La niebla descendía ahora desde Fora, silenciosa como la noche, y el mar parecía cada vez más gris, cuando creimos ver ingentes condensaciones de cuerpos viscosos y llameantes conformando olas cada vez más altas que venían a morir a la playa, y que al llegar a ella eran sorbidos por la arena creándonos una pavorosa sensación de irrealidad.

Hasta que una ola más grande que las otras se tragó a Kinops, que temblaba de frío y pánico antes de desaparecer bajo el agua, como si notara que sus dioses le habían abandonado definitivamente.

Los cuerpos viscosos se diluyeron por completo y nadie hizo nada por salvar al sacerdote de Febo. Un instante después, el cielo se desgarró por el efecto de un rayo que lo cruzó por la mitad, y hubo un silencio de media hora en el que sentimos como si volviésemos al sosiego anterior a la inauguración del tiempo. Unos de pie, otros sentados, otros apoyados en las rocas, permanecíamos inmóviles, con la mirada fija en Juan, ya convertido en el único faro que nos impedía perdernos por completo en aquel mar de indiferente y enajenada felicidad. Y cuando ya creíamos que íbamos a permanecer siempre en ese estado de tranquilidad sin límites, que pasaba de uno a otro cuerpo como una ola de calurosa delicia, volvieron los truenos y los relámpagos. Un rumor parecido al del mar, pero más hondo e inconcreto, nos condujo al estremecimiento compartido, y empezamos a temblar.

Los que aún no seguían a Juan, porque les asustaba su dios y porque les parecía una gran impiedad traicionar a Apolo, empezaron a seguirle en ese momento. Como a mí, les subyugaba su voz, siempre tranquila, y especialmente cuando hablaba de las llamas futuras; y palidecían al no ver sobre las aguas ni rastro de Kinops.

## 81

—¿No oís el rumor de fondo de la vida? —nos dijo Juan, cuando más en paz nos hallábamos—. Es una corriente de dolor de la que no podemos ver el comienzo y el fin, y es también una corriente de dicha... Sólo El puede ver el alfa y la omega de esa corriente; porque estaba al principio, y habrá de estar en el fin. Sólo la Conciencia, la pura Conciencia de la Vida y del Libro de la Vida, la que palpita en la región más honda de nuestra memoria, y que en El se concretó y tomó forma humana, puede guiarnos por el rumor sin límites. Por eso os digo, hermanos y compañeros en la tribulación, que os sujetéis a la Conciencia de la Vida y del Libro de la Vida, cuyas páginas ya se están abriendo ante vosotros, cuando el ángel que tiene la llave del pozo del abismo abra la puerta de las tinieblas, y empiece a elevarse del hoyo un humo negro, como el de un gran horno, y se oscurezca el sol y se corrompa el aire...

Volvieron los truenos y los relámpagos. El cielo se cuarteó y la niebla formó sobre el mar de mercurio remolinos negros, que poco a poco fueron pareciéndose a cuatro caballos desbocados y gigantescos, surgiendo unos de otros y convergiendo a veces en un único monstruo de espantosa fisonomía. Empezamos a gemir, pero Juan continuó diciendo:

—No temáis a esos caballos, que son cuatro y son uno. El Hambre, la Muerte, la Peste y la Guerra galopan hacia nosotros y vienen del fondo de la noche. A veces van por separado, pero a menudo prefieren ir juntos, conformando una sola naturaleza, que se llama Aniquilación. Ni temáis a la mujer que ahora danza entre ellos... Vedla cómo fornicaba junto a las grandes aguas con miríadas y miríadas de hombres sedientos de su sangre menstrual...

Y según Juan hablaba nosotros veíamos a una mujer descomunal, de senos como montañas y muslos aún más colosales, tendiéndose a orillas del agua. Iba vestida con una túnica mínima de transparente púrpura y oro, y sus sandalias eran también doradas, y sus cabellos muy rubios, como son desde antiguo muy rubios los cabellos de la Lascivia. Y esa Gran Ramera parecía la divina Helena por cuyo desliz cayeron tantos griegos en Ilion, y encarnaba a la vez la repulsión y la belleza. Y veíamos a miles de hombres rodeándola; y esos hombres éramos nosotros, insignificantes, tristes, mirando extasiados a la giganta. Entonces Juan nos dijo:

—A partir de ahora, la Gran Ramera surgirá muchas veces del caos... En Roma, en Alejandría, en Esmirna, en Éfeso, la veréis aparecer, y querrá instaurar las bacanales eternas... Pero sobre todo hará su aparición triunfante en las nuevas Romas y las nuevas Babilonias... Y las mujeres la imitarán por dentro y por fuera, y creyendo que adoran a Afrodita adorarán a la Corrupción, y sentirán en la Corrupción deleites que antes no sentían, y el amor tendrá siempre un precio. La tierra olerá a semen pero no se verán niños en las Babilonias que digo, luminosas y pestilentes, sobre las que caerá granizo y fuego, quemando la tercera parte de los árboles, y la tercera parte del mar, y la tercera parte de los hombres. Será la señal que anuncie la caída del astro Ajenjo, que envenenará el mar y la tierra...

Vimos caer el astro y presenciamos la explosión; y en el mar se abrió un pozo del que surgió un hongo de fuego. Fue como sentirse ajenos al dolor y al mismo tiempo dentro de él, habitando sus más enloquecidos ámbitos.

Todos queríamos volver a nosotros mismos mientras veíamos desgarrarse nuevamente el cielo. De pronto, reinó la más absoluta oscuridad, sobre la que poco a poco empezó a perfilarse un ejército de miríadas y miríadas de jinetes metálicos.

—Habéis visto, hermanos míos, cómo tras los cuatro caballos vino la Gran Ramera, y cómo tras la Gran Ramera vino Ajenjo... Y tras Ajenjo llega la guerra... —exclamó Juan—, Doscientos millones de hombres vomitando fuego... Nunca olvidéis esta página del Libro de la Vida. La tierra huele a carne quemada y a azufre... Y esos doscientos millones de soldados siguen a la Bestia y al amigo de la Bestia, que no podéis ver, y debéis dar por ello gracias a Dios; pues la Bestia y su amigo albergan en su misma esencia el fin. No los podéis ver, pero los podéis sentir en vuestro propio corazón... Y la Bestia y el amigo de la Bestia llevan un número grabado en la memoria, y ese número es el seiscientos sesenta y seis.

Juan se calló y empezamos a notar, acompasada a nuestra propia respiración, la respiración de la Bestia. No era un monstruo, y quizá ni siquiera tenía rostro; era más bien una fuerza, poderosa como el odio, que al entrar en contacto con nosotros nos convertía en materia ígnea, creando en nuestras almas una ansiedad tan insoportable que enseguida empezamos a sentir deseos de desaparecer en la noche, en la nada, en la lucha, en el fuego...

—Y los millones de hombres que siguen a la Bestia, y que todos juntos son la Bestia misma, caerán sobre Roma y Babilonia, y sobre las nuevas Romas y las



nuevas Babilonias... Y las nuevas Romas y las nuevas Babilonias van a ser mucho peor que las de ahora: grandes fornicadoras rugiendo ante las aguas oceánicas... Y sus edificios y sus tabernáculos no serán como los de ahora, serán más grandes y más tétricos, y en ellos morará siempre la corrupción...

La luz de los relámpagos duraba cada vez más tiempo, y bajo las aguas, a intervalos rojos, empezamos a ver largas hileras de luces amarillentas y azules, en ciudades interminables cuyos límites se diluían en la noche. Y de pronto las luminarias comenzaron a estallar y apagarse, como estrellas parpadeantes que se extinguieran en el cielo, y oímos ruidos como de truenos pero que no eran truenos, y un prolongado zumbido. Después más truenos, y gritos, y gemidos que no parecían humanos.

—¿No oís cómo se lamentan los mercaderes de las nuevas y rugientes Babilonias? No habrá quien compre sus mercancías: su oro, su plata, su lino, su púrpura, sus maderas olorosas, su marfil, sus putas, su bronce, su mármol, su vino, su aceite, sus caballos y coches y esclavos y almas de hombres... No habrá quien compre sus mercancías, ni servirán las monedas, y todo será hambre y saqueos cuando los doscientos millones de hombres, divididos en dos frentes enemigos, avancen para encontrarse en el valle de Harmagedón. Y los que sigan a la Bestia y al amigo de la Bestia llevarán la marca de la Bestia en la mano derecha y en la frente, y quienes no lleven la marca serán aniquilados...

Juan volvió a callarse y vimos el gran incendio de Harmagedón y la batalla en la que murieron la Bestia y el amigo de la Bestia. El humo se extendió y arrastró con él a ciudades enteras, generando terremotos y tormentas y removiendo la tierra... Las islas huían por el ancho mar y las montañas desaparecían, y todo era destrucción. Hasta que volvimos a nosotros mismos y nos dimos cuenta de que seguíamos en la playa de Grikos, rodeando a Juan, cuando ya estaba amaneciendo. En ese momento, todo nos pareció tan reciente a nuestro alrededor que hasta creímos ser los primeros habitantes de la tierra. El mar limpio, sereno; el cielo de color granado, gris perlado y amarillo; la roca de Grikos recortándose nítida contra el agua, el cielo y la isla Traonisi; todo tan nuevo y tan antiguo, tan eterno en ese instante de luminosa transparencia...

—Quizá alguien os ha hablado de una nueva Jerusalén que surgirá al final de los tiempos, tras la gran aniquilación... —comentó entonces Juan—. Una ciudad de muros de jaspe y calcedonia, iluminada por una luz que no es ni la del sol ni la de la luna... Si miráis ahora al agua, veréis un reflejo de esa ciudad, que aparecerá al final de los tiempos, y que sólo albergará a ciento cuarenta y cuatro mil almas...

Poco a poco, entre las ondas diáfanas, se fue haciendo visible una ciudad transparente, que parecía toda ella de cristal de diferentes colores y por la que discurrían hombres y mujeres que se parecían a nosotros. Pero la ciudad se borró en cuanto Juan nos

dijo:

—Olvidad la urbe de jaspe, olvidadla ya... La Nueva Jerusalén es también esta paz de ahora, este mar sereno, estas rocas y este cielo, que pronto se oscurecerá, porque el tiempo está cercano y próximos los cuatro caballos de la Desgracia, la Gran Ramera, Ajenjo y la Bestia... Mientras viváis, intentad mirar sin miedo al fondo del pozo del abismo, para saber evitarlo y para poder libraros desde ahora de la segunda muerte.

Juan se calló. Abrimos los ojos y volvimos a vernos en la playa de Grikos. Y el mar seguía tranquilo y el cielo limpio... Habían cesado las visiones porque Juan continuaba mudo. Cuando él hablaba, el contenido de sus palabras se hacía sustancia en el instante mismo en que las pronunciaba. Desde que se pusiera el sol hasta que volvió a salir, su verbo se fue convirtiendo en carne, haciéndose visible y habitando entre nosotros.

Ya nos íbamos de Grikos cuando vimos que Juan giraba la cabeza en dirección a la playa. Todos le imitamos y enseguida descubrimos el cadáver inflado de Kinops, flotando sobre las aguas calmadas y transparentes de la bahía. Para él había llegado el fin del mundo; el fin del oráculo de Delfos, donde Edipo había tenido noticia de su futura infamia y donde Alejandro había sabido que nadie se le iba a resistir; el fin de la isla sagrada de Délos, cuyas rocas vieron nacer al dios de los cabellos claros y las palabras oscuras; el fin de Afrodita, hija del deseo hecho espuma. El fin del mundo que había amado Platón, y Tasio, y yo mismo. Y ese fin estaba ya anunciado en el manuscrito que aún llevaba conmigo, lo que me obligó a pensar que la dirección que me indicaba el testimonio de Tasio era, en el fondo, la misma que indicaba Juan, y que por lo tanto yo no había equivocado mi destino.

## 80

La noche que sucedió a las visiones de Grikos fue una de las más intensas de mi vida y por primera vez creí comprender lo que era pertenecer a una comunidad que luchaba por abrirse camino entre la niebla. En la casa de un rico comerciante de la isla, se celebró una gran cena presidida por Juan, en la que no faltó el vino. Un vino que el maestro, excelente catador, no dudó en calificar de exquisito.

Impresionaba ver el aguante que tenía Juan, sólo comparable al de Sócrates. Cuanto más bebía más sereno parecía; hasta que, misteriosamente, cruzó la frontera de la serenidad, y sus ojos se iluminaron, y lo poseyó la euforia. Junto a él, dos hermosos muchachos danzaban, mientras los comensales cantábamos y los músicos tocaban sus instrumentos. Era la gracia divina creando en torno a nosotros un cerco de felicidad antigua. Con razón decían los ancestros que sólo los borrachos poseían el espíritu suficiente para poder entablar diálogos directos con la divinidad. Y en medio de aquella alegría a un tiempo cristiana y dionisiaca, Juan alzó su copa y nos dijo:

—Hermanos míos en la dicha del Señor, quiero que sepáis que esta noche me siento en la gloria, y quiera Jesús que durante muchos días y muchas horas podamos beber juntos el vino de la resurrección... Si estamos así de unidos, el día que llegue el fin del mundo será el mejor de nuestros días, y pasaremos directamente del banquete fraterno al reino de Dios...

El júbilo nos embargó al escuchar a Juan, y llorábamos de alegría, y nos besábamos unos a otros, y había más estrellas que nunca parpadeando sobre nosotros, en la mágica noche de Patmos. Era como si de pronto la historia nos abriese sus puertas de hierro y nos dijese: Id, id, id todos juntos, id juntos más allá, hasta la última pradera, donde volverá a cantar el ave del Paraíso...

## 79

No mucho después, vertí al griego las visiones de Grikos en aquella cueva entre Minirusa y Fora donde pasamos nuestra primera noche en la isla, y a la que el maestro solía retirarse a meditar. De mi manuscrito se hicieron enseguida siete copias, que fueron enviadas a las siete iglesias de Asia, causando en todas ellas una gran conmoción.

En el año 96 de la llegada de Jesús, el emperador Domiciano fue asesinado, y cesaron temporalmente las persecuciones. Juan pudo regresar a Éfeso, y a Éfeso me fui con él. Allí me encomendó llevar un mensaje a la iglesia de Rodas, hacia donde me dirigí al año siguiente en una nave griega. Fue un error separarme de Juan... Él, que era un visionario, no percibió sin embargo la fragilidad de mis nervios y me encomendó tareas que me excedían por su misma simpleza... Durante el viaje a la isla del coloso, empecé a dudar una vez más de mí mismo. Quizá Juan estaba equivocado; quizá los cristianos eran sólo unos incendiarios, enamorados del fuego, y quizá Tasio se había excedido en los últimos párrafos de su testimonio. En aquella nueva noche oscura, Kalimnos empezó a destacarse en mi memoria como el lugar al que debía regresar antes de que fuera demasiado tarde. El cuerpo de Petra volvió a recortarse en mi imaginación contra la pared azul y me pareció imperdonable haberla abandonado, y más imperdonable haber renunciado a mi viaje a Délos y haberme olvidado de Apolo...

Nos hallábamos a media jornada de Kalimnos y ya había decidido regresar a la casa de mi padre, cuando nuestra nave fue abordada por piratas tirrenos. Me hicieron prisionero y, tras conocer mi procedencia, pidieron el dinero del rescate a mi familia a través de un mensajero. Para mi gran sorpresa, mi familia se negó a pagar un solo dracma por mi libertad, abandonándome a mi suerte. Los piratas me vendieron en Antioquía a unos mercaderes efesios y, como antaño Tasio, conocí la esclavitud, que al sufrirla en carne propia me pareció la forma más clamorosa de la infamia: no tener vida propia y haber nacido para nada, forma vaga de decir haber nacido para otro.

Con los efesios viajé hasta el desierto de Edom, ya cerca de una ciudad de casas rupestres llamada Petra, como la mujer de mis desvelos. Allí caí enfermo, y una tarde mis amos me abandonaron en una estrecha garganta entre dos peñas rojas.

Pasé toda una tarde y una noche inconsciente, tendido en la arena, y cuando al amanecer me desperté, sentí que ya no estaba enfermo; simplemente tenía hambre y sed. Salí de la garganta y miré a mi alrededor. Me hallaba en medio del país de las dunas: un inmenso mar de arena cuyas olas iban creando interminables líneas paralelas que parecían continuar más allá del horizonte. Ese era el mundo a mi derecha, y a mi izquierda se extendía un llano de color rojizo, salpicado de salinas.

Me incorporé y empecé a caminar sintiendo que todos mis viajes anteriores me habían ido pulverizando la conciencia, en la que ahora luchaban dos religiones... Desde la ardiente oscuridad, volvía a escuchar las voces de Kinops y Juan, y no sabía a quién de los dos darle la razón. Una vez más lamentaba haber abandonado el culto a Apolo y hasta pensaba que mi situación presente era el castigo que merecía mi traición. Fue entonces cuando empecé a escuchar dentro y fuera de mí un silbido parecido al que oí en Grikos, la noche de la Revelación, y sentí deseos de escapar de mí mismo. Durante varios días, caminé como un desesperado, siguiendo el silbido.

Y ya no pensé en las insolaciones, ni en la fatiga, ni en el desaliento. Y ya no pensé en nada; me negué a tener destino y me dejé llevar por la inercia, la confusión, el calor y el frío, sintiendo que todo ardía en mí, y especialmente mi pasado griego. Y conocí ciudades adormecidas en medio del desierto, de murallas de barro que albergaban a cientos de hombres, mujeres y camellos. Y los que me veían caminar hacían gestos de asombro. No tenían por qué saber que desde la tarde en que me abandonaron los mercaderes me perseguía un silbido casi idéntico al que se escucha al final de la húmeda memoria de la mujer... Para mí ya no se trataba de regresar a la patria, como había creído, o de llegar a la Nueva Jerusalén; se trataba más bien de llegar al final de la tierra, en los confines de algún nuevo desierto, allá donde la arena se precipitaba hacia un hoyo sin fin, formando gigantescas cataratas. Llegar allí para leer la última página del Libro de la Vida, un instante antes de que el mundo, con todas sus tierras y sus mares, estallase como Ajenjo, y dejase de oír aquel silbido que me seguía atormentando y que ya era parte de mi alma.

Por las noches, cuando tardaba en llegarme el sueño, clamaba para mis adentros contra los dioses, y les preguntaba por qué a través de las caravanas y los hombres y las bestias yo oía el silbido. Por qué a través de las miradas y de los gritos y de las ofertas y de las demandas yo oía el silbido. Por qué a través de los caminos y los pizarrales y el arenal y las salinas y las ciudades y los poblados en los que pedía limosna yo seguía oyendo el silbido.

Una madrugada el silbido me pareció estremecedor. Me hallaba en una aldea al borde del desierto, donde un alfarero me acababa de regalar una vasija de barro, cuando empecé a sentir el silbido más cerca que nunca y eché a correr por la arena, hasta que llegué a un gran roquedal que parecía un bosque de piedra, donde el viento

se deslizaba entre las peñas, generando un silbido aún más poderoso pero mucho más benigno. Un silbido tranquilizador y lleno de matices. Al prestar más atención, me pareció que el viento al deslizarse entre las rocas me decía «bienvenido», y decidí quedarme en aquel lugar.

Fue entonces cuando reconocí por primera vez en mi vida que la causa de mi mal, y de todo mal, era no hacer caso al adagio délfico que aconsejaba conocerse a sí mismo. No pararse a pensar era quizá el más grave de los delitos; y yo nunca o casi nunca me había parado a pensar, limitándome a seguir mis impulsos. Y esos impulsos me habían conducido a la isla donde encontré el manuscrito de Tasio, y después a Patmos, y después al desierto...

En una roca negra vi una cueva y en ella me metí para pasar la noche. Estaba a punto de dormirme cuando creí oír, por debajo de la silbante sinfonía, un susurro femenino que llegaba desde el exterior de la cueva. Lleno de curiosidad, me arrastré hasta la boca de la gruta y vi ante mí a una mujer vestida con una túnica blanca. Su rostro brillaba como fuego fatuo y sus largos cabellos parecían recortados por un aura blanquecina. Me miró y me dijo:

—¿Ya no te acuerdas de mí?

—Sibilia... —susurré.

—Un día antes de autoinmolarme, te dije que morirías solo, perdido y enloquecido... No te mentía, Procoro. Yo nunca te mentí... —añadió, y empezó a reírse.

Cada vez más desconcertado, me arrojé a ella. Estaba a punto de apresar su cintura cuando desapareció, dejando en torno a mí un intenso olor a perfumes mortuorios. Un instante después los silbidos del roquedal se transformaron en risas graves y agudas. Miré a mi alrededor y vi sobre las rocas a cientos de mujeres idénticas a Sibilia, que me señalaban con el dedo y se reían de mil diabólicas formas. Acongojado, me oculté en la cueva y le pedí a Apolo y a Jesús que me devolviesen la razón. Cuando las risas cesaron, salí de nuevo al exterior e intenté convencerme a mí mismo de que no estaba solo. ¿Acaso no me acompañaban el desierto, un manuscrito, una palabra, dos dioses enemigos, los escorpiones, las langostas, las serpientes, las piedras...? Sí, me acompañaba el mundo por el que había errado y que quería ver desaparecer ante mis propios ojos. Tampoco estaba perdido: sabía que a cierta distancia de allí se hallaba la ciudad rupestre.

Traté de olvidarme de Sibilia y saqué de mi zurrón dos papiros blancos, la tinta y la pluma. Tras leer una vez más la copia que yo mismo había hecho del deteriorado manuscrito de Tasio, continué la escritura de mi propia crónica de Akásar, cuyo original guardaré en la vasija que me regalaron ayer.

Cansado de escribir, contemplo el roquedal, cuya sombría belleza me sobrecoge, e intento olvidarme de las voces de Kinops y Juan, que ahora me persiguen en cuanto empieza a ponerse el sol. Y son voces que parecen llegar del fondo de la noche y que a veces, cuando cierro los ojos, se mezclan con la visión de cinco hombres que avanzan por el camino de las salinas... Cuatro van en camello y el quinto a pie... Veo el rostro de ese quinto hombre, que se parece mucho a mí, y que tiene como yo los cabellos encrespados y los ojos grises... Siento que ese hombre me va a encontrar, pero ¿cuándo? Me queda poca vida, menos de la que yo creía, y cada hora que pasa, más se agranda en mí el deseo de no tener memoria... Que todos los dioses en los que he creído me perdonen este último anhelo de olvido absoluto, pues empiezo a comprender por qué he acabado en el desierto. Y no estoy solo, ni perdido, ni loco; a pesar de que sé que el mundo avanza hacia su ocaso y a pesar también de que acabo de ver, perfilándose en el horizonte, al ángel que tiene la llave del pozo del abismo. Las nubes negras que ahora percibo desde la cueva, sobrevolando veloces el bosque pétreo, sólo pueden surgir de ese pozo. Quien cae a él, me aseguró Juan en una ocasión, se pasa toda la eternidad cayendo, sin que exista la más mínima posibilidad de que pueda tocar fondo alguna vez...

## SIETE

77

Nos urgía llegar al bosque pétreo, pues se había levantado una tormenta de arena. Remolinos negros sobrevolaban las rocas a gran velocidad. De lejos parecían nubes de langostas que emanaban de las dunas, desgarrando la noche.

Finalmente llegamos al roquedal donde, al abrigo de los torbellinos de arenisca, pudimos acampar. Las formas de las piedras, tan majestuosas a la luz de la luna, nos sorprendieron a todos por su arcaica belleza y nos ayudaron a olvidar el silbido del viento.

La sed y la fatiga nos incitaron a comer y beber en exceso y a media noche todos, salvo yo, dormían. Viéndome incapaz de conciliar el sueño, abandoné el campamento y di un paseo por el bosque de piedra. No tardé en verme frente a una cueva, de amplia boca y poco profunda, en la que se veía un esqueleto semienterrado, brillando a la luz de la luna. Los buitres habían hecho muy bien su trabajo, y los huesos parecían más blancos que el marfil. Entré en la cueva poseído por la sensación de que aquellos despojos tenían algo que ver conmigo, y empecé a remover la arena que rodeaba los huesos. Junto a la calavera, encontré una vasija taponada con cera. Utilizando mi cuchillo, rompí la endurecida cera y descubrí en el interior del recipiente un manuscrito en griego.

A la luz de la luna, leí por primera vez el doble mensaje de Akásar, lleno de asombro y de irritación. Sus autores hablaban tanto del fuego que llegué a pensar que sólo Heráclito había dado tanta importancia a la materia ígnea. El primer cronista había sido un hombre moderadamente cuerdo, pero el segundo había llegado al límite de la locura. Y lo más agobiante era que al final de su testimonio parecía estar hablando de mí. Poco antes de morir, Procoro me había visto caminar por las salinas, en una noche de tormentas de arena idéntica a ésta, cuando creyó que las nubes de la aniquilación sobrevolaban el roquedal. No podía ser... Durante los últimos años, pensé, muchos hombres han debido de recorrer el mismo camino, si bien ninguno se ha topado con el manuscrito...

Haciendo esfuerzos para no salir corriendo de allí, advertí que en el testimonio de Procoro la certeza y la incertidumbre se habían fundido hasta mucho más allá de lo razonable, y que quizá sería mejor no volver a leer los papiros.

Regresé con el manuscrito al campamento, y durante la semana que duró nuestra estancia en el bosque de piedra, no hice más que pensar en el esqueleto de la cueva y en los papiros de Akásar. Contrariándome a mí mismo, leía continuamente el manuscrito, fijándome sobre todo en el testimonio de Procoro, cuya vida se parecía en algo a la de Heráclito, que abdicó del trono de Éfeso en favor de su hermano, yéndose a vivir a los riscos. Y Procoro..., ¿no había renunciado a la herencia paterna

para acabar perdido en el más ardiente páramo de la tierra, donde el fuego solar más que calentar abrasa? Pero no terminaban ahí las semejanzas. En cierta ocasión Heráclito había dicho que el «logos» era común a todos y el mismo para todos, si bien muchos se pasaban la vida creyendo que tenían «un logos particular». Ésos eran los más equivocados y morían más ignorantes que cuando nacieron. Si Heráclito estaba en lo cierto, ¿por qué creer que yo poseía un logos particular? ¿Por qué no pensar que Procoro y yo y todos los demás compartíamos la misma sustancia verbal y carnal? ¿Quién me prohibía asimilar sus palabras y hacerlas mías? Ciertamente nadie, pero... ¿Y si sus palabras llevaban la semilla de la locura, ansiosa de germinar en mí? Diez años antes, cuando aún vivía en Atenas, yo había pertenecido a la cofradía clandestina de los Hermanos Delfieos, que se diferenciaba de las otras sociedades gnósticas porque consideraba a Cristo como un dios menor y colocaba en el centro de sus creencias a Apolo delfico, que para nosotros era el rey del cielo y del infierno, del sueño y de la vigilia, del tiempo y del intratiempo, y al que llamábamos en secreto Abraxas, que quiere decir el Suave Salvador. Recuerdo que al cumplir los veinte años, fui introducido en los misterios de Apolo-Abraxas, y en aquella ocasión fue mi guía una sacerdotisa llamada como la mujer que Sócrates evocaba en el más célebre diálogo de Platón. Con ella había masticado varias hojas de laurel mezcladas con adormidera, y con ella me había bañado a media noche en la fuente de Castalia, a la luz de dos braseros adornados con los motivos del alfa y la omega, símbolos que según los Hermanos Delficos estaban ya implícitos en la mirada incendiaria del dios de las flechas suaves y los sueños proféticos, y cuyo número era el 365, como los días del año solar. Pero más tarde, cuando recorría Palestina y los reinos nabateos con las legiones romanas, me fui olvidando de Apolo-Abraxas y de los misterios en los que creí haber accedido al secreto de la vida y de la muerte. Y sin embargo ahora el dios delfico me salía una vez más al encuentro y, a través del manuscrito de Procoro, me advertía de lo peligroso que podía ser renegar de él. ¿No había sido Apolo quien me había protegido durante mi transhumancia por Asia? En la enumeración que hiciera Tasio de los atributos de Febo la noche en que contemplaba Délos desde el monte Cintio, se había olvidado de lo más importante. Según una antigua leyenda que los Hermanos Delficos solíamos recordar el día de nuestra iniciación, Zeus había dado muerte al médico Esculapio, hijo de Apolo y de Coronis, como castigo por haber devuelto a la vida a Hipólito, el atrabiliario hijo de Teseo. Lleno de cólera al verse despojado de Esculapio, Apolo no agredió directamente a Zeus, pero exterminó a los cíclopes, haciendo suyo el célebre dicho griego de que convenía devolver el mal, pero que no era imprescindible devolvérselo a la misma persona que nos lo había hecho, pues bien podíamos elegir a cualquier otra, sabiendo que la catarsis derivada de ello iba a tener sobre nosotros una eficacia muy parecida. Y fue así como Febo acabó con los gigantes, mas Zeus no quiso perdonarle y lo arrojó del cielo, condenándolo a errar por la tierra durante mucho tiempo, sujeto a las mismas adversidades que los mortales. De esa manera Apolo se había convertido en la



divinidad tutelar de los apátridas y de los que se sentían extranjeros en todas partes. El dios de Tasio y de Procoro, y el dios del hombre que ahora leía sus testimonios.

El miedo al desvarío no me impidió alejarme una y otra vez del campamento, y deslizarme entre las rocas hasta la cueva, donde solía tenderme junto al esqueleto para comprobar si medíamos lo mismo; pues me tenía muy desconcertado el hecho de que el difunto y yo poseyéramos osamentas muy parecidas.

El recuerdo de Procoro fue adquiriendo dimensiones tan desmedidas que empecé a temer lo peor. Me urgía tomar una decisión y, tras una noche de reflexiones, pensé que la única forma de ser justo con Procoro y de no ganarme la ira de Apolo-Abraxas era ir a Kalimnos para comprobar personalmente si se hallaba allí su casa paterna. De ese pensamiento pasé a otro: ¿Y si la mujer que me había iniciado en la cofradía de los Hermanos Delficos era la misma que se le había aparecido a Tasio? Pero no... La Diotima con la que me había sumergido en la fuente de Castalia tenía a su familia en Delfos, y todos los habitantes del oráculo y sus alrededores la conocían desde niña... No era una muerta, y su carne hervía bajo el agua... Tales eran mis razonamientos cuando empecé a darme cuenta de que la verdadera causa de mi obsesión era Petra, la roca volcánica que ardía en el centro del mensaje de la vasija. Cada vez que lo leía y pasaba por los párrafos que hablaban de ella me entraban calenturas y deseaba tocar sus carnes duras y escuchar sus palabras de mujer nacida en las islas más orientales de Grecia. Y ahora Petra era más real que todas las mujeres que me había dado a conocer la vida, y yo necesitaba amarla con tanta urgencia como Procoro. Porque yo la deseaba más, a Petra, la esclava que prefería comer pan negro a reinar entre los muertos, y que sabía esperar, y que cuando amaba se ablandaba, se diluía, sin perder nunca su naturaleza volcánica. La clase de mujer que yo necesitaba para sentirme en el seno de la vida como un pez en el seno del agua.

Una noche, cogí la calavera de Procoro y la metí en mi zurrón, pensando que sería el mejor talismán para el viaje que me esperaba. Además, Procoro había carecido de las necesarias ceremonias fúnebres. Si de verdad aquélla era su calavera, se la entregaría a sus familiares, que según el informe de Akásar no quisieron pagar su rescate cuando fue capturado por los piratas tirrenos. Además podría conocer a Petra.

Y cuando los mercaderes judíos para los que había trabajado hasta entonces reanudaron la marcha por el país de las salinas, decidí despedirme de mi patrón tras agradecerle los muchos favores que me había hecho. El viejo hebreo me miró asombrado y, mientras palpaba la bolsa para liquidar el pacto, me preguntó:

—¿Adonde vas?

—A Kalimnos —le confesé.

—¿Y qué has perdido allí?

—Allí perdí la razón —le respondí—, y allí la voy a encontrar.

Tres meses después, llegué a Kalimnos, tras un accidentado viaje en barco desde Alejandría. Durante la travesía, noté que tendía a vestirme y a peinarme de otra manera, y hasta creí percibir misteriosas alteraciones en mi rostro, que iban transformando mi fisonomía, dándome un aire cada vez más isleño. No eran cambios voluntarios, mi voluntad nunca se había atrevido a tanto; y llegué a pensar que el insepulto Procoro se había ido apropiando de mi cuerpo, prolongando así su vida en mí y habitándome como los cangrejos ermitaños habitan las caracolas.

En cuanto crucé las derruidas murallas de Kalimnos, me alarmó ver que la ciudad natal de Procoro se hallaba en su mitad destruida. En el sombrío atardecer, no se veían caras felices por las angostas calles de Kalimnos, y olía por todas partes a muerte reciente y a fuego. Ya había anochecido cuando llegué a la casa del armador Lisipo, sorprendentemente intacta y rodeada de guardianes con aspecto de piratas. Me detuve ante la puerta; un hombre me miró lleno de asombro y acercándose a mí dijo:

—No puedo creerlo... ¿Sois vos, Procoro? Aquí todos os daban por muerto... Avisaré a vuestro padre...

No mucho después, apareció en la entrada de la casa un anciano casi ciego.

—Hijo mío... ¿Dónde has estado durante tanto tiempo? —exclamó mientras me estrechaba.

—Meditando en el desierto y pensando en por qué no quisisteis pagar mi rescate... —le susurré.

Lisipo se echó a llorar.

—Es triste decirlo, hijo, pero fue Arcadio el que no quiso pagarlo... Yo ni siquiera me enteré de que estabas en manos de piratas. Lo supe después, cuando ya tu hermano se hallaba en el Hades...

—¿Arcadio ha muerto?

—Sí; el año pasado se lo llevó la peste...

El llanto que acudió a mis ojos en cuanto recibí la noticia fue la prueba más irrefutable de mi transmutación.

—Muchas noches le pedí a Febo que volvieras, vivo o muerto, y me espantaba pensar que te habían matado en algún camino, sin darte sepultura, y que tu alma no cesaba de errar... Pero ahora te veo vivo, y tu presencia en mi casa supone más de lo que yo podía esperar... Acompáñame... Tenemos toda la noche para hablar...

Le seguí hasta su aposento y empecé a dudar. Me resultaba difícil decidir entre ser Procoro y continuar la impostura en la que bien podía dejar la vida, o presentar mis verdaderas credenciales, provocándole un nuevo susto al anciano. Durante los primeros instantes, creí estar flotando en un espacio a medio camino entre el sueño y la vigilia, en el que sentía que Procoro hablaba y miraba a través de mí, haciéndome

creer que Lisipo era mi padre, y que mi infancia en el Píreo había sido un invento de mi imaginación. Pero tuve miedo a perderme tanto y, no queriendo continuar la farsa, le aseguré a Lisipo que yo no era Procoro. Como vi que no reaccionaba, le mostré la calavera de su hijo, y le leí el manuscrito. Tras la lectura, Lisipo empezó a mirarme con ojos de profunda decepción.

—¡Estás mucho más loco que cuando te fuiste...! —clamó, antes de echarse a llorar.

Le aseguré una vez más que yo no era su hijo, aunque me pareciera a él, y le juré que había encontrado la calavera y el manuscrito en un roquedal del desierto de Edom. Después le dejé más que probado que yo era Yaliso, y pasé a contarle someramente mi vida. Le dije que mi padre había sido alfarero y que a pesar de que sus recursos no eran muchos yo había conseguido estudiar en la Academia del filósofo cuya muerte se evocaba al comienzo del manuscrito de Procoro. También le conté que a los veintitrés años había abandonado la institución de Academos y había pasado dos años con la milicia romana por tierras judías y nabateas. Después le hablé de la campaña de Trajano contra los nabateos, así como del saqueo de Petra, fastuosa ciudad rupestre donde pasamos a cuchillo a más de diez mil personas, y donde presencié el llameante fin del mundo nabateo. Hasta que me harté del olor a sangre quemada y a muerte y decidí trabajar para unos mercaderes judíos. Llevaba dos semanas con ellos, presa de la incertidumbre, cuando encontré el esqueleto de Procoro.

—Un verdadero griego ha de ignorar la incertidumbre —comentó Lisipo.

Le miré lleno de asombro y le dije:

—¿Acaso vos la ignoráis?

Lisipo no contestó, yo proseguí:

—Puede que los griegos seamos todavía los más inteligentes, los más refinados, los más audaces y los más originales de cuantos pueblos alberga la tierra; y puede que la lista de nuestras excelencias llene cientos de papiros; pero si somos como digo, es debido al culto que profesamos a la incertidumbre. Nuestros padres nos la inculcan desde niños, con la intención de prepararnos para afrontar con valor y dignidad la vida... ¿Vos no se la inculcasteis a vuestros hijos? La incertidumbre caracterizó a Empédocles, a Heráclito, a Platón, al positivo Aristóteles... La incertidumbre poseyó en ocasiones hasta al divino Alejandro...

—Al final voy a darte la razón... —susurró Lisipo, ya más calmado—. ¿Puedo tocar tus brazos y tu cara?

Me acerqué a él y dejé que me examinara. Fue entonces cuando aceptó que yo no era Procoro. Pero reaccionó con la rapidez con que se reacciona a veces en la vejez y, apresando fuertemente mis muñecas, dijo:

—Quema el manuscrito y la calavera...

—¿Por qué?

—No sé lo que está ocurriendo... El mundo empieza a alzarse en contra de nuestras vidas y nuestros dioses... Pero hay que resistir y preservar las creencias de los ancestros, que siguen siendo las nuestras, y que no conviene mezclar con creencias ajenas, que nunca nos pertenecieron. Mira lo que le ocurrió a Procoro; ya no sabía quién era, de tanto mezclar dioses que se odiaban y que no podían convivir en su cabeza... Mira cómo terminó mi hijo, si es verdad lo que dice el escrito que me has leído... Acabó peor que loco, errando por el desierto... Ya no sabía qué buscaba... ¿Y el silbido que creía oír? Apolo le castigó con la locura por haberse ido con los cristianos... Nuestro mundo está en peligro una vez más, y no caben las deserciones... Hace unos días, varias hordas de piratas cilicios en estado de ebriedad prendieron fuego a la ciudad y mataron a cuantos se pusieron a su alcance... A nosotros no nos molestaron porque nos necesitan y siempre están dispuestos a comprarnos los mejores barcos... Pagan bien y no nos acosan, por eso nos odian en Kalimnos, donde ya casi todos son cristianos... Juraría que no quedan ni cien adoradores de Apolo en la isla... Todos mis familiares, los diez o doce primos que tienes, son también cristianos... Acepta seguir al frente del astillero que te ofrezco, e intenta que Kalimnos resurja de sus propias cenizas sin establecer litigio alguno con los piratas, y especialmente con los efesios y cilicios, nuestros mejores clientes... Y no digas a nadie que no eres Procoro. Gracias a tu llegada, podré vengarme de mis sobrinos, que desde hace tiempo esperan como buitres mi muerte... No los dejes entrar en casa, y procura no acercarte a ellos, para que no descubran el engaño... Tú eres mi hijo, y si consigues creértelo le harás un gran servicio a mi casa y a los que viven en ella, y podré morirme en paz...

Conseguí creérmelo porque, de hecho, ya me lo había creído mucho antes de llegar a Kalimnos. De ahí que esa noche, cuando cenaba con Lisipo en el patio que daba al jardín de los rosales, sintiera algo parecido al regreso al hogar, después de diez años de ausencia. Lisipo, que estaba bebiendo demasiado, se creía finalmente un hombre afortunado, y era tal su alegría que consiguió comunicármela en toda su plenitud, provocándome momentos de una indefinible exaltación íntima, que si bien me hacía más vulnerable, me confería una nueva corporeidad y me llenaba de una felicidad tan intensa que hasta llegué a pensar, ingenuamente, que todas mis venturas y desventuras anteriores no habían sido más que premoniciones difusas de la verdadera dicha: la que posee las herramientas para perpetuarse a sí misma y tiene un lugar preciso en la realidad; por ejemplo aquel jardín, aquellas galerías, aquellas escalinatas... No sabía entonces hasta qué punto se estaba ya iniciando el tormento más largo de mi vida, y durante mis dos primeros días de estancia en la casa de Lisipo, mi memoria se alteró tan considerablemente que creí recordar mi infancia en Kalimnos, mis disputas con Arcadio y mis noches con Sibilia... Pero sobre todo me acordé de Petra, que seguía viviendo en el flanco más apartado de la casa, y a la que no sabía cómo aproximarme. Porque una vez más tenía que confesarme a mí mismo que su imagen había estado detrás de todas mis actitudes desde que entré en la casa

de Lisipo. Y cuando el patriarca me recibió y me confundió con Procoro, yo pensaba en ella; y cuando me dijo que quería hacerme su heredero, yo pensaba en ella; y temblaba cada vez que oía pasos en el corredor, y me torturaba imaginando nuestro primer encuentro.

La mañana de mi tercer día en Kalimnos, Lisipo me llamó a su aposento, y tras indicarme que me sentase en su lecho, dijo:

—He pensado mucho en lo que hablamos el primer día, y cada vez estoy más seguro de que he obrado bien... De las personas que estaban en mi casa cuando se fue Procoro, sólo siguen vivos el centinela que me avisó de tu llegada y Petra, la única concubina que me queda y por la que siento un gran afecto. Es muy posible que ella se niegue a aceptar que eres el que no eres, si antes no habla conmigo. Búscala y dile que venga a verme este mediodía...

—Así lo haré...

—¿Cómo te encuentras en tu nueva piel?

—Un poco confuso...

—Es normal al principio; pero trata de calmarte y recuerda siempre una cosa que te voy a decir: yo, Lisipo el Viejo, tuve que cambiar tres veces de nombre antes de los treinta años, y preferiría no tener que explicar por qué... Es una buena gimnasia para los que saben que el secreto de nuestro ser está, más que en el nombre, en los huesos... Y ahora déjame solo, hijo; necesito descansar...

Salí de su alcoba y me refugié cobardemente en mi cuarto, intentando contener la emoción. Un doble vértigo me impedía ver con claridad mi situación. Por un lado, el deseo que tenía de conocer a Petra, de saber cómo miraba y si estaba o no hecha de lava solidificada, me hacía parecer un carnero degollado; y por otro lado, la imposibilidad de adivinar cuál iba a ser su actitud cuando me mirase a la cara y comprobase que yo no era el hombre que la quiso arrastrar hasta Délos, me convertía en un funámbulo danzando sobre una resbaladiza cuerda floja, de la que podía caerme en cualquier momento.

Estaba próximo el mediodía cuando, tras apurar una copa de vino, me perfumé, me puse un kitón nuevo, y decidí, como única salida, recurrir a mis dotes de actor. Cuando era alumno de la Academia, había intervenido en varias tragedias de Esquilo, y todos habían alabado mi desenvoltura. Ahora intentaría sostener la máscara con el mismo donaire que entonces, para ver su reacción y obrar en consecuencia. Con ese propósito, quemé un poco de incienso ante una estatuilla de Afrodita, y me dirigí al aposento de la mujer de piedra. Crucé el patio, descendí por la escalinata tallada en la roca, y llegué a la terraza que daba a los acantilados. Allí estaba, dándome la espalda y mirando al mar, detenida en el mismo sitio donde había tenido lugar su último encuentro con Procoro. Petra tenía la piel cobriza y los cabellos negros, y llevaba un kitón de lino que se plegaba amorosamente a sus caderas y que sin ser transparente lo parecía, por lo bien que los plisados se ceñían a sus piernas.

Cuando ya me hallaba a unos diez pasos de ella, se dio la vuelta. Me detuve y contemplé sus ojos verdes, que me miraron como trazando en el aire una interrogación con la que insinuaba que estaba dispuesta a escucharme.

Petra debía tener entonces unos treinta y tres años y su belleza, de mujer amansada por la madurez, me pareció el más hermoso paraje donde redimirme de tanta equivocación.

—Al fin has vuelto... —susurró para mi sorpresa, y añadió con una voz ronca y sedosa—: Han tenido que ser las esclavas las encargadas de decirme que ya estabas aquí...

Su voz me hechizaba, pero más embrujo tenía para mí su agudeza y su tranquilidad.

—¿Por qué has tardado tanto en presentarte a mí? —me preguntó con dulzura.

—Por pudor —le dije—. Y porque no soy el que soy.

Petra volvió a mirarme. Sus ojos me condujeron al pasado de Procoro, y recordé la época en que la amaba en aquella misma terraza. Me hallaba en un momento de profunda comunión con el espíritu del difunto cuando oí que Petra me decía:

—No ser el que se es, es estar loco.

—Sin duda; y no seré yo el que lo niegue... Me fui loco y loco he vuelto, pero tengo que advertirte, para tu tranquilidad, que desde que regresé a casa estoy cada vez mejor... Hace tres días, al abrazar a mi padre, me creía otro hombre, no me aceptaba como Procoro...

—¿Y ahora? —dijo ella sin mirarme.

—Ahora empiezo a recordar quién soy...

—Me alegra oírlo... —comentó en voz baja—. Sin embargo —y volvió a girarse hacia mí—, has cambiado mucho, hasta el punto de que no pareces el mismo... ¿No le ha extrañado tu transformación a Lisipo?

—No tanto como yo creía —le advertí—. Por supuesto que he cambiado... —añadí desviando la mirada—. Orfeo no cruzó impunemente el infierno, y dicen que le ardieron los ojos...

—Y los tuyos, ¿han ardido?

—Los ojos con los que ahora te veo no, aunque están a punto de hacerlo, mas los ojos que tenía antes sí que ardieron...

—¿Dónde?

—En el desierto de Edom... Allí me vi a mí mismo muerto... Los buitres devoraron mi cuerpo... Pero yo dejaba algo escrito junto a mi mortaja. Un nuevo ser surgía de mis huesos, leía el escrito, y empezaba a recobrase a sí mismo...

—¿Podré leer ese escrito?

—Antes tienes que hablar con Lisipo...

Petra se adelantó y me miró fríamente.

—¿Y qué me va a decir? —preguntó—. Sospecho que ya lo sabes...

—Posiblemente te diga que me ha nombrado su sucesor... —le respondí imitando su tono.

Petra sonrió sin ganas.

—No esperaba menos de él... Quince años soportando sus achaques, su impotencia, su melancolía, para que luego se lo deje todo a un advenedizo...

—Tienes toda la razón, y te pido disculpas por ello, además de proponerte, como única salida para los dos, que contraigamos nupcias en cuanto fallezca nuestro protector...

—Me haces un gran honor al querer casarte conmigo... —dijo, caminando hacia la alcoba de las paredes azules—. ¡Qué vaivenes los de la fortuna...! Yo que he sido la primera concubina de Lisipo, además de la mujer más próxima a Procoro y a Arcadio, tengo ahora que agradecer al cielo el que un pordiosero quiera casarse conmigo...

—No seas venenosa —murmuré—. Puede que estés perdiendo un tiempo precioso...

—No lo creas —dijo cambiando bruscamente de actitud y suavizando el tono—. Desde hace días esperaba que vinieses a hablar conmigo, pues de nuestro acuerdo dependía nuestro futuro... Aunque ya sabía desde el principio que no eras Procoro, pues escuché a hurtadillas tu conversación con Lisipo, fríamente pensaba que entre los dos podíamos hacerle un gran servicio a esta casa, evitando de paso las disputas que provocaría la ausencia de herederos directos...

—Hablas cuerdamente. Si declaras quién soy y no me dejas ser Procoro, los sobrinos de Lisipo querrán matarme, y de poco servirá que él me proclame ahora mismo su heredero... Pensarán lo mismo que pensabas tú, que soy un usurpador... Pero si me dejas ser Procoro, tú también podrás beneficiarte de mi posición, y desde tu nueva situación no te será difícil combatir a cuantos pretendan arrebatarte lo que ya te pertenece por derecho...

Tras un breve silencio, Petra volvió a girarse y me miró hospitalariamente.

—Acabas de tomar el camino que debiste haber cogido desde el principio... —dijo mirándome con sosegada curiosidad, como si ya estuviese pensando qué cambios llevar a cabo en mis actitudes y mi vestimenta para que nadie dudase de que yo era el primogénito de Lisipo. Después se colocó un himatio azul sobre el kitón y se dirigió a la alcoba del señor de la casa.

Tras la conversación con Lisipo, se ocultó en su aposento, y en él permaneció tres días y medio, sin dejarse ver y dando a entender que se tomaba con tranquilidad las cosas. No era una mujer fácil. Exigía una lenta y sufriente devoción antes de concederte una mirada directa; una de esas miradas que concentraban más intensidad

erótica que diez años de conversaciones licenciosas con una cortesana, porque en ellas el poder de Afrodita se comprimía y agudizaba hasta el extremo, y el dardo de Eros te dejaba sin respiración.

Yo quemaba todos los días incienso ante la estatuilla de Afrodita, y algunas mañanas me iba de paseo hasta su templo, erigido sobre un acantilado de mármol poblado por miles de gaviotas, para pedirle que ablandase un poco el corazón de la roca. La diosa del amor me escuchó, si bien no de la forma que yo esperaba.

El milagro ocurrió una madrugada en que Petra acudió a mi alcoba vestida con un rústico kitón de lana y un látigo en la mano. La miré con asombro, y por un momento creí que iba a agredirme.

—¿No te gustaría dar un paseo a caballo? Todavía no ha amanecido y nadie nos verá... —me dijo.

Durante mis años en la milicia, siempre había sido infante. Los caballos me parecían animales hostiles a los que no tenía ninguna simpatía y así se lo hice saber. Pero replicó:

—Eco es una potra muy amorosa que tenía reservada para ti, y que se plegará a tus deseos como nadie lo ha hecho jamás. Y es muy femenina, y tiene un instinto especial para llevarte siempre por el mejor camino, y es paciente; tan paciente como una roca y tan ligera como la brisa... Apenas notarás su galope...

Ante semejante apología, negarse a conocer a Eco parecía imperdonable y la seguí hasta las cuadras. No mucho después, galopábamos por el valle de los olivos, que se extendía como un delta entre dos colinas hasta el interior de la isla, y cuanto más nos alejábamos de la ciudad más le agradecía a Petra aquel paseo lejos del aposento en el que había permanecido oculto más de quince días. A la luz de la luna, los olivos parecían de color ceniza. Ya no se oía el rumor del mar en aquella noche vegetal, llena de chasquidos y ecos, en la que sentía deseos de perderme.

Recuerdo que avanzábamos por una larga pendiente y que Petra iba delante cuando mi frente se estrelló contra una rama. Me desvanecí en el acto. Cuando volví en mí, me vi tendido en el lecho de mi alcoba. Era de noche y no había luz en el cuarto. Unos ojos brillaban en la oscuridad, una boca sonreía levemente, unos dedos me acariciaban la mano, se posaban en mi frente, en mi boca, descendían hasta el cuello...

Con los ojos cerrados, sentí sus labios sobre los míos, el calor de su vientre, la solidez de sus miembros. En aquel gran silencio que parecía reinar de pronto en toda la casa, comprobé que Procoro había dicho la verdad. Petra era dura como una estatua, y su dureza contrastaba con la suavidad de su voz y la mansedumbre de su mirada.

Largamente mis manos recorrieron su espalda y sus piernas, pulidas como las de la Afrodita de Cnido; y mientras las yemas de mis dedos comprobaban lo profunda que puede llegar a ser la piel, mi conciencia comprendía que saber es recordar cuando éramos otro, hasta sentir que el otro vuelve a nuestros huesos. Y yo podía ser otro;



pero Petra era la misma mujer de piedra volcánica, la que siempre estaría allí, guardando el fuego y sobreviviendo, en una isla donde abundaban los saqueos y donde el cielo y el infierno se fundían conformando una misma y turbadora imagen de la vida.

Creo que ya entonces me di cuenta de que si bien en Kalimnos abundaba la piedra, sólo una de sus rocas, ella, podía impedirme, con su dulzura y su dureza, moverme de allí.

Las yemas de mis dedos volvieron a frecuentar sus senos y me maravilló de nuevo la perfección de su figura. Parecía una estatua convertida en mujer, más que una mujer convertida en estatua. Y había estado siempre allí, en el lugar de las Espóradas donde la dejó Procoro y donde al fin yo la encontraba.

Continuábamos sobre el lecho, pegados el uno al otro, cuando empezaron a llegar gemidos desde el fondo de la casa. Nos incorporamos, y llenos de sudor corrimos hacia el aposento de Lisipo, donde varias esclavas quemaban incienso y el médico anunciaba que el patriarca acababa de morir.

Ordené que cerrasen todas las puertas de la casa y que no dejaran entrar a mis primos hasta que no estuviese todo dispuesto para el funeral, y empecé a pensar en la estrategia a seguir... De haber estado solo, la prueba hubiese sido muy difícil. Pero me hallaba junto a Petra, que sabría cómo convertirme en el hombre que ella conoció, me dije a mí mismo presa de la inquietud, pensando una vez más en los peligros que podía implicar suplantar a un individuo que, habiendo perdido la razón, ni siquiera quiso admitirlo en el instante de la agonía.

## 73

Una semana después de los funerales de Lisipo acudí a la alcoba de Petra creyendo que se abrían para mí las puertas de la cámara más perfumada del deseo, donde Afrodita desvela a sus temblorosos acólitos el silencioso dialecto de la felicidad.

La tarde parecía en llamas, el Egeo era de bronce líquido lamiendo rítmicamente las rocas de Kalimnos, y todo estaba a punto para que se diera la más carnal complicidad entre la hembra que lleva dentro el varón y el varón que guarda la mujer en los recovecos más secretos de su intimidad. Ella era mis ojos, y yo era los suyos. Por eso mi voz se tornó más femenina, y más ronca y oscura su voz. Sus senos, de mármol reblandecido, me quemaban el pecho; y mis pezones, ardientes como lava súbitamente solidificada, se fundieron con los suyos y fueron tal vez los suyos. Desde la piel a las regiones más profundas de la carne, éramos sólo exterioridad deseante, precipitándose hacia las rojas simas de la tarde. Y yo me sumergía en su feminidad sin fondo, y ella se hundía en los lagos más mansos de mi virilidad a un tiempo ensalzada y abolida.

¿Fue esa tarde gloriosa la causa de la llegada a este mundo de nuestro pequeño Procoro? Ahora creo que sí. Afrodita, siempre tan irónica, incitó al difunto a reencarnarse en aquella cópula prodigiosa; y he aquí que nuestro primer hijo vino a llamarse como el primogénito de Lisipo.

Diez años han pasado desde entonces; los diez años más agridulces de mi vida, en los que me he dedicado a ocultarme de todos mis presuntos familiares y a dirigir desde mi aposento los astilleros, que trabajan casi exclusivamente para varias cofradías de piratas efesios. Un decenio evitando la presencia de mis primos, de los que debiera haberme librado hace tiempo, y que han llegado a atribuirme la lepra, debido a lo cubierto que voy siempre y a que no consiento que se acerquen a mí. Una década recluido en esta casa, sabiendo que todas las noches, cuando nos vamos a acostar, Petra me recordará de alguna manera mi impostura. Sus palabras suelen ser su diaria invocación al miedo, que poco a poco se ha ido convirtiendo en nuestro vínculo más sólido. Por su culpa sueño a menudo que mis primos entran en mi alcoba y me acuchillan. Me despierto sudando, y al verme de nuevo vivo, tiendo a pensar que gracias a esa pesadilla todavía sé quién soy, a pesar de que mi cuerpo ya no es mío; es de Procoro, que supo que nuestros destinos eran el mismo antes de que yo encontrase su esqueleto, y que lleva viviendo en mis huesos tanto tiempo como vivió en los suyos. Los besos que Petra me da, se los da también a él; los hijos que ha tenido conmigo, son también de Procoro. Y de hecho nuestro primogénito se parece más a él que a mí, como se parece también más nuestra pequeña Antígona, que acaba de cumplir los siete años y que nunca me obedece.

Pero, entonces, ¿Procoro se ha convertido en el dueño absoluto de mi vida y de mi mundo, dejándome sin un solo bastión donde poder sustentar el alma de Yaliso? Ahora creo saber lo que significan las herencias y empiezo a conocer la enfermedad de la muerte...

No hay persona o lugar en la casa donde él no esté presente. Ayer, cuando jugaba con mi primogénito en el jardín, vi cómo miraba a las esclavas, y descubrí en sus ojos la mirada de Procoro. Y no en vano, mi hijo es tan débil como el hijo de Lisipo, y su madre lo mimaba en demasía. Para redondear aún más el parecido, dos de sus amigos han conseguido obsesionarlo con el dios cristiano. El mes pasado, me dijo mientras cenábamos que quería ser bautizado como sus compañeros y sus primos. Después me miró con ojos de alucinado y me aseguró con una vehemencia impropia de su edad que Jesucristo es el único dios, el primogénito de los muertos, el príncipe de todos los reyes de la tierra, el que nos amó y nos purificó con su sangre, y que todos los que no lleven su señal en la frente serán torturados, y durante cinco meses sufrirán picaduras de escorpión en las sienes, hasta ser definitivamente aniquilados por langostas gigantes de dientes de león y cabellos como serpientes.

¿Puede haber mayor desgracia para un adorador de Apolo-Abraxas que tener un hijo así? Ni él ni Petra saben que aún guardo el manuscrito de Akásar. Hace algunos años, Petra me ordenó quemarlo y destruir para siempre aquella cadena de insensatez.

Obedecí a medias, quemando ante ella una copia y quedándome con el original de Procoro, que sigo leyendo en secreto, y al que voy añadiendo de tarde en tarde mi propio testimonio. Ahora me arrepiento de no haber buscado Akásar y de haber traicionado a la organización hermética que ya formábamos Tasio, Procoro y yo... Porque tengo la certeza de que Akásar no es un punto de Délos. Akásar, el lugar de las piedras escritas al que Tasio llegó en sueños, tiene que ser una isla más allá de la aurora y del Ganges, desde la que se accede a una dimensión donde el tiempo se disuelve en su propia transparencia. Y en vez de dedicar mi vida a buscarla, utilicé el manuscrito para mis propios intereses, y gracias a él pude llevar a cabo una impostura en la que, para mi asombro, colaboró el propio Lisipo, y en la que fui perdiendo algo más que la vida... Porque Kalimnos no es Akásar; Kalimnos, con sus pestes, y sus ruinas, y sus luchas tribales, es el vivo ejemplo de las visiones que Procoro tuvo en Patmos... Aristóteles dijo que debíamos ser inmortales en la medida de nuestras posibilidades, y la prueba de que yo no seguí su consejo lo demuestra el hecho de haberme burlado del mensaje de Akásar, limitándome a llevar una vida ordinaria en Kalimnos. Viéndome a mí mismo, pienso que la raíz del mal, del mío y del de los demás, ha de buscarse en la avaricia y la cobardía. Avaricia, en mi caso, por haber deseado la fortuna de Lisipo y el cuerpo de Petra; y cobardía por no haberme atrevido a seguir las indicaciones del manuscrito, conformándome con un simulacro de Akásar, una pequeña vida y una pequeña muerte. En el fondo el peor castigo para un griego; y me pregunto qué afrenta pude hacerle a Apolo-Abraxas para merecerlo. Renuncié a la isla de los inmortales, y me quedé en la isla de la muerte. Quizás hice bien, quizás Akásar es tan sólo un sueño destinado a desaparecer conmigo. Por eso mi siervo Cadmio, que habrá de embalsamarme, sabe que, una vez haya extirpado mis entrañas, deberá ocultar en el interior de mi cuerpo el tubo de oro en el que ahora guardo las crónicas, y deberá colocar en las cuencas vacías de mis ojos dos bolitas de cristal con las letras alfa y omega, que protegerán mi tumba, como la protegerá también la estatua de Apolo délico que le he ordenado hacer a un escultor de Kalimnos.

No me atrevo a quemar el manuscrito. Y sé que mientras no lo destruya permanecerá íntegra la prueba de que no soy el que soy, pero ya no me importa. No está en mis manos la posibilidad de apagar el fuego de Akásar, ni deseo que caiga sobre mí y sobre mis hijos la maldición que Tasio formuló al final de su testimonio. Casi no tengo fuerzas, casi no tengo vida... Y voy a morir sabiendo que conmigo mueren también los griegos... Los nuevos dioses acosan a Apolo y a Afrodita, y desean fieramente su desaparición. Sus templos saqueados parecen preludiar una era de estatuas mutiladas tan larga y sangrienta como la que anunciaba el hombre que me dio su nombre y apellido, condenándome a vivir hasta la muerte en este jardín amurallado.

## SEIS

72

Muchas humaredas, muchas piras funerarias se sucedieron desde que murió Yaliso hasta que yo, Orencio, sacerdote de la iglesia de Cristo, hallé el manuscrito de Akásar. En aquella época, ejercía mi labor en Kalimnos. Una noche, se produjo un incendio en el pinar que rodeaba la ciudad. Al amanecer, me hallaba paseando por el bosque quemado cuando la tierra recalentada de una de las colinas cedió y dejó al descubierto la entrada de un sepulcro ornada con columnas de mármol. Conseguí abrir la puerta de la tumba y, sirviéndome de una tea, recorrí una larga galería tallada en la roca, hasta dar con otra puerta que me costó forzar. Finalmente llegué a la cámara mortuoria, en la que se hallaba el sarcófago y una estatua de Apolo. El dios llevaba en una mano un cetro, y me observaba como a un intruso. Su mirada me intimidó, pero no lo suficiente, y decidí abrir el sarcófago, en cuyo interior hallé un cadáver muy bien conservado. Sus ojos de cristal brillaban como los de un gato y llevaban tallados los símbolos del principio y el fin del mundo. Miré a mi alrededor, y al no ver nada que me pareciera valioso, me dispuse a abrir el vientre del difunto, pues no era la primera vez que el interior de una momia me ocultaba una grata sorpresa. Comencé la tarea, pero me temblaban las manos en cuanto me fijaba en los ojos de cristal, y no me quedó otro remedio que arrancarlos. En cuanto lo hube hecho, comprobé que eran dos amuletos semejantes a los que utilizaban siglos atrás los gnósticos, y a los que habían dado en llamar «abraxas», como al dios ígneo al que rendían pleitesía. Los guardé en mi zurrón, desgarré el cosido que iba del vientre al pecho del muerto, y encontré el tubo de oro que contenía las crónicas de Akásar.

Mientras continuaba mi vida eclesiástica en la isla de los pescadores de esponjas, estuve pasando los testimonios de los tres cronistas a papiros nuevos, cada vez más sorprendido ante el hecho de que el Apolo délico descrito por Tasio fuese tan parecido al que yo había visto en la tumba de Yaliso; lo que me obligaba a pensar que el último cronista había mandado hacer una estatua de Febo que recordara a la que el esclavo de Platón había visto en Délos. Fue por entonces cuando nació en mí el propósito de ser fiel, en la medida de mis posibilidades, a aquel triple mensaje que, si sus autores no mentían, y a mí me parecía que no, había sido obra de un discípulo menor de Platón, un discípulo mayor de San Juan, y un alumno de la Academia que Justiniano acaba de cerrar para desgracia de todos los amantes del saber. Pero ser fiel al mensaje de mis predecesores no quería decir ser servil y acatar ciegamente todas sus consignas. Y así, a diferencia de Yaliso, yo no participaba demasiado de la creencia de que Akásar fuese una isla más allá de donde nacen el sol y el Ganges. Si se leía con atención las tres crónicas, no era difícil darse cuenta de que la obsesión más compartida por Tasio, Procoro y Yaliso era la del fin del mundo. El fuego

apolíneo que quemaba desde dentro el manuscrito, y que al mismo tiempo mantenía vivos sus contenidos, era ya el mismo fuego que el del Apocalipsis, y no en vano San Juan había llamado Apollyon (en rigor Apolo) al ángel que tenía la llave del pozo del abismo: jefe de las inmensas huestes de langostas incendiarias, de cabellos de mujer, dientes de león y colas de escorpión, que harían aparición sobre la tierra en los pavorosos días en que «los hombres buscarían la muerte y no la hallarían». La profecía había sido formulada tres veces, y por tres veces se había hablado también de Akásar, una presunta isla de inmortales... Pero lo que parecía una definición era en realidad una metáfora que había que interpretar. Al hablar de isla de inmortales, la intramujer del sueño de Tasio quería decir un lugar aislado (que bien podía ser un lugar amurallado), en el que la vida seguiría intacta cuando llegase el fin, y según me parecía a mí, ese lugar no podía estar más allá de Oriente...

Dos años después, cuando tras haber dejado temporalmente las Espóradas empecé a vivir en Constantinopla, tuve la oportunidad de conocer al monje Dionisio el Exiguo, que se hallaba de paso por la ciudad, y que debía su mote al empeño en repetir que él necesitaba muy poco espacio para vivir, y aún menos para morir. Dionisio, que como yo era experto en descifrar sueños ajenos, y que estaba muy preocupado por lo que nos iba a deparar el futuro, había estudiado concienzudamente el calendario romano y acababa de proponer a las autoridades eclesiásticas comenzar todas las cronologías con el nacimiento de nuestro señor Jesucristo.

Fascinado por su obstinación en querer iniciar la historia con la llegada del Nazareno, le pedí que me expusiera sus razones, una noche en que paseábamos por los oscuros interiores de Santa Sofía. En aquella ocasión, Dionisio me dijo:

—Nosotros ya no somos paganos, y no debemos regirnos por calendarios paganos... Además, con el calendario romano queda oculta la fecha del fin del mundo, que tal como se indica en la Revelación de San Juan acontecerá en el 666, dentro de ciento veintiséis años...

—¿Tan pronto?

—A mí no me parece pronto. El fin del mundo tendría que haber ocurrido ya, si Dios no fuera tan misericordioso y al mismo tiempo tan cruel —comentó, mirándome con gravedad.

Al amanecer, me despedí de él en el muelle de Eleuterio. Mi amigo ya se hallaba a bordo del barco que habría de llevarle a Roma, cuando empecé a lamentar no haberle dejado leer las crónicas de Akásar. Pero enseguida pensé que ya tendría ocasión de hacerlo. Al fin y al cabo, aún quedaban ciento veintiséis años para la llegada del fin del mundo, y mucho antes de eso Dionisio y yo descansaríamos bajo la tierra, razoné mientras bordeaba las murallas. Desde la antigua Puerta Dorada fui paseando hasta el Foro de Arcadio y desde allí hasta el acueducto de Valens. Más tarde estuve en la Acrópolis, desde donde contemplé un buen rato la bahía llena de barcos, y el barrio donde nací, en la otra orilla. Pero el esplendor de cuanto veía, no conseguía hacerme olvidar el hedor a humanidad hacinada que se notaba en toda la

ciudad, y en el que se mezclaban, formando un único y mareante perfume, el olor a frutas frescas y pútridas, a pescado, a viandas adobadas, a vino, a ungüentos prostibulares, a cuerpos vivos y a cuerpos muertos. Un olor a hombres y bestias que, entretejiéndose en el aire, conformaba la piel de una invisible ballena en la que yo me sentía Jonás, y como Jonás meditaba, desde el vientre del cetáceo, en la destrucción del lugar que me había visto nacer: mi Nínive en llamas, Constantinopla la perdida, hija de un ángel del Señor y de una meretriz de Babilonia.

Hacia el mediodía, y tras haber pasado por Santa Irene y San Jorge, me sorprendí una vez más a mí mismo en el interior de Santa Sofía, lejos de las multitudes chillonas y el estruendo de los carros y el clamor de la vida. Y mientras avanzaba por el interior de la iglesia, tendía a contar las losas del suelo como un maníaco y a pensar que eran años... Ciento veintiséis años... El número empezó a obsesionarme, alterando mi concepción del tiempo. Ciento veintiséis años eran menos que un parpadeo en los ojos de Dios... Parecían algo para quien no sabía elevar la mirada del suelo, mas para el habituado a observar las estrellas, resultaban un lapso de tiempo ínfimo que me obligaba a mirar de otra forma la ciudad y que en parte explicaba el largo paseo que acababa de dar por ella.

Desde mi conversación con Dionisio, la historia se me antojaba cada vez más exigua, y el tiempo empezó a parecerme un mal sueño cuyo desenlace sólo podía ser el fuego, incluyendo en su vientre llameante a Santa Sofía, a Constantinopla, a Roma...

Por aquel entonces el general Belisario, con el que había hecho amistad tras ofrecermelo como intérprete de sus frecuentes pesadillas, cometió la imprudencia de decirle a la emperatriz Teodora que yo era el mejor descifrador de sueños que había conocido. Teodora se interesó por mí, y al día siguiente llegó a mi casa un mensajero para decirme que la soberana me esperaba en su aposento.

La tarde de mi primer encuentro con ella la ciudad se hallaba muy agitada. Días antes, el emperador había ordenado ajusticiar a algunos de los cabecillas de los partidos Verdes y Azules, que se resistían a aceptarlo como sucesor de su tío Justino, y ahora las multitudes reunidas en el circo clamaban venganza y gritaban victoria. Pero aquellos gritos que tanto me impresionaron cuando cruzaba el muelle de Bucoleo, no llegaban hasta el palacio, donde reinaba el silencio. Recuerdo cuando los ojos de Teodora, grandes y negros, me encuadraron por primera vez en la intimidad de su aposento. La emperatriz me pareció un mosaico de Rávena en el que no cabía ni una piedrecita más, y donde el exceso ornamental acababa convirtiéndola en una compleja representación de la pureza y de la aspiración a ser, más que un cuerpo, una forma. Y como me ocurría con algunas imágenes religiosas, al mirarla tendía a

espiritualizar su carne, que se evaporaba bajo el vestido y las piedras. No imaginaba sus piernas, su cintura, sus pechos: no existían para mí. Quizá debido a ello, cuando oí su voz, sentí una emoción muy superior a la que me hubiese producido una Teodora más carnal; pues era como si de pronto la imagen de un icono de Santa Sofía me estuviese dirigiendo la palabra.

Detenida ante las arcadas desde las que se contemplaba el circo y el muelle de Contoscalio, la emperatriz me dijo:

—Anteayer, mientras dormía la siesta, soñé que me hallaba en Santa Sofía. Toda la iglesia estaba cubierta por una alfombra de racimos de uvas. Yo avanzaba desnuda por el centro de la nave, y las uvas reventaban bajo mis pies, produciendo un mosto purpúreo, de una fragancia exquisita. Sentía mucha sed y quería beber de aquel mosto, pero no veía vasos por ninguna parte y mis manos estaban misteriosamente enguantadas. Intentaba quitarme los guantes del mismo color que el vino, pero parecían fundidos a mis manos, conformando una nueva piel. Entonces me acercaba al sagrario, lo abría, cogía un cáliz de oro, lo acercaba a uno de los riachuelos rojos que discurrían entre las grietas de las losas, y lo colmaba de vino. Apuraba la copa y bebía. Enseguida empezaba a arderme la cabeza y me precipitaba corriendo hacia la salida. Al llegar a la puerta, veía que toda Constantinopla ardía, y que mis pies y mis manos parecían teñidos de sangre. Un instante después despertaba, apesadumbrada y confusa... —susurró, y calló un instante, para enseguida añadir—: Ahora me gustaría que me dijeseis cuál puede ser el verdadero significado de mi sueño. Me siento cada vez más asombrada ante mí misma... No es mi deseo tener sueños así, pero lo cierto es que los tengo... Podéis expresaros sin miedo, y no temáis decir la verdad. Encajaré con dignidad vuestras palabras, y si he pecado, quisiera que consideraseis cuanto os he dicho como una confesión y me absolvieseis...

La pura forma desvelaba de pronto su vidrioso interior, fundido por el calor del deseo. Me conmovía la limpieza de sus palabras; me subyugaba la claridad con que había expuesto el contenido de su pesadilla, simple y a la vez llena de dobleces que yo debía y podía iluminar. Teodora había hablado con gravedad, mientras deslizaba su mansa mirada por el aposento. Alejándome de ella, cerré los ojos y recordé la agitación de las calles y los gritos de los Verdes y los Azules. Fue como una iluminación, y con temblorosa voz le dije:

—En vuestro sueño cruzáis desnuda Santa Sofía... La imagen no debe llevaros a engaño, pues su único fin es mostraros vuestra desnudez presente, vuestra soledad y vuestra incertidumbre...

—¿Y los guantes, qué significan?

—Los hábitos del pasado, de los que aún no habéis podido desprenderos...

—¿Y el vino rojo?

—Es la senda de luz en la que quedan impresas vuestras huellas...

—¿Y el cáliz?

—Es el recipiente de la luz, y representa vuestra sed de clarividencia... Gracias a él bebéis la lumbre de Dios...

—¿Y el fuego?

Los dos dirigimos la mirada hacia las arcadas y vimos que todo el flanco oeste del palacio estaba ardiendo.

## 70

A Teodora le costaba creer lo que estábamos viendo y me pidió que la acompañase hasta el aposento de su marido. Encontramos a Justiniano sumido en la lectura de la *Ciudad de Dios*, ajeno a cuanto ocurría en Constantinopla. El párrafo que el emperador estaba leyendo cuando llegamos hacía referencia al incendio de Roma por las tropas de Alarico, y al acercarse al ventanal y ver las llamas en su palacio, creyó percibir la mano de Dios y se dejó dominar por el pánico. Se sentía traicionado y acosado y ordenó a su esposa disponerlo todo para huir inmediatamente en barco. Teodora le miró con desprecio y salió en busca del general Belisario, que no mucho después reunió en torno a él a la guardia de palacio y la colocó en las dos entradas del circo, donde seguían reunidos los dos bandos rebeldes. Esa noche fueron pasados a cuchillo más de quince mil hombres y Belisario consiguió sofocar la rebelión. Desde entonces, raro era el día que no visitaba el palacio. La emperatriz me requería a menudo para que le descifrara sus sueños y, poco a poco, fue creciendo nuestra amistad. Un día, decidí leerle los testimonios de Tasio, Procoro y Yaliso. Para mi sorpresa, el manuscrito le interesó desde un primer momento, pues le preocupaba mucho su propia inmortalidad. Nadie deseaba más que ella encontrar algo que remediasse su decadencia física, ahora que acababa de cumplir los cuarenta años.

Ya le había dado a conocer íntegramente el contenido de las crónicas de Akásar y de mi conversación con Dionisio, cuando Teodora me dijo:

—¿Creéis en la isla de la inmortalidad?

—No; creo en la isla de la supervivencia, cuando todo sea fuego aniquilador...

—¿Tan convincentes os parecieron las razones de Dionisio?

—Las razones de Dionisio me convencieron —le dije—, pero no tanto como las crónicas de Akásar. Sus autores llevan nueve siglos anunciando el fin... No puede tardar... Ya os lo he dicho, ciento veinticinco años...

Teodora cerró los ojos y permaneció un rato en silencio.

Olía a rosas en su aposento pero no se veían flores por ningún lado. Era ella la que olía así, era ella la flor madura y fragante.

—Me espanta envejecer... —susurró.

—A todos nos espanta la vejez...

—Pero sobre todo a mí...



La miré y me pareció que sus ojos se habían humedecido. Ahora sus pupilas parecían condensar más sufrimiento y menos resignación.

—Mi miedo a la vejez no me deja vivir, pues sé que el tiempo me va a castigar con más saña que a los demás... Y ese miedo es como un demonio, que corrompe mis mejores pensamientos... Antes, cuando hablabais del fin del mundo, estuve a punto de pedir os que intercedieseis ante Dios para que adelantase la lluvia de granizo y fuego... Y me preguntaréis, ¿pero acaso la raza humana os importa menos que vuestra figura? Os tendría que decir no, y mil veces no, con decidida energía... Y sin embargo no puedo, de verdad, no puedo. Si tengo que envejecer, mejor que llegue el fin del mundo...

Sus palabras, que parecían condensar un egoísmo vasto como el cielo, estaban sin embargo saturadas de humildad. Ahora el icono, además de hablar, era vulnerable. La forma se humanizaba aún más, lloraba, se sentía íntimamente desgarrada por el pánico a la vejez; la forma sufría como una mujer de carne y hueso.

Seguía con mi mirada fija en ella cuando empezó a decir:

—Esta mañana he tenido otro sueño imperdonable... Me hallaba en la sala de los embajadores, rodeada de hombres que parecían enanos. De pronto todos los hombres desaparecían con antorchas en las manos, y se perdían en la noche. Yo me quedaba sola, en medio de la fría sala circular. Entonces aparecía San Juan evangelista y me decía que yo era Isis, y que rasgase mis velos y mostrase mi intimidad... Yo me hallaba impudicamente vestida ante el santo, pero él me aconsejaba desnudarme todavía más, como en una nueva danza de los velos... Entonces miraba a Juan como a un deseado y santo varón, haciendo mía la codicia de Salomé cuando contemplaba al otro Juan, y dentro del sueño pensaba que el evangelista se parecía a vos, y que me miraba como vos... En ese momento me despertaba y reventaba en sollozos. Voy a terminar creyendo que estoy endemoniada...

Pensé unos instantes en lo que acababa de oír y, agradeciendo su valor y la confianza que estaba depositando en mí, le dije:

—Los hombres que huyen con antorchas son vuestros amantes pasados, llamas cada vez más pequeñas desapareciendo en la noche...

—¿Y la sala circular?

—Es este aposento.

—¿Y San Juan?

—San Juan soy yo, como vos misma sospechasteis... Dentro de la mecánica de vuestro sueño, soy el apóstol.

—¿Y también sois vos el que pide más intimidad?

Teodora me miró fijamente. Sus ojos penetraron en los míos, atravesaron túneles oscuros, se deslizaron por cámaras que ni siquiera mi memoria conocía, se apoderaron de toda mi conciencia y empezaron a mover mi lengua; y mientras le hablaba llegué a creer que desde hacía días los dos habitábamos un espacio donde lo

oculto y lo manifiesto se daban cita al mismo tiempo, y todo ocurría de dos formas diferentes y en dos diferentes dimensiones del ser.

—Sí, yo era el que os llamaba Isis y Salomé, y así os he llamado muchas veces en secreto... Siento como si fueseis capaz de leer mis pensamientos, y ya no me importa confesaros que he tenido muchos sueños parecidos al vuestro.

Teodora, que se hallaba de espaldas, giró la cabeza, me miró oblicuamente, hizo un leve movimiento, y sus pesadas prendas chocaron contra el suelo, deshaciéndose. Las gemas se desprendían de los hilos y rodaban por la estancia. El mosaico de Rávena se despojaba de toda su envoltura brillante y policroma y dejaba ver la forma en su recipiente primero, canon de todos los demás recipientes y templo del Espíritu Santo.

## 69

Hasta entonces la había creído poseedora de un cuerpo efébo de líneas estilizadas, y me asombró ver sus piernas cortas y sus pequeños pies enfundados en sandalias tan altas como las que los actores llevan en escena. Sus caderas eran anchas, sus pechos voluminosos, y su piel láctea y llena de constelaciones azuladas.

La forma, al despojarse de sus adornos, adquiría una dimensión radicalmente humana, y al contemplarla sentía como si volviese a un lugar de la vida del que había permanecido muchos años desterrado. Fue entonces cuando imaginé el instante en que Justiniano y Teodora se vieron por primera vez, en una modesta casa de citas de la Mesé. La mirada del monarca se convirtió en mi mirada. Justiniano era virgen a los cuarenta y tres años y yo lo era a los cuarenta. Pero dejé de serlo aquella noche en que descubrí la parte más quebradiza de la forma. Recuerdo a Teodora en el lecho, semicubierta por las sábanas. Su espalda, poblada de pecas, se convertía en la insinuación de un cielo pelirrojo que, al mostrar tan sólo su parte más neutra, hacía vertiginoso el resto. Y no he olvidado sus palabras, cuando estaba dentro de ella. Y mientras la estrechaba en mis brazos pensaba en el Altísimo y me preguntaba si Teodora no sería una intramujer como la que Tasio había conocido en Délos, y a través de la cual estaba accediendo al conocimiento pleno de mi naturaleza carnal.

## 68

En una sola noche Teodora consiguió desplazar la situación de la isla de los inmortales hacia su propio aposento, obligándome a pensar que justamente porque el fin estaba cerca había podido acceder a ella. El tiempo se contraía, y los hechos sorprendentes se multiplicaban y se sucedían más velozmente. La misma emperatriz, en un alarde de insolencia, me había susurrado que el fin del mundo, de estar en alguna parte, sólo podía hallarse en un lugar de su cuerpo que prefería no nombrar. Su

blasfemia me dolió, pero no evitó que me convirtiese en un ídola de su figura y en un cómplice de su nostalgia del vértigo, que a veces adquiría la apariencia de la extrema ternura, vagamente adulterada por su propensión a teatralizarlo todo. Y durante algún tiempo, viví sumido en ese mosaico donde la dulzura adquiría innumerables matices, a veces fulgurantes y otras veces de una negrura elemental y casi intolerable.

Hasta que llegó para mí el verdadero temblor. Ocurrió una noche de lluvia torrencial en que Teodora me recibió con los ojos llorosos. Detenida ante las arcadas, inclinó la cabeza y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo seréis capaz de mirarme sólo a mí, de tener ojos sólo para mí, vos que os creéis tan fiel a vuestros principios?

—Yo seré capaz de miraros sólo a vos desde este mismo momento hasta el día del Juicio Final... —le dije.

Teodora se quedó en silencio. Nunca le había visto una mirada tan penetrante y tan melancólica. Después se acercó a mí y volvimos a arder juntos mientras el viento recorría las terrazas y penetraba en los pasillos, llenando el palacio de almas en pena que querían presenciar nuestros sofocos.

Al amanecer, salí tan mareado de su aposento que me perdí por un pasillo en el que flotaban frescos aromas de mujer. Continué hacia delante, hasta llegar a una sala llena de vapores, en la que se oía una voz juvenil entonando una canción en lengua bárbara. Entré en la sala, me oculté detrás de una columna, y en cuanto los vapores se disiparon pude ver a una esclava negra que se estaba bañando desnuda. El agua tibia caía sobre sus cabellos... Era casi una niña, quizá aún no había cumplido los doce años... Por fin me salía al encuentro la virgen, pensé. Al fondo de un largo pasillo, la imagen más carnal y real de la pureza me advertía, con su misma presencia, cuán lejos estaba de mí mismo y de los principios a los que un día quise ajustar mi vida. Era como caerse de pronto del caballo camino de Damasco, y ver la luz... Por más que me costara reconocerlo, yo fornicaba con una adúltera a la que había confundido con la forma de las formas, mientras al otro lado de la oscuridad hacía epifanía la verdadera hermosura, sin oropel y reducida a su más mínima esencia. En ese trance me hallaba, con la mirada fija en la virgen negra, cuando me sorprendió Teodora. Fue como sellar mi condena a muerte; la emperatriz no quiso aceptar ninguna explicación que fuera más allá de lo que veían sus ojos, y me reprochó no haberla mirado nunca con el arrobo con que miraba a la esclava. No era cierto, pero fue imposible convencerla de lo contrario.

A partir de entonces me aborreció con la misma determinación con que se había entregado a mí, y quedaron para siempre atrás nuestras noches compartidas. Pudo haber acabado conmigo de mil impunes maneras, pero prefirió dejarme en manos de su guardia personal, limitándose a insinuar que ya no era digno de su confianza. Tras un año de humillaciones sin nombre, la oscura administración imperial me envió a Patmos, que como en tiempos de Domiciano volvía a ser lugar de deportados.

En cuanto llegué al infierno lítico donde San Juan leyó el Libro de la Vida, empecé a sentirme poseído por el diablo. Patmos parecía entonces la isla más depravada del Egeo: el lugar que Dios había elegido para mi indigna persona. Los muelles de Minirusa estaban llenos de detritus, y abundaban los piratas, los marineros borrachos y los destartalados burdeles donde se hacinaban las prostitutas más tristes de Grecia. Yo quería purificarme, pero aquel ambiente no me ayudaba, y el maligno comenzó a tentarme para que me entregase a sus vomitivas pompas. Durante mi último año en Constantinopla, habían sido muchas las privaciones, y la sed se apoderó de mí. Quizá eso explique el hecho de que pasase más de un lustro idolatrando a mujeres más obscenas que Teodora, si bien no tan vengativas, y a las que pagaba con el dinero que ganaba en las timbas del puerto. Dormía durante el día, y pasaba las noches en las mancebías y en las tabernas. Hasta que sucumbí a la peor de las pasiones, que consiste en desear (y conseguir) que los demás se corrompan tanto como nosotros. Mi nueva y más definitiva caída en el error aconteció una tarde en que al despertarme en la pequeña casa del puerto que un usurero me había alquilado meses atrás, vi que mis ropas estaban manchadas de vino y decidí ponerme mi antiguo hábito sacerdotal, pues era ya la única túnica limpia que me quedaba. Y vestido de sacerdote de Cristo me encaminé a la taberna de Sindronio, que se hallaba situada junto a la iglesia de Santa Livia, en el centro de Minirusa. Allí jugué un rato a los dados con el patrón, que mientras se burlaba de mi sotana perdió una buena suma de dinero.

Estaba anocheciendo cuando paré de jugar, pues me urgía ir al excusado, ubicado al otro lado de la casa. Acababa de cruzar el patio cuando vi, al fondo de uno de los pasillos, a una niña que no debía de tener más de trece años, y que me recordó a la doncella de Teodora, cuya contemplación había sido la causa de mi destierro. Enseguida pensé que una virgen me llevaba a otra, y que aquella nueva epifanía de la pureza estaba en relación con mi destino. La muchacha se hallaba limpiando un gran candelabro y parecía una mendiga. Su vestido hecho jirones dejaba adivinar sus agudos pechos; y sus tobillos, finos como los de una etíope, merecían haber sido copiados por el cincel de Praxíteles, que tan sutilmente se atrevió a imitar a la inimitable naturaleza. Su hermosura, mancillada por la pobreza, y por la pobreza ensalzada, no tenía nada que envidiar a la de las más excitantes cortesanas de la antigua Corintio, patria de la prostitución sagrada. Pero entonces..., ¿por qué la imaginé convertida en una hetaira? Sólo Satanás lo sabe, y también sabe por qué tras observarla largamente sin que me viera, me acerqué a ella. En cuanto me descubrió, se arrodilló y besó mi anillo eclesiástico.

—¿Cómo te llamas? —le dije.

—Celina —respondió.

—Es nombre romano...

—No lo sabía. Me lo puso mi amo...

—¿Eres esclava?

Asintió.

—¿Y perteneces a Sindronio?

Asintió de nuevo, mirándome con inocencia.

—¿Te gustaría ser libre? —le pregunté.

En lugar de contestarme comenzó a lloriquear y a besarme las manos.

—Apenas me dan de comer —me confesó—, y trabajo todo el día. Si Dios tuviese piedad de mí...

—Dios va a tener piedad de ti —le dije—. Confía en El y recuerda lo que dijo acerca de los que tenían sed de justicia, porque serán hartos... —añadí intentando disimular mi turbación—. Dentro de unas horas nos volveremos a ver —le aseguré; y tras acariciar sus cabellos, largos y sucios, la dejé sola y volví a reanudar el juego con Sindronio. A media noche, mi adversario había perdido el dinero suficiente como para que se le pasase por la cabeza deshacerse de mí. Fue entonces cuando le propuse saldar su deuda con la entrega de la muchacha. Sindronio aceptó y esa misma noche me la llevé a mi casa.

Nunca olvidaré la cara de asombro que puso cuando, tras despojarme de la sotana, la arrastré hasta mi lecho. Sus ojos de dolor y de odio me acompañarán siempre, y sé que serán esos ojos los que se recorten contra la negrura cuando llegue la hora de mi muerte.

Pero era tan hermosa y tan delicada, y su cuerpo desprendía un calor tan intenso, que cuanto más se resistía más placer yo obtenía al poseerla. Mala edad son los cuarenta años para conocer deleites que han de probarse a los veinte, y yo había accedido demasiado tarde a los misterios de Eros, por eso me entregué a pasiones tan homicidas. Decía Pitágoras que es peor ser esclavo de una pasión que de un tirano, a lo cual añadiría que es aún mucho peor ser esclavo de la pasión del escándalo y del deseo de ver a los demás convertidos en copias de nosotros mismos. Y no conformándome con someterla a mis caprichos, la obligué a entregarse a los hombres que pululaban por los muelles. Hasta que una noche Celina decidió darse muerte espetándose un cuchillo en el hígado. Una forma de suicidio tan dolorosa que, antiguamente, sólo la llevaban a cabo los hoplitas más bravos que no querían entregarse al enemigo.

Su muerte me trastornó todavía más, y pasé varios días borracho. Hasta que una madrugada vi mi rostro reflejado en un charco de vino tan negro como la brea, y comprendí por qué Platón aconsejaba a los borrachos mirarse en el espejo. Mis propios ojos me decían que ya sólo me quedaba apurar un vaso más para llegar a esa forma de delirio que nos convierte en vehículos de la más fantasmal atrocidad. Hastiado de mi cara, elevé la mirada del suelo y vi ante mí a una anciana, que me observaba con ojos compasivos. Como supe después, se trataba de una *kale gyne* no muy diferente a las que había conocido en Kalimnos. Las *kali gynaiques* eran a la vez

brujas, adivinas y curanderas, y las gentes acudían a menudo a ellas para sanar sus dolencias o pedir que les adivinasen el futuro.

Inclinando hacia mí la cabeza, la anciana me dijo:

—Por tus manos finas y tus vestidos adivino que has sido sacerdote...

—Lo fui hasta que una dama de muy alta alcurnia me arrastró al fango... — musité.

—No culpes a nadie de tu bajeza —me aconsejó ella—. Cúlpatе más bien a ti mismo, pues sólo así llegarás a comprender que de la misma manera que todos llevamos dentro el germen de la corrupción, también llevamos el de la purificación... Muéstrame las palmas de tus manos...

Se las mostré. Ella las miró y me susurró al oído:

—Veo que las tinieblas están a punto de quedar atrás para ti. Cambiarás de hábitos, y Dios te concederá el poder de la adivinación...

—Ese poder ya lo tuve hace tiempo... —le dije.

—Pero lo perdiste debido a tus excesos, por eso tendrás que purificarte durante muchos días y muchas noches. Huye de Minirusa, vete a la bahía de Grikos, y olvídate de los burdeles y del vino...

Al oír sus palabras me eché a llorar. Estaba amaneciendo y empezó a caer una lluvia menuda, al tiempo que una legión de nubes negras se aproximaba desde el siniestro monte Cerceteus de Sanios. La mujer miró al cielo y me dijo:

—Estudiando el paso de las nubes es más fácil adivinar el futuro que mirando los posos del vino o la línea de las manos. La escritura del cielo es la más certera y la más terrible. Aprende a leer la grafía de las nubes, como hacía San Juan, hijo adoptivo de esta isla...

—¿Qué dicen ahora las nubes? —le pregunté.

—Dicen que se acercan tiempos terribles y que muchos querrán no haber nacido. Dicen que Patmos será invadida cien veces, que los hombres seguirán en masa a la Gran Ramera, que la paz será sólo la excepción que confirma la guerra y que se aproxima el largo reinado de Lucifer...

La mujer se calló y empezó a alejarse de mí. Quise retenerla, pero continué arrodillado en mitad del charco de vino, llorando como un niño y sintiendo sobre mí la lluvia, que empapaba mi túnica y me aliviaba tanto como las palabras de la *kale gyne* que acababa de desaparecer tras la bruma.

Esa mañana huí de Minirusa y empecé a redactar mi personal testimonio de Akásar. Durante el día, escribía en la cueva santa, junto a la que fui levantando un pequeño monasterio con la ayuda de otros hermanos en la tribulación; y por la noche, cuando más me ardía la cabeza, me iba paseando hasta Grikos.

Y en la playa donde San Juan habló de la batalla de Harmagedón, empecé a interpretar de otra forma mi pasado y a comprender el futuro. Una vez más, Patmos se convertía en la isla de la Revelación para los peregrinos de Akásar.

Bajo los truenos y los relámpagos, ante la roca en forma de alfa, vi que un pueblo se abatía sobre Bizancio, conducido por el viento del desierto, ese dios sin rostro; y comprendí que Constantinopla era la nueva Babilonia y caí definitivamente en la cuenta de que Teodora era la Gran Ramera sentada sobre las grandes aguas del Bósforo. Y como en la Revelación de San Juan, la Gran Ramera anunciaba, con su impuro proceder y sus innumerables amantes, la era de la disipación que antecedería a la lluvia de granizo y fuego. Yo recordaba sus ojos, y sus labios, y sus pechos, y sus muslos, y no me cabía la menor duda de que en ella se había encarnado desde un principio la hetaira del Apocalipsis... Y yo había estado carnalmente fundido a la representación humana de la depravación, y después había profanado la imagen misma de la pureza; lo que me obligaba a ser cada vez más cruel conmigo mismo, intensificando mis jornadas de mortificación.

Los prolongados ayunos me fueron purificando el cuerpo y el alma, y cuanto más ayunaba más revelaciones me deparaba la noche. Y fue así como se fueron abriendo ante mí las puertas de un futuro cada vez más inquietante... Los hijos del desierto rodeaban el imperio, y los bizantinos se defendían con fuego... Una mezcla de azufre, serrín y alquitrán, que surgía de tubos de hierro sujetos a las naves... Fuego en el mar, fuego en la tierra, fuego en Roma, fuego en Letrán, donde el emperador cogerá prisionero al papa y lo llevará desterrado a Naxos como a mí me han desterrado en Patmos. En Naxos encerrarán al pontífice en una pocilga. Y allí, en aquel antro maloliente de paredes grasicntas y negras, permanecerá el pastor de pueblos más de un año, sumido en la desesperación, convirtiéndose en un símbolo de los tiempos y del empeño de Bizancio en recuperar el poder celestial además del terrenal. Más tarde el pontífice será trasladado a Constantinopla y abucheado por las multitudes. El vértigo se apoderará de la ciudad. Habrán pulverizado un símbolo; el suplicio será largo, y acabarán desterrándolo a una aldea junto al mar Muerto, en el corazón de un mundo bárbaro y hostil, considerado por los viajeros la antesala del infierno... Allí morirá olvidado de todos, poco antes de que los hijos del viento rodeen Constantinopla...

Todo lo que cuento me fue revelado en Patmos, donde cumpliré pronto los setenta años y donde acabo de advertir que queda menos de un siglo para el primer gran holocausto, como pensaba Dionisio, si bien él ignoraba que a esa hecatombe le sucederán otras dos. La última ocurrirá cuando esté a punto de finalizar el 999, y sólo se librarán de ella los que se encuentren en Jerusalén. Entonces se verá que el lugar que mis antecesores llamaban Akásar era en realidad la ciudad santa, también llamada la ciudad de las piedras escritas, convertida en ese día y a esa hora en isla de la inmortalidad para cuantos hayan llegado a ella guiados por el señor, y que no serán más de ciento cuarenta y cuatro mil. La certeza de que el verdadero final se consumará cuando esté a punto de llegar el año mil se debe a que San Juan ha agradecido mis continuas meditaciones en su cueva haciéndome una última revelación, según la cual el fin del mundo no será repentino sino gradual, y se irá

prolongando a lo largo de tres siglos, saturados de atrocidades que si bien están por venir ya son para mí recuerdos, incluidos desde ahora en las crónicas de Akásar, que serán depositadas en la cueva santa. El manuscrito seguirá unido a su tubo de oro, al igual que los ojos de cristal de Yaliso. Así, todos los fieles que lleguen a la cueva de la Revelación podrán tocar los objetos de los peregrinos akásicos y consultar el manuscrito que les permita acudir a tiempo a la ciudad de Dios.



## CINCO

66

Cuando corría el año 999 de la era cristiana, el capitán Kamil se hallaba en Jerusalén, asombrado, como los otros árabes, por la cantidad de peregrinos que estaban llegando a la ciudad santa. Creían que estaba a punto de llegar el fin del mundo, y querían ser los primeros ciudadanos de la nueva Jerusalén. Los soldados de Alá miraban con animadversión a la multitud de infieles; y Kamil, que de sobra sabía que sólo hay un Dios, tampoco los miraba con demasiado amor, si bien tenía la dolorosa impresión de que los cristianos estaban en lo cierto.

Desde la ciudad alta a la ciudad baja, desde la Puerta Dorada a la piscina de Siloé, desde el Santo Sepulcro a la Puerta de Damasco, iban y venían los peregrinos rezando y cantando en todas las lenguas. Acababa de despuntar la primavera, y cada vez llegaban más extranjeros a Jerusalén, cuando Kamil tuvo que trasladarse a Patmos, donde se le encomendó la misión de organizar el regimiento de Fora. Tres meses estuvo en Patmos, y ya se hallaba a punto de volver a Palestina cuando un anciano respetuoso de Alá llamado Atabek, oriundo de El Cairo y que había pasado la vida errando de biblioteca en biblioteca, le hizo llamar a su aposento, situado en un ruinoso monasterio fuera de las murallas de la antigua capital de Patmos.

Los monjes cristianos habían huido una vez más de la isla al detectar la presencia de los árabes, y ahora Atabek era el único guardián de los montones de libros dispersos entre las ruinas por las que tuvo que pasar Kamil para llegar a la recóndita alcoba situada junto a una cueva, en el flanco inferior del monasterio. Allí estaba Atabek, tendido en el lecho de muerte, frente a una mesa en la que reposaban dos bolitas de cristal. En cuanto vio al capitán, despidió al criado que se hallaba en la celda. Después le entregó a Kamil un estuche de oro y le dijo con voz queda:

—Acabo de traducir al árabe el mensaje que se oculta en el interior del estuche... Encended las velas y leed...

Kamil obedeció y permaneció más de una hora leyendo los testimonios de Tasio, Procoro, Yaliso y Orencio. Cuando concluyó la lectura, Atabek le pidió que le diese su opinión sobre el contenido del manuscrito. Tratando de olvidarse del asfixiante calor que convertía el cuarto en un horno y que le obligaba a sudar copiosamente, Kamil le dijo:

—No sé qué pensar sobre estas y otras profecías... Entre los cristianos cunde el pánico. Ellos piensan lo mismo que el último peregrino del manuscrito que acabo de leer...

—Así es...

—Los templos cristianos se están llenando de fieles que tiemblan ante la proximidad del fin; y dicen que los moribundos dan sus bienes a los pobres, los

criminales se entregan a la justicia, los ladrones devuelven sus hurtos, los enemigos se abrazan, y los hombres y mujeres se perdonan sus traiciones... Desde que salí de Jerusalén he visto prodigios en los que resulta difícil no ver la intervención divina...

—Hablas cuerdamente, hijo, y también hablan cuerdamente los cristianos, aunque sean nuestros enemigos. Alá, que ya no puede ni debe perdonar nuestros pecados, ha decidido iluminar únicamente las cabezas de nuestros enemigos, para que sólo ellos puedan salvarse...

—Os entiendo, señor, y creo que tenéis razón. Alá no ha podido infligirnos mayor castigo...

—El fin es inminente, capitán —le dijo Atabek—, y como dice el último cronista de Akásar, cuyo manuscrito encontré en la cueva que se halla a mi derecha, sólo se salvarán los que se encuentren en Jerusalén. Para ellos Jerusalén será Akásar, como adivinó Orencio; el lugar que libra de la muerte...

—Dios mío... —exclamó Kamil—, ahora empiezo a entender de verdad el manuscrito...

—Antes de que acabe el año, desaparecerán los califatos de El Cairo y Bagdad, y todo el pueblo de los árabes... Pero aún puede salvarse algo... Es necesario que el califa de El Cairo acuda a Jerusalén y permanezca allí el día señalado. Se salvará la dinastía, se salvarán los descendientes de la divina Fátima y el divino Alí... Es preciso que Alhacam tenga en sus manos los ojos alfa y omega, y es necesario que lea cuanto antes las crónicas de Akásar y escuche de tu boca todo cuanto te acabo de decir... —le susurró Atabek poco antes de morir.

Al día siguiente, cuando Kamil ya estaba a punto de subir al barco que lo sacaría de Patmos, vio cómo varios infantes mutilaban a mazazos la estatua de un dios pagano que llevaba en la mano derecha una lira. Por razones que se le escapaban, estuvo a punto de ordenar a los soldados que no destruyesen más la imagen de aquel dios de ojos temibles que tanto le fascinaba, pero recordó lo que había dicho el Profeta acerca de «los sucios y serviles adoradores de la tiranía de los falsos dioses», y prefirió no decir nada.

Un mes después, ya de nuevo en Jerusalén, Kamil fue destinado con toda su guarnición a El Cairo, donde, según decían, les iba a recibir personalmente el califa.

El viaje a la capital resultó lento y crispante, y cuanto más se acercaban a ella más se acentuaba en Kamil la ansiedad y más le mortificaba la sospecha de que no se iba a atrever a acercarse a Alhacam. Pero tenía que armarse de valor, abordar al califa y hacer todo cuanto estuviera a su alcance para convencerlo de que Atabek decía la verdad, y Orencio, y él...

Ya habían instalado a todos los oficiales en una de las dependencias del palacio de Oriente, que se alzaba majestuoso dentro de un extenso cerco amurallado, cuando Kamil tuvo un mal presentimiento al contemplar aquellas edificaciones tan imponentes que le daban a todo el conjunto el aspecto de una montaña, a cuyas interioridades se podía acceder por diez puertas de piedra. Según pudo ver, el palacio se componía de doce pabellones tan magistralmente encajados que parecían conformar un solo bloque. En el último de los pabellones, el del trono, les recibiría muy pronto el califa... No era fácil entrar en la mente de un hombre que vivía en un espacio así, pero una cosa sospechaba: el monarca no iba a aceptar que el final estuviese tan cerca... Los muros, las puertas de piedra y los pabellones de su palacio creaban en la conciencia una sólida impresión de eternidad, incompatible con lo que Kamil pensaba decirle... Y sin embargo, los palacios de los atlantes, que eran más grandes y estaban mejor defendidos, se hundieron bajo el agua limosa cuando la Atlántida estaba llegando a su máximo esplendor. Pues a veces la aniquilación, que en muchas civilizaciones suele acontecer gradualmente, ocurre de forma súbita, dejando en la memoria del género humano un trazo de oscurísimo terror... Así le hablaría a Alhacam, y si el califa le tomaba por un loco, no gastaría más saliva y regresaría a Jerusalén, para formar parte de los ciento cuarenta y cuatro mil venturosos, cuyos nombres ya figuraban en el Libro de la Vida.

## 64

Al día siguiente, el califa recibió a los oficiales en el salón del trono. Fue en el transcurso de esa recepción cuando el capitán Kamil intentó acercarse al soberano para ofrecerle el tubo de oro. Pero se hallaba algo borracho, y se aproximó al monarca con demasiada torpeza. Alhacam creyó que el tubo de oro era la funda de una daga y pidió auxilio. Antes de que Kamil pudiese abrir el estuche, tres lanzas le atravesaron el cuello. Kamil ya estaba muerto cuando el califa examinó el estuche y comprobó que en su interior había un manuscrito en lugar de un cuchillo. Alhacam leyó esa misma noche las crónicas de Akásar, y si bien le impresionaron, no le convencieron. Para él los cristianos estaban locos, y no dejaba de ser lamentable que hombres de buena voluntad como el capitán hubiesen caído en el mismo desvarío.

Al amanecer, el monarca hizo llamar a los familiares de Kamil, les explicó lo sucedido, y les entregó el cadáver; además del estuche, el manuscrito y los ojos de cristal.

Los hechos que acabo de referir ocurrieron hace doscientos cincuenta y cinco años, y desde entonces mi familia (que huyó de Egipto y se instaló en Basora), guardó el manuscrito de Akásar; hasta el día en que lo heredé de manos de mi padre agonizante, poco antes de que me nombrasen embalsamador de la casa real de Bagdad.

Ya desde las primeras veces que lo leí, pensé en la posibilidad de hablar con el califa, del que enseguida me hice amigo personal. Tenía la esperanza de que no me iba a pasar lo mismo que a mi ancestro, porque Bagdad no es El Cairo y porque nada en el universo ocurre dos veces de la misma manera. No sería tan impulsivo como Kamil y me limitaría a conversar tranquilamente con el monarca acerca de Akásar y del fin de nuestro mundo.

Como ya indiqué, yo procedía de Basora, y Bagdad me hechizó nada más llegar. La quería con devoción provinciana y a menudo me preguntaba cuánto tiempo permanecería en pie. Los mongoles estaban a punto de lanzarse sobre el califato, y nadie se daba cuenta. Todo empezaba a parecer perdido, pero los muelles de Bagdad seguían llenándose de barcos, de forma que dos tercios de la riqueza del califato reposaba sobre el Tigris... En las noches estivales, las gentes cruzaban el río incesantemente, utilizando ágiles botes, y las gabarras podían entrar en muchos bazares. A menudo se oían aires de fiesta siguiendo el curso del río: eran los poderosos, que se divertían en embarcaciones suntuosamente engalanadas y en ellas organizaban fiestas que duraban hasta el alba. ¿Y a nadie le importaba lo que pensaban hacer, lo que ya estaban haciendo los bárbaros?

Llevaba medio año saboreando las delicias de la ciudad circular cuando entró a trabajar en el tanatorio real una esclava turca llamada Aizaya, que se encargaba de lavar los cadáveres. Aizaya era una mujer de una delicadeza profunda, como casi todas las personas que comprenden a los muertos y que con ellos pasan las noches de verano y de invierno, en las silenciosas salas donde se llevan a cabo los últimos trámites del último adiós. Mientras limpiaba los cuerpos, Aizaya acostumbraba a cantar una canción turca de una dulzura tan estremecedora que si los muertos que pasaban por sus manos hubiesen sido capaces de escuchar como los vivos, muchos de ellos hubiesen llegado a la conclusión de que nunca en vida una mujer les susurró al oído palabras tan deliciosas.

Para mí era balsámico verla trabajar. Su voz me tranquilizaba, y los suaves movimientos de sus manos me hacían pensar en las caricias de las huríes. Nunca podré olvidarme de la noche en que accedí a ese mundo de dulzuras innumerables. Aizaya estaba lavando el cadáver de un joven oficial de la guardia turca y, como era su costumbre, susurraba la canción que hablaba de valles que daban al mar, verdes y llenos de tumbas blancas en las que estaban ya muertos todos los vivos y vivos todos los muertos... Empecé a temblar y dejé caer una jofaina de cristal que estalló a mis pies. Aizaya giró la cabeza y me miró, primero con asombro, después con sosiego. Su mirada parecía una caricia, y me acerqué a ella y le pedí que dejase de cantar. Sus ojos volvieron a expresar asombro. Estábamos muy cerca el uno del otro y la besé. Ella acogió mis labios un instante y se apartó. Pero ya era demasiado tarde. La besé de nuevo y busqué las yemas de sus dedos, donde se concentraba toda su sensibilidad hacia la vida, y toda su sensibilidad hacia la muerte.

Un universo de puro deseo empezó a crearse entre nosotros, y los muertos, con su inmenso silencio, aprobaban nuestra unión. Mientras trabajábamos, nuestros besos y nuestras caricias trascendían la obra de la muerte. La muerte estaba allí, sobre la mesa de piedra, impresa en los ojos inmóviles del joven oficial; pero allí estaba también la vida, agitándose en los ojos brillantes de Aizaya.

Empezamos a dormir juntos, en un pequeño cuarto de la casa de los muertos que daba a un jardín. Y hubo un mes de julio en el que sentí que me perdía definitivamente en el húmedo valle de su ternura, del que no quería salir y en el que creí percibir la hondura que puede tener el afecto en las mujeres sin patria y sin familia. Para mí Aizaya era una intramujer que me estaba guiando, con las yemas de los dedos, por esa tierra de nadie que se extiende entre la vida y la muerte y que tanto tiene que ver con la región de los sueños.

## 63

Una de aquellas noches en que dormía junto a ella me desperté sobresaltado antes de que amaneciera, y anduve paseando por el tanatorio. Sobre una bandeja reluciente, coloqué los dos ojos de cristal que siempre llevaba conmigo, encendí una vela, e hice un conjuro para que apareciese mi futuro en las bolitas de vidrio. Poco a poco, empezó a dibujarse Bagdad en las dos pequeñas esferas. La ciudad ardía, el alfa y la omega ardían... Asombrado ante la visión toqué los ojos, y me pareció que quemaban... Fue entonces cuando decidí actuar y esa misma mañana le pasé al califa el manuscrito de Akásar, tras sugerirle que se trataba de un mensaje escrito por diferentes manos que iban conformando una cadena inmune a las leyes del tiempo. Incitado por la curiosidad, el monarca lo leyó. Al día siguiente, me llamó a su aposento para hablar conmigo.

—¿No crees que el mensaje de Akásar es un delirio, amigo Abul? —dijo en cuanto me tuvo delante.

—No del todo...

Mustaaszim sonrió despectivamente.

—En tu manuscrito, la acción acaba en el momento en que el capitán Kamil está a punto de mostrarle las crónicas a Alhacam... ¿Llegó a enseñárselas realmente? —me preguntó, tras ofrecerme una copa de vino.

—No, lo mataron antes —respondí, y pasé a confesarle que Kamil era mi ancestro. Después le conté el episodio de las lanzas.

El monarca me miró enigmáticamente, y se quedó en silencio. Haciendo esfuerzos para no tartamudear, me atreví a decir:

—La muerte de Kamil fue una terrible desgracia, jamás olvidada en mi familia... Ahora lo considero el primer mártir de una nueva causa...

—¿La del fin del mundo? —me preguntó con sarcasmo.

—No —le dije, tras apurar la copa—. Todo lo que en las crónicas se dice del fin del mundo, y que a mi entender es cierto, me importa menos que el hecho de que exista una cadena humana encargada de mantener una llama a través del tiempo... Prefiero no imaginar lo que seríamos los árabes si llegásemos a descubrir Akásar...

—¿Crees de verdad en la existencia de una isla de inmortales? —me preguntó el califa.

—No. Tengo mi propia interpretación de las claves del manuscrito. Después de haberle dado mil vueltas, ahora mismo creo que Akásar es una isla donde se halla el Libro de la Vida... Puede que ese libro esté escrito sobre piedras, colocadas en hileras a lo largo de las praderas, como soñó Tasio, o puede que esté escrito sobre pilares y columnas; o puede que todo ello junto...

—Has empleado el verbo creer —me dijo, y sonrió—. Eso se llama fe, y la fe yo la reservo para otros fines...

—No puedo explicarme mejor; sólo puedo decir que es una deducción lógica. Sin un lugar como Akásar, donde se concentre el saber del mundo, el mundo deja de tener eje y deja de estar vinculado a Dios... Y ese lugar existe, no os quepa la menor duda. En el manuscrito que os he dejado dice que más allá de la aurora y del Ganges... —comenté.

—Bien, bien —dijo el califa con irritación—. ¿Y qué interés estratégico le veis a un lugar inconcreto, más allá de Oriente?

—Aparentemente ninguno, pero imaginad por un momento que en ese lugar, en ese único lugar, está la llave del abismo humano y de otros muchos abismos... Imaginad lo que podríamos hacer si tuviésemos en nuestro poder esa llave... —clamé, y volví a apurar la copa y a mirar al califa con ojos de iluminado—. Tengo la certeza de que a todo aquel que llega a Akásar le es dado leer el Libro de la Vida, en la que se incluye la historia completa de los árabes y de otros muchos pueblos, desde el origen del mundo hasta su consumación...

—¿Cómo te atreves a decir semejantes locuras y cómo puedes fiarte de testimonios tan delirantes, todos ellos tributarios de creencias paganas y cristianas? —me preguntó el califa—. Según el manuscrito de Akásar, ya tendría que haber llegado el fin del mundo...

—¿Y acaso no ha llegado muchas veces? Y ahora está a punto de llegar de nuevo; por eso sería importante descubrir en qué consiste exactamente el misterio de Akásar... El mundo que hemos ido creando va a desaparecer, señor, y va a desaparecer Bagdad... Recuerdo que ya cuando leí por primera vez las crónicas de Akásar, advertí que los últimos cronistas estaban en lo cierto, y que sólo habían equivocado la fecha; equivocación menor, para quien sospecha la verdadera dimensión del tiempo; y ya entonces lamenté que hubiesen identificado Jerusalén con Akásar. Nada más lejos de la verdad. Desde el principio se hablaba de un lugar más allá de Oriente... ¿Por qué no lo habrán querido comprender mis antecesores, tan llenos de fe como de insensatez? Pero el tiempo ha pasado, y dos siglos después del

presunto fin del mundo, Bagdad agoniza de verdad, aunque le cueste aceptarlo a su majestad, que debiera ocuparse de defender con más energía el califato, y con más austeridad...

Por un momento, pensé que el califa me iba a matar. Pero se contuvo, y esbozando una sonrisa ambigua, dijo:

—Hueles a natrón y a sustancias fúnebres, como todos los embalsamadores. Lávate convenientemente, perfúmate, y acude de nuevo a mí...

—Pero...

—¡Obedece! —gritó.

Incapaz de adivinar sus propósitos, hice cuanto me dijo y regresé a su aposento vestido con mis mejores galas. En cuanto me vio de nuevo afloró en sus labios una sonrisa más clara y también más cínica.

—Acércate —susurró.

Obedecí y me detuve a dos pasos de él.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó, y su voz se torno misteriosamente femenina.

—Veintinueve —respondí.

—Pareces más joven. Debe de ser por el contacto con los líquidos para conservar cadáveres, ¿no crees?

Me encogí de hombros. Entonces Mustaaszim me atenazó con sus temblorosas manos y empezó a gritar:

—¿Es ésa la forma de responder a un califa?

Seguí mudo, y en silencio le pedí a Dios que me revelase las verdaderas intenciones del monarca. Mustaaszim se volvió a apartar de mí y, mirándome con sorprendente dulzura, me dijo:

—Hace tiempo estuvo a mi servicio un copero que se parecía a ti. Los mismos ojos negros, la misma boca, la misma nariz...

Yo continué rígido, y rígido permanecí cuando el califa giró en círculo hasta tenerme de espaldas. Tras unos instantes de silencio, noté que se acercaba a mí, hasta que su túnica rozaba la mía. Empecé a sudar; y mientras mi espalda se llenaba de gotas frías, Mustaaszim posaba sus manos sobre mis caderas y, lentamente, iba subiéndome la túnica. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que acabase aquel mal sueño. El cetro real ya se deslizaba entre mis muslos cuando recordé a mi padre. Yo era un muchacho de trece años y mi progenitor me leía el Corán a la sombra del patio de nuestra casa de Basora. Con poderosa voz, mi padre recitaba varias veces el versículo 16 del cuarto sura y los versículos 81 y 82 del séptimo sura, para más tarde decirme que nunca debía caer en el delito de los hombres censurados por Loth, que deseaban a los varones más que a las mujeres, y a quienes el sobrino de Abraham no había dudado en calificar de «pueblo prodigio». Pero yo me hallaba paralizado por el miedo y el estupor, y soporté los forcejeos del monarca y el terrible dolor que me causaban. Hasta que creí que ya no aguantaba más y gemí suplicando a los fantasmas

de mis antepasados que acudiesen a mí y me librasen de la humillación. Fue entonces cuando el califa se apartó violentamente y me empujó, estrellándome contra el suelo:

—Estás demasiado tenso y no te entregas... ¡Para qué me rodearé de gente como tú, incapacitada para conocer la gloria de la vida...! —rugió, y empezó a darme patadas, como si yo fuese el culpable de su impotencia.

A pesar de mis intentos por evitarlo, me poseyó una súbita locura y empecé a gritar.

—¡Que la maldición de Dios caiga sobre vos y sobre toda vuestra familia! —le escupí, sin darme cuenta de lo que decía.

Mustaaszim se quedó un instante helado, antes de cubrirse el atributo de su virilidad.

—Repíte lo que has dicho —murmuró.

Sus palabras me hicieron caer en la cuenta de la maldición que acababa de formular, y temí por mi vida y la de Aizaya.

—No era dueño de mí mismo, señor. Perdonadme...

El califa volvió a mirarme con la misma doblez que antes y, haciendo gala de una tranquilidad que no esperaba, dijo:

—Retírate y no vuelvas... Eres despreciable y empiezo a lamentar el haberte admitido en mi casa...

Salí aterrado de su aposento y permanecí más de tres horas recorriendo como un sonámbulo los jardines reales. Cuando llegué al tanatorio, vi que el califa salía del taller de embalsamamiento, con las ropas ensangrentadas y los ojos rojos. Al descubrir mi presencia, me miró con desprecio y se fue alejando mientras decía:

—Hace unas horas te creías un redentor ante mí, sin saber que estabas siendo el pregonero de tu desgracia...

—¿Qué habéis hecho? —balbucí.

—Lo sabrás en cuanto cruces esa puerta. Hasta hace unas horas, era soportable escucharte. Pero esta mañana me has inquietado, y he creído ver en ti lo que más temía: un pequeño tirano moralista. ¿Así que eres partidario de la austeridad? Oh, qué decisión más sabia. La tendré siempre en cuenta. Pero dime una cosa: ¿crees que no me ocupo de defender el califato? ¿Y en qué se va la mayor parte de mi fortuna? Pobre infeliz... Te tendría que degollar como a tu amiga, y sin embargo te voy a dejar vivir, para que sigas embalsamando a mis familiares con el primor que te caracteriza, y para que puedas embalsamarme algún día a mí... ¿Recuerdas aquel antiguo califa que tenía por costumbre casarse cada noche con una doncella para a la mañana siguiente ejecutarla? Gracias a ese proceder, muchas mujeres de Bagdad accedieron al sultanato, si bien tal privilegio sólo duraba una noche y costaba la vida. Pero ¿qué empresa importante no exige de nosotros la vida? Tu amiga ha sido sultana de Bagdad por una hora, pero luego se puso rabiosa y me mordió... Sólo quería demostrarte que lo que te pertenece me pertenece, pero se me fueron las manos y la



muerte aprovechó para deslizarse entre mis dedos y demostrarme que es ella la que gana siempre. Lo siento... No fue mi intención llegar a tanto...

## 62

El califa desapareció entre los naranjos; yo entré en el tanatorio y la vi, sumergida en una gran tinaja de cristal llena de natrón. Se hallaba cabeza abajo, desnuda y ligeramente inclinada, con los brazos en cruz y los ojos abiertos. Sentí un frío inmenso, y le pedí a Dios que me llevase con ella, lejos del califa y de la casa de los muertos. Por segunda vez en la ruta de Akásar, la inocencia era ultrajada por el demonio de la soberbia, y me pregunté si la infamia que Orencio había perpetrado con Celina no habría provocado, dentro del complejo sistema de causas y efectos que rigen las leyes del cielo y de la tierra, el que yo ahora me viese despojado de Aizaya.

Al día siguiente, tras limpiar su cuerpo, vi en las bolitas de vidrio el fin del monarca, y le pedí a Alá paciencia y serenidad. ¿Acaso Mustaaszim no había visto la latencia de la pureza en los ojos de Aizaya? Una pureza letal, que cortaba como el cuchillo de un embalsamador. Pero el califa estaba ciego, y se había atrevido a abolir una vida cuya candidez, casi inhumana, parecía un signo inequívoco de que al fin lo inhumano iba a irrumpir en nuestras vidas.

Y mientras esperaba el momento en que la justicia divina se abatiera sobre Mustaaszim, le robaba horas a la noche para embalsamar a Aizaya sin que me viese nadie. Durante algún tiempo, albergué la esperanza de que, gracias a mi arte, mi amada adquiriese la misma apariencia radiante que tuvo en vida. Pero por más que me empeñaba, su cuerpo seguía siendo el de una muerta, y cuantos más artificios inventaba más fúnebre me resultaba su figura, y más fría su carne, y más abominables los ojos de cristal que tuve que injertarle y que tanto me recordaban las bolas alfa y omega de los iniciados de Akásar.

Y sin embargo, una noche en que me hallaba trastornado por el hachís, creí que el cuerpo de Aizaya volvía a la vida y la estreché ardientemente sobre la mesa de disección. Fue tras ese abrazo tan impuro como la muerte cuando Alá me iluminó, y al darme cuenta de mi locura y de que no era posible devolver la existencia a los muertos, me entregué al llanto y decidí enterrarla en el pequeño jardín que precedía a la alcoba donde habíamos sido tan felices.

A partir de entonces, empecé a sentir fiebre por las noches. No quería resignarme a que la muerte de Aizaya quedase sin venganza y a menudo soñaba que me levantaba del lecho, caminaba sonámbulo hasta la alcoba del califa, y lo estrangulaba. Después volvía sonámbulo a mi aposento, me tendía otra vez en el lecho, y continuaba durmiendo. Me despertaba sudando, no sabiendo nunca si había matado o no al monarca.

Con el correr de los meses, llegué a creer que era una pesadilla cíclica que me enviaba Aizaya desde el Paraíso. Ella podía admitir que yo no vengase directamente la infamia, pero se resistía perdonar la humillación de verme convertido en amigo y cómplice del hombre que le había causado la muerte, por más que fuese el califa.

## 61

Las pesadillas continuaron, pero yo seguí sin posar mis manos sobre el cuello de Mustaaszim, porque confiaba en Alá y porque tenía la impresión de que no tardaría en aparecer el ángel de la aniquilación. Y el ángel exterminador llegó finalmente, disfrazado de general mongol. Se llamaba Hulagú y ya estaba invadiendo el califato.

Los «asesinos» ismaelitas fueron derrotados y sus castillos quemados, y con la llegada del invierno los mongoles se fueron acercando a Bagdad, hasta que una nube de polvo apareció un día al este de la ciudad. Al instante, se organizó un gran griterío y trepamos a las terrazas y a los alminares para intentar averiguar el origen de la polvareda. Hasta que descubrimos al ejército mongol, con su caballería y sus impedimentas. La faz de la tierra parecía en aquel momento cubierta de mongoles.

Ardieron las cien torres de la ciudad, y toda la guardia turca del califa, que intentó varias veces la retirada, fue acribillada por las saetas enemigas. Más de noventa mil personas fueron pasadas a cuchillo en una sola noche.

El mismo día de la matanza, el califa se ocultó en un sótano de palacio, esperando a que cinco de sus hombres organizaran su fuga. Pero yo indiqué a los invasores el lugar donde se ocultaba, y no tardó en ser capturado. Había llegado la hora negra para Mustaaszim, que tuvo que bailar durante toda la noche ante los vencedores.

Al amanecer, cuando ya ni siquiera era la parodia de sí mismo, lo introdujeron en un saco, que fue pisoteado largamente por los caballos, hasta que Mustaaszim dejó de moverse, ya convertido en una bola de esparto y sangre. Y mientras la bola se secaba y se volvía cada vez más negra, las flechas incendiarias seguían cayendo sobre los círculos concéntricos del centro de Bagdad. Es el destino al que conducen los abusos de quienes nos gobiernan, pensé sintiendo una inconfesable euforia. Y ahora la ciudad ardía, y sus ruinas humeantes eran el mejor monumento a la memoria del califa.

## 60

Sintiéndome en paz con Aizaya y quizá también con el Altísimo, me retiré a pasar la vejez a una remota aldea junto al Tigris en la que ya había estado una vez, y donde espero tranquilamente mi hora, tras haberle encomendado a un criado mudo y fiel la tarea de depositar en mi tumba el manuscrito de Akásar y los ojos alfa y omega. A menudo los miro y a veces veo en ellos a un hombre... El mismo que últimamente

sale en mis sueños... Lleva calzas de colores y un sombrero con una pluma, y es joven, de manos suaves, y sus cabellos son muy largos y encrespados... Sus dedos mueven fichas de ajedrez... Una torre, un elefante, un caballo... Sus manos retiran piezas de marfil y ébano con un leve movimiento, y sus ojos poseen algo muy propio y algo muy ajeno; ojos hacia dentro mirando un tablero de ajedrez en una ciudad que no parece Bagdad, y que tiene algo de campamento estepario, a pesar de los palacios policromos que se apiñan en su barrio central. Una ciudad de aire frío y seco en la que no he estado nunca y que sin embargo me resulta profundamente familiar. Veo al hombre en esa ciudad, escribiendo a la luz de una vela, en una casa de mosaicos blancos y azules, junto a una cárcel inmensa. No entiendo su lengua ni su letra, pero sé que está escribiendo la continuación de las crónicas de Akásar. Siento que es un hombre del futuro; por más que me asombre lo siento así. Impresión que me obliga a dudar del sueño. ¿Quién puede esperar ya algo del futuro? Desde que ardió Bagdad, comprendo mejor que nunca ciertas páginas del manuscrito de Akásar, y, cada día que pasa, más se afianza en mí la sospecha de que Bagdad es la Gran Ramera sentada sobre las grandes aguas del Tigris, y que hace tiempo que comenzó la lluvia de granizo y fuego.

## CUATRO

59

El año en que llegué a Samarkanda mis cabellos, cortos cuando inicié mi travesía asiática, me llegaban a la cintura, y configuraban un rostro matizado por la decepción que me provocaba el no haber encontrado, en todo el imperio mongol, un solo hombre que me ganase al ajedrez y me librara de la enfermedad de la soberbia. Y entre partida y partida la muerte y la vida iban desplegando ante mí sus formas de alucinante horror. En varias ciudades me crucé con la peste, en otras con la guerra, en otras con la tiranía y la humillación, en otras con el hambre, la fiebre y la locura, y no eran pocos los que por todas partes pensaban que no tardaría en llegar el fin del mundo.

Pero el mundo no se acababa, y yo seguía jugando al ajedrez por el infinito país del Favorito del Cielo. He de advertir sin embargo que no me decidí a emprender un viaje tan largo hasta que no comprobé que ni en Venecia, mi ciudad nativa, ni en Roma, ni en Malta, ni en Rodas (donde vivían jugadores excelentes venidos de muy diversos lugares) persona alguna podía ganarme una sola partida. Mi situación, que muchos considerarían privilegiada, me obligaba a vivir en un continuo desconcierto, que poco a poco fue perdiendo sus efectos balsámicos, hasta convertirse en una decepción sin límites y sin fondo del que poder resurgir con nuevas raíces. Pensar que yo era lo máximo a lo que se podía llegar en ajedrez me llenaba de amargura y me hacía albergar muy pocas esperanzas en la inteligencia humana.

No negaré que, al principio, sentía un placer muy intenso cuando ganaba: bebía las ideas del otro, las asimilaba, y finalmente las superaba... Y cuando la partida había sido difícil, llegaba a notar íntimas sacudidas en la conciencia, semejantes a los desmayos que anteceden al clímax del amor. Después, al volver a mirar a mi alrededor, mis ojos parecían tan recientes como los de un niño y notaba en mi enemigo el deseo de matar. Y si así había sido en otro tiempo el placer de la victoria, ¿cómo sería el de la derrota? ¿Más hondo, quizá?

Diez años llevaba perdiéndome por las ciudades más populosas de la ruta de las caravanas cuando, hallándome una noche en Bujara, me emborraché tras haberle ganado dos partidas al mejor jugador de la ciudad, y acabé inconsciente en el jardín de un sombrío distrito. Cuando desperté, me vi junto a mi caballo, tendido bajo la copa de una higuera, sucio y todavía ebrio. Varios perros dormitaban a mi lado y frente a mí se veía un muro derruido, el arenal, y una veleta que apuntaba hacia Samarkanda. Intenté incorporarme y vi entre la hierba, junto a mi mano derecha, un ojo de cristal. Lo examiné atentamente y me sorprendió que llevase tallada un alfa, lo que me obligó a suponer que no era un objeto de creación mongol. ¿Se trataría de uno de aquellos amuletos que los gnósticos llamaban abraxas?, me pregunté lleno de

asombro. Después lo metí en el bolsillo de mis calzas y, poseído por una alegría nueva y del todo inesperada, decidí trasladarme a Samarkanda. Por razones que ignoraba, esa ciudad había empezado a parecerme el lugar de la iluminación, y cuando al fin la divisé, brillando como una obsidiana al fondo de una calzada en la que convergían múltiples caravanas, sentí que cuanto más cerca la tenía más delicioso se tornaba el vértigo y más se afianzaba en mí el presentimiento de que estaba contemplando el escenario de mi aniquilación.

En la plaza Rijistán, llena de olores y gritos, me encontré con un mercader veneciano llamado Giacomo Grimi, que ansiaba poder hablar con compatriotas y que inmediatamente me condujo a su soleada casa, desde cuya terraza se dominaba buena parte de la ciudad. Allí mi nuevo anfitrión me dijo:

—He aquí, amigo, el cofre de la magnificencia de los mongoles. Saquean cuantos lugares pueden, y el botín acaba siempre en Samarkanda...

—Deben de tener muchos libros...

—Más que en Alejandría antes de los incendios. Todos los días llegan caravanas cargadas de libros —me aseguró Giacomo.

—¿Y los leen?

—Todavía no, pero ya lo harán cuando tengan tiempo y ganas. Aquí viven ahora los mejores artesanos del mundo: tejedores del Turkestán, ceramistas chinos, orfebres persas, forjadores griegos... Aquí están todos, trabajando para los mongoles; y aquí se encuentran también los mejores jugadores de ajedrez; por eso me extraña que, siendo como decís un gran jugador, os halléis por primera vez en Samarkanda.

Giacomo no advirtió el venenoso efecto que sus palabras tuvieron sobre mí. ¿Era la primera vez que yo visitaba aquella ciudad? ¿En ésta o en otras vidas no había estado alguna vez en Samarkanda? No, pensé, de ningún modo. Todas las ciudades mongoles se parecen, pues todas evocan, a pesar de sus ricas mansiones y sus palacios, el campamento estepario que fueron en el origen; pero yo nunca he estado en Samarkanda.

—Si es verdad que aquí se encuentran los jugadores más dotados, tendré que aceptar que he malgastado los mejores años de mi vida...

—No os entiendo...

—¿Aún no habéis adivinado que quiero perder, aunque sólo sea una vez? ¿Nunca habéis sentido el deseo de conocer el sabor de la derrota y de entregaros a él con el mismo ardor con que os entregáis al placer de la victoria?

—Si tanto deseáis perder, ¿por qué no os dejáis ganar?

—Pensad dos veces en lo que acabáis de decir y os veréis forzado a deducir que una falsa derrota tendría una eficacia moral nula...

—¿Y vais a hacerme creer que nunca habéis perdido?

—Nunca desde los diecinueve años...

—¿Estáis dispuesto a jugar una partida conmigo?

—Naturalmente.

Un criado nos trajo las fichas y el tablero, y empezamos a jugar. Le gané con rapidez humillante, pero él se lo había buscado. Cuando acabo la partida, frunció el ceño y me dijo:

—Creo que entiendo vuestra desesperación. Pero ¿por qué no le dais la vuelta al problema y gozáis de las mieles del triunfo? ¿Por qué no os consideráis un elegido de la providencia?

Mi risa le pareció tan sardónica que enseguida cambió de tono y murmuró:

—¡Sois un insensato, además de un hipócrita, y no creáis que me impresionan vuestros alardes de humildad! Ya hablaremos cuando os hayáis enfrentado a Odei.

—¿Puedo saber de quién me habláis?

—Os hablo de un caballero excelente. Odei ganó en otro tiempo muchas tierras para Tamerlán, y desde hace un decenio reside en Samarkanda. Os lo presentaré y podréis jugar contra él... —me aseguró mi anfitrión poco antes de retirarse a su dormitorio.

Al día siguiente, Giacomo me despertó muy pronto y me dijo:

—Acabo de hablar con el general Odei, y me ha dicho que acepta jugar con vos... Yo no podré presenciar la partida...

—¿Por qué?

—Lo comprenderéis más tarde. Odei os reta en la cárcel, para este mismo mediodía... —contestó Giacomo esbozando una irónica sonrisa.

## 58

A la hora indicada, me detuve ante uno de los centinelas de la cárcel y le dije que tenía una cita con el general Odei. El soldado asintió, hizo una señal con la lanza, y la puerta de hierro chirrió, moviéndose apenas y dejando entre una y otra plancha un exiguo hueco por el que, según la indicación del centinela, debía pasar. No fue fácil; y cuando ya casi lo había conseguido, temí que se hubiese averiado el mecanismo y que las moles de metal se juntasen, aplastándome como a un sapo. Pensé que podía tratarse de la primera estratagema del general Odei, que pretendía humillarme mucho antes de comenzar la partida.

La cárcel, que parecía un enorme y rumoroso monasterio, era de granito y tenía nueve patios interiores, todos ellos iguales, a los que daban las noventa y nueve ventanas de las noventa y nueve celdas en las que a su vez se dividía cada una de sus secciones.

Nada más llegar al primer patio, sentí una amarga sensación de eternidad; y es que aquel edificio, de construcción reciente, parecía sin embargo una máquina fuera del tiempo, donde el tedio se había transmutado en ciencia exacta, convirtiendo cada patio en un abismo de severa geometría.

Ya había recorrido seis patios guiado por un silencioso carcelero, cuando salió a mi encuentro el voluminoso general.

—¿Otra vez vos? —me preguntó poniendo cara de asombro—. ¡Me lo temía! En cuanto me dijeron que se trataba de un veneciano, pensé inmediatamente en vos...

El general ya había dado el segundo paso previo a la partida, y no pude menos que echarme a reír.

—No sabía que éramos viejos amigos...

Odei sonrió.

—¿Pretendéis desconcertarme?

—No —le respondí.

—¿Queréis hacerme creer que no habéis jugado nunca conmigo?

—Oh, de momento no pretendo haceros creer nada... —le dije, mirando el patio donde nos hallábamos, con sus noventa y nueve ventanas—, pues igual soy yo el que he de empezar a creer que poseo el don de la ubicuidad... Según vos, ya nos hemos enfrentado..., y en aquella feliz ocasión, ¿no os dije mi nombre?

—Sí —respondió el general con naturalidad—. Me dijisteis que os llamabais Guido Loter...

Creí que me quedaba sin respiración. A la impresión del día anterior, cuando sentí que no era la primera vez que me hallaba en Samarkanda, se unía ahora la sorprendente revelación del general, ya que Guido Loter era el hombre a quien yo había matado en Venecia quince años atrás. Pensé en lo peor: la policía secreta veneciana, con agentes en algunas de sus dependencias comerciales en territorio mongol, podía haber entrado en contacto con Giacomo y con Odei, y quizá pretendían entre todos tenderme una trampa en la que empezaban por recordarme el crimen, confundiéndome con la víctima y haciéndome creer, para redondear el suplicio, que Guido era inmortal y que mi puñalada en aquella taberna de Rialto estaba muy lejos de haberle matado.

Pero soy veneciano, he de advertir, y desde la niñez aprendí el arte de las negociaciones difíciles, en las que se hace necesario sostener la máscara hasta el límite de lo posible. Por eso recogí el guante que me tendía Odei y le dije:

## 57

—Me asombra que su excelencia tenga tan buenos tratos con los muertos que hasta juegue con ellos al ajedrez... ¡Cómo envidio su situación...! ¡Con lo que a mí me gustaría jugar una partida con Gengis Khan...!

—Vuestra mención al Favorito del Cielo no tiene ninguna gracia, señor.

—Tampoco la tiene el que su excelencia me confunda con un muerto.

—¿Queréis decirme que no sois Guido y que Guido está muerto?

Dispuesto a jugármelo todo en lo que ya empezaba a parecerme mi última partida en el ajedrez de la vida, exclamé:

—Sí, quiero deciros eso, y también quiero deciros que a Guido Loter lo maté yo.

Mi voz resonó con contundencia en el patio, provocando la sonrisa de Odei.

—¡Ya veo que sois un zorro!

—Más lo sois vos... Y os diré una cosa, general. Siempre me han disgustado los jugadores que antes de comenzar la partida pretenden desquiciar al adversario por medio de toda clase de mentiras...

Odei estalló en carcajadas. Cuando se hartó de reír, dijo:

—¿Desquiciar al adversario? Nadie desquicia más al adversario que vos, Guido Loter.

Mi primer impulso fue arrojarme sobre él, como aquella noche sobre Guido, pero me contuve a tiempo.

—Me veo obligado a repetiros, señor, que yo no soy Guido. ¿Cuándo empezamos la partida?

El general volvió a reírse y, posando su compacta mano sobre mi hombro, me dijo en tono confidencial:

—Hay tiempo para eso, mi querido Guido... Ahora vayamos a comer a mi aposento.

Preso de una gran tensión interior, y viéndome en una encrucijada desde la que todos los callejones parecían sin salida, seguí a Odei por una dependencia del flanco norte de la cárcel, hasta el que llegaba el sordo rumor de los presos.

El almuerzo fue exquisito y muy sabroso el kumis, pero no pude disfrutarlos. Observé además que el general empezaba a mirarme como a un loco al que, en el fondo, hubiese querido ayudar. Y esa mirada, que siempre me había resultado intolerable y que fue precisamente la que me dirigió Guido la noche del adiós, me desmoralizaba y me dejaba sin fuerzas para el combate.

—Os veo muy pensativo, Guido...

—¡Basta! —rugí—. No sé con quién estáis implicado, aunque lo sospecho; pero os juro que estoy dispuesto a vender muy caro mi pellejo y que antes quiero jugar una partida contra vos, para que sepáis de verdad quién es Angelo Pisani.

Odei se acercó a mí, me aprisionó contra la mesa y, agarrándose a mi larga cabellera, dijo:

—Y yo os juro que como sigáis tomándome por un estúpido acabaremos mal. Hace dos años me ganasteis una partida, y en aquella ocasión me dijisteis que os llamabais Guido Loter. Si vos dudáis de eso, es que estáis loco. Acepto vuestra locura —murmuró, dejándome libre—, lo único que no acepto es que queráis contagiármela...

Ahogándome por dentro, esboqué una sonrisa de circunstancias y le pedí al cielo que me iluminara.

—¿Qué vamos a apostar?



—La vida —dije sin vacilar.

—Yo nunca apuesto tanto —comentó el general, y volví a percibir en él la mirada de la lástima.

—No os pido que os juguéis la vida; basta con que me la juegue yo. Si me ganáis, me convertiré en vuestro siervo, y podréis disponer de mí...

—¿Tan seguro estáis de ganar?

—Sí —le dije, algo más tranquilo—. Y quisiera saber qué me vais a ofrecer si os gano.

Odei se acercó a un gabinete chino y extrajo de uno de los cajones un tubo de oro y un ojo de cristal idéntico al que yo creía haber encontrado en Bujara.

El general me mostró el ojo y me preguntó:

—¿Lo reconocéis?

—Es asombroso —exclamé, y saqué de mi bolsillo el ojo alfa—. Tengo uno igual, como podéis ver...

—¿Igual? No lo creo —musitó Odei sin mirarlo—. El vuestro lleva tallada un alfa y el mío una omega... ¿No es así? —Y me mostró su ojo por el lado de la talla.

—Así es —le dije, profundamente desconcertado.

Odei volvió a sonreír con irónica condescendencia antes de preguntar:

—¿Y no recordáis que hace dos años, cuando me ganasteis la partida, os di uno de estos ojos que tanto os gustaron y que, como ya os dije entonces, los encontré en una tumba de la región de Basora?

## 56

Para mi gran sorpresa, que ya se había convertido una vez más en angustia, no lo recordaba. Si era verdad lo que el general decía, y de eso ya no me quedaba la menor duda, yo estaba falsificando mis recuerdos y me había convertido en otro. Pero descubrir ante Odei semejante fractura íntima era algo que no me podía permitir, y sonriendo con toda la naturalidad que pude, y que no fue mucha, le dije:

—Claro que lo recuerdo, general, y mucho me temo que de poco han servido todas mis argucias, pues la cosa parecía obvia desde el principio. Hace dos años obtuve el alfa, y ahora quiero la omega...

—Y la tendréis, siempre que me ganéis; y esta vez también os daré este tubo de oro. Examinadlo...

Cogí el cilindro en mis manos y me agradó su textura y el alfa y la omega grabadas en su superficie.

—¿Lleva algo dentro?

—Lo sabréis después, si ganáis la partida...

Una vez más, pensé en una estratagema de la policía veneciana. Supongamos que me seguían la pista y que estaban de acuerdo con Odei. Yo jugaba una partida contra

él, le ganaba, y él me entregaba el tubo en cuyo interior se hallaba mi condena a muerte firmada por el Dogo... Era una posibilidad, que descarté enseguida al pensar que ninguna policía de la tierra había adoptado jamás conductas tan sofisticadas para apresar a alguien.

—¿Empezamos? —le dije.

Odei asintió y me guió al octavo patio de la cárcel, que a diferencia de los otros tenía el suelo de losas de mármol blanco y negro, conformando un tablero de ajedrez de considerable tamaño. En torno al patio, había una terraza que se prolongaba a lo largo de las cuatro paredes y a la que se accedía por dos únicas puertas, una al norte y otra al sur, y que por sí mismas indicaban el lugar donde tenía que situarse cada jugador. Acabábamos de llegar a la terraza por la puerta del norte cuando dos grupos de presos que llevaban tatuadas sobre las espaldas las figuras de las diferentes fichas, empezaron a colocarse sobre las casillas.

—Cada ficha comida será un preso ajusticiado —me advirtió Odei.

—En ese caso no hay trato.

—Lo habrá —me aseguró él—. Quiero que sepáis lo que hacéis cada vez que movéis una ficha... ¿Qué significa para vos mover?

—Significa desplazar —contesté.

—¿Sólo eso? Mover cualquier cosa en este mundo donde todo está regido por el cielo es provocar muerte, y los mongoles lo sabemos mejor que nadie. En esta vida, amigo, rara vez damos un paso sin matar algo: un mosquito, una mosca, una rata, un cordero, una vaca, un enemigo, un amigo...

—Más os valiera prescindir de las palabras vanas y de los intentos de defender lo indefendible —le increpé—. Me niego a jugar si cada vez que muevo una ficha pongo en peligro la vida de un preso.

—¿Cada vez que movéis una ficha? Esta vez no son fichas, amigo, esta vez son hombres como vos y yo...

—Y ahí está la equivocación. ¿En qué se diferencia el juego de otros asuntos de la vida? Pues en que en el juego todo es simulación. Hasta la victoria y la derrota no dejan de tener algo de simulación...

—En los juegos de los cristianos sí, y de ahí que seáis tan expertos en toda clase de simulaciones. ¿No simuláis acaso que coméis la carne de vuestro dios? Pero los mongoles nos regimos por otros principios, y especialmente yo. Para mí el juego y la vida son la misma despreciable verdad y la misma miserable mentira. En este tablero, en el que os halláis por segunda vez, jugaremos al ajedrez con los otros como sólo Dios podría jugar al ajedrez con nosotros: sintiendo detrás de cada movimiento el aliento de la vida y de la muerte... La primera vez que jugamos no teníais tantos escrúpulos...

—Su excelencia se está burlando de mí. No jugaré.

—¿Y creéis que así salvaréis la vida de esos infelices? No, amigo, no... Todos están condenados a muerte y ya deberían haber sido ajusticiados. Su actual condición

de fichas les está prolongando la vida; y si ahora os negáis a jugar, no los necesitaré y serán conducidos inmediatamente al patíbulo.

—¿Y si juego?

—Si jugáis, algunos de ellos podrán vivir hasta que finalice la partida.

—¿Me está pidiendo su excelencia que juegue con la esperanza ajena? Para eso más vale conducirlos enseguida al matadero...

—Dejad de decir estupideces, os lo ruego... Todos jugamos, ya desde niños, con la esperanza de los demás. Y en lo que respecta a lo despreciable que pueda ser comerciar con la muerte, permitidme que os recuerde que esa clase de comercio es el sustento de todas nuestras vidas... Vos mismo jugáis hasta el límite con vuestra esperanza al apostar contra mí la vida, y coqueteáis más que nadie con la idea de vuestra propia aniquilación...

—Sólo consentiré jugar si las fichas del vencedor salvan sus vidas y se suspende su ejecución.

—Demasiadas fichas... —dijo Odei, negando con la cabeza—. Pongamos mejor que las fichas del vencedor que queden al final sobre el tablero podrán prolongar un año sus vidas, en espera de mejores tiempos...

—De acuerdo —consentí a mi pesar.

Todo era tan confuso y al mismo tiempo tan revelador... Llevaba mucho tiempo recorriendo los dominios mongoles y ganando siempre... No podía dudar... Pero, entonces, ¿por qué era ahora cuando creía estar accediendo al verdadero secreto de la estrategia mongol?, me pregunté lleno de desconcierto.

## 55

Empezó la partida. Me sentía más débil que nunca y no podía concentrarme. Además, la naturaleza de las fichas y las dimensiones del tablero me desorientaban. Tras una hora de juego moroso y caótico, vi que mis huestes vacilaban y, por cuarta o quinta vez desde que llegué a tierras mongoles, temí la derrota. Me hallaba a punto de hacer una locura cuando, al mirar con más detenimiento el tablero, supe que tenía que sacrificar las torres. Dos torres magníficas, de menos de veinte años, dos espléndidas arquitecturas humanas... ¿Y yo tenía que sacrificarlas? Observé con detenimiento las otras fichas... El rey era también un mozo soberbio, y los elefantes, con sus músculos compactos y sus cráneos rasurados parecían ídolos indios... Sin pensarlo más, le di jaque a mi rival con una de las torres. El rey negro la derribó y yo salté con mi elefante, de forma que pude dar jaque con mi otra torre. El rey negro tuvo que retroceder, pues mis peones arrasaban la séptima fila... Sólo me quedaba entregar la otra torre y, tras reconsiderar mi posición, avancé con un peón y di nuevamente jaque. El rey negro huyó, mientras mis fichas temblaban y me miraban con el mismo horror con que deben de mirar los juguetes a los niños. Cegadas por la certeza de que su

vida pendía de un hilo, creían que mi situación había empeorado, ya que las negras se hallaban en el mismo lugar que antes y todo indicaba que mis últimos movimientos habían sido escandalosamente inútiles. Desde el fondo de mi corazón yo las comprendía y lamentaba que se hubiesen olvidado del caballo cimarrón, que pedía con los ojos ser movido y que precipitó el jaque mate.

## 54

Hacía un calor sofocante, pero Odei parecía helado y permanecía con la mirada fija en el tablero, resistiéndose a creer que acababa de perder una partida que creyó ganada en más de tres ocasiones. Hasta que se vino a mi flanco y, tras acariciarse ceremoniosamente la barba, comentó:

—Todavía los mongoles tenemos que aprender algo de los venecianos...

—Me gustaría saber qué.

—Tenemos que aprender a ser más despiadados, mucho más... Me acabáis de demostrar que para vos el fin justifica los medios. ¡Os atrevisteis a sacrificar las dos torres que tanto quería...!

—¿Habéis perdido el juicio? —le dije—. A tiempo estáis de salvar sus vidas...

—No puedo... Mataron a un oficial de la guardia real, y eso no se perdona... Pero vos no lo sabíais y me sorprendió la frialdad con que los enviasteis al patíbulo... Quiero que presenciéis su ejecución...

—De ningún modo...

—Me tienen más que hartos vuestros escrúpulos... ¿Se deben a vuestro pudor o a vuestra cobardía? —me preguntó muy enojado, antes de agarrarme del brazo derecho y, como quien cambia un peón de casilla, conducirme hasta el noveno y último patio, de suelo igualmente ajedrezado.

Los condenados iban accediendo al tablero por una estrecha puerta, y nada más llegar caían sobre las casillas, acribillados por las flechas de veinte arqueros que disparaban desde la terraza.

—¿Lo veis? —dijo Odei—. Llegan al último patio mucho antes de alcanzar la madurez... Tienen el cerebro abrasado por el sol que les castigó mientras jugábamos, y piensan que el horror en el que están viviendo no puede ser real. Extraño destino el nuestro... Llegamos al tablero de la muerte tan ignorantes respecto a nosotros mismos como cuando salimos del claustro materno... Observad a esos desdichados... Acababan de llegar y ya se han ido... ¡Al final voy a tener que darle la razón a los budistas! —dijo entre sollozos.

Yo sudaba al escucharlo, sabiendo que el licor que me obligaba a beber estaba narcotizado y me transportaba a una zona de nieblas rojas donde lo opuesto, lo excluyeme y lo contrario se fundían en el crisol del sentimiento y era posible condenar a un hombre y lamentar al mismo tiempo su muerte, vidriosa operación

mental a la que eran muy aficionados los militares y que yo, sin serlo, había practicado una vez con mi mejor amigo. Por un lado, Odei me parecía un cínico, y por otro un hombre de una piedad elemental, que a la vez que me fascinaba me parecía repulsiva. Y mientras mi mirada permanecía fija en la suya, los condenados seguían llegando al patio y los arqueros continuaban su fiesta de la aniquilación.

## 53

Cuando al anochecer volví con Odei a su aposento, me sentía desbordado y ardía en deseos de llorar. Lamentando mi abatimiento, Odei me ofreció una copa de kumis, que le agradecí vivamente. Tras brindar dos veces por nuestra renovada amistad, nos pusimos a cenar en una alta azotea de la cárcel, desde la que se dominaba buena parte de la ciudad. Muy al fondo, a la luz de las antorchas, se veía la mezquita de las mil columnas, corazón de Samarkanda. La forma radial de la ciudad se sustentaba en ella, y en ella tenía su centro unificador y su fundamento. Por eso la idea de Dios que emanaba de sus columnatas me resultó tan consoladora, y me pareció el mejor fármaco para mi locura. Bastaba con mirar la mezquita para ver hasta qué punto los mongoles aspiraban, como todo el mundo, a un orden habitable, a un tejido de círculos concéntricos donde todos los hilos debían estar entrelazados en torno a la morada común y sus mil columnas de mármol: un espacio para la concordia en cuyo seno la fraternidad era un hecho y todos podían hablar directamente con el Padre eterno. ¿Y era la primera vez que veía la mezquita y la primera que al mirarla sentía nostalgia del orden? No, decididamente no, y eso era lo más grave... No saber qué le sucedía a mi memoria. Si había estado en Samarkanda, ¿por qué lo había olvidado y por qué, en mi anterior estancia aquí, me había presentado con el nombre del amigo al que maté en Venecia? Ésas y otras preguntas me asediaron en cuanto Odei depositó en la mesa el ojo que llevaba tallada la omega y el tubo de oro.

—Abrid el tubo —me dijo—. Bastará con que hagáis girar su parte superior, manteniendo fija la inferior.

Siguiendo su consejo abrí el tubo y hallé en su interior un apretado manuscrito.

—Leedlo...

Obedecí, y cuando concluí la lectura de aquella crónica, vertida a la lengua de Odei pero en la que abundaban los términos griegos y latinos, me sentí sin suelo bajo mis pies y llegué a crearme el personaje del sueño con el que el embalsamador de Bagdad finalizaba su testimonio. ¿Y si todo fuese una broma de Odei?, pensé.

—¿Pretendéis hacerme creer que estaba destinado a encontrarme con este manuscrito? El hombre soñado por Abul, que recorre una ciudad esteparia jugando al ajedrez, se parece demasiado a mí... ¿Se trata de otra de vuestras farsas, general?

—¿Vos sois el anunciado por Abul? ¿Y por qué no yo? ¿Y por qué no otros muchos viajeros venecianos, chinos, índicos o mongoles? Cuando hace años encontré

el manuscrito y lo hice traducir al mongol, también yo pensé que el hombre soñado por Abul tenía mucho que ver conmigo. Respecto a él, yo era un hombre del futuro, que llevaba calzas de colores y un sombrero con una pluma, como en efecto ocurría por aquel entonces; y, como el hombre de su sueño, pasaba buena parte de mi vida jugando al ajedrez...

—No quiero poseer este manuscrito.

—Pues quemadlo —dijo tendiéndome un candelabro con tres velas encendidas—, y nos libraremos los dos de él...

Intenté acercar el manuscrito a las llamas, pero no pude. En la contrastada penumbra de la habitación, debí parecer una estatua de cera, inmóvil ante las velas. Odei se echó a reír.

—¿Lo veis? Os pasa lo mismo que a mí... —me dijo el general, ya muy borracho—. De pronto te encuentras con el manuscrito y quisieras no tener nada que ver con él... Deseas destruirlo, pero el miedo a la venganza de los muertos te lo impide...

—El regalo de este informe es una crueldad por vuestra parte... —le dije, incorporándome y mirándole con severidad—. ¿Sabéis acaso quién fue Platón?

Odei negó con la cabeza.

—¿Y San Juan el Teólogo?

Volvió a negar.

—Fueron dos grandes visionarios, y los cristianos les profesamos una gran devoción... Pensar que un discípulo de Platón y otro de Juan están en el origen de este manuscrito obliga demasiado...

—Siempre podéis no aceptarlo —dijo el general—, Y en ese caso, yo seguiría asumiendo la terrible desgracia de custodiar las crónicas de Akásar... El original en árabe lo perdí en uno de mis viajes, y pasé más de un año aterrado, pensando que los espíritus de sus autores no me lo iban a perdonar...

—Decidme una cosa. ¿Habéis intentado buscar Akásar? —No.

—¿Pensáis que no existe?

—Digamos mejor que no sé qué pensar... Mas si existe, difícilmente vamos a encontrar ese lugar los mongoles, que aborrecemos el mar... —contestó Odei, que no mucho después se quedó profundamente dormido en el escaño más próximo al mirador.

Un perro empezó a ladrar a lo lejos, muy a lo lejos, y sentí un brusco deseo de recorrer la ciudad donde, lo quisiera reconocer o no, se hallaba una parte perdida de mi memoria.

Salí corriendo del aposento de Odei. Las calles me recibieron, silenciosas y sombrías, con su olor a hombres y a caballos; y al respirar aquel aire tan cálido y tan humano

pensé que era imposible que lo hubiese olvidado... Caminé hasta la mezquita, entre las oscilantes sombras. Apenas había dos antorchas por calle, y las llamas agitadas por la brisa creaban de muro a muro un pavoroso teatro de siluetas. En una calleja junto a las murallas, creí ver a Guido, y empecé a temblar. Allí, al fondo de un zaguán, estaba mi mejor amigo, mostrándome un cuchillo de hoja resplandeciente... Visiones provocadas por el mucho kumis y las impresiones que se habían sucedido a lo largo del día. Huí de la calleja, y temí encontrarme realmente con Guido. Porque no había muerto, grité, y empecé a reírme; y porque andaba haciendo lo mismo que yo en el mismo territorio, y volví a reírme. Pero había una cosa que nos diferenciaba: él no era un peregrino de Akásar ni tenía en su poder los ojos del principio y el fin. Mis pensamientos parecían avanzar todos ellos hacia una misma pregunta sin respuesta cuando me desplomé en una esquina, y me quedé tendido en el suelo, mirando las estrellas.

Fue entonces cuando me desmayé y empecé a soñar que me encontraba con Guido en un roquedal en medio del desierto, y que allí jugábamos una partida que conseguía ganarme. Cuando algunas horas después desperté, me vi tendido en plena calle. A mi alrededor, los vendedores de especias avanzaban hacia la plaza Rijistán, y olía a frutas podridas y a verano. Me incorporé como pude y caminé hasta la casa de Odei.

De nuevo en su aposento, me senté frente al mirador, y allí permanecí hasta que llegó la noche y la ciudad empezó a parecer una azulada brasa perdiéndose en la distancia. Calles mal iluminadas, casas no muy diferentes a las yurtas, sucediéndose a lo largo de polvorientas avenidas. Pero poco me importaba ahora Samarkanda, obsesionado como estaba en encontrar una salida a mi insensatez, cada vez más evidente y cada vez más involuntaria.

En la penumbra del aposento, Odei resultaba más voluminoso que a la luz del día. Abandoné el mirador, rechacé la copa que me ofrecía, y sentándome junto a él, le dije:

—Me he perdido, general...

—Eso creo yo también... No es bueno convertir el ajedrez en la razón de nuestra vida... De tanto mirar el tablero uno acaba por dividirse en dos partes: una muy negra, y otra muy blanca...

—Sí, y esas dos partes, al principio confidentes, se empiezan a separar lentamente... Y llega un día en que...

—... Y llega un día en que la negra lleva a cabo actos sin que lo pueda evitar la blanca, y viceversa...

—¿A vos os ha ocurrido alguna vez?

Odei tardó en contestar.

—Claro que sí —musitó finalmente—. En más de una batalla llevé a cabo actos al margen de mi conciencia, y me convertí en otro; pero después volví en mí...

Permanecí un rato callado, mirando con afecto al general, hasta que le dije:

—No sé qué hacer; pocas veces fue tan grande mi desconcierto...

—Lo que debéis hacer no es tan difícil saberlo —dijo él tras apurar su copa.

—Me sorprende la seguridad con que lo decís.

—Más que seguridad llámadlo certeza. Debéis regresar a Venecia, debéis recuperar vuestras raíces y volver al origen de vuestra pérdida...

—Creo que os voy a hacer caso excelencia. Nunca podré pagaros lo que me estáis ayudando.

—Os engañáis —me aseguró, señalando el tubo de oro que reposaba sobre la mesa—. Me sentiré más que pagado si os lleváis de mi casa el manuscrito...

Las últimas palabras del general me desorientaron todavía más, haciéndome creer que el mundo, con Odei incluido, estaba conspirando contra mí. Todo cuando me rodeaba parecía implicado en esa conjura en la que se trataba de conducirme a continuos callejones sin salida por medio de un diabólico juego de espejos, donde unos hechos se reflejaban en otros sin que llegara a saber nunca cuáles eran los reflejos y cuáles las realidades. En medio de aquel mar de símbolos tramposos y amnesias inexplicables, temblé al aceptar que no sabía quién era y que el hombre al que había matado se anticipaba a mis viajes... Pero mi tortura se multiplicó al pensar en las crónicas de Akásar, donde más que de una isla de inmortales se hablaba de un punto axial del mundo donde la conciencia accedía al orden supremo y todos los misterios se tornaban transparentes, también el misterio de uno mismo. Y para complicar todavía más las cosas, resultaba que el griego Yaliso hablaba de dos hombres que acabaron siendo uno; justamente lo contrario que me estaba ocurriendo a mí, que siendo uno había empezado a ser dos. Como colofón a todo lo referido, Abul había soñado conmigo antes de que mi madre me trajese al mundo.

Tuve que decidir esa misma noche de angustia y continuos dolores de cabeza, y tras varias horas de reflexión, consentí darle la razón a Odei y opté por emprender mi regreso a los dominios cristianos, llevándome conmigo el manuscrito de Akásar y los ojos que decían yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin.

Tras despedirme calurosamente de Odei, que además del manuscrito me regaló un juego de ajedrez de ébano y marfil, me enrolé en una caravana que se dirigía a Egipto y con la que esperaba alcanzar las orillas del Mediterráneo. Recuerdo que salí de Samarkanda con la amarga certeza de que todo aquel mundo que dejaba atrás iba a desaparecer, y de que no tardaría en arder la mezquita de las mil columnas.

A lo largo de aquel viaje, que por ser el del regreso llegó a parecerme interminable, fuimos dejando atrás Bujara, Merv e Ispahán, hasta que llegamos a Bagdad, donde permanecimos tres días y donde leí más de diez veces la historia del embalsamador Abul. Por lo que pude ver, Bagdad distaba mucho de ser la ciudad circular de los



califas, aunque seguía conservando parte de su antigua fisonomía. Más de la mitad de los anillos que conformaban la antigua capital del califato seguían intactos, y aún quedaban muchas calles trazadas como los radios de una rueda; pero ya se veían abundantes manifestaciones de la ostentosa arquitectura de los mongoles.

Una de aquellas noches de Bagdad en que paseaba por el barrio más aristocrático, entré en el patio de una casa mongol, atraído por el olor de las flores húmedas. Más allá del patio había un jardín, y más allá del jardín una especie de glorieta cubierta de enredaderas. Tras las tupidas hojas de yedra, brillaba una luz parpadeante, que me llenó de curiosidad. Procurando no hacer el más mínimo ruido al respirar, acerqué mi rostro a la enredadera y miré hacia el interior de la glorieta. A la luz de una lámpara de aceite, dos mujeres se besaban sobre un hondo lecho.

Sensación de mar y de río, de río y de mar, fundiéndose apaciblemente... No puedo describir de otra forma lo que sentí cuando vi a aquella rica dama mongol acariciar a su amiga. Sus besos se ahogaban en la negra cabellera de la muchacha, que permanecía tendida boca abajo, y que empezaba a gemir muy suavemente, apretando las rodillas y elevando las caderas, e incitando a la dama a descender con sus besos por su temblorosa espalda, en la que se veían gotas parecidas a las del rocío, que brillaban a intervalos en la penumbra y a intervalos desaparecían bebidas por los labios de la más sedienta. Y según la dama fue descendiendo, el temblor de la muchacha se hizo más intenso, hasta que se dio la vuelta. Entonces vi su rostro, que parecía iluminado por el esplendor de un cansancio parecido a la felicidad cuando está a punto de agotar sus más preciosos dones. La dama la besó en la boca, y ella pareció decir no con la cabeza, para acto seguido entregarse todavía más, y acoger los besos de su ama mientras se iba deslizándose hacia el suelo alfombrado de la glorieta, donde se estrecharon hasta conformar las dos una sucesión de escalofríos, que como círculos concéntricos parecían agrandarse cada vez más, uniéndose al final en un único remolino de gemidos entrelazados, mucho más profundo que el que llegan a conocer los hombres: nueve veces más profundo, como había dicho antiguamente el adivino Tiresias, al que los dioses dejaron ciego por haber pronunciado palabras tan comprometedoras, en las que no obstante tan sólo desvelaba una mínima parte del secreto de las mujeres.

Y cuando ya las amantes empezaban a mirarse con sosiego, me fui de allí, poseído por una dolorosa ansiedad que no me abandonó durante toda la noche. Al amanecer conseguí dormir un poco, y volvió a repetírseme el sueño que ya había tenido en Samarkanda, y en el que me encontraba con Guido en el desierto. Ese sueño fue el culpable de que al mes siguiente, cuando me hallaba con la caravana en un roquedal del desierto de Edom, no lejos de la antigua Petra, decidiera separarme de mis compañeros de viaje. Si mis suposiciones y mis mapas no me traicionaban, aquel lugar tenía que ser el bosque de piedra donde Procoro pasó a mejor vida y donde Yaliso encontró su esqueleto y el manuscrito; lo que equivalía a decir que de los seis cronistas que ya conformábamos la cofradía de Akásar, tres habíamos pasado por allí,

convirtiendo el bosque pétreo en un lugar de peregrinación para nuestra secta; un punto donde quizá era posible la iluminación.

Quince años antes, cuando aún me hallaba en Venecia, el alquimista Mercuri me había hablado más de una vez de ciertos puntos de la tierra en los que era posible penetrar, visual y mentalmente, en secretos del universo que desde otros lugares no eran accesibles. Dentro del manuscrito que me había regalado Odei, Akásar representaba uno de esos puntos privilegiados del espacio, pero también Patmos, Délos, Kalimnos y Bagdad. Todo alquimista buscaba en el fondo esos lugares, o esos no lugares, desde los que se producía la visión, y la Vida se revelaba en toda su transparencia, en toda su historia y todo su ahora, en toda su volutiva y a la vez involuntaria combustión. Pero era difícil descubrir esos puntos únicos, y lo normal era conformarse con falsos miradores, como el tablero de ajedrez, en el que, simbólicamente, cabía el mundo. Pero yo ya no quería símbolos del mundo, yo quería su misma sustancia, yo quería la revelación... No, decididamente no, el tablero de ajedrez no podía albergar tanto fuego. En cambio aquel desierto parecía lleno de ventanas hacia el misterio, y por primera vez en mucho tiempo me resultó llevadera mi enajenación.

Recuerdo mi primer día de soledad entre las rocas. El viento, mi caballo y yo parecíamos ser los únicos habitantes del laberinto pétreo. ¿Los únicos? No exactamente, pues ya desde el principio creí notar que alguien me vigilaba. ¿Desde dónde? No lo sabría decir. Era sólo una impresión, a veces muy intensa: la sensación de que unos ojos que no eran precisamente los de Dios estaban pendientes de todos mis movimientos.

## 50

Tras haberme perdido en varias ocasiones por el dédalo de piedras que unas veces parecían hongos gigantes y otras monumentales olivos de desquiciadas formas azotadas por el viento, hallé una hondonada entre dos rocas, donde la arena no me quemaba los pies y el caballo podía descansar a la sombra. Los silbidos se oían allí más tenues, y brotaban hierbas y melones silvestres junto a los hilos de agua que se deslizaban por una de las peñas. No era un oasis, pero por su frescor, su desnudez y su silencio parecía el mejor refugio para un alma atormentada, por lo que decidí pernoctar allí. Como llevaba mis ropas sudadas, me desnudé y, tendido en la arena, esperé la llegada del sueño mirando a las estrellas. El cielo parecía un inmenso tablero de ajedrez. A la derecha, muy cerca de mí, veía batallones de refulgentes peones; tras ellos, interminables caravanas de elefantes enjoados y torres conformadas por ingentes conglomeraciones de estrellas... Sólo Dios, pensé, podía jugar en ese tablero, infinitamente más grande que el de la cárcel de Samarkanda, una infinita partida contra sí mismo. ¿Adonde irían las fichas comidas? ¿A qué muladar

de mundos caerían los elefantes y los caballos, a qué abismos las torres, a qué desfiladeros los peones...?

Y mientras miraba las estrellas y les pedía un poco de luz en mi noche personal, iba notando cómo mi miembro se elevaba lentamente, contagiado por el fuego de la bóveda celeste y de la arena del desierto. De pronto, creí escuchar pasos junto a mí y me incorporé aterrado. El caballo dormía y no se veía a nadie más a mi alrededor... Y sin embargo todo cambió a partir del momento en que volví a pensar que quizá Guido no había muerto. Cierto que yo le había clavado un cuchillo y lo había visto en el suelo, sangrando copiosamente... Pero ¿qué pruebas tenía de su muerte si había huido del lugar del crimen antes de que dejase de moverse, de respirar y de mirarme con ojos de trágico asombro...? En honor a la verdad, yo no le había visto morir... La posibilidad de que siguiese vivo me obligaba a interpretar de otra manera mi estancia en Samarkanda. ¿Y si hubiese sido él quien jugó la primera partida con Odei ganándole el ojo alfa y él quien lo extravió en Bujara, justo en el lugar donde yo lo encontré? No nos parecíamos demasiado, pero los dos teníamos los ojos verdes y la barba negra... Guido podía haberme estado siguiendo hasta el desierto, para al fin jugar, entre aquellas piedras de aspecto micénico, la partida de la verdad. Si me ganaba, me habría librado definitivamente de dos cargas angustiosas: la de la culpa derivada de un crimen imperdonable, y la de la terrible responsabilidad que suponía ser el mejor jugador de ajedrez del mundo. Pero esa situación podía y debía cambiar. Guido estaba cerca, mucho más cerca que cuando éramos amigos en Venecia y nos ocultábamos en un cuarto del canal de San Juliano, cuya ventana daba a un jardín que apenas permitía la entrada de la luz y que creaba en aquella celda casi monacal una penumbra propicia para un pacto entre caballeros cuyo atributo más cierto se concretaba en su desnudez. Era otra forma de jugar al ajedrez, más carnal y más directa, en la que mi amigo y yo representábamos dos espíritus de la antigüedad, dos hombres desaparecidos, como los que habían seguido a Alejandro hasta Iso... Pero quizá se trataba de algo mucho menos heroico: un estallido de deseos inconcretos en el corazón de la noche rielada de canales pestilentes y brisa tan caliente como la del desierto que me cercaba. Y ahora recordaba asombrado que en el jardín se hallaba una estatua de Apolo de estilo vagamente arcaico y parecida a la que Tasio había visto en el Delfinión de Mileto. ¿Y si Febo nos estuviese persiguiendo a todos los peregrinos de Akásar? No, me dije a mí mismo. Los dioses murieron hace tiempo, hace mucho tiempo. Ellos desaparecieron pero Guido sigue vivo, tan vivo como las tórridas noches de nuestros encuentros en la estancia oscura, o cuando salíamos al jardín, desnudos y sudorosos, y nos íbamos aproximando entre las sombras, sintiendo el olor de las rosas abrasadas y las brevas maduras de la higuera que crecía junto a la estatua. Las hierbas nos llegaban hasta las rodillas, y oíamos nuestros pasos respectivos, cada vez más próximos, hasta que coincidíamos junto al árbol. Nuestros ojos brillaban en la negrura como diamantes que estuvieran hechos de avaricia cristalizada. Olvidábamos el tablero, las reglas del juego, las torres y los caballos, la

reina y el rey, y latíamos como animales acorralados por nuestra propia ansiedad en una pequeña jungla amurallada. Yo solía adelantarme, deslizaba mis manos por su espalda sudorosa, notaba todas sus costillas, sus rígidos omoplatos, sus piernas tensas. Después probaba el salitre de sus párpados y su boca... Y era siempre verano; y en el denso y narcótico estío veneciano le íbamos robando al ataraxia del tiempo raciones de fuego y mercurio hirviente... ¿Y ahora él estaba allí, en el bosque pétreo, mirándome como Dios miró a Adán cuando ya había mordido la manzana?

Sin pensarlo dos veces, saqué de mi zurrón el tablero y las fichas que me había regalado Odei y, antes de dormirme, las coloqué sobre la arena y moví un peón. Si Guido estaba en el roquedal y me vigilaba, le iba a ser muy difícil resistir la tentación de responder. Quizá le daba miedo mostrarse, quizá me consideraba un espejismo... Pero yo tendría paciencia, pensé antes de dormirme.

Estaba próxima el alba cuando me desperté y comprobé que mi impalpable amigo había movido un peón. Al principio me negué a aceptarlo y pensé en el viento, pero enseguida tuve que reconocer que el viento nunca llevaba a cabo movimientos tan controlados, y empecé a sentir fiebre.

## 49

Pasé el día esperando con fervor la noche, y cuando al fin las sombras invadieron la hondonada, moví otra ficha y me hice el dormido. Mi tímido rival no apareció, y volví a dormirme. Cuando desperté, vi que había movido el elefante y la fiebre regresó a mí. La tercera noche volví a mover y me hice una vez más el dormido. Al filo de la madrugada el espíritu del bosque petrificado apareció. Avanzaba desnudo por la hondonada, y su aspecto era idéntico al de mi amigo. Tendido en la arena vi con el rabllo del ojo cómo se agachaba ante el tablero para mover otra ficha.

—¡Guido! —grité, incorporándome con la rapidez de un leopardo.

A la luz de la luna pude ver sus ojos verdes. Era él, surgiendo de la noche impoluta del desierto.

—Debo de estar soñando... —susurró—. ¿Eres Angelo?

Asentí sin despegar de él mi mirada.

—No puede ser... Yo te maté una noche en Rialto, clavándote un puñal en el corazón... —dijo con voz agónica, antes de entregarse al llanto.

—Estás loco... —balbucí—. Fui yo quien te mató...

Guido sonrió piadosamente.

—Ahora resulta que mi víctima intenta que pierda la poca razón que me queda, asegurándome que fue ella quien me mató —murmuró como si hablara únicamente consigo mismo—, Y claro que me mató. Mi propia víctima me mató aquella misma noche aciaga... —añadió, y volvió a sollozar.

—Eso no es cierto, Guido. Fui yo el que te clavé el cuchillo. Recuérdalo... Nos hallábamos en una taberna, rodeados de gente...

Guido me miró aterrado. Era comprensible su reacción. Yo representaba la prueba palpable de su locura, de la misma manera que su presencia era una prueba rotunda de mi demencia.

—Fui yo el agresor, Guido —repetí—, y ahora quisiera saber cómo conseguiste salvar la vida...

—¡No insistas! —rugió él—. Fui yo quien te agredió, y eres tú el que me tienes que explicar cómo es que sigues vivo...

Viendo que no había forma de ponerse de acuerdo, propuse continuar la partida.

—Si pierdes —le dije—, me darás como premio una explicación...

—¿Y si gano?

—Podrás disponer de mí y no estarás obligado a explicarme nada...

—¡No! —gritó, señalándome con el dedo—. Sabía que ibas a proponerme eso. Eres el maligno al que tarde o temprano ha de enfrentarse todo asceta en su camino hacia Dios...

—Te juro, Guido —le dije juntando las manos y arrodillándome—, que yo jamás me he atrevido a hacer pactos con el maligno. Ni soy él ni tengo con él el más mínimo trato...

—Levántate —rugió.

Le hice caso y volvimos a mirarnos llenos de desconcierto. Parecíamos dos bestias que acabásemos de coincidir en el corazón de la noche, después de haber atravesado el desierto. Y ahora estábamos allí, mirándonos fijamente bajo las estrellas. Sin mediar más palabras, Guido se sentó en postura búdica ante el tablero y reanudó el juego. A partir de entonces todo fue muy deprisa. Guido me atacó dejando solo a su rey, como estábamos solos los dos ante el cielo y ante Dios, y como estaba solo Dios. Después sacrificó brutalmente los elefantes, las torres y la reina. Su estrategia me pareció la expresión más depurada del juego adoptado la noche en que me ganó en Venecia y, al mismo tiempo, resultaba la imagen más lograda del estilo ajedrecístico de los mongoles y de sus tácticas bélicas. El sentimiento de la vida que se derivaba de su juego me pareció tan trágico que, para cuando me quise dar cuenta, ya me había ganado. Fue un jaque mate infinitamente real, en el más nítido sentido aristotélico, y me sentí menos que un átomo, flotando a la deriva. Guido había asimilado a la perfección el estilo estepario, llevándolo a su máxima expresión de belleza nómada y devastadora. Una máquina pensadísima, aunque pareciese ciega: la implacable máquina de guerra de Gengis y Hulagú, que yo creía haber asimilado a la perfección y gracias a la cual gané al general: sacrificar, reorganizar, sacrificar, reorganizar de nuevo, sacrificar de nuevo, hasta desgastar totalmente al enemigo en una guerra que podía durar nueve horas, nueve días o nueve años.

Volví a mirar a Guido y empecé a sentir un profundo alborozo. Era mucho más hermoso de lo que yo quise creer, y era todo él lucidez concentradísima, y su clarividencia semejaba la de los ascetas que antes fueron guerreros y conocieron todas las formas de la barbarie. Por eso ahora Guido me parecía de una perfección tal que no pude resistir la tentación de arrodillarme y empezar a besar sus pies habituados al rigor del desierto.

—¡Levántate! —gritó fuera de sí. Pero yo no le hice caso y seguí besando sus pies y sintiendo un desconocido calor en mi cerebro, además de un profundo alivio. Sabía que al fin me hallaba ante él. En el mundo convertido en un infinito tablero, he aquí que aparecía, en una inesperada casilla, mi liberador. Y mi liberador me exigía, con una modestia que me subyugaba, que no le rindiese vasallaje.

—Estás equivocado si crees que me resulta humillante rendirte pleitesía —le dije —, ¡Cómo iba a ser para mí humillante adorar a mi salvador! No soy un mal nacido... Me has librado del terror de pensar que yo era lo máximo a lo que podía llegar la humanidad en una disciplina dada, y me has convertido en un hombre nuevo. Por eso ahora me estará permitido gozar del paso de los días y volveré a fijarme en la vida que discurre a mi alrededor...

Guido empezó a temblar.

—Eres una alucinación... —escupió, caminando hacia atrás y alejándose de mí.

—¿Y tú qué eres? ¿Otra alucinación?

—No.

Me adelanté bruscamente, apresé su muñeca y le dije:

—Te creo...

—Dios mío, también yo voy a tener que admitir que eres de carne y hueso... —dijo.

—Alabado sea Dios...

Nos hallábamos el uno ante el otro, y yo agarraba fuertemente su muñeca y le miraba a los ojos.

—Suéltame —murmuró.

No le hice caso.

—¿Y tú eres mi esclavo? —me preguntó, mirándome con desprecio.

Lo solté inmediatamente.

—Vayamos a mi cueva —dijo para mi sorpresa—. Allí cenaremos y hablaremos largamente de nuestras vidas. Ha pasado tanto tiempo...

En su fresca cueva, probablemente la misma que habitó Procoro en su viaje a ninguna parte, estuvimos comiendo higos, melones silvestres y miel. Ya habíamos concluido la cena cuando Guido me mostró un pellejo, oculto al fondo de la gruta.

—Vino persa... —anunció elevando el pellejo—. Me lo regalaron hace un año, y desde entonces esperaba el momento de poder compartirlo con un semejante...

Así comenzó la más larga e intensa de nuestras alucinaciones compartidas. Nuestros recuerdos pasaban directamente de uno a otro, y nos asombrábamos al comprobar que éramos seres intercambiables. Y sin embargo, toda la noche no fue suficiente para poder aclararnos el uno al otro quién había sido la víctima y quién el verdugo. Al amanecer, salimos de la cueva y nos miramos fijamente. Guido se acercó a mí y rozó mis cabellos. Después pretendió separarse, pero yo no lo dejé, y tras un violento forcejeo caímos al suelo y, pegados el uno al otro, comenzamos a rodar por la pendiente de arena que nacía a la boca de la cueva. Cada vez íbamos más deprisa, si bien en nuestras conciencias el tiempo y el espacio se hacían inmensamente elásticos, como en la fábula de Aquiles y la tortuga, y hasta nos parecía que cada vez íbamos más despacio. Los granos de arena se pegaban a nuestras espaldas, como púas incandescentes, mientras continuábamos rodando por la pendiente calcinada por el sol, que abrasaba nuestra piel y nos obligaba a estrecharnos desesperadamente, hasta creer que éramos un solo cuerpo bifronte, como los andróginos de Platón, girando por la falda caliente de un volcán. El dolor nos hizo estallar en sollozos antes de sentir un escalofrío que liberó nuestra ansiedad a un tiempo y que por un instante nos hizo olvidar el calor. Fue entonces cuando nos estrellamos contra una roca que frenó en seco nuestro descenso. Yo me desmayé. Cuando algunas horas después me desperté, el viento silbaba, mi brazo izquierdo sangraba, y Guido había desaparecido.

Una vez más, me hallaba solo en el bosque de piedra, y ya no sabía si era Angelo o Guido. Al fin mi situación era la misma que la del hombre que vertió al griego la Revelación, y he aquí que ahora me había convertido en Procoro, y estaba solo, perdido y enloquecido.

Temiendo que mis trastornos estuviesen llegando a límites abominables, anduve varios días errando por el roquedal, hasta que un mediodía me encontré con un viejo anacoreta musulmán al que le ofrecí higos y ante el que me arrodillé, pues sus ojos me parecieron llenos de sabiduría.

—Señor, decidme cómo un hombre que lo ha perdido todo puede encontrarse a sí mismo...

—Me basta con mirarte para saber que no estás preparado para encontrarte a ti mismo. En tus ojos veo que estás fuera de ti... Todo en tu vida ha sido una equivocación... —sentenció.

—Creo que tenéis razón —le dije, inclinándome ante él—. He llegado a encontrarme con el hombre al que maté hace años... Y parecía idéntico a mí...

—¿Y lo has tocado?

—Sí, y era de carne y hueso...

—¡Por el Altísimo! ¿Has llegado a soñarte a ti mismo con semejante intensidad?

—No a mí mismo, a otro...

—Da igual. En el desierto el otro es siempre uno mismo... Huye de aquí, hijo. Busca tus pasos perdidos, regresa a tu antiguo hogar, y cuando hayas recordado quién eres, vuelve a esta región y busca de verdad a Dios...

Mientras le escuchaba, pensé que pocas veces un hombre me había iluminado tanto en tan poco tiempo, y esa misma tarde decidí regresar definitivamente a Venecia.

## 47

La cárcel de la Serenísima es más atroz que la de Samarkanda, aunque resulte menos severa su geometría. Ni ventanas a los patios, ni al cielo, ni a la estepa. Tan sólo un exiguo orificio que da a un canal desde el que llegan continuos ruidos de cloaca. Pude haberlo evitado, pero ¿hubiese sido mejor? Debí haber adivinado que la partida de ajedrez en la cárcel de Samarkanda era una premonición de mi condena veneciana, mas seguir ese camino hubiese sido la verdadera equivocación. Además, en la cárcel de los Plomos tuve tiempo de pensar, y llegué a iluminar una parte del abismo al que fui cayendo en Bujara y que alcanzó su máxima profundidad en el desierto de Edom. También tuve la oportunidad de meditar en las crónicas de Akásar, que fui traduciendo libremente al italiano pues el original mongol estaba muy deteriorado; y a las que fui añadiendo mi propio testimonio. Pero vuelvo al día en que llegué a Venecia, tras cruzar ciudades por las que sin duda ya había pasado y que no me devolvían ninguna imagen de mí mismo. En aquel momento me creía Angelo Pisani. Ocurrió sin embargo que, antes de llegar al puerto de la Serenísima, el barco tuvo una avería y se detuvo algunas horas en el muelle de la isla del cementerio. Era una tarde plomiza y lluviosa, de vientos huracanados. Mientras reparaban la nave, anduve paseando entre las tumbas hasta que me detuve ante una de las losas de un gran panteón de mármol blanco y negro. En esa losa, primera de las que se veían en uno de los tres ángulos del panteón, figuraba el nombre de Angelo Pisani; es decir, mi nombre, según yo creía entonces. Detenido ante la lápida, aguanté más de dos horas la lluvia, temblando de frío y sintiendo que por primera vez en mucho tiempo empezaba a recordar...

## 46

Estaban próximas las navidades y Angelo y yo jugábamos al ajedrez en una taberna de Rialto, mientras hablábamos de nuestro tema preferido: el fin del mundo. Angelo y yo habíamos sido discípulos del entonces recién fallecido alquimista Mercuri, que además de alquimia nos había enseñado ajedrez, y a los dos nos parecía que el mundo estaba a punto de alcanzar su última transmutación, que se llevaría a cabo en el instante en que Dios decidiera darse a sí mismo jaque mate, aboliendo en ese trance buena parte de su propia creación. Un momento ya escrito en el Libro de la Vida, según nos había dicho Mercuri, y que debía considerarse el efecto de la propia dinámica de Dios, que es emanación unas veces, y otras contracción. «Jugamos al



ajedrez contra figuraciones fantasmagóricas de nosotros mismos, más que contra el prójimo, y en el fondo soñamos con un último jaque que acabe iluminando y destruyendo la parte más oscura de nosotros mismos», nos había advertido Mercuri a Angelo y a mí. Dios también podía llegar a jugar así contra sí mismo, para un día descubrir en nosotros su propia zona oscura, sobre la que verter las llamas de la purificación. Y de la misma forma que la vida se purificaba y regeneraba gracias a la muerte, Dios se purificaba a sí mismo gracias a las aniquilaciones cíclicas de sus mundos, su humus, sus criaturas; de manera que el fin del mundo se convertía en algo inseparable del aliento de Dios y de sus criaturas, entre las que se distinguían, por su mayor comprensión de la idea de una divinidad antagónica, destructiva y creadora, los jugadores de ajedrez...

Ésa era nuestra conversación aquella noche en Rialto cuando empecé a percibir una transformación en la actitud de Angelo. Hasta entonces no me había ganado nunca, pero empezaba a intuir en él una estrategia mortífera, consistente en sacrificar mucho, para finalmente ganar. Hasta que llegó su primera victoria, en sólo media hora; y la segunda, y la tercera, y la cuarta. A las seis de la mañana yo era un hombre destruido, que tenía que enfrentarme a un individuo que no sabía ganar, y que proclamaba escandalosamente sus victorias ante gentes que hasta entonces me habían considerado invencible. El deseo de hacer justicia se apoderó de mí. Las personas que no saben ganar, pensé, no deben gozar del triunfo. Y de pronto el milagro, lo que yo no me esperaba... Angelo acababa de mover un peón sin que yo lo advirtiera. «No puede ser... ¿Lo habéis visto? —grité furioso—. ¡Es un inmundo tramposo!» Angelo enloqueció y se abalanzó sobre mí con un cuchillo en la mano. Pero su lance estaba previsto y fue la hoja de mi estilete la que llegó a su corazón. Tuve que despedirme inmediatamente de mis familiares y huir de Venecia, pues Angelo pertenecía a una de las familias más poderosas de la Serenísima, y contra su dinero poco iban a valer mis razones y sinrazones.

Me fugué pues de Venecia, y recorrí buena parte del Mediterráneo y el Egeo. Viví algún tiempo en Rodas y después me fui adentrando en Asia. En todas partes me presentaba como jugador de ajedrez y siempre hallaba cobijo. Nadie me ganaba, y yo no quería reconocer que era porque había asimilado hasta las últimas consecuencias la estrategia desplegada por Angelo la última noche de su vida. Ajedrecísticamente hablando, yo era él, siempre él, únicamente él, durante buena parte del tiempo. Y si de ordinario jugaba más de quince horas diarias, quería decir que dos terceras partes del día yo era Angelo, y tan sólo una tercera era yo mismo. Si además tenemos en cuenta que esa parte la empleaba para descansar, resultaba que únicamente era yo mismo durante el sueño, situación que me convertía en un peligroso huésped de mi propio cuerpo, y que explicaba en parte el que, hallándome en Bujara, yo, Guido Loter, empezase a creerme Angelo Pisani. Mi trastorno era tal que al encontrar entre la hierba el ojo alfa, no advertí que se había deslizado de mi bolsillo ni recordé que se lo había ganado a Odei dos años antes. De nuevo en Samarkanda, no dudé en

presentarme ante el general con el nombre de mi amigo. Dentro de mi locura, no me faltaba razón, pues ya no era Guido; lo había matado dentro de mí, lo había asfixiado en el fondo de mi mente... Lo quisiera reconocer o no Odei, yo no era el hombre que había jugado contra él dos años antes. Yo era Angelo Pisani, y había matado a Guido Loter. Y ese Guido Loter, aniquilado en mi corazón, llegó a estar tan fuera de mí que hasta conseguí verlo con mis propios ojos y tocarlo con mis propias manos en un lugar del desierto de Edom...

Pero ahora me veía ante la tumba de mi amigo, y ya no cabían más conjeturas. El había sido Angelo, y yo era Guido, y una vez más nos hallábamos frente a frente, después de una sangrienta partida entre su sombra y la mía que había durado más de quince años, y en la que ambos habíamos muerto varias veces y varias veces resucitado, y en la que yo había mantenido hasta tal punto su memoria viva que en realidad la había convertido en mi propia y única memoria.

Había pagado ante él, y cabía pensar que ahora tuviese que pagar ante los demás. Por eso no me extrañó que cuando ya nos hallábamos en el puerto de Venecia, y poco antes de que decidiera ocultar el tubo de oro entre mis rizados y grasientos cabellos, uno de los hombres del barco, que al parecer me había reconocido, avisara inmediatamente a la policía. Aún estaba ordenando mi equipaje cuando me vi rodeado de hombres severos.

—En nombre del Tribunal de la Serenísima, quedáis detenido —me dijo un ujier.

Sin que mediasen más palabras, me condujeron hasta el muelle de la prisión, y no mucho después crucé el célebre puente sobre el canal de Palazzo, que unía la cárcel con la mansión ducal. Desde allí accedimos a una lóbrega galería, en la que se iban superponiendo arcos y ventanas enrejadas, y donde se veían tres cabezas de leones, de cuyos dientes pendían tres enormes argollas. Al fondo de la galería se adivinaba una escalera, por la que subimos hasta llegar a otra galería más oscura que la anterior.

Bajo las luces de un candelabro, me estaba aguardando un individuo ataviado como un patricio. En cuanto me vi ante él, supe que se trataba del padre de Angelo, don Leonardo Pisani, que negándose a dirigirse a mí en lengua veneciana, me dijo en dialecto toscano:

—*E queo, mettelo in deposito.*

Ya me alejaba por la galería en compañía de tres alguaciles cuando don Leonardo se acercó precipitadamente a mí y empezó a zarandear mis hombros y a escupirme:

—Eres Guido Loter, el asesino de mi único hijo. Quince años he esperado tu regreso. Tres lustros de dolor y asco. El tribunal había decidido ajusticiarte si un día volvías a Venecia; pero yo exigí que no lo hicieran, pues por propia experiencia sé que hay cosas peores que la muerte. Me entenderás mejor cuando veas el calabozo

que te hemos asignado para que se pudran en él tus huesos, y te devoren los piojos y las pulgas, y no te dejen dormir las ratas...

Tras su estimulante discurso, don Leonardo se alejó de nosotros, que volvimos a subir otra escalera, hasta llegar a una nueva galería que desembocaba en una nueva escalera, desde la que se accedía a un último corredor, al final del cual se vislumbraba una puerta. El carcelero la abrió, y pude ver ante mí un amplio calabozo, parecido a una celda monástica. A la izquierda, se hallaba otra puerta, más pequeña que la anterior. El carcelero la abrió igualmente, y me ordenó pasar a una celda aún más reducida. En la pared del fondo se veía otra puerta, que daba acceso a un ínfimo y húmedo calabozo, cuya ventana, provista de rejas, daba al canal de Palazzo.

Allí me confiscaron todos mis objetos personales, salvo el tubo de oro que seguía oculto en mis cabellos, y me quitaron el juego de ajedrez de marfil y ébano. Después me ordenaron entrar en el negro cubil, que habría de ser mi hogar durante nueve meses y medio, en los que tuve tiempo de jugar mucho al ajedrez contra mí mismo, con migas de pan y un tablero que dibujé en el suelo, y en los que pude leer cientos de veces las crónicas de Akásar mientras las iba traduciendo al italiano.

Una vez a la semana, me dejaban pasear por la galería, convenientemente custodiado por dos guardianes. La segunda semana del noveno mes me hallaba tan desesperado que no dudé en arrebatarme el cuchillo a uno de los alguaciles, para acto seguido apuñalarlo por la espalda. Con la hoja ensangrentada, amenacé al otro, que me fue guiando hasta la puerta del fondo. Le ordené que la abriera, y obedeció enseguida. La puerta daba a un pequeño balcón sobre el canal iluminado por la luna. Me arrojé sin pensarlo dos veces. Toqué fondo con la cabeza, pero no me lesioné, y antes de que comenzasen la persecución ya corría por las callejas, presa del vértigo. Pero mis alegrías duraron poco, pues cuando ya estaba a punto de alcanzar la casa de mi familia, en cuyos sótanos pensaba refugiarme, tres alguaciles me sorprendieron en el cruce de San Salvador con el Gran Canal, y, al ver mi aspecto y mis barbas de presidiario, se arrojaron sobre mí. Aprovechándose de mis fiebres y mi fatiga, no tardaron en maniatarme y conducirme de nuevo a la prisión.

Al enterarse de lo sucedido, don Leonardo Pisani se encolerizó y tomó una severa decisión. Ya no se fiaba de la cárcel de los Plomos ni de sus torpes guardianes y, con el beneplácito del Tribunal, decidió emparedarme en una celda de una casa abandonada que su familia poseía en el barrio judío.

Vi cómo tapiaban la puerta y colocaban un torno para pasar la comida, y al saber que me estaban enterrando en vida pensé en la posibilidad de matarme. Todo eran desgracias, pero como aún llevaba el tubo de oro oculto en mis piojosos cabellos, pude salvar mi versión de las crónicas, que continué leyendo cuando me lo permitía la poca luz que entraba por una alta claraboya. La copia en mongol la habían devorado las ratas en la cárcel de los Plomos, y ya sólo quedaba mi manuscrito en italiano como prueba de que la cofradía de Akásar seguía su viaje por la tierra.

Puede que acabe muriéndome aquí, y lo que más lamento es que ya no podré buscar la isla sin tiempo. Desde que me apresaron de nuevo, he pensado largamente en el sueño que da origen a las crónicas, y he llegado a la conclusión de que a Akásar ha de irse por el Atlántico, siguiendo siempre la dirección del sol poniente, pues sólo cogiendo al sol por detrás podremos llegar a un lugar más allá de donde nace, configurando una ruta que dibuje la figura del dragón que se muerde la cola. Pero yo ya no podré seguirla ni podré llegar nunca al punto donde, según el manuscrito, el mundo se justifica a sí mismo y se rasga el velo de Maya. Un lugar que ha de existir para que exista el mundo y que, por más vergonzoso que resulte, sólo ha sido buscado hasta ahora por los hombres que desde Tasio van escribiendo de siglo en siglo el Libro de Fuego.

#### 44

Han pasado dos años desde que escribí lo anterior y ya no tengo esperanza. Sé que moriré muy pronto en este calabozo y que desaparecerá para siempre el manuscrito; y también sé que está cada vez más próximo el fin de la Serenísima. ¿Acaso alguna ciudad merece más que Venecia el título de Gran Ramera sentada sobre las grandes aguas? Antes no entendía el manuscrito ni sabía que sus cronistas eran mensajeros del fin y heraldos del fuego... Desde que volví a Venecia, varias han sido las pestes que han masacrado la ciudad y a las que he sobrevivido, soñando día y noche con un hombre de barba bermeja que continúa escribiendo las crónicas de Akásar en un poblado junto a una cascada... Puede que ese poblado se llame Akásar, y puede que el misterio del principio y el fin sólo resulte transparente en una aldea como aquéllas de la Edad de Oro, cuando bastaba con alzar la mano para alimentarse con los frutos más granados de la tierra. O puede que me haya partido nuevamente en dos, y mientras una de mis partes se muere en esta cárcel la otra vive y goza en una isla remota.

## TRES

43

Bebiendo estaba la vida de sus ojos, notando en las yemas de los dedos sus pezones... Toda ella era embrujo cuando, estrechándome con fuerza, me guió hasta la cavidad profunda, y el tiempo se pulverizó al pie de la cama. Y de pronto un grito a mis espaldas... Giré la cabeza y vi a mi padre adoptivo en la alcoba. Sus ojos brillaban más que la hoja de su espada.

—La víbora a la que un día di cobijo ha vuelto al mismo nido... —dijo al reconocermé.

Temblaba junto al umbral y estaba a punto de abalanzarse sobre nosotros cuando se quedó paralizado. Su cuerpo se inclinó hacia atrás, chocando contra la pared, y así permaneció, mudo e inmóvil, con la espada en la mano y los ojos fijos en nosotros.

Me vestí como pude y me acerqué prudentemente a él.

—Parece el convidado de piedra... —le dije a Rachel con angustia, y recordé que hacía años había padecido un ataque similar—. Ayúdame a acostarlo y vete a buscar a un médico...

Cuando lo arrastrábamos hacia la cama, nos miró con odio y resignación. Pero no podía hablar, y apenas si acertaba a mover un poco el brazo derecho.

Mientras Rachel corría al encuentro de un galeno, me quedé con el enfermo, que a intervalos temblaba ligeramente, exhalando apagados gemidos de dolor. Hasta que fue sacudido por un violento escalofrío, que lo dejó aún más paralizado. Un tubo de oro parecido a un cetro se deslizó de su blusa y chocó secamente contra el suelo. Cogí el tubo en mis manos y al ver que llevaba grabados ciertos símbolos alquímicos, pensé que podía ser un objeto de procedencia judía, y lo oculté prudentemente en mi alcoba. Después volví al dormitorio conyugal y, mientras miraba al enfermo, empecé a recordar la tarde de mi regreso a Barcelona, cuando volví a ver, después de un lustro de ausencia, la judería. En el *cali*, los judíos habían desaparecido, pero los nuevos amos seguían dedicándose a los mismos oficios que en otro tiempo habían hecho tan próspero el barrio. Allí estaban los plateros, los vendedores de tapices y telas, los cambalecheros, los cartógrafos, los librereros... Al llegar a la primera casa de la calle Jafiel, di dos golpes en la puerta, y me abrió una mujer rubia, de ojos grises y aire distraído.

—Quisiera ver a don Teodoro Ovar —dije.

—En este momento se halla en Venecia —respondió ella.

—¿Y la señora Angelina?

—Murió... Yo soy Rachel, la segunda esposa de don Teodoro...

—Oh...

Transcurrieron unos instantes de embarazoso silencio, hasta que decidí presentarme y le dije que era Fabio y que quizá mi buen padre adoptivo le había hablado alguna vez de mí.

—Desde luego... —dijo en un tono indefiniblemente ambiguo—. Pasad y sed bienvenido en esta casa. Ignoro lo que en otro tiempo os ocurrió con mi esposo, mas sabed que tiene muchas ganas de veros y haréis bien en esperar aquí su regreso. No tardará en llegar; prometió estar de vuelta a finales de mes...

Rachel dispuso para mí el mismo cuarto que había ocupado antes de irme de Barcelona y donde hallé mis calzas, mis jubones, mis camisas y mis libros de cinco años atrás. En este cuarto estuvo y está el paraíso, pensé. Dos ventanas de arcos trebolados formando ángulo, y en el suelo la estrella de David, sosteniendo mis pensamientos... De pronto, el tiempo transcurrido lejos de aquel universo fue menos que humo, y me dejé poseer por el olor a limpio, a humanidad apacible, a placeres que tienen un límite y configuran un orden. En Carcasona, le había oído decir a Michel de Nostradamus que mirándote a ti mismo descubres el mundo y mirando tu casa el universo. Y ahora, yo miraba aquel cuarto y pensaba que en él estaba todo lo que no había hallado en mis periplos junto a Michel: un lugar donde sentir que existo.

Ya reconciliado con la habitación donde antaño había sido tan feliz, saqué de mi bolsa de cuero un dibujo que me había regalado Nostradamus antes de despedirme de él, y tras ponerle un marco de madera que encontré junto a mis antiguos libros, lo colgué sobre la cabecera de mi cama y sentí que volvía a poseerme la gracia. La imagen representaba a Apolo y Artemisa, los dos hermanos gemelos que parió Leto bajo la copa de una palmera. El efebo distante y la doncella indómita, ambos arqueros y ambos incendiarios, de ojos de fuego y grave ademán, permanecían detenidos sobre la cima de una roca triangular, al norte rodeada de agua marina, y al sur cercada por una franja de casas y tumbas. Los dos hermanos se miraban y sonreían levemente. A la derecha de Apolo se hallaba el sol, con ojos, nariz y boca; y a la izquierda de Artemisa la luna, conformando un leve arco rodeado de estrellas. Según me contó Nostradamus, el dibujo había sido arrancado de un manual de alquimia, y hacía referencia a la primera etapa de la meditación hermética, en la que la parte masculina y femenina del alma debían disolverse en el mar del cuerpo formando con él un todo unitario. Más de media hora permanecí sentado en cuclillas sobre el lecho, mirando fijamente el dibujo, y al atardecer estuve recorriendo los lugares de la casa que más me gustaban. Recuerdo que me hallaba en un extremo de la galería que daba al patio cuando oí una canción que llegaba desde el entresuelo. Oculto tras una gran maceta llena de geranios, miré hacia abajo y comprobé que la ventana de la alcoba de Rachel estaba abierta. Adelanté aún más la cabeza y la vi desnuda, sentada al borde de la cama. Se estaba perfumando y hasta mí llegaba el olor del ámbar gris. Parecía la doncella de la que nos había hablado Michel, y que según los alquimistas hacía irrupción en el penúltimo grado de la meditación profunda. La virgen blanca que guiaba al Hijo (el alma) hacia las alturas y la libraba del Padre (el espíritu), dotando

al iniciado de una nueva fuerza. Y si bien los tratados herméticos aseguraban que en ese estadio de la reflexión el sabio se unía a la doncella y se llevaban a cabo las verdaderas bodas químicas, yo sabía de sobra que tales bodas no me estaban permitidas con Rachel. Mientras contemplaba sus pequeños senos, que parecían erizarse al contacto con la brisa que volvía a traer hasta mí la fragancia del perfume de ámbar y del agua de rosas con la que acababa de rociarse el cuello, pensaba en el inmenso y fulminante poder de persuasión que tenía la ley cuando estaba representada por una cabellera rubia, una mirada dulce, y unos miembros tan pulidos como los de las estatuas que han pasado varios siglos en contacto con el agua. A decir verdad, la norma nos atraía en tales ocasiones tanto que surgía en el corazón del piadoso un deseo de unión inmediata con la entraña más húmeda de la ley. Y ahora yo me sentía fundido a la ley de cabellos rubios y labios carnosos con sólo dejarme llevar por las fragancias que seguían llegando hasta mí. Fue entonces cuando sospeché que si la respetaba, amándola a distancia pero con toda la fuerza de mi instinto, ocurrirían cambios muy saludables en mí que me harían más grata la vida. Guiado por ese propósito, me dispuse a cenar con ella. Nunca olvidaré el instante en que la vi llegar al salón. Traía un vestido de seda gris, que se ajustaba a su cuerpo sin pesar sobre él, y su corpiño, muy ajustado, dejaba al descubierto la mitad de sus senos y sus hombros. Esa noche no llevaba cofia ni velo, dejando sus cabellos libres, para que yo pudiese verlos. Con elegancia extrema se acercó a mí cuando separaba la silla de la mesa. Agradeció mi gentileza con una leve sonrisa, y se sentó.

Sabiendo que la mejor manera de mantenerme fiel a la norma era entablando conversaciones ajenas al mundo de los sentimientos, le estuve hablando durante la cena de mis viajes con Nostradamus por el sur de Francia, cuando combatíamos la peste. Todos los horrores de la epidemia pasaron ante sus ojos, mientras yo me dejaba llevar una vez más por la creencia de que estaba cada vez más próximo el Apocalipsis.

—Michel me aseguró que el fin del mundo ocurrirá dentro de quinientos años, pero sé que me lo dijo para consolarme. El sabe que el fin está cerca, muy cerca, Rachel...

Noté que su piel se erizaba y que su mirada se volvía cada vez más amorosa. Y era muy turbador para el espíritu ver cómo la norma, o su más carnal manifestación, era tan sensitiva como yo.

—No puedo creer que estemos tan cerca del fin... —susurró acariciándose los brazos.

—Los que piensan como vos me suelen objetar que no se nota en las calles ese terror que, según cuentan, se percibía en los días que precedieron a la llegada del año mil, cuando eran muchos los que creían próximo el final... En aquella época, miles de peregrinos de toda Europa se encaminaron ingenuamente hacia Tierra Santa, decididos a ser los primeros habitantes de la Ciudad de Dios. Pero la historia, Rachel, nunca es tan exacta ni tan simbólica. El fin del mundo no podía acontecer en una

fecha tan rotunda y tan significativa, y de la misma manera que San Juan asegura que nos vendrán a buscar cuando menos lo esperemos, el fin del mundo llegará en fechas que sólo algunos podrán predecir con cierta antelación, y cogerá a todos los demás desprevenidos. Por ejemplo ahora... —susurré.

—¿Ahora? —dijo temblorosamente.

—Sí, ahora... Indicios no faltan... El caballo de la Peste galopa por nuestras ciudades desde hace dos siglos... Recordad la peste de Lisboa, cuando éramos niños. Como en tantas otras ciudades, culparon a los judíos de la epidemia y muchos de ellos fueron pasados a cuchillo... Recordad también el terremoto de Constantinopla y los grandes incendios que vinieron después. ¿Y qué pensar del saqueo de Roma por los lansquenets? Quienes lo presenciaron dijeron que el infierno no era nada comparado con aquello. Roma, la madre de todos los pueblos, arrasada por la barbarie y el fuego. No se estaba destruyendo una ciudad, se estaba destruyendo el mundo, como dijo Erasmo de Rotterdam. Ah, Rachel, si yo os contara... Hasta que no empecé a seguir a Nostradamus por las ciudades de la peste todo eran suposiciones vagas, pero ahora sé lo que digo...

—¿Y qué os incitó a seguir a ese médico?

—El anzuelo de su mirada. Una tarde llena de gritos de apestados me crucé con él en Montpellier, y supe que sus ojos veían más que los míos. Ya entonces, le acompañaban en sus peregrinaciones siete personas, todas mayores que él, y no me avergoncé de tenerlo por maestro... Él mira a los astros y ve el pasado y el futuro; mira a los ojos y ve el antes y el después; y he comprobado junto a él cómo muchos apestados a punto de morir volvían a la vida. Y sé que ahora os preguntaréis para qué salvar vidas si está tan próximo el final. Michel nos respondió a esa pregunta una noche, en el hospital de Montpellier: «Porque es necesario confiar hasta el final en la aventura humana...»

Rachel apuró su copa, como si mis palabras le diesen sed. Permanecimos un rato en silencio hasta que me preguntó:

—Aún no me habéis dicho qué os arrastró hasta Montpellier...

—La desgracia y la culpa.

Tembló su mano y a punto estuvo de derramar el vino de la copa.

—¿Don Teodoro no os ha contado lo que hice?

—No.

—Entonces lo haré yo —musité, y empecé a decir—: Hasta los siete años, viví con mi familia en la calle de los Baños Nuevos. Mis padres, que eran conversos desde antes de la expulsión y que no faltaban a misa ni un solo día, estaban arruinados, pero había un cristiano viejo que les debía una importante suma de dinero, y una noche fueron los dos a pedirselo. El deudor saldó la deuda, pero esa misma noche mis progenitores fueron asaltados y asesinados cuando estaban a punto de llegar a casa... Conversos o no, los judíos seguían siendo odiados, y especialmente por sus deudores...



—Continuad...

—Me quedé solo, y don Teodoro, amigo de mi padre, decidió adoptarme... El era también converso desde diez años antes de la expulsión y, mal que bien, defendía su hacienda contra toda suerte de aves carroñeras —dije, y me quedé en silencio.

—Continuad... —repitió.

En ese punto de la conversación tuve que decidir entre la verdad, que me iba a alejar de ella, o la mentira por omisión. Opté por el primero de los caminos, pensando que no debía concederle espacio alguno a embustes que, de seguir prevaleciendo, me llevarían a nuevos callejones sin salida y a nuevas huidas hacia delante. Y ya me había advertido Michel que huir hacia delante era la forma más segura de no avanzar.

—Junto a don Teodoro viví feliz algunos años, y con él aprendí a leer y a escribir —le dije—. Pero todo se derrumbó el día que me descubrió en la cama con Angelina, su esposa...

Rachel no esperaba una revelación así, y el aire empezó a crujir y a hacerse irrespirable. Mi anfitriona me miró como si acabase de descubrir en mis ojos algo que no había visto antes, y tras apurar torpemente su copa, me dijo:

—No sabía que el rencor de mi esposo estaba tan justificado...

—Antes insinuasteis que ya no me guardaba rencor...

—¿A tanto llegué? Comenté que vuestro padre tenía ganas de veros, pero no dije que ya no os guardase rencor...

—Pues si me guarda rencor y al mismo tiempo quiere verme, forzoso es deducir que nuestro encuentro va a ser un suplicio, y que haría bien en evitarlo.

—Yo no estoy tan segura de eso —dijo Rachel incorporándose e intentando no perder la compostura—. Lo que hicisteis con Angelina no me incumbe, y puede que tampoco le importe ya a vuestro padre, a pesar de que su herida aún no se haya cerrado. Que descanséis —susurró alejándose con cierta solemnidad y dejándome solo en el patio, bajo la luz de una luna creciente y líquida muy parecida a la de la noche en que Teodoro Ovar se arrepintió de ser mi padre adoptivo.

Trascurrieron tres días sin que Rachel y yo nos cruzásemos por la casa. Sabía que me vigilaba, pero no podía verla; y ya sólo trataba al ama de llaves, una enigmática anciana que rara vez abría la boca y que solía servirme el almuerzo y la cena. Aquella situación me molestaba tanto que decidí irme a una posada y esperar en ella el regreso de don Teodoro. Al atardecer de mi cuarto día en la casa, acudí al aposento de Rachel dispuesto a comunicarle mi decisión. La hallé sentada frente al tocador, peinándose pausadamente con un peine de boj.

Al notar mi presencia, giró hacia mí la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.

—Me marchó a la posada de los Tres Muelles —le dije.

—¿Y por qué?

—Porque siento que os hago la vida muy incómoda... Hay errores que lo impregnan todo de desconfianza y temor... Prefiero esperar a don Teodoro fuera de aquí.

—No hagáis esa locura, Fabio. ¡Qué pensaría nuestro padre!

Miré a Rachel como si la acabase de conocer. Cambió mi cara, mi voz.

—¿Nuestro padre, decís?

—¿Pensáis que a mí no me adoptó? ¿Creéis que casarse con una mujer cuarenta años más joven que él no es adoptarla?

—Viéndolo así —admití—, puede que tengáis razón...

—¿Aún seguís con la intención de marcharos? —preguntó, y continuó peinándose.

—No —contesté saliendo de su aposento—. Seguiré en la casa de nuestro padre.

Ya en mi alcoba, pensé que a diferencia de otras muchas mujeres que había conocido hasta entonces, Rachel encarnaba, más que la ley, la sensatez, a veces tan alejada de mi persona. Una cordura que seguramente ocultaba tras su reposada apariencia muchos escalofríos; un equilibrio deseable y tranquilizador, convertido en norma que yo quería y debía respetar, como me había prometido a mí mismo desde el principio.

Pero la vida suele ser tan irónica con nuestros principios como con nuestros huesos, y ocurrió que a media noche oí ruidos en la galería que daba al patio y me levanté. Avanzaba casi desnudo entre las sombras cuando sentí entre mis brazos a Rachel.

—Acabemos de una vez con este juego tan angustiante —susurró.

—Este ir y venir sin objeto... —añadí yo.

—El otro día me decíais que os parecía muy próximo el fin... Teníais razón... Todo es oscuridad y desconcierto...

Fue lo último que dijimos antes de besarnos. No sé lo que supuso para ella, pero para mí fue tropezar por segunda vez con la misma cama en un instante de mi vida en que creía que ya había empezado a ser un hombre de ley. Y cuando deslicé mis dedos por su cuerpo, que templado por el calor de agosto no sé de qué raro metal me parecía, ya no pensé, y Rachel tampoco pensó, y al no pensar ninguno de los dos, se operó la transmutación y durante algún tiempo creímos ser un mismo resplandor. Hasta que oímos el grito y vimos la espada que nos arrojaba del paraíso del fin del mundo. Don Teodoro acababa de llegar a Barcelona en el peor momento, y he aquí que de nuevo se encontraba con la pasión llameando en su propia cama, una vez más ocupada por el hombre que más favores le debía.

Teodoro parecía un muerto cuando llegaron Rachel y el galeno. Él era un hombre de aire semita, flaco y de hombros cargados, y apenas me saludó. Con su mirada nerviosa, examinó a mi protector y, ya en el pasillo, nos dijo que el señor Ovar había sido víctima de un ataque de parálisis y que tenía tantas posibilidades de recuperarse

como de quedarse así hasta la muerte. Hay que esperar, nos dijo. Y esperamos... Fueron días penosos, en los que volvimos a deambular por la casa como almas en pena. Y por las noches, yo leía en mi alcoba las crónicas de Akásar, un apretado rollo de fino papel veneciano que había descubierto en el interior del tubo de oro, junto a los ojos de cristal. Fue una experiencia única en mi vida, pues mi creencia en el fin del mundo se veía ahora confirmada por toda una cadena de cronistas, en la que figuraban un discípulo de Platón y otro de San Juan... Y allí estaban, como un capítulo más de las crónicas de Akásar, las visiones de San Juan y el más pavoroso sueño del fin del mundo... Y ahora el manuscrito llegaba a mí, de la mano de un caballero intachable.

La madrugada en que leí por primera vez las crónicas de Akásar y pasé por el párrafo en el que Guido Loter soñaba, desde la cárcel de Venecia, en un hombre como yo, de barba roja, creí que me volvía loco y a punto estuve de desertar del manuscrito. Pero enseguida me di cuenta que a Yaliso y a Guido les había ocurrido lo mismo e intenté calmarme. No pude, porque tras el testimonio de Guido se hallaba el de mi padrastro, que decía lo siguiente:

## 41

«Ayer por la tarde me hallaba examinando una antigua mansión que el senado de la Serenísima nos había asignado a los judíos para almacenar las especias cuando, al golpear con un mazo una de las paredes, ésta cedió estrepitosamente, permitiéndome el acceso a una celda secreta donde encontré, junto a un lecho de piedra, un esqueleto humano que empuñaba un tubo de oro parecido a un cetro. Lamentándolo mucho, le arrebaté al muerto el tubo tras someterme al suplicio de quebrar sus dedos rígidos y duros, y lo guardé en mi bolsillo antes de avisar a las autoridades.

»Dos hombres de ademanes graves acudieron enseguida al sótano, y ordenaron a un sepulturero que se llevase los despojos.

»—¿Saben algo acerca del difunto? —pregunté a los dos agentes de la policía secreta de la Serenísima.

»El mayor de ellos, un hombre delgado, de voz neutra y ojos hundidos, me dijo:

»—Sabemos lo suficiente.

»Temiendo que no me diese más explicaciones, me decidí a preguntarle qué era para él lo suficiente.

»—Lo que consta en los archivos judiciales de la Serenísima, y lo que a partir de ellos hemos deducido. El cadáver que habéis descubierto sólo puede ser el de Guido Loter, que hace más de un siglo asesinó a un hijo de los duques de Pisani. Loter anduvo recorriendo Asia durante algún tiempo, y cuando regresó a Venecia fue encarcelado. Primero en la prisión de los Plomos y después en esta misma celda, según rezan los informes...

»—¿Y aquí lo dejaron hasta que se murió?

»—No consta en los informes, pero qué duda cabe que la vuestra es una acertada deducción. Al parecer se olvidaron de él...

»—¿Y no os parece extraño?

»—No si pensamos que los Pisani eran muy poderosos y estaban empeñados en que Guido Loter se pudiese sin ver la luz del sol, como de hecho ocurrió.

»—No sabéis cómo os agradezco esta información —dije al enjuto policía—. Tal como vos lo explicáis, el asunto, aunque oscuro, parece claro.

»El policía sonrió con una leve jactancia y salió con el otro de la celda, circunstancia que aproveché para examinar el tubo de oro.

## 40

»Los trabajos de las dos salas que conformarán mi almacén ya han comenzado... Espero que le gusten a Rachel... Como judíos que aún tenemos que simular la conversión, la vida en España no nos resulta fácil, y de común acuerdo hemos decidido trasladarnos a Venecia y vivir junto a los nuestros.

»Los albañiles prosiguen su trabajo mientras yo me ocupo en traducir libremente al castellano las crónicas de Akásar pues, como ya les ocurriera a otros peregrinos, el manuscrito que llegó a mí estaba muy deteriorado. El misterio de Akásar y el recuerdo de Rachel, que de momento ha tenido que quedarse en Barcelona, son las ocupaciones preferidas de mi mente y las únicas que me hacen más llevadero este tórrido y pestilente verano.

»Todas las noches el sueño se me retrasa pensando en Guido y en su locura, y todas las madrugadas pienso que su ruta de Akásar es la verdadera. Rodear la tierra como dragón que se muerde la cola y llegar, por detrás, al lugar más allá de la aurora y del Ganges del que hablaban Tasio y Yaliso... El manuscrito me inquieta, pero más me preocupa el hecho de haber sido tan inesperadamente introducido en una cofradía cuyos miembros tienen un comercio tan íntimo con la fatalidad. No, no; las crónicas de Akásar deben de ser necesariamente falsas..., una invención de Guido, que llegó loco a la cárcel y que en ella se trastornó todavía más... No puedo ni quiero creer que entre los cronistas se hallen discípulos de Platón, San Juan y Dionisio el Exiguo, ni pertenezco al numeroso grupo de judíos y gentílicos que creen que está a punto de llegar el fin de los tiempos; por eso Dios no puede obligarme a seguir la ruta de Akásar, me digo a mí mismo una y otra vez, no dudando ni un solo momento que soy la persona menos indicada para conservar y continuar el manuscrito. En cambio Fabio, mi hijo adoptivo, sí que hubiese sido un buen peregrino de Akásar... ¿Dónde se encontrará ahora?

»A finales de julio, el almacén está todavía sin acabar y decido regresar a Barcelona, con la sola intención de ver de nuevo a Rachel, beberle un poco de la vida

que a ella le sobra y que a mí me falta, y traerla definitivamente a Venecia. Ella es tan diferente a Angelina... Ah, Angelina... Su recuerdo me remonta a una época en que mi corazón estaba dividido entre la virgen y la mujer licenciosa. Por un lado ella, Angelina, a la que yo creía inhumanamente virginal debido al poco caso que me hacía, y por otro las muchachas de los burdeles de Barcelona. He de advertir sin embargo que la deseé siempre, y que nunca entendí por qué entró en aquel negrísimo sopor a partir del cuarto año de matrimonio. Nadie consiguió devolverla al mundo de los vivos, y desde entonces pasaba todo el día en su alcoba leyendo, soñando y dejándose llevar por fantasías de las que, con toda seguridad, yo estaba siempre excluido. Como Angelina no me daba hijos y un judío sin ellos es hombre muerto, adopté por aquel entonces a un muchacho que se había quedado huérfano, y lo convertí en uno más de la familia. Angelina ni siquiera se inmutó, y era tal su distancia del mundo que tuvo que pasar más de un lustro para que cayera en la cuenta que el joven Fabio no era un criado sino nuestro hijo adoptivo. Durante algún tiempo, me encargué personalmente de convertirlo en un hombre de ley, y vi que ni le faltaban luces, ni le faltaba ambición, si bien le detecté enseguida cierta tendencia a la bebida, producto de la educación equivocada que había recibido de su padre. Y una noche, ese vástago de mi voluntad más que de mi deseo, ese hijo de mi empeño más que de mis tratos con Angelina, estrechaba a mi abúlica esposa, que junto a él parecía haber vuelto a la vida.

»Siempre que pienso en mí mismo tiendo a detenerme en ese momento. Ahora no creo que fuera un acto irreparable. Fui yo el que lo convertí en irreparable al darle un carácter trágico que quizá no tenía, creando abismos donde sólo había deseo.

»Pude haber matado a Fabio; la punta de mi cuchillo rozó su cuello, pero me sobrevino un ataque de parálisis que me dejó rígido e inconsciente durante unos minutos y, cuando volví en mí, decidí arrojarlo de mi casa. Llevábamos tres días sin verlo y Angelina ya parecía una difunta cuando empecé a preguntarme si no tendría que empezar a enjuiciar la situación desde otra perspectiva. Angelina llevaba años al margen de toda forma de vida que no fuese vegetal. Yo lo sabía, yo lo padecía, y quizá de un modo oscuro la parte más turbia de mi alma había elaborado, sin yo saberlo, toda una estrategia para que Angelina retornase a la vida... Traje a casa al muchacho y, poco a poco, aquella savia nueva la fue seduciendo con su sola presencia. Y un día abrió definitivamente los ojos, y lo primero que vio fue a un joven pelirrojo de ojos negros: un genuino representante de lo ajeno, de lo vivo, de lo otro... Angelina se sumergió en esas aguas nuevas y rejuveneció, convirtiéndose en la más reciente de las hogueras... Y ahora yo le había robado el elixir, sumiéndola una vez más en la abulia.

»Salí de casa en busca de Fabio, pero ya no lo encontré. Según me dijeron después, había huido al sur de Francia, y allí seguía los pasos de un joven visionario llamado Nostradamus. Al año siguiente, moría Angelina, y dos años más tarde me casaba en segundas nupcias con Rachel. Ella ocupa toda mi memoria cuando, tras un

largo y fatigoso viaje, divisó el puerto de Barcelona y las galeras que van y vienen... ¿Seguirá oliendo a ámbar gris? ¿Seguirá sintiendo el placer tan desde dentro?, me pregunto. Y cuanto más me acerco a Barcelona más agradezco su alegría y su confiada entrega al sesentón achacoso que soy. En su forma de ser vislumbro un acuerdo tal entre la gracia y la lascivia que ya no acierto a calibrar lo que puede haber en su persona de inocencia, y lo que puede haber de pura ciencia. De ahí que mis noches con ella antes de trasladarme a Venecia se hayan convertido en la llave que vuelve a abrirme la puerta de una inmerecida felicidad, a una edad en que creía que la vida ya no iba a depararme más sorpresas.

### 39

»Desde el muelle caminé hasta la calle Jafiel en el cálido y rumoroso atardecer de Barcelona. Ya era de noche cuando entré en mi casa sin hacer ruido. Me sorprendió no ver a Rachel ni al ama de llaves, y lleno de inquietud me fui acercando a la puerta entreabierta de mi dormitorio, notando un olor extraño y no obstante hartamente conocido, un olor a desnudez y a placer inmediato. Finalmente llegué al umbral de la alcoba, y me detuve helado, muerto.

»Rachel estrechaba a un hombre; era evidente. Rachel gemía; eso también era evidente. El corazón se me agolpó en la garganta y sentí que me ahogaba. El hombre que la estrechaba era Fabio, que había regresado al lugar del delito, como volvió Guido a Venecia y como yo mismo volvía a la judería de Barcelona. No, no, debía de tratarse de un delirio causado por la reiterada lectura del manuscrito de Akásar. Pero ¿por qué los veía con una claridad tan diamantina, llenos de dicha sobre la cama, llenos de luz y completamente ajenos a mi presencia?

»Necesitaba más fuerzas para poder entrar, más convicción en lo que veían mis ojos y menos miedo. Por eso me di la vuelta, salí de casa maldiciendo mi venenosa imaginación, y me oculté en una taberna de la calle Belcaire donde, para más ironía, había estado antes la Sinagoga Mayor. Con razón me dijo el rabino de Venecia que para los judíos españoles hace años que llegó el fin del mundo...

### 38

«Tras apurar varias copas de vino, añado esta última tribulación al manuscrito, cada vez más convencido de que me aguarda lo irreparable con puntos suspensivos. Y es importante que, llegado a este grado de distorsión y locura, vaya escribiendo todo lo que creo ver y lo que veo, para así saber por dónde pasé cuando vuelva a ampararme la razón.

»Tengo que averiguar lo que está ocurriendo de verdad en mi dormitorio, por más doloroso que me resulte. Así que voy a regresar a mi casa con la espada

desenvainada, y como sea cierto lo que pienso, renunciaré a todo cuanto he dicho y me libraré para siempre de ese abismo de ingratitud.»

## 37

La narración de mi padraastro me conmovió profundamente. Cuando concluí su lectura reventé en sollozos, y pasé algún tiempo velando a don Teodoro día y noche, pidiéndole perdón con los ojos. Pero a todo puede llegar a acostumbrarse uno; y cuando ya el patriarca llevaba más de tres meses paralizado y mudo en la cama, el demonio volvió a recorrer los pasillos de la casa y Rachel y yo convergimos de nuevo. Ocurrió una noche oscura en que tanto ella como yo volvimos a creer que estaba más próximo que nunca el fin del mundo. Fueron horas de locura en las que ardieron todos los deseos que habíamos ido acumulando durante tres meses de abstinencia. Nuestros cuerpos recobraron toda su capacidad prensil, a través de un rápido descenso hacia el temblor, en el transcurso del cual el espíritu se sentía capacitado para reconciliar el deseo de respetar la norma con la necesidad de unirse carnalmente a ella, de forma que en ese trance, aparentemente ilícito, recuperábamos (además del lejano estremecimiento que precedió al instante en que nos supimos vivos y mortales) los perímetros de nuestra piel, que al erizarse se hacía toda ella sustancia cognoscitiva, así como el sentido de la medida, que haría posible nuestro retorno al mundo de las cosas.

De ahí que al amanecer yo me parecía a ella y ella a mí, y nuestras pieles estaban húmedas y frescas y sentían más al otro. La luz del sol ya había invadido medio lecho cuando Rachel salió de la alcoba. Volvió dos horas después para decirme que Teodoro se había recuperado repentinamente de su parálisis y había vuelto en sí, pero que no recordaba nada...

—¿Nada?

—Absolutamente nada... Únicamente pregunta por un tubo de oro que al parecer llevaba oculto bajo la camisa... ¿Sabes algo de eso?

Negué con la cabeza.

—¿No recuerda nada, dices...? Quizá..., pero si me ve, puede que empiece a recordar... Será mejor que me marche...

—Sí, conviene que te alejes por un tiempo... Ten... —me dijo ofreciéndome una bolsa llena de monedas—, y no te dejes ver por aquí hasta dentro de unos meses...

La besé una última vez, cogí el dibujo de Apolo y su hermana (pues pensaba incluirlo dentro de las crónicas de Akásar), y huí de la morada de mi padre. Al llegar a la posada de los Tres Muelles, no pude contener el llanto. ¿Me había despedido de Rachel para siempre? Me respondí a mí mismo que sí. Ella era una mujer de ley que sólo se traicionaba a sí misma cuando el verano, los astros, los ángeles y los maridos lo permitían, creando entre todos ellos un círculo mágico donde era posible la

reconciliación de los opuestos. Yo pensaba en ello, y a la vez que lamentaba mi comportamiento, le agradecía al cielo el haber colocado ante mí representaciones tan gloriosas de la naturaleza femenina, así como el haberme permitido conocer de cerca normas tan definitivas como las que ardían hasta consumirse en los ojos color ceniza de Rachel.

Al amanecer del día siguiente, tras haber soñado toda la noche con ella, volví a leer el manuscrito de Akásar en mi cuarto de la posada del muelle, notando cómo la figura de mi padre adoptivo se iba agrandando hasta adquirir la talla del Coloso de Rodas. Apoyando sus hercúleos pies sobre dos pilares de mármol más altos que los mástiles de las galeras, mi padre adoptivo me señalaba el camino de Asia desde el puerto de Barcelona, tras perdonarme el más terrible de los delitos... Para mí ya nada era como antes; ni siquiera el mar, su agitación incesante, su oscuridad, eran como antes. Lo quisiera o no, el hecho de poseer aquel manuscrito me convertía en un miembro de la cofradía de Akásar, y ya no me importaba no volver al sur de Francia, junto a Nostradamus. Ahora mi único maestro era el manuscrito de Akásar, en el que se hablaba de un lugar más allá de Oriente, al que se podía acceder cogiendo el sol a traición y llegando a Asia desde el nuevo continente.

Tales eran mis cavilaciones cuando oí golpes en la puerta del cuarto. La abrí de inmediato y me topé con Rachel, que en tono apasionado dijo:

—Sé que te vas a marchar para no volver. Traidor...

—Dios mío... ¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Nada —sentenció—. Pero antes de partir tienes que despedirte muy seriamente de mí...

—¿Y mi padrastro? ¿Qué hace en este momento?

—Duerme. El médico le ha recomendado mucho reposo, y olvidarse de sus negocios en la Serenísima. Ya no nos iremos a Venecia... —dijo con más alivio que pena.

—¿Te ha hablado de mí?

—No; sigue sin recordar nada... Pero me dice que le gustaría tener un hijo; y yo me pregunto cómo. Fabio, hermano mío, es necesario que le demos un hijo a nuestro padre, para que así él y yo podamos santificar definitivamente nuestra unión...

—Puede que ya estés embarazada...

—Puede, pero quiero asegurarme...

Como empujados por un mismo diablo, nos arrojamos al lecho. Si nuestras dos uniones anteriores habían sido dichosas, ésta lo fue más; lo que me hizo creer que iba a ser la causa de la llegada al mundo de una hermosa niña. Por razones que me sobrepasaban, y que quizá estaban relacionadas con ese instante único en la vida de todo iniciado en que las bodas químicas adquieren su más definitiva consistencia física, yo sentía flotar en torno a la cama un fantasma que tenía la misma mirada que Rachel.



Tras haber pasado todo el día en el cuarto, salimos a la calle, cuando ya estaba a punto de ponerse el sol. Y como dos niños que se están iniciando en los misterios del mundo, nos fuimos perdiendo por la ciudad de las cuarenta fuentes. Desde la Casa Consistorial a la Lonja, desde las Atarazanas al barrio de las Roquetas, estuvimos paseando en silencio, procurando no llamar demasiado la atención. Era ya de noche cuando nos despedimos, tristes y llorosos, en un zaguán de la calle Jafiel. Los besos que entonces nos dimos permanecen vivos en mi memoria. La sal de sus labios aún la llevo en los míos, y siento en mis piernas el temblor de las suyas, y en mi pecho el temblor de sus senos.

Cuando la vi desaparecer al final de la calle, supe que ya no cabían más demoras y al día siguiente partí para Valencia, desde donde me trasladé a la ciudad del Guadalquivir.

## 36

En Sevilla conseguí embarcarme en un galeón tras pagar cierta suma de dinero, y al año siguiente ya estaba en Nueva España, donde pasé varios años de asombro permanente.

Todavía humeaban las ciudades de los aztecas, después de veinte años de continuos saqueos, y las pirámides inmensas, y las planicies de piel tensa y calcinada.

Nunca vi más sangre, ni más dolor, ni más deseos de matar, ni más desolación. Con el ánimo en suspenso y los ojos ardiendo, asistía mudo a la destrucción de los viejos fuegos y a la consagración de los nuevos.

Cruces ardiendo sobre las escalinatas que parecían alcanzar el cielo, cruces espetándose en el pecho de Quetzalcóatl que como Apolo tenía una doble faz, al ser el dios de la vida y la vigilia, de la muerte y el sueño. Una divinidad clara y oscura que al igual que Orfeo había descendido a los infiernos para renacer tras la muerte...

Yo había visto sus estatuas, rígidas, terribles. Unas con su rostro diurno, otras con su cara nocturna, en forma de calavera; y había temblado de pavor sagrado, preguntándome si debía continuar o no en Nueva España, presenciando aquella nueva epifanía del Apocalipsis.

Pero mi destino seguía siendo la búsqueda de Akásar, más allá de donde nace el sol. Y cuando ya casi me había decidido a quedarme en el nuevo mundo, me subí en el puerto de Navidad a una de las naos de la expedición de López de Villalobos.

Al ver cada vez más lejos la costa de Nueva España, me asustó la responsabilidad que había contraído con los peregrinos de Akásar, y temí acabar algún día como Tasio o Procoro. Pero cuanto más nos adentrábamos en el océano más tendía a creer que el manuscrito era en realidad la llave que nos había ido permitiendo a los diferentes iniciados sobrevivir más allá de nuestros mundos respectivos. Un nuevo peregrinaje había empezado hacía años para mí, y ahora no estaba solo: pertenecía a una secta en

la que se diluía mi destino y en cuyo seno mi empeño personal de vivir o morir dejaban de tener relevancia. Y estaba dispuesto a seguir los consejos de Guido y encontrar Akásar, aunque para ello tuviese que recorrer la tierra entera.

Castigados por el mar y las enfermedades, fuimos dejando atrás las belicosas islas que íbamos descubriendo, hasta divisar las costas de Luzón. Nuestra nao, al mando de Bernardo de la Torre, se extravió una noche de tormenta, y una poderosa corriente empezó a arrastrarla hacia el sur. Durante quince días navegamos a la deriva, creyendo que avanzábamos hacia las cataratas del fin del mundo. Finalmente llegamos a un brumoso archipiélago, donde empecé a percibir dentro de mí una intensa vibración.

Recuerdo que nos moríamos de sed cuando cinco hombres nos ofrecimos para ir a buscar agua a la más próxima de las islas. Una hora después, nuestra barca llegó a la isla. Nada más pisar la playa, sentí que debía quedarme allí y explorar yo solo aquella tierra.

Mientras los otros cogían agua de un torrente, yo me despisté y me oculté en la floresta. No mucho después, empezaron a escucharse zumbidos de flechas y mis compañeros corrieron hacia el bote llamándome a gritos.

## 35

No acudí a su llamada, y mientras ellos se alejaban de la isla yo me adentré en la espesura, donde no tardaría en verme rodeado de hombres de ojos tan penetrantes como sus venablos. El más entrado en años, que resultó ser el monarca, me apuntó con su lanza y dijo:

—¿*Dag magamt?*

Tuve un presentimiento y, por primera vez en mi vida, decidí emplear la palabra secreta de nuestra cofradía.

—Akásar... —susurré—. Estoy buscando un lugar llamado Akásar...

Todos me miraron con estupor.

—*Irmí Akásar...* —dijo el rey, señalando con el índice el suelo—, *Irmí Akásar* —repitió.

—¿Estoy en Akásar? —grité.

—*Daya...* —dijo el monarca, señalando un sendero entre la maleza y moviendo afirmativamente la cabeza—. *Daya glin Akásar...* —añadió, y yo entendí: «Sí, por aquí se va a Akásar.»

Sintiéndome más que nunca poseído por la ventura, caminé con ellos por el sendero, hasta que divisamos una aldea casi lacustre, pues buena parte de sus chozas se erigían junto a un río. Algo más arriba, el agua se precipitaba en una cascada en forma de cabellera que dejaba ver, al fondo de la isla, la amenazante cima de un volcán. Una soledad honda e irreparable, pero no incompatible con la impresión de

sentirse acompañado por todo lo que vive y todo lo que muere, me fue habitando al llegar al poblado en cuyo centro me estaban esperando un viejo sacerdote y los habitantes de la aldea.

El rey me indicó que me detuviera ante el anciano, que se puso a mirarme fijamente, mientras se hacía el silencio a nuestro alrededor.

—¿*Imar hum?* —dijo finalmente el sacerdote, y a mí me pareció que me estaba preguntando mi nombre.

—*Imar Fabio* —le respondí.

Hubo un murmullo general de aprobación, al que sucedió un silencio lleno de pupilas que al chocar con las mías me enfrentaban al misterio de la primera mirada, sólo comparable por su precisión intuitiva al de la última. Los nativos me estaban examinando, y del minucioso estudio de mi fisonomía iba a depender, pensé, el que me aceptasen o no entre ellos.

Permanecí un buen rato sudando en mitad del cerco humano, hasta que el sacerdote y el rey intercambiaron una enigmática mirada y empezaron a mover afirmativamente sus cabezas, mientras observaban con asombro mis cabellos y emergía del círculo un nuevo murmullo que derivó en sonido de poderosos instrumentos musicales.

El monarca me ofreció entonces un cuenco lleno de un líquido amargo y refrescante. Vací el cuenco de un solo trago, lo que provocó las risas de mis anfitriones, que ya en ese momento empezaron a celebrar la llegada de un ser que me sobrepasaba con creces y que no tenía nada que ver conmigo, pero con el que desgraciadamente me habían confundido. Un instante después, el sacerdote elevó la mano izquierda, se abrió el círculo que me contenía, y se hizo visible una estatua de madera algo más alta que una persona, que representaba un busto masculino cuyos hombros parecían emerger de la tierra. El rústico dios tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, y la nariz grande y aguileña. No parecía un ser de raza akásica y me sorprendió ver que sus barbas, talladas brutalmente sobre la superficie inferior de la cara, estaban pintadas de rojo y parecían las mías.

A partir de entonces los isleños optaron por el agasajo continuo. En mi segundo día de estancia entre ellos, coincidiendo con la llegada de la luna llena, condujeron hasta mi choza a una de las *doncellas de Yam*, para que junto a ella accediera a lo que mis anfitriones llamaban *ciclo del nexo carnal* o *naya*.

Me resulta difícil explicar lo que sentí al verme ante la nativa, a la que sólo acaricié y con la que no quise llevar a cabo el acto generativo, por parecerme precipitado y porque los gritos de todos los hombres de la aldea, que aguardaban fuera la consumación del acto, me impedían concentrarme.

La muchacha se llamaba justamente Naya, y su mirada, que a veces parecía ausente y a veces se precipitaba sobre mí como un ave de presa, me recordó la de Rachel.

Pronto accedí a la lengua de la isla, sobre todo a partir del momento en que Naya empezó a visitarme todas las noches. Durante los tres primeros meses, mis anfitriones me tuvieron borracho casi de continuo y más de una vez me pregunté si su intención no sería conducirme a la locura para probar en carne ajena los límites de la conciencia. Pero una mañana, cuando ya empezaba a entender su lengua, el sacerdote, que se llamaba Ubá, creyó llegado el momento de desvelar el misterio y me llamó a su choza, donde me explicó que el dios de la estatua y yo éramos la misma persona, y que para los akasios yo representaba «el fruto maduro de *Yam*», o fruto maduro del Tiempo.

—Nadie te ha negado nada, porque nadie puede negarte nada, señor —me aseguró Ubá, con una humildad que ya entonces me pareció llena de dobleces.

—No me llames señor —le dije.

—No puedo llamarte de otra forma —insistió—. Para nosotros eres lo que el Tiempo puede dar de más logrado, y que por eso se transforma en la gran señal, en la gran luz, en el alimento solar que todos debemos compartir...

Empezaba a perderme y le pedí que me explicara con más detenimiento sus creencias, así como su idea del tiempo. A Ubá pareció alarmarle que un dios necesitase tantas explicaciones y, haciendo un gesto con la boca que no me gustó, empezó a hablarme de su mundo. De todo lo que entonces me dijo, y de lo que me contó más tarde, fui llegando a la conclusión de que para ellos *Yam* era el tiempo, *Yamm* la muerte, y *Avayam* eso que «moviéndose no se mueve bajo el río del Tiempo», y que resultaba ser el flujo mismo de la eternidad, por debajo del abismo de la vida y por encima del abismo de la muerte. El mar, por ejemplo, era un símbolo del *Avayam*, ya que no el *Avayam* mismo, pues a pesar de estar moviéndose continuamente no se desplazaba o no cambiaba de lugar. Dicho lo cual, no parecía demasiado aventurado concluir que mis anfitriones tenían tres divinidades fundamentales: el Tiempo, la Muerte, y la Eternidad; trinidad que me impresionó en cuanto la empecé a asimilar, pues me parecía estrechamente relacionada con el sueño de Tasio y con todo lo que acerca de Akásar habían ido pensando mis antecesores, desde las revelaciones de Délos y Patmos hasta el momento, profetizado por Guido, en que yo continuaba el manuscrito en esta misma isla.

## 34

Poco a poco, aprendí a mirar sin vergüenza alguna el busto de madera que presidía el poblado y, con imperdonable vanidad, empecé a aceptar que si bien yo no era un dios, sí que era el enviado de una secta que recorría el tiempo y que creía a su manera en el *Avayam*.

Una de aquellas tardes, acudí a la choza de Ubá y le confesé que, durante mucho tiempo, en la otra parte del mundo, un grupo de hombres habían buscado la isla en la

que ahora me hallaba. También le dije que, según insinuaban mis predecesores y según creía yo mismo, Akásar era el único lugar donde podían y debían hallarse las fuentes de la eterna juventud.

Ubá sonrió, después se incorporó bruscamente y me indicó que le siguiera.

Estaba próximo el atardecer cuando atravesamos el bosque que rodeaba el poblado y nos fuimos acercando a la cascada en forma de cabellera.

—¿Ves? —dijo Ubá—. Esa es para nosotros la fuente de la eterna juventud, y no en vano ella permanece eternamente joven y ya era como es en tiempos de los ancestros... Las generaciones pasan, pero la cascada permanece.

Le miré pensando que se estaba burlando de mí y comenté:

—No me refería a la inmortalidad de la fuente, sino al poder regenerador de sus aguas. De ser las de la leyenda, depararían la inmortalidad a quien se bañase en ellas...

Ubá se echó a reír con tales ganas que, durante unos instantes, sus carcajadas ahogaron el rumor del agua.

—¿Me consideras un dios pero no te importa reírte de mí? —le pregunté lleno de ira.

Ubá cambió de tono y actitud, e inclinándose ante mí, juntó las manos y dijo:

—Yo no me burlo de ti, señor; yo sólo me río de las leyendas a las que acabas de hacer referencia. La inmortalidad la llevamos dentro todos los que mantenemos trato con la cascada, pues entre nosotros está muy enraizada la creencia de que todo aquel que la mira por lo menos una vez al día, guarda hasta el final de su vida el alma fresca, de la misma manera que todo aquel que mira el cráter del Krakatoa una vez al mes, conserva hasta el final el ánimo templado y la protección de los espíritus del fuego —comentó señalando el volcán, para acto seguido volver a indicarme la cascada y susurrar—: Fíjate bien en el agua hasta que te parezca que no se mueve en su incesante precipitación. Desde el principio del tiempo, la cascada se abisma en esta herida entre dos selvas, siendo siempre igual a sí misma en su inmóvil movilidad.

Le di la razón. La cascada que tenía ante mis ojos era la figuración más rotunda y sonora que cabía imaginar del movimiento inmóvil, y ante aquel cielo líquido que de pronto adquiriría significaciones excesivas me pregunté si el firmamento entero no sería una catarata que incesantemente viajaba hacia un abismo sin luz.

Sentí miedo. La cascada, en su continuo *Avayam*, me parecía ahora la fuente de la muerte perpetua y la eterna precipitación. La fuente, en fin, con la que yo tenía que encontrarme tarde o temprano, pues la había estado buscando desde antes de haber nacido, como otros peregrinos de Akásar.

Continuamos caminando, hasta detenernos en medio de una pequeña pradera limitada por una barranca que daba al río, y donde, si lo quería el viento, llegaba a sentirse el contacto con el agua pulverizada que iba formando una nube diáfana en torno al lugar en el que se precipitaba el chorro principal. A nuestros pies se hallaba una piedra negra y circular, casi oculta por la hierba. Ubá se agachó y dijo:

—Siéntate a mi lado, sobre este guijarro que cayó del sol...

Obedecí. Ubá me preguntó:

—¿Ves las dos piedras al borde de la barranca?

—Sí —respondí—, parecen los colmillos blancos y afilados de un monstruo en cuya lengua estuviésemos sentados...

Al sacerdote pareció alarmarle mi comparación y me lanzó una mirada que sólo más tarde entendí. Después continuó diciendo:

—Cuando la luna se sitúe entre las dos piedras que a ti te parecen colmillos, mirarás fijamente el círculo luminoso. La luna seguirá su curso, pero tú continuarás con la mirada en el punto medio entre las dos piedras, y a la misma altura por la que pasó la luna... Accederás entonces a la puerta que por un lado conduce a las estrellas y por otro al centro de tu mente, donde los hechos del pasado, el presente y el futuro hierven en un mismo *Avayam*.

—No quiero irme tan lejos —dije—, ni conocerme desde tan cerca.

Ubá se incorporó, aprisionó mi cabeza con sus sarmentosas manos, y me obligó a mirar hacia el hueco entre las dos piedras cuando ya la luna llena se hallaba entre ellas. El astro siguió su camino, pero yo continué con la mirada fija en el mismo punto: un pequeño círculo vacío, que parecía perforar el aire y el cielo, y del que emergían de pronto los ojos del hombre que me legó el manuscrito de Akásar... Su cara se repetía muchas veces, infinitas, en un lapso mínimo de tiempo. Simultáneamente, en el mismo *Avayam*, me veía a mí mismo leyendo en la nao las crónicas de Akásar. Y asimilaba a la vez todos los avatares y todas las palabras, y me reencarnaba a la vez en todos los peregrinos, y llenaba a la vez todos los silencios que convergían en una única palabra: Akásar, que era lo mismo que decir *Avayam*, que era lo mismo que decir inmóvil movilidad, dentro de la cual veía ahora a Tasio la noche en que enterró la vasija. Esa imagen aparecía y desaparecía continuamente, como si la parte oscura de mi conciencia estuviese viendo en ella mi verdadero destino... Fantasmas sin rostro devoraban a Tasio; yo mismo me devoraba a mí mismo, yo era a la vez Prometeo y los buitres... Después veía a Sibilia colgada de una viga, y escuchaba el lamento de Procoro que ya era mi propio lamento. Podía ser él, y ella, y Abul viendo arder Bagdad, y Guido, antes y después de convertirse en Angelo. Y al mismo tiempo que jugaba una interminable partida de ajedrez en Samarkanda, me perdía por el desierto, o contemplaba el agua negra de la laguna de Venecia una noche estrellada, o hablaba con Dionisio el Exiguo en Constantinopla, o meditaba sobre el fin del mundo en Jerusalén, en las vísperas del año mil. Después el agua de la cascada pasaba a ser la bóveda celeste, al principio líquida, después gaseosa... Y yo sentía que me elevaba sobre la piedra redonda como sobre una alfombra mágica, y atravesaba un río de diamantes, hasta que me posaba en la luna. Una nube de polvo brotaba en torno a la piedra negra, pero desaparecía enseguida, permitiéndome apreciar en toda su pureza aquella desnudez tan letal. Desde la luna la

tierra se veía redonda y pequeña, como una ciruela flotando en el confín del cielo, o como los ojos de cristal que aún llevaba conmigo.

Y cuando más lejos del mundo me creía, desperté y me vi solo, en medio de la pradera y sobre la piedra negra. Ubá se había ido, pero allí seguían los dos colmillos, la cascada, los árboles gigantes y el cielo. Dios mío, clamé para mis adentros, ¿y si todo fuese un sueño? Un sueño soñado por alguien que yo no podía ver, ni siquiera imaginar; un sueño del que yo sería solamente un personaje, frágil e ilusorio... Quizá todos, pensé, desde Tasio hasta mí, somos personajes de un sueño ajeno, que cambia de voz pero no de cuerpo. Quizá alguien nos está soñando desde el pasado o desde el futuro, a mí y a todos los peregrinos de Akásar...

Pronto aparté de mí ese pensamiento y me dije a mí mismo que la inmortalidad perseguida por los iniciados de Akásar era la de las propias crónicas, cuya lectura me hacía sentir Yaliso, Procoro, Odei, Teodoro... El rumor de nuestras voces sucediéndose en el tiempo y la fidelidad a unos principios iban creando una suerte de movimiento inmóvil en el manuscrito mismo, en su escritura compartida, que moviéndose no se movía, y que iba discurriendo por debajo de las muertes y las vidas de los peregrinos.

Sentado sobre la piedra, perdí mi mirada en las estrellas y creí vislumbrar la lucha que se lleva a cabo en el cielo y pensé que no sabíamos todavía nada acerca de lo que podía estar bien o mal, y al recordar algunos momentos de mi vida tendí a verlos igualmente fatales o azarosos, pero ni buenos ni malos.

Miré de nuevo a mi alrededor y sentí miedo. Sin pensar una sola vez en el camino de vuelta y avanzando con la involuntaria certeza de un animal, llegué al poblado. Todos dormían y hasta los espíritus, siempre tan activos de noche, parecían haberse entregado al sopor.

Entré en la choza de Ubá y lo vi sentado en cuclillas sobre el lecho.

—¿Por qué me dejaste solo? —le pregunté.

—No necesitaba ver más de lo que vi, pero tú al parecer sí —contestó él—. ¿Por qué iba a esperarte?

—Pude no haber encontrado el camino.

El sacerdote sonrió y dijo:

—Nadie te lo hubiese perdonado y muchos dudarían de si eres o no el fruto maduro de *Yam*...

—Una duda del todo razonable —dije—, ¡Yo no soy el fruto maduro del Tiempo —grité—, y sería para mí motivo de gran alivio el que me libraseis de semejante responsabilidad!

—Tú eres el fruto de *Yam* que ha llegado a nosotros tal como pensábamos —insistió Ubá—, y en ti el misterio de la vida es más profundo que en nosotros, por eso te necesitamos y queremos que sigas en nuestra aldea...

Mientras me hablaba, Ubá procuraba que no desviase mi mirada de la suya. Sus ojos negros fueron conduciéndome al sueño y, sentado junto a él, me quedé dormido.

Cuando desperté era ya mediodía. Ubá me dijo:

—Y ahora regresa a tu choza y renuncia a toda inquietud. Los demonios que te acosaban se han ido. Estás limpio; lo veo en tus ojos.

Me incorporé en silencio y caminé hasta mi choza presa del vértigo, pues ya no percibía como antes las cosas. Ahora miraba a un árbol, y no sólo lo veía tal como era en ese momento, también lo veía cuando era un retoño, y a los diez años y a los veinte, y cuando empezaba a pudrirse, y cuando lo abatía el huracán que destruía de paso toda la aldea. Y si miraba a una mujer, la veía en el momento de nacer, y la veía crecer, parir, sufrir, gozar y morir. Y lo captaba todo a la vez, de forma que cualquier cosa se transformaba en una sustancia ígnea. El mundo era transparente, y en su transparencia ardía incesantemente. No podía detener mi mirada en nada, pues de tanto ver cada objeto en todos sus momentos terminaba viendo la nada detrás de cada cosa, una nada que chisporroteaba, creando efímeras y alucinantes formas: chispas de una gran hoguera en la que yo también me consumía.

Aquella forma de ver que convertía todo objeto en un abismo cesó tan misteriosamente como había surgido y fue sustituida por una repentina desolación, pues al dejar de ver la simultánea totalidad de cada ser, las cosas me parecían muertas y frías. A ello he de añadir el silencio íntimo que sucedió al clamor que hasta entonces me rodeaba, unido a la sensación de vacío que se apoderó de mí, dejándome paralizado en medio de la aldea, ante la mirada atónita de las mujeres y los niños.

En ese momento de completa incertidumbre se acercó a mí Naya, y con singular delicadeza me llevó hasta mi choza y me ayudó a reconciliarme con el sueño acariciándome la frente. Poco a poco fui perdiendo la conciencia mientras me preguntaba si Naya no sería una intramujer; la misma que cíclicamente asistía a los peregrinos de Akásar.

Era otra vez de noche cuando, al despertarme, vi a Naya sentada frente a mí. Tenía los ojos llorosos y me miraba con una fijeza extraña.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Naya cerró los ojos y tardó en contestar.

—Vas a morir —dijo con dulzura.

—No te entiendo... Debo de estar soñando...

—No estás soñando —aseguró—. Eres el fruto maduro de *Yam*, el ser que llega cada cierto tiempo desde muy lejos, para servirnos de alimento solar... Por eso van a sacrificarte en la piedra negra y redonda de la pradera; después todos los de la aldea comerán tu carne, y lo que tú eres y toda la impronta que en ti ha dejado *Yam* se disolverá en los comensales. Todo tu tiempo, y toda tu muerte, y toda tu eternidad pasarán a ser parte de la sangre y la carne de los que ahora te agasajan... ¿Ya te ha llevado Ubá a la pradera?

Asentí con la cabeza.

—¿Y no te ordenó que te sentases en la piedra negra?

—Sí.



—Mañana será el sacrificio... Ya has tocado la piedra sobre la que te degollarán, y eso quiere decir que estás unido a ella hasta la muerte...

—Me quieres volver loco —le dije a Naya—. Lo que cuentas no puede ser cierto...

—Lo es...

—¿Y por qué no me avisaste antes?

—No me atrevía. Las doncellas de *Yam* que ayudan a las víctimas son condenadas a muerte; pues se supone que, al saber que va a morir, la víctima sufre más y la carne sacrificial se vuelve amarga y se desvirtúa el sabor a fruto maduro de *Yam*. Desde tiempo inmemorial, es ley de *Yam* sacrificar como mínimo a un enviado cada diez años...

—¿Y pueden ser más?

—Sí; a veces han llegado a sacrificar a un enviado cada año... —dijo Naya, y continuó—: Tras el sacrificio y el banquete, los huesos de la víctima son enterrados en el Valle de las Estatuas, también llamado Valle del *Avayam*. Por eso, cuando haya concluido tu sacrificio y el banquete comunal, la estatua que ahora ves en medio del poblado será transportada al Valle del *Avayam*, y allí custodiará tus huesos hasta que lo quiera *Yam*.

Empecé a interpretar de otra manera algunos comentarios y reacciones de Ubá, y tendí a darle la razón a Naya.

«Para nosotros eres lo que el Tiempo puede dar de más logrado, y que por eso se transforma en la gran señal común, en la gran luz, en el alimento que todos debemos compartir...», me había dicho el sacerdote en cierta ocasión, y ahora sus palabras dejaban de ser enigmáticas y se desgarraba el velo que ocultaba su verdadero sentido.

—Quiero decirte algo más... —susurró Naya.

—Adelante... —musité yo, cada vez más asombrado.

—Esta isla no se llama Akásar; se llama Krakatoa, como nuestro volcán, y si no te lo han dicho hasta ahora es porque preferían verte feliz y convencido de que estabas en la isla fabulosa que algunos de tu raza andan buscando desde hace tiempo... Por eso decidieron llevarte la corriente desde el principio... Estaban asombrados de que en lugar de huir con tus compañeros te ofrecieses a nuestra comunidad y no tuvieses miedo de nuestras flechas envenenadas, y veían en tu proceder un signo inequívoco de que eras el elegido de *Yam*, y que todo ocurría según los designios del dios...

La nueva revelación de Naya tuvo sobre mí un efecto devastador. Hasta entonces yo me había creído el único cofrade de Akásar que había llegado al lugar hacia el que todos tendían. Si Tasio era el alfa de la ruta, yo era la omega, y en mí hallaba su fin el manuscrito y se llevaba a cabo la redención de todos los peregrinos que me habían precedido. Yo redimía sus vidas y en mí se justificaban el sueño de Tasio en Délos, la locura de Procoro, la sensatez sin salida de Yaliso, las visiones de Orencio, la melancolía del embalsamador de Bagdad, la odisea de Guido por el imperio mongol,

y la desdicha de Teodoro a la que tanto contribuí con mi gula juvenil y mi inconsciencia. Y ahora todo se derrumbaba y parecía sin sentido: una larga y pavorosa alucinación.

—¡Esto es una maquinación de vuestro sacerdote, que me quiere trastornar! —rugí.

—No grites —me aconsejó Naya—, te pueden oír...

—Me da igual que me oigan. Es más, quiero que me oigan.

—Procura tranquilizarte, Fabio, y piensa también en mí y en lo que estoy arriesgando... Tienes que comprendernos; no se trata como tú crees de un acto de antropofagia. Es una comunión, es una fiesta, es una celebración de los ciclos de *Yam*, es una aceptación de esos frutos que *Yam* nos envía desde muy lejos; y es también la asimilación directa, íntima y carnal de lo que llega del mar... Todo lo que el enviado trae desde su mundo, todo su saber, e incluso toda su locura, pasan directamente a nosotros a través del banquete sacrificial... Pero además, tú eres un hombre de cabellos rojos, y los hombres pelirrojos son considerados los más sagrados, de entre todos los frutos del Tiempo, y los ancianos aseguran que *Yam* sólo envía un pelirrojo cada mil años. Por eso hay tanta alegría en la aldea desde que llegaste, y por eso la confundiste con el Paraíso...

La mirada de afecto profundo de Naya me condujo al mismo estado de venenosa confusión que poseyó a Guido en el noveno patio de la cárcel de Samarkanda. Naya lamentaba mi inmolación y a la vez no iba a hacer nada por evitarla. Dentro de aquel ritual, probablemente muy antiguo, yo iba a ser la sagrada forma compartida por los fieles y la encarnación de su esperanza en el porvenir. Pero se equivocaban, pues al querer compartir la forma estaban cometiendo un pecado contra el fondo. Era la segunda vez que un peregrino de Akásar temía ser devorado, y empecé a pensar que o bien estábamos equivocando el camino desde el principio, o bien habíamos sido elegidos para enfrentarnos a pruebas poco comunes y muy en relación con las páginas más evidentes y a la vez más ocultas del Libro de la Vida. Íbamos por un camino jalonado de luces fulgurantes y negrura, en el que se iban alternando la dulzura y la crueldad... O quizá no, quizá íbamos atravesando estancias grandes como los mundos, y se iban abriendo puertas... Unas nos conducían a ventanas llenas de luz, otras nos llevaban a la noche del origen, cuando los hombres creían más en el alma que en el cuerpo, y la troceaban, y la quemaban en piras, y las repartían fraternalmente, como no hacían con otros alimentos, uniendo en ese acto más que nunca sus lazos, humanizándose más... Y ahora, yo tenía que hacer de soporte de la fraternidad de mis anfitriones y de fundamento de su humanidad. Un pacto entre los dioses y los hombres que me sobrecogía al saber que iba a ser yo el puente entre unos y otros, el arca de sus alianzas. Volviendo al dialecto de la alquimia que un día abandoné, yo iba a ser para ellos la piedra filosofal y el elixir de la vida, además del atanor que hacía posible la transmutación.

Mis ojos volvieron a cruzarse con los de Naya, que seguía inmóvil ante mí. La rabia me dominó de nuevo y empecé a decir:

—No es posible que hayáis creado toda una visión del tiempo para justificar vuestro proceder... Antes, miraba a la aldea desde mi choza y me parecía mi única patria posible; en cambio ahora la veo como lo más ajeno a mí que podía imaginar... Por eso vomito sobre *Yam* y le digo bien alto que antes de que me conduzcan a la piedra negra sabré qué hacer con mi cuchillo...

Naya me miró con cara de profundo estupor.

—Has blasfemado contra *Yam* —dijo entre sollozos—, y la blasfemia es para nosotros el peor pecado. En Ubayam se castiga al blasfemo, pero también se castiga a quien escucha la blasfemia y no la denuncia... Además, a todos los que blasfeman *Yam* los condena irremisiblemente, y a partir del momento en que pronuncian la blasfemia, *Yam* empieza a contar sus pasos... Ya no puedo ayudarte...

Temblando y gimiendo, Naya salió de mi choza. El monarca, que acababa de salir de la suya, le preguntó qué le pasaba. Intercambiaron algunas palabras y el rey me miró con ojos desorbitados, antes de dar un grito y señalarme con el dedo.

Cogí el zurrón donde guardaba el cuchillo, el tubo de oro, las plumas y la tinta, y eché a correr hacia el bosque cuando ya más de diez hombres se disponían a seguirme.

### 33

En el Valle de las Estatuas acabo de pasar la noche pensando en lo que va a ser de mí y preguntándome qué ocurrirá con las crónicas de Akásar si muero en esta isla.

La hondonada, que precede a la falda del volcán, es una larga y verde pradera, entre dos colinas selváticas, en la que se suceden cientos de estatuas de madera no más altas que yo. Todas parecen de hombres monstruosamente graves y con cierto aire desdeñoso. Hombres que se supone murieron con la cabeza muy alta, hombres divinizados.

Contemplo las cabezas sucediéndose en hileras hasta el fondo del valle, como titanes que emergen de la tierra a la vez que se van pudriendo. Algunos ya han conseguido sacar los hombros, y otros parte del pecho, mientras que otros apenas si han logrado sacar el cuello. Seres de naturaleza vegetal, que hubiesen crecido tras ser plantados los huesos de las víctimas, para gozar de una nueva existencia en el reino de la tranquilidad...

Mis perseguidores parecen haber renunciado de momento a capturarme. La isla no es muy grande y no les será difícil seguirme la pista. Pueden tomárselo con calma y, puesto que he blasfemado contra *Yam*, lograrán que la caza se convierta en un tormento y me vuelva loco de ansiedad.

Llevo cinco días huyendo y notándolos cada vez más cerca. Apenas como y apenas duermo. Pronto me fallarán las fuerzas y habrá llegado el momento de hundir el cuchillo en mi propio vientre.

Ayer, encontré en la selva un tronco de unos diez palmos de largo y ligeramente hueco, en el que he tallado un alfa y una omega. Pienso ocultar en él el tubo de oro, después tamaré el hueco con dos cuñas de madera que ya tengo preparadas, y arrojaré el tronco al mar con la remota esperanza de que el manuscrito no concluya conmigo. Quiera Dios que tenga como mínimo la suerte que tuvo en tiempos de Tasio, ya que yo voy a correr una suerte muy parecida a la de él.

Aunque, considerándolo mejor, ¿por qué no destruir de una maldita vez las crónicas de Akásar, el sueño de Akásar, la locura de Akásar...? ¿Ha habido algún cronista feliz? ¿En qué se resuelve el misterio de Akásar? Hoy lo vuelvo a saber. El misterio de Akásar se resuelve en el hecho de que para muchos de los pueblos del nuevo mundo está llegando el fin, con la misma certeza con que está llegando para mí en esta isla que creí tan mía como mi piel.

Miro de nuevo el volcán y tras unos segundos de angustia tomo una decisión que me llena de alivio. Arrojaré el madero al agua, como ya pensé, y después subiré a la cima del Krakatoa y me tiraré al fondo del cráter. Así mis verdugos no podrán encontrar mi cadáver ni se alimentarán de mis despojos. No otra será mi venganza. Que la maldición de los espíritus del fuego caiga sobre ellos y sobre esta isla, y que los dioses antiguos y nuevos salven el manuscrito, aunque a mí me reduzcan a cenizas.

## DOS

31

Algunos meses antes de que nuestro tío Octavio nos legase el manuscrito de Akásar y los abraxas de cristal, alterando bruscamente nuestras vidas, mi hermano Héctor arribó a Puerto Limón.

Su llegada tuvo lugar una mañana plomiza, de vientos calientes y lluvia sucia, y al verlo descender del buque que se hallaba detenido en el muelle de la aduana, pensé que no me había mentido en su última carta desde París. Traía bigote y perilla, vestía íntegramente de negro, y su mirada parecía una crítica a la razón pura más contundente que la de Kant.

Tras saludarme efusivamente, se quedó mirándome en silencio, mientras arreciaba la lluvia, hasta que tuvo a bien consentir que nos refugiásemos bajo el alero de la oficina de aduanas. Allí me dijo:

—Ha sido un viaje infernal, Julio... Como atravesar una Estigia inmensa y gris... Un muchacho de la tripulación se arrojó al mar, y no lo pudieron rescatar... Esos deben de ser sus familiares. —Y señaló a una mujer y dos hombres que gemían a la entrada de la aduana, abarrotada de gente.

Iba a decirle que todos los viajes transoceánicos eran una pesadilla, cuando abandonó el refugio que nos protegía de la lluvia y comenzó a caminar hacia la parada de carruajes.

—¿Adonde vas? —le grité.

—¿Piensas quedarte aquí toda la mañana? Esta noche se me acabó el jarabe; tendríamos que buscar una farmacia.

Mientras caminaba tras él pude verlo mejor. Apenas traía equipaje; tan sólo un pequeño bolso negro en la mano derecha, y en la izquierda un libro: *Alemania, un cuento de invierno*, decía en la cubierta. Un título que resultaba muy exótico desde Costa Rica.

—¿Cómo no ha venido contigo el tío Octavio? —me preguntó en cuanto le alcancé.

—Está muy enfermo...

—¿Lo iremos a ver?

—Desde luego; pero ¿no crees que antes deberíamos pasar por nuestra casa?

—Tienes razón.

La lluvia continuaba y las calles que morían en el puerto eran barrizales intransitables que sin embargo tuvimos que cruzar hasta llegar a la farmacia Consular, donde compré un jarabe de estroncio. Desde allí nos fuimos hasta la estación de telegrafía, donde paraba la diligencia de Punta Arenas. Nos subimos a ella y enseguida se puso en marcha. Ya habíamos dejado atrás los últimos banales de

Puerto Limón cuando Héctor se durmió con la cabeza apoyada en mi hombro, y ya no se despertó hasta que llegamos a la capital. Pasábamos por delante del teatro Platón, que las autoridades locales habían decidido pintar de amarillo, cuando Héctor abrió inmensamente los ojos y dijo:

—¿Dónde estamos?

—En San José —respondí.

—Dios mío... —exclamó lleno de desconcierto—. De pronto me pareció que estábamos en Erisia...

—¿Dónde?

—Ya te lo explicaré más tarde...

El médico y los dos ingenieros de minas que compartían con nosotros la diligencia le lanzaron miradas poco complacientes, pero Héctor las ignoró y recostándose de nuevo en mi hombro se puso a roncar pausada y rítmicamente, para regocijo de nuestros compañeros de viaje.

Finalmente llegamos a Atenas. La diligencia se detuvo a la puerta de nuestra casa, la única con tres pisos en toda la calle Poás, por no decir en toda la ciudad, y desperté una vez más a Héctor, que me miró como quien llega de otro mundo.

—Ya estamos en casa —anuncié.

—¿En qué casa? ¿En la de tío Octavio?

A punto estuve de rugir que no, pero me contuve y le ayudé a bajar de la diligencia. En cuanto pisó tierra, estiró los brazos y se entregó a un largo bostezo. Después se despidió ceremoniosamente de los otros viajeros, que continuaban hasta Punta Arenas, y cuando ya íbamos a entrar en casa, susurró:

—Quiero ver a Laura.

Temiendo que su memoria se hubiese deteriorado mucho más de lo que yo creía, le increpé:

—Sabes de sobra que Laura está muerta.

—¡Claro que lo sé! —gritó—. ¡Nadie lo sabe mejor que yo! Pero necesito ver cuanto antes su tumba. Quiero que sepa que ya he vuelto y que la puerta de mis sueños está de nuevo abierta para que entre en ellos siempre que lo desee...

—De acuerdo. Vamos... —dije a mi pesar.

Mientras caminábamos en silencio hacia el cementerio de Atenas, fui recordando los hechos acaecidos antes de que Héctor se marchase a Europa.

Diez años atrás, nuestra hermana Laura era la alegría de Atenas, a pesar de que padecía tuberculosis. Laura no era hija de nuestra madre, circunstancia que durante mucho tiempo dificultó nuestras relaciones con ella. Pero una vez hubo fallecido nuestra progenitora, mi padre nos permitió conocer el fruto de sus amores con Paulina: una prostituta de Punta Arenas que vivía a sus expensas en una casa ubicada al final de nuestra misma calle. A Paulina le agradaba que acudiésemos a entretener las tardes de Laura, cada día más enferma. Algunos años antes, sus paseos por las calles de Atenas habían sido muy comentados, pues Laura era de una belleza tan

singular como la de su madre, si bien despojada del tinte prostibular que enrarecía los elegantes rasgos de Paulina; pero en cuanto el doctor Violi certificó su enfermedad, apenas salía de casa.

Héctor y yo nos enamoramos de ella, y la íbamos a visitar todos los días. Pero Laura sólo tenía ojos para mi hermano, que era el más guapo de los dos y que tocaba medianamente bien el piano. Además Héctor le componía poesías en las que le hablaba del amor más allá de la muerte y de la posibilidad de tirarse juntos al cráter del Irazú. Pretendían así emular la hazaña del antiguo pensador de Agrigento, el que antes de arrojarse al Etna aseguró que «en otro tiempo había sido muchacho, muchacha, arbusto, ave y mudo pez del abismo», como recordó mi hermano en uno de sus más extensos y demenciales poemas.

Con un rival como él era muy difícil competir, y dejé de visitar a Laura. Fue un error, pues ni ella ni él estaban en sus cabales y, una noche, huyeron de Atenas, tras haber leído la obra de un poeta español que había raptado a su novia.

Tardamos tres días en dar con ellos. Se habían refugiado en una casa abandonada que perteneció a nuestra familia, y desde la que se divisaba el Irazú. Yo fui el primero en descubrir su escondite y en saber que Laura llevaba dos días muerta sobre la cama llena de vómitos de sangre. Al parecer, a su enfermedad incurable se había añadido la pulmonía que cogió el día mismo de la fuga, cuando les sorprendió la tormenta a diez leguas de la casa. Laura ya hedía cuando irrumpí en su nido de amor, y Héctor recorría como un sonámbulo los pasillos, murmurando oscuras palabras.

Un año después, murieron también Paulina y mi padre, y fue así como me convertí en el jefe de la familia. Siguiendo los consejos del doctor Violi, cuidaba como mejor podía de Héctor, cada vez más empeñado en irse a Europa para olvidar a Laura y conocer los lugares tan pomposamente descritos por sus más queridos poetas.

Llevaba algún tiempo suplicándome que lo dejase marchar cuando, aprovechando una breve ausencia del doctor Violi, me fui con él a Puerto Limón y, tras pasarle una buena suma de dinero, le compré un pasaje para el *Lucana* y me despedí de él.

Pero he aquí que de nuevo se hallaba en Atenas, y junto a mí se detenía ante la blanca tumba de Laura, en el instante en que volvía a arreciar la lluvia.

—Ella provoca la tormenta —susurró—. Es su forma de saludarme; su borrascosa manera de decirme que ya sabe que he llegado... Laura, ¿me escuchas? —gritó dirigiéndose a la tumba.

—Héctor, por favor... Vayámonos de aquí...

—No, quiero notar la lluvia hasta en los huesos; quiero sentirme empapado de Laura... —dijo echándose a llorar.

Tuve que arrastrarlo hasta casa, donde comenzó un nuevo capítulo de su odisea. Por descontado que no saludó correctamente a nadie, confundiendo nombres y caras y creando un súbito caos de identidades en la familia, y enseguida se puso a recorrer los pasillos, el patio y las galerías. No abría la boca y mantenía en todo momento una actitud monacal.

Finalmente cayó rendido en la cama. Al día siguiente, se despertó rejuvenecido, saludó con gran cordialidad a todo el mundo y estuvo muy afable durante el desayuno, en el transcurso del cual nos dijo:

—Perdonad este largo silencio. Necesitaba situarme...

Basilio, el robusto y mulato cincuentón que llevaba mis cuentas, encendió un habano y le dijo:

—¿Y ya se ha situado el señor?

—Aún no —le advirtió Héctor—, pero puedo llegar a estarlo antes de lo que tenía previsto...

Esa misma noche tuvo lugar el primer percance, cuando nos hallábamos de sobremesa, ya concluida la cena. Con una voz que parecía conservar aún la humedad de Europa, Héctor nos estuvo recitando algunos versos:

Me habéis visto nacer, y no me conocéis.  
¿No fuisteis los asesinos de mi alma?  
Ahora estoy ante vosotros  
como un nuevo convidado de piedra.  
¿No sentís en vuestro cuerpo un lento escalofrío?

Tras la declamación, todos le miramos con reparo, sintiéndonos el objeto de su acusación; pero Héctor nos tranquilizó diciendo:

—Ignoro si los versos que acabáis de oír son de Novalis o míos. Puede que sean de los dos a un tiempo... A menudo me ocurre que mi espíritu está tan fundido al de los maestros, que ni sé lo que me deben, ni sé lo que les debo. ¿Puedo recitaros ahora algo de Heine?

Asentimos con prudencia. Héctor empezó a decir:

Reinaba en aquel monstruoso espacio  
sólo muerte, noche y silencio...  
Yo deambulaba por los atrios  
oyendo únicamente las pisadas  
de mi acompañante.  
Me seguía también aquí, paso a paso...

De pronto mi hermano giró bruscamente la cabeza y miró hacia el fondo del salón. Un instante después comenzó a temblar y a preguntarnos si oíamos los pasos.

—¿Qué pasos? —le pregunté.

—Los de Laura... —susurró ahogándose.

Todos miramos hacia la entrada del salón, aterrados ante la posibilidad de que Laura apareciese de un momento a otro, con sus ropas húmedas y su olor a muerta. Fue entonces cuando Héctor se quedó con los ojos en blanco.

—¿Qué te ocurre? —exclamé, apretando su muñeca.

El intentó decirme algo, pero ya no pudo, y tras dar un alarido, cayó al suelo y empezó a arrojar espuma por la boca. Mientras le atendíamos, se sumió en un sueño tan profundo que cuando despertó ya no recordaba el ataque. Su memoria se había



detenido en el momento de la recitación y, al abrir de nuevo los ojos, dijo simplemente:

—*Me habéis visto nacer, y no me conocéis.*

### 30

Superado el susto, transcurrieron días de extraña felicidad y apasionadas sobremesas en las que Héctor nos interpretó varias veces al piano las *Variaciones* de Brahms sobre un tema de Haendel, que había aprendido a tocar en Europa. El muy maldito consiguió que me deleitase escuchando aquella obra difícil y extravagante, según mi modesto entender; y en más de una ocasión le pedí que repitiese la melancólica variación número 13, en forma de rapsodia húngara.

Cuando no tocaba el piano, nos hablaba de sus poetas preferidos. En una misma sobremesa, podía llegar a decir hasta tres veces que él, como Heine, *había pasado largas e invernales temporadas en París*, en las que ya no sabía si había hallado la luz o se había adentrado más que nunca en la oscuridad; en esa luminosa oscuridad, indicaba, tan poco soportable para los que no sabían que vivir es recordar...

—Y ya que hablamos de recordar... ¿No habréis olvidado el poema que os recité ayer? *A lo largo de los Campos Elíseos, bajo el Arco de Triunfo, ya entre la niebla, ya entre la nieve, pasaba el cortejo fúnebre.* Así me vi una tarde en París, tras haberme perdido durante un lustro en sus calles llenas de hollín... Yo me veía a mí mismo tendido en el lecho de la carroza fúnebre... Yo estaba muerto, y la ciudad también... Recuerdo que esa noche soñé por primera vez con Erisia...

—¿Dónde está eso? —preguntó Basilio.

—No lo sé... —respondió mi hermano, en un tono lleno de dignidad—. Es una ciudad a la que hasta ahora sólo he podido llegar en sueños...

—¿Y cómo es? —me atreví a decir, incitado por la curiosidad.

—Subyugadora —contestó—, pero no por la magnificencia, delicadeza y elegancia de sus edificios...

—¿Entonces?

—Es subyugadora por la sensación de intimidad con la que fluyen entrelazadas la vida y la muerte. Yo la defino como la ciudad claroscuro, unas veces, y otras como la ciudad de la Vidamuerte...

Los siete comensales que compartíamos con él la mesa permanecíamos sumidos en un tenso silencio, temiendo un nuevo ataque, por eso no me perdono el haber echado más leña a su fuego al comentar:

—Me temo, Héctor, que la vida y la muerte se dan en todas partes.

—Sí, pero especialmente en Erisia... —Y se quedó pensativo, ausente, como si de pronto sintiese que volvía a Erisia.

—Podrías hablarnos un poco de ella —le sugerí, al comprobar que su silencio resultaba más inquietante que sus discursos.

—Está erigida sobre nueve colinas en las que abundan los cipreses y los cedros; todas ellas dan al mar y en él mueren suavemente, conformando una bahía. A las playas de Erisia llegan corrientes tan heladas que a veces traen con ellas carámbanos relucientes que enseguida se disuelven sobre la arena...

—¿Y dices que en ese paraje tan helado hay cedros? —le preguntó Basilio—. Me extraña...

—Sólo son frías las corrientes, pero la temperatura en sí es cálida y estable, y puede que se parezca a la del Líbano. La mitad de la ciudad la ocupan los vivos, y la otra mitad los muertos, y hay casi la misma cantidad de panteones que de casas, siendo éstas y aquéllos del mismo tamaño y características, a fin de llegar a una profunda compenetración entre el mundo de los vivos y el de los muertos, que no han de estar separados por frontera alguna, según creen los habitantes de Erisia...

A Basilio le costaba contener la risa, pero mi mirada severa le ayudó a serenarse. Héctor continuó:

—Si me habéis escuchado, deduciréis que en Erisia las tumbas y las viviendas se alternan armónicamente a lo largo de avenidas pobladas de cedros... Fuentes, tumbas, edificios oficiales, mausoleos, casas particulares, sepulturas, escuelas, panteones conforman un mismo mundo de resplandecientes luces y sombras. A veces, sube desde el mar la bruma y anega las nueve colinas. Suele ocurrir tal fenómeno en los solsticios de invierno, época en la que celebran las Fiestas de la Vidamuerte...

—¿Y en qué consisten esas fiestas? —preguntó, con temor, uno de nuestros primos.

—En nada especial —respondió Héctor, con serenidad hiperbórea—. Son días de intimidad entre la vida y la muerte. Días de oscuridad, cierto, pero también días de luz. Días en que los habitantes de Erisia sueñan mucho y de ese modo entran en contacto con sus difuntos. Días en que el pasado se hace presente y el futuro se hace pasado. Días en que los vivientes beben la vida de los muertos, y los muertos beben la muerte de los vivientes...

Hubo un nuevo silencio, que Basilio rompió diciendo:

—¿Y cree el señor que Erisia está en este mundo?

—El hecho de que esté o no en este mundo no me preocupa. Me basta con que Erisia esté en mis sueños... —Y nos miró acusadoramente—. ¡Aspiro a más verdad que la que este mundo me da, con vosotros incluidos! —gritó.

Como todos nos temíamos, de los gritos pasó a los ahogos, y hubo que llamar inmediatamente al doctor Violi.

Cuando llegó, Héctor ya había pasado la fase de las convulsiones, y se hallaba inmóvil sobre la alfombra. El doctor le obligó a ingerir un jarabe de bromuro y ordenó que lo llevaran a la cama. Después el señor Violi me dijo:

—Debería abandonar Atenas y hacer un viaje con Héctor... Dele tiempo a su hermano para que libere los malos humores que ha traído de Europa, y deje que casi sin darse cuenta se reconcilie con un mundo con el que a partir de ahora ha de tener que transigir... Distracción y aires sanos y frescos; eso es lo que necesita Héctor. Impídale caer en ideas fijas; que su mirada no se detenga en nada demasiado tiempo, para que tampoco lo haga su pensamiento... ¿No decía usted que estas navidades pensaban visitar a don Octavio en Punta Arenas?

La sugerencia del doctor me desconcertó.

—Pero doctor —intenté decir—, usted sabe que la locura...

—¿Qué locura? —gritó él, mirándome fijamente—. No estaría de más, amigo, que dejase usted de confundir la locura con otras dolencias, que para colmo suelen ser hereditarias y de las que usted no está desgraciadamente al margen...

—¿Qué insinúa?

—La epilepsia y la locura —comentó el doctor— son enfermedades que se tocan en un punto, pero que en otros ni siquiera se rozan. Y la epilepsia, como casi todas las enfermedades de nuestra época, puede que se cure con un poco de alegría y un poco de movimiento.

—¿Habla usted en serio?

—¡Naturalmente que hablo en serio! —dijo indignado, antes de abandonar nuestra casa.

Mi desconcierto aumentó, pero decidí hacerle caso y fue así como, la víspera de Navidad, Héctor y yo nos fuimos en diligencia a Punta Arenas, por la carretera de San Mateo y Esparta, ciudad esta última que profesaba un odio profundo a Atenas, y donde estuvimos almorzando con los otros viajeros. Ya habíamos dejado atrás los cañaverales de Esparta cuando Héctor inició una de las mejores suites de ronquidos que he oído jamás. La calidad de sus agudos era tal que dos de los cuatro viajeros que nos acompañaban parecían estar llegando a ese estado, tan ansiado por las últimas hornadas de poetas, en el que la latencia del arte es ya inseparable de la latencia de la vida, y vida y arte configuran una misma sima de insospechadas transparencias.

A eso de media tarde llegamos a Punta Arenas, donde vivía nuestro tío Octavio, en una casa de madera crujiente y olor a cera y a plantas tropicales, no lejos del hospital Naval.

Nuestro tío nos recibió calurosamente y, por su forma de mirarnos, pensé que había recobrado parte del juicio perdido. Pero me equivoqué y, no sin amargura, me vi obligado a reconocer que no es bueno bajar la guardia en tiempos de insensatez. Ya antes de empezar la cena de Nochebuena, Octavio tuvo la mórbida idea de decirnos que no le quedaba mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo de qué? —pregunté con irritación, intentando sugerirle que no era ése el tema más apropiado para tratar con personas como Héctor.

—Mucho tiempo de vida, necio. Acabo de cumplir los ochenta y dos, y sé que está a punto de llegar mi hora... —respondió.

—No lo creas, tío —se apresuró a decir Héctor—, Tienes muy buen aspecto.

—Gracias, hijo. Tú siempre fuiste más amable que Julio —proclamó, y añadió en voz baja, para que sólo le oyera yo—: Con razón dicen que sólo las almas excelentes pueden enloquecer. Tú nunca enloquecerás, Julio... Pero no olvides que tu presunta cordura puede llegar a ser una enfermedad muchísimo más peligrosa que la locura...

Temiendo que me sacara de quicio mucho antes de lo acostumbrado, preferí pasar por alto sus últimas palabras y continué cenando en silencio.

Ya nos hallábamos tomando el café cuando nuestro tío aconsejó a la doméstica que saliera del comedor y, tras insinuar que estaba a punto de hacernos una revelación sin precedentes, dijo:

—Antes alababa tu conducta, Julio, pero ahora no. ¿Por qué trabajas tanto? ¿Qué piensas hacer con el dinero? Si yo tuviera tu fortuna la emplearía en algo grande y único...

—¿Por ejemplo? —le pregunté aceptando el habano que me ofrecía.

—Compraría un barco y recorrería el Pacífico en busca de nuevas islas...

—Sí, claro, volverías a tu juventud. Pero resulta, tío, que el Pacífico de aquel tiempo, que más te valiera no recordar, tiene poco que ver con el de ahora, y mucho me temo que no queda ni una sola isla por saquear, y ni una sola por descubrir...

—¿Quién ha dicho eso? —clamó con una energía que sólo más tarde entendí—. ¿Estás de acuerdo con él? —le preguntó a Héctor.

—¿Cómo voy a estar de acuerdo con él? Cuantos más lugares se descubren más lugares se ignoran —aseguró Héctor—, y cuanto más se ensanchan los mundos conocidos más se amplían los ignorados...

—Puede que tu razonamiento sea correcto —le dije a mi hermano—, pero no ilumina el problema que nos plantea nuestro tío y que para mí está más que resuelto. Me niego a creer que cuantas más islas del Pacífico conocemos más ignoramos...

—Todo depende de lo que tú entiendas por conocer e ignorar —dijo Héctor, mirándome con desprecio—. Por lo demás, no me cabe la menor duda de que le damos a esos dos verbos un significado muy distinto. Y en lo referente al problema que nos ocupa, te diré una cosa, Julio. No todo lo que existe es visible y tiene un lugar en nuestras vidas y un lugar en nuestros mapas... Sé de la existencia de una ciudad, de la que creo haberte hablado en más de una ocasión, que no sale en ningún mapa...

Tío Octavio le miró lleno de admiración.

—¿Y sabes su nombre?

—Erisia —dijo sin dudar—. Es la ciudad de la Vidamuerte, en una bahía llena de cipreses a la que llegan corrientes muy frías...

—Hijo mío —clamó mi tío, muy alterado—. ¡Así imagino yo Akásar...!

—¿Cómo dices? —preguntamos a la vez Héctor y yo.

—¡Akásar! —repitió Octavio, vocalizando muy bien.

La palabra merecía más de una explicación, y nuestro tío empezó a decir:

—Cuando era más joven que Héctor me hallaba con vuestro padre en Madagascar, patria de la legendaria raza lémur, que, según ciertos autores, sucedió a la de los atlantes, abuelos de los pueblos de Occidente... Allí conocí a René D'Arles, que debía de tener más de setenta años y que a pesar de ser un hijo del Siglo de las Luces, o quizá debido a ello, se pasaba el día borracho. René aseguraba haber conocido a Cagliostro y al marqués de Sade en la cárcel de la Bastilla hacia 1785, y se jactaba de haber participado en las luchas que supusieron un nuevo advenimiento del Apocalipsis, y que hicieron de Francia el país que ahora conocemos. Sospecho que D'Arles huía de la justicia y que por ese motivo vivía en Madagascar, entonces en poder de los piratas y negreros franceses. El fue quien encontró en una playa de la isla de Lémur un tronco con el alfa y la omega talladas y ya muy borrosas. Dentro del tronco descubrió un tubo de oro, y dentro del tubo dos ojos de cristal y un manuscrito. Una noche, René D'Arles se desplomó a la salida de una taberna de la bahía de Antongil, y el tubo se deslizó de sus manos y rodó hasta mí, que acababa de salir del mismo antro que él. Me apoderé del tubo e intenté socorrer a René, que ya no abrió la boca, falleciendo poco después. Quien calla otorga, y su silencio me convirtió en el nuevo depositario de las crónicas de Akásar. D'Arles no tenía herederos, y de no ser por mí tal vez el manuscrito se hubiese perdido para siempre...

Quise interrumpirle, pero me lo prohibió adelantando la mano mientras arrastraba sus pies hasta la consola sobre la que reposaba un estuche de marfil, liso y amarillento.

—En esta caja que compré en Manila hace treinta años guardo el tubo... —dijo con voz temblorosa—. Observadlo.

El tubo semejaba un cetro, y las apretadas inscripciones que se veían en su superficie conformaban un recóndito poema en varias lenguas. Signos griegos, latinos, árabes, mongoles, rodeando el alfa y la omega; letras igualmente talladas sobre los ojos de cristal que hallamos en el interior del tubo, junto a un apretado y deteriorado rollo enteramente escrito y que, según nos aseguró nuestro tío, databa del siglo XVI.

—Podéis ojear con cuidado el rollo que, como veis, parece estar diciendo no me toquéis... Pero no creo que entendáis tan antigua caligrafía... Sin embargo, sí que me gustaría que os fijaseis en este antiguo dibujo de Apolo y Artemisa que envolvía el rollo. Ambos dioses parecen hallarse en una isla que recuerda la Erisia de Héctor...

Mientras mi hermano miraba emocionado el dibujo, Octavio sacó del cofre un cuaderno de tapas de cuero negras y dijo:

—Y ahora permitidme que os lea la traducción al castellano de ahora que yo mismo hice del manuscrito, ayudado por un jesuíta al que conocí en Filipinas...

Aún no había amanecido cuando nuestro tío concluyó la lectura. Héctor, que había prestado al relato más atención de la debida, parecía transfigurado.

—Dios mío... —susurró—, el lugar del que hablan los cronistas es Erisia, una isla parecida a la de este dibujo, como tú dijiste antes; y esa movilidad inmóvil del *Avayam* es la Fiesta de la Vidamuerte... Pero claro..., acabo de darme cuenta que en Erisia todos son inmortales; también los muertos, que nunca mueren del todo...

—No puedo creer lo que dices, Héctor... Si yo hubiese hablado antes contigo... Pero te fuiste a Europa...

—No me arrepiento de haberme ido, tío, pues allí, en Europa, tuve la primera visión de Erisia...

—Háblame de ella... —le pidió Octavio; y Héctor volvió a describir Erisia. Sus vivos y sus muertos, sus panteones, sus fuentes, sus cipreses, su olor a vida y a muerte; y esa ausencia de verdadera temporalidad impregnando la atmósfera y haciendo más suave y respirable el aire.

Octavio acarició los cabellos de Héctor, algo que probablemente nunca había hecho, y empezó a decirle que sus palabras le aliviaban y que con nadie se había llegado a entender tan bien.

Héctor se lo agradeció y se quedó un rato en silencio, mirando el mapa que se hallaba en una de las paredes del salón. De pronto, apuntó hacia el Pacífico y dijo:

—Si la isla en la que desapareció Fabio no era Akásar, el lugar hacia el que han tendido todos los miembros de la logia en la que acabo de ingresar aún no ha sido descubierto... ¿No es milagroso? Uno sueña en ciertos sitios y piensa que son sólo sueños; pero esos sueños pueden y deben tener una razón. Son señales, ventanas a otra parte, quizá...

—Creo que te entiendo, Héctor... —susurró nuestro tío, y tembló al apurar su copa.

—Es fácil decir que sólo son sueños los avatares que padecemos cuando cerramos los ojos... —dijo Héctor—, Vuelvo a pensar en Fabio, en lo que vio ante las piedras que parecían colmillos... O la forma en que veía las cosas aquella mañana, en todas sus posibles facetas... O lo que pensó una noche en el Valle de las Estatuas... Estatuas como las de la isla de Pascua...

—Te equivocas... Las estatuas de Pascua no son de madera —le advirtió Octavio—. La isla en la que vivió Fabio se halla cerca de Java. Tu padre y yo estuvimos en ella, cuando pertenecíamos a la tripulación del *Burana*. Se sigue llamando Krakatoa...

—¿Y se parece a la descrita por Fabio? —le preguntó Héctor.

—Digamos que sí. Su vegetación es tropical, aunque no abundan los árboles, y la cascada del *Avayam* es de agua hirviente... Sus habitantes son muy belicosos, y sólo nos dejaron pisar la playa. No me importó; nunca tuve la pretensión de explorar aquella isla, sabiendo como sabía que no era Akásar...

Cada vez más irritado, corté la conversación diciéndole a Octavio:

—¡Tu manuscrito me parece un fraude! ¿Qué pruebas tienes de que es del siglo XVI? Y además, si lo es, sería una buena razón para desconfiar de él. En aquella época también buscaban Eldorado y Cíbola...

—Yo no te pido que me creas ni que vayas a buscar Akásar. Yo simplemente le lego a tu hermano el manuscrito, que si bien es el culpable de parte de los sufrimientos que me han tocado en suerte, no puedo ni debo destruirlo. Mi obligación era encontrar un sucesor.

—Gracias, tío Octavio —dijo, entre sollozos y arrodillándose, mi hermano—. Cada vez que pienso que acabo de entrar en una cofradía a la que pertenecieron discípulos de cuatro grandes visionarios, siento como si me hubieses entregado la llave del templo de Salomón, en el que se oculta el Libro de la Vida... ¡Y pensar que, según la visión que Tasio tuvo en Délos, la última palabra que dijo Platón fue Akásar...! Que un secreto así se haya preservado tanto tiempo me parece terrible... ¿Qué vio Platón cuando pronunció la palabra? ¿Vio el fin de la especie humana o vio su salvación? ¡Dios mío! —exclamó cubriéndose los ojos—. Los peregrinos de Akásar llevan casi dos milenios profetizando el fin del mundo... Eso quiere decir que ya tiene que estar muy cerca, y explica por qué piensan tanto en Akásar...

—Naturalmente que lo explica... Sólo se librarán de la catástrofe los que se hallen en Akásar... —susurró Octavio.

La situación me obligó a ser brutal y le dije a nuestro tío:

—¿Y por qué no seguiste una de las tradiciones de la cofradía y esperaste a enterrar contigo el manuscrito? ¿Qué necesidad tenías de nombrar un sucesor vivo?

—¿Ya me ves muerto? —farfulló—. ¿Tantas ganas tienes de verme desaparecer? ¿Y quieres ver también sepultado el mensaje de Akásar? ¿Lo has entendido al menos? ¿De verdad que lo has entendido? ¿Con una sola lectura, y después de haber bebido todo lo que hemos bebido, te sientes capaz de descifrar todos sus símbolos? Pero ya que me lo preguntas, te diré por qué no quiero sepultar conmigo el manuscrito... Tú lo habrías enterrado, porque ni sabes mirar hacia atrás, ni sabes mirar hacia delante, pero yo no puedo hacerlo por la sencilla razón de que se acerca el fin y ya no queda tiempo... ¿Me oyes? ¡No queda tiempo material para salvar a la especie humana, que además nunca estará dispuesta a creer en nuestro mensaje, exactamente como tú! Eres un mal nacido, Julio. Eres Satanás...

—¿Yo Satanás? Eres el primero que me lo dice. En cambio a ti sí que debieron de apodarte así en múltiples ocasiones, tantas como a nuestro padre. Antes hablabais de la isla de Pascua... ¿No te dice nada ese lugar...? Hace veinte años, Juan y Octavio Monestir, los temibles hermanos «Monasterio», como los llamaban los demás, se dirigieron a la isla de Pascua al mando de una flota de nueve barcos... ¿Lo recuerdas, tío Octavio? ¿Por qué no le confiesas a Héctor lo que hicisteis en Pascua la noche del 23 de diciembre de 1862? ¿No quieres contárselo? Entonces lo haré yo: aquella noche a todas luces memorable, os apoderasteis de la mayor parte de los indígenas de la isla, con su aristocracia y casta sacerdotal incluidas, y los llevasteis al Perú, en cuyas

minas y plantaciones murieron no mucho después... En una sola noche, los enloquecidos hermanos «Monasterio» abolieron una de las culturas más importantes de lo que algunos autores que tanto te entusiasman llaman Protohistoria. Desde luego que mi padre era capaz de eso y de mucho más, nadie lo sabe mejor que sus hijos, pero tengo entendido que también tú te atrevías a llevar a cabo proezas inenarrables. Es normal que acabarais falsificando vuestro pasado. Pero a mí ya no me puedes engañar, tío Octavio.

—Eres tú el que estás falsificando el pasado, pues ni tu padre, que en paz descansa, ni yo fuimos los responsables de la razia de Pascua. Cumplíamos órdenes del capitán Hornos —aseguró, y miró a mi hermano—. Desde luego que no voy a negarte que la civilización de Pascua fue destruida por negreros europeos, pero no olvides que las razas del Pacífico son muy crueles. Recuerda lo que le quisieron hacer a Fabio en Krakatoa...

—¡No seas grotesco! ¿Ahora me vas a hacer creer que la razia de Pascua fue tu venganza personal contra el mundo indígena por haber martirizado a un peregrino de Akásar? —le pregunté, y no pude evitar la risa.

Octavio miró con desesperación a mi hermano y dijo:

—No le hagas caso, Héctor... Quiere corromper el sueño de Akásar, y lo va a conseguir. Tu hermano es un ser intrínsecamente perverso... —murmuró antes de desvanecerse.

—¡Tío...! —exclamó mi hermano, amparándolo.

Octavio se desplomó sobre el sillón de mimbre, empapado de sudor. Gritó que se ahogaba y comenzó a respirar agónicamente y a echar espuma por la boca. Esa noche falleció, y Héctor empezó a mirarme de otra manera.

Ahora, yo era para él un representante de la condición diabólica, un miembro de la Sinagoga de Satán, encargado de extirpar de la tierra todo brote de nobleza y toda latencia de vida. Llegó a creer, incluso, que yo había envenenado a nuestro tío, vertiendo en su café alguna sustancia letal, y se pasó todo el funeral gimiendo. Su actitud no me movía a la piedad; muy al contrario, me obligaba a meditar en la situación de la cordura en el mundo, con respecto a la locura básica que había acompañado al género humano desde el principio. Los que se entregaban a la tentación de la autocompasión y la impostura, pensaba yo, daban un paso hacia las sombras y, casi sin darse cuenta, entraban a formar parte de los alucinados de la historia, alimentando con sus delirios la región más oscura de la conciencia y apoyando la insensatez que desde hacía algunos decenios caracterizaba a nuestra época. Y ahora yo no podía ser piadoso ni con los sueños de Octavio ni con los de Héctor. A decir verdad, ni siquiera me estaba permitida una mínima piedad para con



mis propios sueños, que también los tenía, si bien más anclados en la realidad que los de mi familia.

El entierro de Octavio duró poco, debido a la persistente y borrascosa lluvia, y a él sólo asistieron nueve personas, con Héctor y yo incluidos. Recuerdo que mi hermano miraba con mucha curiosidad a los que junto a nosotros se despedían de Octavio, y me atrevería a jurar que hasta llegó a pensar que eran reencarnaciones de los peregrinos de Akásar, que habían venido para llevarse los despojos de nuestro tío a la ciudad de la Vidamuerte y las corrientes frías.

Esa noche, Héctor y yo nos perdimos por la ciudad y cogimos una seria borrachera, en el transcurso de la cual tuvimos la siguiente conversación:

—Sé que me crees un loco —empezó diciendo Héctor—, y también sé que dentro de tus parámetros un loco carece de voz. Gran error por tu parte... Escucha lo que te voy a decir: te has quedado con toda la herencia de nuestro padre... ¿Y a mí no me toca nada?

—Bueno, podemos hablar de eso cuando quieras...

—Sí, podemos hacerlo, y después me internas en un manicomio...

—¡Estás loco...! —exclamé involuntariamente.

—No te repitas. Es la décima vez que me lo dices en un día... —dijo, y añadió—: No pienso volver a Atenas.

—¿No? ¿Y adonde vas a ir?

—A Akásar.

Nos hallábamos en un café de la avenida de Colón, y veíamos por una de las ventanas el puerto y por la otra el faro. Seguía lloviendo torrencialmente, pero mis risas ahogaron el repicar de la lluvia en los cristales. Héctor no se inmutó.

—¿Y por qué no a Erisia? —dije.

—Porque Erisia es el sueño de una sola persona, y Akásar en cambio es el de diez, repartidas a lo largo de dos mil años. Puestos los dos lugares en la balanza, el platillo de Akásar cae por su propio peso, y hasta hace un agujero en el suelo...

—Bien, bien... ¿Y dónde crees que está Akásar?

—No puedo decírtelo. Es un secreto de la secta a la que ya pertenezco y de la cual te excluyo.

Volví a reírme antes de comentar:

—Y claro, necesitarás dinero para el viaje. ¿Debo suponer que era ése el motivo de tu primera pregunta?

—No —respondió él—. Con mi pregunta de antes sólo intentaba explorar tu egoísmo. Ya tengo dinero para mi viaje a Akásar. Nuestro tío Octavio me nombró heredero de la cuantiosa suma que tenía depositada en el Banco Español, según me comunicó esta mañana el notario. Su casa era humilde y vivía austeramente, pero tenía dinero, y lo quería donar íntegramente a una causa...

Me reí de nuevo, pero ya con más rabia y menos ganas.

—¿Tienes prohibido decirme cuándo vas a partir o te lo puedo preguntar sin miedo?

—Me iré mañana mismo —dijo.

—¿Qué pretendes? ¿Que vuelva solo a casa? ¿Y qué voy a decirles a nuestros familiares cuando me pregunten por Octavio y por ti? Les diré: llegué a Punta Arenas, en día y medio me desprendí de los dos, y ahora vuelvo a Atenas con los bolsillos llenos y toda una vida por delante...

—Si les dijeras eso, sólo mentirías a medias...

—Intentemos ser razonables —supliqué—. Sé que es difícil, pero debemos intentarlo... ¿Crees que queda alguna isla por descubrir?

Asintió.

—En ese caso, no sé por dónde seguir...

—Yo sí —dijo él—, y la mejor forma de seguir es aceptando una verdad elemental: a menudo lo manifiesto es lo más oculto, y con frecuencia lo que vemos es sólo la máscara visible de un misterio vedado a nuestros ojos, que sólo retienen lo más superficial. Esta noche, cuando aún estaba nuestro tío en cuerpo presente, me ha sido revelado en sueños el misterio de Akásar...

—Y claro, como es un misterio te niegas a revelármelo...

—No —dijo para mi sorpresa—. Te lo voy a revelar con la plena seguridad de que ni siquiera así accederás a él, pues Dios te negará la necesaria amplitud para poder asimilar lo que te voy a decir. En la visión de ayer me di cuenta, a través de una serie de imágenes que se sucedían a ritmo unas veces muy lento y otras vertiginoso, que una gran catástrofe estaba a punto de ocurrir en Punta Arenas, y de que antes de que ocurriese yo debía emprender la ruta de Akásar. Según el sueño, Akásar era una isla como cualquier otra, aunque bastante apartada de las rutas comerciales. Viajeros de diferentes épocas la habían visitado, pero ninguno de ellos se había dado cuenta de que se trataba de Akásar y de que sus habitantes eran inmortales. ¿Por qué? Volviendo a lo que antes dije acerca de lo manifiesto, la respuesta es tan evidente que hasta ahora ningún peregrino había dado con ella. Los habitantes de Akásar mantienen en secreto su inmortalidad. Revelarla a los demás sería perder para siempre la tranquilidad. Además, si esos venturosos hombres y esas felices mujeres revelasen su secreto, una locura sin precedentes recorrería como un sismo toda la tierra. Su isla se llenaría de forasteros ansiosos de acceder al misterio de la inmortalidad, y una oscura corriente de rencor se abatiría sobre la isla como las olas gigantes del Pacífico. Puede que entonces, los inmortales habitantes de Akásar dejasen de serlo y fuesen definitivamente arrojados del Paraíso, como todos nosotros, los desatinados hijos de Eva. El Paraíso, que está en este mundo y no en el otro como yo creía, puede y debe preservarse, y los habitantes de Akásar lo preservan simulando que se mueren y organizando a menudo falsos y vistosos funerales. Por eso es muy posible que Akásar sea una isla con muchos monumentos funerarios, como la Erisia de mis sueños. A los viajeros que lleguen a ella, les parecerá una isla impregnada de

muerte, y no se les ocurrirá pensar que tras esa apariencia fúnebre se oculta la eternidad. Los akasios juegan a la muerte, y les divierte hacer de vez en cuando de muertos. Se tienden en el lecho fúnebre, cierran los ojos y se quedan rígidos, mientras los demás rodean el féretro con flores e incensarios y empiezan a bailar. Los forasteros que presencien el funeral y que vean la isla llena de túmulos por todas partes, pensarán que es abominable tanto culto a la muerte, y se irán de ella enseguida. Sólo a los que un día llegan a Akásar y saben mirar más allá de las apariencias, y se van quedando en la isla sospechando que en ella se oculta la llave de la perennidad, les es comunicado el secreto. Yo quiero ser uno de ellos, y lo voy a ser. ¿Entiendes por qué el otro día te dije que cuantos más mundos conocemos más ignoramos?

Asentí horrorizado y le pedí que nos fuésemos de allí en la berlina detenida a la puerta del café. Estaba muerto de fatiga y en mi cabeza ya no cabían más delirios. Cuando llegamos a la casa del difunto, seguía lloviendo torrencialmente y Héctor me dijo que tío Octavio debía de estar calándose hasta los huesos, lo que no le impidió quedarse muy pronto dormido. Yo me oculté en mi cuarto y deseé que el sueño me librase por unas horas de aquella pesadilla en la que todo, desde la lluvia hasta al humo de mi pipa, estaba impregnado de fatalidad no querida y de continuos malentendidos. Como si, por un efecto de magia diabólica, la vida se hubiese convertido en un despeñadero lleno de voces dementes, subyugadoras... Porque ahora yo también me dejaba seducir por Akásar... Una isla de inmortales que sin embargo parecía la isla de los muertos, y donde la vida eterna se ocultaba bajo la máscara del sueño eterno. Una isla fuera del tiempo, y de los préstamos bancarios, y de los intereses, y de los balances, y de los saldos... Un lugar imposible, en cierto modo monstruoso, bajo el sol esmerilado..., pensé antes de hundirme en un sueño lleno de ojos que me miraban desde las sombras de una jungla tan resguardada del sol que aunque llovía copiosamente las gotas no llegaban al suelo.

No me desperté hasta las seis de la tarde del día siguiente. Héctor ya no estaba en casa, pero sobre la mesa del comedor había dejado un mensaje que decía:

Hoy salgo en el *Danai* hacia Akásar. Con alivio, pues esta lluvia me desquicia y me hace sentirme Noé, huyendo en mi arca de la región de la muerte hacia la región de la vida. Despídeme de Basilio, y de los primos, y de todos los parientes que he podido tener en ésta y en otras vidas, y diles, con ese lenguaje diplomático y sumamente suave que empleas cuando tienes mucho que ganar o mucho que perder, que no volveré a Atenas. Y si te preguntan dónde estoy, diles simplemente que en Akásar, desde donde mentalmente te digo adiós y te deseo toda la dicha que te niegan tu incredulidad y tu cobardía.

*Héctor*

Tras leer la carta, anduve recorriendo toda la casa y vi que sólo se había llevado el gabán y el sombrero de Octavio, sus guías de navegación, su Biblia, y el tubo de oro con el manuscrito original y los abraxas de vidrio; pero había dejado sobre una de las mesillas el cuaderno de tapas negras, con las crónicas vertidas al castellano moderno por nuestro tío.

Esa misma tarde, bajo una lluvia cada vez más torrencial, acudí al puerto y allí me confirmaron que mi hermano había salido en el *Danai* y que hacía una figura muy parecida a la de Octavio, aunque con cincuenta años menos.

Medio desesperado, medio aliviado y medio loco, volví a beber en las cantinas del puerto y a media noche me metí en el Club Alemán, en cuyo salón principal un enjuto pianista estaba tocando las *Variaciones* de Brahms sobre un tema de Haendel, ante una estatua de Apolo y siete candelabros de estilo masónico.

En la penumbra mitigada por la luz de las velas que rodeaban por detrás al músico, sacralizando abusivamente su figura, la música de Brahms se tornaba más melancólica y hacía para mí más trágica la ausencia de Héctor. Y mientras intentaba seguir las huellas de Haendel entre las brumas desenfundadas y súbitas transparencias de Brahms, dos individuos que se hallaban a mi lado comentaban en voz baja una noticia del *Heraldo del Atlántico* según la cual el cadáver del muchacho de la tripulación del *Constanza* que tres meses atrás se había arrojado al mar, y del que ya me había hablado mi hermano, había sido arrastrado por las olas hasta la costa y acababa de aparecer en una playa de la isla Uvita, donde se hallaba el faro de Puerto Limón y el hospital de Cuarentena. El individuo que tenía en sus manos el periódico, y que a veces me miraba de soslayo como preguntándose de qué me conocía, era Ricardo Mosen, un joyero que ya había intentado en más de una ocasión entorpecer nuestras transacciones de oro y que tenía fama de negociante despiadado. Ahora le preocupaba el cadáver de un ahogado, y con sus estúpidas consideraciones morales me estaba impidiendo entregarme al prolongado y cada vez más sorprendente escalofrío de Brahms en torno a un tema de Haendel.

Intenté ignorar sus palabras y presté más atención a la música mientras observaba con fijeza los ojos de Apolo. El pianista acababa de iniciar mi querida variación número 13 cuando las puertas del salón se abrieron como empujadas por un huracán, y una tromba de agua llegó hasta nosotros, causando el pánico y el terror entre los socios del club más clasista de Punta Arenas. Avanzando a contracorriente y pasando por encima de hombres y mujeres conseguí alcanzar el vestíbulo, completamente inundado al igual que la calle. Todo eran gritos, rumores contradictorios e inesperada desolación cuando corrí hacia el primer piso del club, a la par que Ricardo Mosen y algunos más. Ya a salvo de la trombas de agua, el portero nos dijo que el río de las Minas se había desbordado y una masa de agua cada vez mayor se estaba precipitando sobre la avenida de Colón.

Desde la ventana de uno de los pasillos del club, vi cómo se desmoronaban dos casas de madera y otra más flotaba calle abajo, junto a una docena de cadáveres. De

pronto, Punta Arenas se había convertido en una Venecia dantesca, y mientras veía cómo la casa y los cadáveres se perdían entre las ráfagas de lluvia y niebla, creí escuchar la risa ronca y asmática de Héctor.

## 26

Al amanecer, la policía municipal nos rescató de la terraza del club con una de sus barcas, y tres días después llegué a Atenas, donde vi que todos adoptaban ante mí una actitud pétrea y que me miraban con muchas reservas. Les extrañaba que Octavio y Héctor hubiesen desaparecido en tan poco tiempo y les sorprendía que yo hubiese sido testigo de ambas desapariciones. Algunos de mis familiares me reprochaban que no les hubiese convocado al funeral de Octavio, a lo cual yo les contestaba que si no lo hice fue porque tanto Héctor como yo pensábamos que ninguno de ellos había tenido jamás el más mínimo trato con nuestro tío español, y porque el cuerpo se había empezado a descomponer enseguida y urgía enterrarlo. Mi explicación les escandalizaba y sus miradas se volvían aún más inquisidoras. También me preguntaron muchas veces dónde estaba Héctor. Harto de la pregunta, más de una vez les dije que en Akásar; y ésa fue seguramente la causa de que empezaran a pensar que además de un asesino era un cínico redomado.

Poco a poco, una tensa red de sospechas se fue tejiendo en torno a mí al ver que no llegaban noticias de Héctor; y las autoridades de Atenas, que tantos favores me debían, empezaron a mirarme como a un delincuente al que, milagrosamente, estaban perdonando la vida, pero del que habría que ocuparse tarde o temprano.

La desazón que aquella situación me provocaba llegó al paroxismo una tarde en que paseaba solo por Atenas y me di cuenta de que ya todos mis conciudadanos me miraban como a un indeseable y cuchicheaban a mis espaldas. El cartero ya no me sonreía como antes, ni los tenderos, ni el alguacil. Empecé a beber, y cuanto más bebía más aprisionado me sentía en Atenas, como si hacia mí llegase ahora con especial virulencia el deseo de cuantos me rodeaban, que querían verme loco como Héctor y Octavio, como mi padre y mi abuelo...

Cuando llegué a casa, Basilio me informó que mis antiguos amigos de Atenas estaban jugando sucio para entorpecer mis negocios y que sería conveniente prestar más atención a nuestras inversiones en Punta Arenas.

—Estoy de acuerdo contigo... —dije—. A partir de ahora nos dedicaremos únicamente a los metales; es más seguro... Vende cuanto antes esta casa, y traslada todo el capital a Punta Arenas...

—¿Y usted?

—Yo me voy...

—¿Adonde?

—A buscar a Héctor...

—Pero señor...

—¿Te asombra mi decisión? Por tu cambio de actitud desde que llegué a Atenas, pensé que tú también eras de los que creían que había matado a Héctor...

—Eso nunca, señor...

—Ya me has oído... Harás lo que te he dicho y esperarás mi regreso... Puede que tarde algún tiempo en volver... —le dije.

Y tardé. Salí de Costa Rica a finales de octubre de 1881, y no regresé hasta enero de 1886. Casi un lustro de insensata travesía jalonada por innumerables borracheras en calurosos puertos de olor a fiebre y a peces muertos, deteniéndome en islas en las que llegué a creer más de diez veces que había llegado a Akásar, donde las tumbas eran falsas y falsa la muerte, y donde me iba a encontrar al fin con Héctor. En Morotai lo creí, y en Moa, y en Isla Juana, y en tantos otros sitios que ya no recuerdo. Playas y más playas, rodeadas de palmerales, en las que me pareció ver más de una vez a la mujer del sueño de Tasio; caras y más caras en las que creí por un instante reconocer a Héctor... En Tahura me gané la animadversión de los indígenas por pretender, en medio de un funeral, tocar un cadáver, y a punto estuvieron de matarme. Me consideraron un profanador, ignorando que sólo quería saber si se trataba de una muerte simulada o una muerte real.

Acababa de cumplirse mi segundo año de viaje cuando viví la experiencia más atroz de mi vida. Transcurría el mes de agosto de 1883, y me dirigía en el *Medea* hacia el mar de Java, con la peregrina idea de visitar la isla donde Fabio creyó ver el punto final del sueño de Akásar. Todo empezó cuando, ya cerca del estrecho de Sonda, descubrimos una nube en forma de hongo, que surgía del volcán Krakatoa, y que se elevaba muy por encima del nivel del mar. No mucho después, empezaron a cercarnos las columnas de vapor de agua y aparecieron dos nuevos cráteres de gran tamaño. Hacia las cinco de la tarde del día siguiente, se desmoronó uno de los cráteres y surgió el primer *tsunami*, alternándose con lluvias de ceniza. El *Medea* navegaba a la deriva, y resultaba imposible acercarse a la costa. El caos se apoderó de los viajeros y la tripulación, y no fueron pocos los que aseguraron que estábamos presenciando el fin del mundo. El sol se puso antes de hora y sobrevino la profunda tiniebla. Las olas gigantes hundían las embarcaciones pequeñas o las lanzaban contra las rocas, y las aldeas costeras desaparecían bajo el agua. En la cubierta de nuestro barco había una capa de ceniza de más de un metro de espesor, y todos parecíamos recién surgidos del infierno. La montaña del Krakatoa seguía arrojando fuego y el cielo se llenó de relámpagos. La atmósfera estaba tan saturada de electricidad que los mástiles centelleaban bajo el efecto del fuego de San Telmo. Nuestro timonel apenas podía mantenerse en su puesto, pues cada vez que tocaba las partes metálicas del timón recibía una fuerte sacudida.

Al amanecer, clareó un poco, pero enseguida regresaron las tinieblas. Riadas de ceniza, escoria y fango se precipitaron hacia el estrecho de Sonda impidiéndonos el paso. Entonces sobrevino la gran explosión. Los gases, los vapores y las rocas

formaron vertiginosos torbellinos en el aire, y las olas originadas por el cataclismo alcanzaron los treinta metros, engullendo cuanto encontraban a su paso. Ciudades, aldeas, bosques, el ferrocarril costero de Java, todo fue arrasado por los *tsunamis*. Las olas devoraban barcos grandes y pequeños, y sólo algunos eran milagrosamente devueltos a la costa. El *Medea* fue uno de ellos. Durante horas y horas permaneció dando vueltas en la oscuridad, pero de pronto apareció, en medio del fragor y la niebla, muy cerca de la rada de Batavia.

Yo fui uno de los primeros en pisar el muelle y presenciar la dimensión del desastre. Ateridos de espanto, los habitantes de Batavia corrían de un lado a otro, como almas en pena. Las tinieblas lo envolvían todo. Empecé a delirar y creí ver, entre las ráfagas de ceniza, el cuerpo espigado y gigantesco de una mujer de sonrisa cínica, que llevaba un látigo en la mano. La lluvia, las explosiones y la agitación del mar no cesaron durante toda la noche, pero su intensidad fue disminuyendo, y cuando llegué al hotel paradójicamente llamado La Paz del Mundo, reinaba un silencio de muerte en toda la ciudad.

No mucho después, supe que la mayor parte de la isla Krakatoa había desaparecido bajo el agua, como ocurrió con la Atlántida. Desde Batavia me fui enterando de la magnitud de la catástrofe provocada por el volcán a cuyo cráter se había arrojado el octavo cronista de Akásar tras formular una terrible maldición. Según decía a diario la prensa, la ola originada en el mar había recorrido íntegramente el planeta. En toda la costa del océano Índico, en Ceilán, en isla Mauricio, en Adén y en el litoral de la India se observaron olas cada vez más fuertes. El oleaje se extendió también por el Pacífico, y llegó hasta América. En el Atlántico el *tsunami* alcanzó las costas de Francia y el istmo de Panamá.

También me enteré de que el estrépito de la erupción había sido tal que hasta se había escuchado en Manila, en Australia Central y en Madagascar. Por muy lejos que se hallase Héctor, pensé, era probable que también él hubiese escuchado el rugido del Krakatoa.

La atmósfera sufrió cambios violentos que desencadenaron numerosos huracanes. En Europa, América y Asia los instrumentos meteorológicos registraron movimientos incesantes, y la onda provocada por la erupción dio tres vueltas al globo.

Hacia finales de agosto, el sol adquirió una inquietante coloración verde. Al principio el fenómeno sólo se dejó notar en Java, pero más tarde se observó en Ceilán, en Africa, en Brasil y en América Central. La alteración se debía a las cenizas volcánicas que flotaban en las capas superiores de la atmósfera; y en Java empezaron a hablar del *verde sol de la muerte*.

A mediados de noviembre, un nuevo fenómeno cambió el curso del atardecer. Los rayos solares producían en el cielo una reverberación purpúrea, que se mantenía durante un buen rato, hasta que sobrevinía súbitamente la oscuridad, como se pudo comprobar en Estambul, Atenas, Barcelona, Bagdad, Basora, Samarkanda y otras

ciudades de la ruta de Akásar. En toda la historia de la humanidad, sólo una vez había ocurrido algo parecido.

En diciembre, cuando ya la catástrofe iba quedando atrás, estuve leyendo el *Critias* de Platón y empecé a pensar en la Atlántida y en el fin del mundo tal como lo concibieron los griegos antes de que apareciera el Apocalipsis de San Juan. Si era cierto que al hablar del crepúsculo de los atlantes el pensador ateniense estaba refiriéndose a la destrucción de la cultura minoica, no era necesario ir a Creta o a Zira para saber lo que había ocurrido.

En algunos autores griegos aún se podía rastrear la noticia de que al final de un tiempo remoto y glorioso, los habitantes de Zira, uno de los emporios claves de la confederación cretense, huyeron de la isla cuando vieron que su volcán empezaba a humear. A altas horas de la noche, cuando las naves aún estaban en camino, sobrevino la más gigantesca explosión que se había conocido hasta entonces. Las olas debieron ser tan devastadoras como las del Krakatoa, y el desmoronamiento de la caldera del volcán debió de dar origen al más grande de los *tsunamis* del Mediterráneo. El ruido de la explosión tuvo que oírse en la península ibérica, en Escandinavia, en Persia, en el mar Negro y en Africa Central; y los edificios de Zira quedaron sepultados bajo una capa de ceniza de treinta metros de espesor.

Pero Platón no lo había visto; tal vez ni siquiera lo había imaginado. En cambio yo había presenciado el triste final de los abuelos de Occidente, a través de la explosión del Krakatoa. Finalmente, un peregrino de Akásar asistía mudo a la destrucción de la Atlántida.

## 25

En Java permanecí dos años. Al principio estuve muy ocupado, ayudando a combatir el caos y recorriendo las desoladas costas, cubiertas de lodo gris y cadáveres de hombres y animales. Más tarde, viví retirado en una aldea junto al mar, donde creí ser tan feliz como Fabio en Krakatoa, y donde leí cientos de veces el Apocalipsis y el *Critias*. Allí compartí mis días con una nativa llamada Bora, mujer muy dulce y silenciosa, de delicada anatomía malaya. Llevaba más de un año conviviendo con ella en una casa de madera y caña cuando falleció víctima de unas fiebres terribles que en menos de dos semanas la dejaron reducida a su propio esqueleto. Tras sus funerales, ya no quise permanecer más tiempo en Java y decidí volver a Costa Rica.

En Batavia, donde todavía quedaban muchos recuerdos del desastre, me subí al *Danai*, sin reparar que se trataba del mismo vapor en el que había huido Héctor. Enseguida caí enfermo, y ya no salí de mi camarote hasta la noche de San Silvestre cuando, animado por el médico del barco, asistí a la tradicional cena de fin de año. Recuerdo que me hallaba cenando muy cerca de la estrada de los músicos, rodeado de viejas damas europeas, cuando el maestro de ceremonias nos anunció que tras el rito



de las uvas veríamos en escena a la bella Islowa, la Virgen del látigo, que nos presentaría su nuevo espectáculo.

—Todos los viajeros del *Danai* conocen a Miss Islowa, que con sus canciones ha amenizado nuestros bailes sociales —dijo el canoso y espigado animador, en tono irónico—. Todos han visto su cuerpo glorioso y han escuchado su voz de ondina eslava. Pero hoy la Islowa nos ha preparado un número especial, que será toda una advertencia para interpretar acertadamente nuestro virulento fin de siglo, además de una nueva demostración de su arte refinado y sensual...

El público no lo dejó acabar, pues se acercaba el momento de tomar las uvas y la sala se llenó de silbidos y risas. Pasada la media noche, el escenario se llenó de vaho y surgió de entre las nieblas grises y rojas una mujer vestida de amazona, que exhibía buena parte de sus duros senos. Llevaba las manos enfundadas en guantes de cuero y manipulaba con singular pericia dos látigos, mientras se entregaba a una danza lasciva. En torno a ella surgieron seis hombres, tres vestidos de fogoneros y los otros tres de soldados, y la mujer comenzó a acosarlos con los látigos, mientras ellos hacían patéticas contorsiones y el pianista tocaba una y otra vez la vertiginosa variación número diez de la obra de Brahms que más me cautivaba, y que de nuevo acudía a mí como una maldición cíclica.

Empecé a marearme ante la visión de la amazona vestida de negro y, tambaleándome como un borracho, salí a cubierta para tomar el aire. Más de una hora estuve contemplando las olas oscuras y densas mientras oía los gritos y los vítores que llegaban desde el comedor. ¿Era la primera vez que veía a la mujer del látigo? Durante el desastre del Krakatoa, cuando acababa de pisar los muelles de Batavia, yo había visto a la amazona negra, agitando la tralla entre las nieblas rojas, pensé, y creí que me volvía la fiebre.

Esa noche dormí mal, y soñé con la mujer, los fogoneros y los soldados. Miles de muros se derrumbaban en mi sueño, miles de obreros corrían por las calles y miles de soldados avanzaban por planicies calcinadas y humeantes mientras la amazona negra se dibujaba y desdibujaba contra un cielo rojo y gris, emitiendo agudos silbidos. Me levanté muy aturdido, recordando las visiones de Héctor y deseando que el viaje acabase cuanto antes. Entonces no podía ni siquiera imaginar que tres días después la Islowa me iba a abordar en uno de los bares del barco, cuando yo paladeaba tranquilamente un coñac. Quizá me confundió con otro, y sonriendo graciosamente se sentó a mi lado y me preguntó de dónde era. Animado por el brandy, le hablé de Costa Rica y de mis ancestros españoles. A ella pareció interesarle mucho mi vida y, tras escucharme un rato, me contó sus multitudinarias actuaciones en Berlín, París y Barcelona antes de que la contratase la compañía de atracciones del *Danai*, mientras yo me sentía cada vez más cautivado por sus rasgos eslavos, su pelo rubio, su tez blanca, sus ojos azules, y su ajustado vestido negro. A altas horas de la noche me invitó a seguir bebiendo en su camarote, y acepté su proposición. Ya en el interior de la estancia, Miss Islowa empezó a parecerme una negra serpiente de Tasmania, y dejé

de ser dueño de mí mismo, en parte debido al alcohol y a la morbidez que exhalaban el cuerpo y la mirada de mi anfitriona, y en parte debido a lo mucho que se parecía a Laura. En realidad parecía mi antiguo amor, resurgiendo de sus propias cenizas volcánicas. Miss Islowa me arrastró hasta la cama, y cuando ya nos habíamos rociado de besos, la esclava comenzó a subirse el ajustado vestido, mostrándome sus pálidas piernas. Yo comencé a besarlas cadenciosamente, hasta que ella me dijo que la poseyera por el lugar del Diablo, pues era virgen, según me confesó con ternura, y quería seguir siéndolo. Le hice caso, y mientras me iba adentrando en sus nubes carnales, Miss Islowa empezó a recitar blasfemias con una dulzura demoníaca. Fue entonces cuando tuve una brusca iluminación y supe que la Islowa y yo estábamos entregándonos a los mismos placeres que caracterizaron el amor de Héctor y Laura. De pronto éramos ellos, reproduciendo sus mismos movimientos una borrascosa madrugada. Yo era mi hermano y ella la muchacha tísica y apasionada que blasfemaba tiernamente, dejándose envolver por los espíritus de la noche. Y por más que me pesara, sus susurros hacían más oceánico mi goce y más deliciosa mi pérdida. Hasta que pronunció una última palabra y se entregó al gemido que precipitó el derramamiento de mi licor íntimo, largamente guardado y en ese instante entregado como una ofrenda a las divinidades del mar.

Al día siguiente llegamos a Punta Arenas y me despedí de ella, tembloroso y avergonzado. Con mi ligero equipaje me fui caminando hasta la antigua casa de tío Octavio, pues tenía la intención de no volver nunca más a Atenas. Allí me encontré con Basilio, que se alarmó al volver a verme, si bien no era un hombre que se asustara fácilmente, y creí percibir cierto pánico en su mirada cuando dijo:

—No me sorprende que no haya conseguido dar con Héctor ni con su isla de los inmortales; lo único que me sorprende, señor, es verlo tan parecido a él, con ese traje negro y ese libro en la mano.

La aprensión de Basilio se acentuó todavía más cuando, al día siguiente de mi llegada, un incendio destruía buena parte del barrio de Arauco. Mi partida y mi regreso habían coincidido con dos catástrofes, y también él empezó a creer que yo era un enviado del maligno.

Solo en la casa en la que murió Octavio, leo una vez más el cuaderno de tapas negras y pienso en Héctor y en lo que me ha hecho pasar. En mi evidente falta de valor para dar saltos en el vacío, yo había decidido para mí un destino doméstico, ordinario: seguir los negocios de mi padre, casarme, tener hijos, y he aquí que por culpa de un manuscrito, que reposó largo tiempo en este cuarto al que fatalmente he vuelto, me veo a los cincuenta años cansado y arruinado, con un hermano extraviado y un

cuaderno con la historia de los peregrinos de Akásar, que quisiera quemar y no puedo.

Hoy, al levantarme, me he mirado al espejo y me ha asustado lo mucho que he acabado pareciéndome a Héctor. Después he llamado a la doméstica y cuando ya me estaba sirviendo el desayuno ha ocurrido lo inevitable, lo que se venía incubando en mí desde hacía años, tal vez desde siempre. De pronto he creído hallarme en una vasta oquedad, y he oído pasos, que se iban acercando a mí. Más tarde he sentido que me ardía el cerebro y he sido víctima de largas y penosas convulsiones, hasta que me he desplomado arrojando espuma por la boca. Antes de perder la conciencia, he creído ver ante mi cama a la amazona negra, que mientras hacía restallar el látigo me culpaba de la desaparición de Héctor y me aseguraba, con una voz muy dulce, que no tardaría en ocuparse nuevamente de mí. Después he visto a mi hermano entre las brumas del sueño. No se hallaba en una isla del Pacífico; se hallaba en una isla del Egeo y varios hombres de aspecto oriental lo acribillaban a balazos junto a un monasterio de muros blancos.

Y cuando al atardecer me he sorprendido a mí mismo tendido en la cama, frente a la ventana desde la que se domina el puerto, he recordado aquella carta que me escribió Héctor, en la que me hablaba del arca que le llevaba de la región de la muerte a la de la vida, y he recordado el volcán. Después me he acercado a la ventana, y mientras contemplaba las humaredas que aún se desprenden del corazón de Punta Arenas, he vuelto a ver el verde sol de la muerte y he creído que las sospechas que de joven tenía acerca del poder creciente de la locura del hombre y de la naturaleza empezaban a confirmarse de forma general. Los hombres morirán por millones en las nuevas Babilonias. Ya empiezo a presentirlo en mis sueños. Y entre la niebla envenenada hará aparición la amazona que ya me salió al encuentro, la que lleva un látigo en cada mano, y recita blasfemias como si fuesen mantras, y es dulce y obscena, y no conoce la piedad.

Mientras pienso en la virgen negra leo una y otra vez el Libro de Ezequiel, y temblando me detengo en el capítulo séptimo, donde el profeta dice:

«Tocan las trompetas, todo está presto... Gemirán los hombres como gime la paloma, cada uno con su propia inquietud. Y todas las manos estarán debilitadas, y todas las rodillas flaquearán. Cubiertos con sacos y poseídos por el terror, en todos los rostros se verá la confusión, y todas las cabezas estarán rapadas...»

# UNO

23

Por la tarde anduve recorriendo el cementerio de Aoyama, donde los muertos nipones habían invadido el espacio reservado a los muertos extranjeros. Entre las tumbas, vi una multitud de mujeres que me parecieron surgidas de un sueño. Salí de allí y cogí el tren de circunvalación. El vagón en el que subí tenía casi todos los cristales rotos, y los silenciosos viajeros que me rodeaban aspiraban el aire pestilente que entraba a ráfagas por las ventanas sin inmutarse, con resignación budista. Descendí en la estación del parque Ueno, que en algún momento me evocó la del Tiergarten de Berlín, y mientras consumía los últimos cigarrillos que me quedaban, me perdí entre los templos y las avenidas de cerezos. Acababa de caer un chaparrón, y las gotas de lluvia, aún prendidas a las hojas, formaban como una niebla escarchada y transparente, brillando bajo la luz del poniente. Los cerezos ardían de una húmeda manera, a la vez que adquirían una naturaleza casi líquida, saturada de infinitas partículas de azafrán. Detenerse ante ellos cuando el sol ya quería retirarse ayudaba a comprender por qué el maestro Tozám había dicho que el universo era una bola de fuego cuyas llamas se nos iban continuamente de las manos.

Con mi último cigarrillo en la boca, dejé atrás el parque y decidí regresar a la Oficina de Importación atravesando el barrio de las casas de citas. Antes de la guerra, algunas de aquellas casas llegaron a parecer palacios, habitados por muchachas amuebladas más que vestidas, de cara de porcelana y gestos ritualizados. Se las veía a través de las doradas pantallas, en el tórrido anochecer estival de Tokio. Pero ahora sólo quedaban varias docenas de envejecidas mujeres en las descoloridas mansiones. A veces miraban desde las ventanas a los pocos transeúntes que cruzaban el distrito, con ojos que sólo comunicaban frío y que habían perdido toda su capacidad de seducción.

Tentado por la curiosidad, crucé un jardín abandonado y me detuve ante el vestíbulo de una de las casas. Junto a una puerta de desconchada laca podía leerse un poema escrito con muy bella caligrafía y que me llenó de tristeza. En otro tiempo pudo haber servido como reclamo para los amores de una noche, pero ahora tenía otro significado, pues no me parecía que en los momentos que estábamos viviendo en Japón el amor fuese más poderoso que la muerte. El poema se titulaba «Gatos», y decía así:

Sin pensar en el deber o en la gente, sin pensar en las miradas cruzadas y envidiosas de otros gatos, un felino rayado y otro blanco van por el borde de un tejado y trepan hasta el pretil. Les impulsa el amor que es más fuerte que la muerte, pero un día llegará el viento otoñal y ya no se reconocerán. Alma mía, cómo envidio el amor de los gatos.

Acababa de leer el poema cuando creí oír gemidos procedentes del interior de la casa. Abrí la desvencijada puerta, avancé por un pasillo de frágiles paneles y llegué a una larga estancia que daba a un jardín lleno de sauces. Al fondo de la sala, una mujer permanecía arrodillada, de espaldas a mí. Temiendo ser descubierto, ya estaba a punto de irme cuando la mujer empezó a cantar una balada:

La noche es negra y me agobia la soledad.  
El placer se fue y ya no puedo subir  
a la habitación más alta.  
Todo se ahoga en la noche negra,  
también la esperanza.  
Hasta los sueños son negros,  
y negras mi sed y mi fiebre.  
Sobre la almohada negra  
nuestras palabras son negras como la muerte.

La canción me obligó a ser mucho más consciente de mi propia soledad de europeo en Tokio, pero a la vez me sentí profundamente hermanado a aquella mujer, tan sola como yo. De pronto me fijé mejor en ella, y descubrí a su lado el cadáver de un niño, tendido en el suelo. Fue entonces cuando me acerqué. La mujer giró la cabeza, me miró como si me conociera, y tras señalar al niño se echó a llorar. El pequeño cadáver ya hedía, y ella parecía trastornada, como si llevase varios días sin comer, cantando, gimiendo y sollozando en aquella casa cerrada al tiempo y a la vida. Intenté consolarla; la mujer sonrió con delicada amargura y entre sollozos me contó que ya no recordaba cuánto tiempo hacía que había muerto su hijo, y que ni siquiera tenía dinero para comprarle el ataúd. Le pasé el poco dinero que llevaba encima. Ella me lo agradeció con una sonrisa y pretendió devolverme el favor. Le dije no con la cabeza y salí de allí.

Estaba anocheciendo cuando llegué a la oficina. Encontré al director solo en su despacho, y parecía tan hastiado como yo del Imperio del Sol Naciente. Con voz casi inaudible, me ordenó preparar su automóvil, pues debía presentarse al día siguiente en Hiroshima, donde le aguardaba su mujer.

—Saldremos en cuanto despunte el alba —me dijo, antes de retirarse a su habitación.

La paz parecía completa: ninguna sirena en toda la noche, ningún sobresalto; así que salimos antes de que amaneciera.

Según íbamos avanzando hacia Hiroshima, notábamos la desdicha en cada ciudad, en cada pueblo. Nos hallábamos a unos treinta kilómetros de nuestro destino cuando brotó el hongo, como el vómito repentino que Julio Monestir había visto surgir de la isla Krakatoa, y nos cegó su luz.

Mi superior pensó en su mujer y se echó las manos a la cabeza. No necesitamos preguntar a nadie lo que había ocurrido. La imagen búdica del mundo como una bola de fuego dejó de ser para mí una metáfora, convirtiéndose en una evidencia que me enfrentaba a la pregunta básica de toda filosofía. Después vi la destrucción; una

ciudad literalmente arrasada. Tan sólo algunos muros destacándose como postillas negras en medio de un desierto recién creado, vitrificado y reluciente, como un inmenso jardín zen, en el que poder meditar sobre el vacío. Los nuevos artistas que llenaban las galerías de Europa de formas cada vez más arriesgadas podrían ahora peregrinar hasta la llanura de Hiroshima, y ver la representación más genuina del silbante silencio zen, llegando a la región más antigua del cerebro, y facilitando la iluminación. El ángel que tocaba la trompeta como los músicos de Harlem, afilando los sonidos y taladrando una noche convertida en una única y fulgurante radiación, estaba allí, sobrevolando aquel paisaje rural que había sustituido mágicamente a una ciudad, ahora tan ilusoria como las que buscaban los españoles en el desierto de Arizona.

Dos días después, ocurría lo mismo en Nagasaki, y en muchas conciencias empezó a perfilarse la visión: todo Japón convertido en un helado jardín zen, iluminado por un sol verdoso que no había visto nunca. Y ese fin de un mundo no tenía la grandeza sinfónica del Apocalipsis de San Juan, ni su desenlace parecía ser la Ciudad de Dios, con sus fundamentos de jaspe, zafiro, calcedonia y esmeralda. Ese fin de un mundo tenía la indefinición diabólica de la nada, sin forma y sin contenido, y en su misma abstracción residía su verdadero poder de convicción. Te convencía de que la aventura humana era una pesadilla y de que la bestia apocalíptica hacía aparición todos los siglos, cada vez con armas más desmedidas, porque era sustancia nuestra; te convencía del valor sobrenatural de la nada, el dios más duradero, que precedió al universo y que habría de sucederle tras su desaparición; momento final en que ya la nada sería definitivamente el todo. Helada verdad a la que habían aspirado desde siempre los filósofos orientales, con una obstinación que sólo ahora comprendía y sólo ahora me parecía justificada.

Dos días después, obsesionado como estaba por cuanto acababa de ocurrir, combatí el insomnio pensando, por primera vez en mi vida, en una posible y primordial Horda de Fuego. Imaginé a esa horda viviendo junto a un río helado. Sus machos y sus hembras estaban enfermos. El hambre, el frío, la fiebre los diezmaban día a día. Hasta que una noche la tierra se calentaba, el hielo se derretía, y el agua comenzaba a hervir. Una montaña surgía a lo lejos, y vomitaba humo y un líquido denso y purpúreo. La horda huía. El cielo se tornaba negro y volaban por los aires rocas candentes. Dos machos se quedaban rezagados y se aproximaban a una de las piedras vomitadas por la montaña recién nacida. Acercaban a ella una rama seca y veían llamas por primera vez. Acababan de descubrir el fuego, y ya no lo dejarían escapar. Aprendían a dominarlo en secreto; aprendían a amarlo y a adorarlo. El dios abrasador vivía con ellos y era más dócil de lo que parecía al principio... Había llegado el momento de hacer rentable el descubrimiento... Ahora veía a la horda avanzando con el dios en su poder e inaugurando por doquier la Era del Fuego. Vivían del fuego y de incendiar cuantas selvas hallaban a su paso, procediendo siempre de manera caótica y desalmada, y arriesgando a menudo sus vidas. Tras el

incendio, se alimentaban de cuantas bestias achicharradas hallaban a su paso y seguían hacia delante, cada vez más numerosos y mejor alimentados. Las otras hordas, que desconocían al dios, eran eliminadas. Así llegaban hasta los confines de la India y hasta las húmedas selvas de Europa... Entonces les parecía que se acababa el mundo y los muchos clanes que ya conformaban la inmensa Horda de Fuego empezaban a sedentarizarse. Los veía fundar ciudades en lugares donde había agua y abundaban las piedras. Ciudades de piedra con nombres de piedra, en las que había siempre un templo a algún dios ígneo, cuando no al mismo fuego... Pero los habitantes de esas ciudades nunca olvidaban su adolescencia incendiaria ni sus dioses arrasadores, a los que seguían rindiendo desmedidos tributos, usando procedimientos cada vez más eficaces, como se acababa de demostrar en Japón. Y mientras contemplaba desde la cama una de las calles más tristes de Tokio, me preguntaba si el fuego no seguiría en poder de los descendientes de la Horda, un fuego que penetraba en los átomos, más central, esencial y real que el antiguo. Pero entonces, ¿el destino de las nuevas hordas seguía siendo el mismo que el de aquella: expandir fuegos cada vez más poderosos, que condensasen todos los fuegos anteriores y los potenciasen hasta abrasar las profundidades de la materia? Porque ahora, como ayer, el poder se concretaba y materializaba en la posesión de los nuevos fuegos. Quienes los tenían en sus manos arrasaban y se convertían en Señores de la Tierra, y dedicaban a esos fuegos muchos esfuerzos, y se desvelaban por ellos, y los ocultaban en ciudades tan secretas y sagradas como lo fue Atur Gushnap, la ciudad iraniana del Fuego Real. Pero Atur Gushnap era tan sólo uno de los muchos ejemplos de la antigüedad, que me conducía a otros fuegos, como el de Fudó, en el país donde ahora me hallaba, y ante cuyos altares ardían continuamente lámparas de aceite de sapo; o como los fuegos de los aztecas, los mayas y los incas, ardiendo sin cesar en las pirámides; o como las llamas permanentes que los egipcios conservaban en todos sus templos; o como el fuego que ardía en Délos, ante la estatua de Apolo, o en los templos de Vesta en Roma... Al igual que entonces, poseer el Fuego Real implicaba, entre otras cosas, la posibilidad de poder provocar en uno mismo y en los demás el Apocalipsis. Los supervivientes de Hiroshima lo sabían, y sus muertos lo confirmaban una vez más.

## 22

Llegó el armisticio, pero yo continué en Japón, debido a que el director de nuestra compañía decidió regresar a España tras la muerte de su mujer, y fui designado para ocupar su puesto. Permanecí en Tokio hasta el invierno del 47, en que pude volver a casa tras recibir la noticia de que mi padre se encontraba muy grave.

Cuatro aviones diferentes tuve que coger hasta llegar a Barcelona, donde mi progenitor se hallaba en plena agonía. A mediados de diciembre, sus restos ya descansaban en el cementerio del Este, y bien podía decir que ya no me quedaba ni

un solo familiar vivo en la ciudad que me había visto nacer treinta y seis años atrás. En Barcelona reinaba el terror y resultaba difícil hallar un solo rincón hasta el que no llegase la fetidez de la miseria. Era aquélla la más sombría de las posguerras, y hasta el cielo parecía impregnado de desaliento. Así que me fui hundiendo en un pozo de tristeza y pasaba los días enteros en casa. Hasta que llegó la Nochebuena y anunciaron un concierto en el Palau de la Música, a cargo del pianista Erich Zarço, al que había tenido la oportunidad de escuchar en Berlín, quince años atrás. Como entonces, iba a tocar las *Variaciones* de Brahms sobre un tema de Haendel. Viendo que sería muy difícil encontrar mejores amigos que Haendel, Brahms y Zarço para pasar la noche de Navidad, decidí ir al concierto. A eso de las once, salí de mi casa y me fui andando hasta el Palau a través del Barrio Gótico. Hacía mucho frío y la niebla, sucia y densa, difuminaba las insignias luminosas del hotel Suizo dándole a todo aquel paraje urbano un aire siniestramente germánico. El suelo estaba resbaladizo, el granito de Vía Layetana brillaba a la luz enferma de las farolas, cubierto por una fina capa de hielo, y se veían aquí y allá fantasmagóricos automóviles parados.

De vez en cuando, desde alguna casa, llegaban radiofónicas melodías navideñas, y apenas se veían transeúntes por las calles.

Finalmente llegué al Palau, compré mi entrada, y fui penetrando en el helado recinto. Dentro del teatro el frío parecía aún más intenso, y el hecho de que todo su interior estuviese cubierto de cristal y cerámica acentuaba hasta el suplicio la sensación de gelidez. Era penoso dejar las manos fuera de los bolsillos. Mis propios dedos me parecían ajenos y sólo el intenso escozor en las yemas me obligaban a reconocerlos como propios. Pero los quince aturdidos espectadores que nos hallábamos dispersos por la sala de butacas podíamos cobijar las manos en los bolsillos de nuestros abrigos, no así el pianista, cuyos dedos deberían de enfrentarse a una doble verdad: la partitura de Brahms y el frío radical, inesquivable. Mucho calor tendría que darle a su interpretación Zarço para no claudicar a medio concierto, pensé.

Más de media hora estuvimos con las miradas fijas en el piano, hasta que apareció Zarço. Ojos hundidos, delgadez extrema, pelo canoso, pasos indecisos... Un hombre muy distinto al que yo había conocido en Berlín. El último concierto suyo al que asistí había tenido lugar en el Club de Amigos de la Música de la calle Dragonier, a comienzos del año 30. Y en aquella ocasión, como en otras muchas de entonces, Ida y Waldo estaban a mi lado, escuchando las *Variaciones*.

Y ahora Zarço, reducido a la mínima esencia física, que hacía aún más visibles sus sarmentosas manos, iba a interpretar aquella misma pieza, por la que Brahms había sentido un gran apego y que acostumbraba a tocar en la intimidad cuando el mundo le era hostil.

Antes de empezar, Zarço nos miró sobrecogido, diciéndonos con los ojos que haría todo lo posible para no desertar, y posando sus dedos en las teclas se sumergió y



nos sumergió súbitamente en las *Variaciones*. Cautivado por su estilo, que pronto adquirió las más depuradas formas de la transparencia, saqué las manos de los bolsillos. Con razón habían dicho los pitagóricos que la música calienta el alma cuando está fría, y la enfría cuando está que arde, por lo que según ellos contribuye como ninguna otra creación del espíritu a hacer más vivible la vida. Y ahora, gracias a Zarço, las quince personas que nos hallábamos en el teatro estábamos pasando del frío insoportable al calor íntimo.

Eramos pocos, pero aplaudimos con tal generosidad que Zarço se vio obligado a prolongar el concierto hasta las dos de la madrugada, añadiendo a las variaciones otras obras de Brahms, para finalizar con las *Rapsodias opus 79*, donde el virtuosismo de Erich alcanzó su mejor definición.

Cuando al fin se retiró al camerino, estuve a punto de ir a felicitarlo. Pero me contuve. Nunca había hablado con Zarço. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía decirme? A un intérprete como él nunca se le debía pedir más de lo que daba en escena. Además, Zarço me evocaba una época en que, por demasiado feliz, se había ido convirtiendo en una especie de gangrena que a veces no me dejaba vivir. Así que salí del Palau y me perdí por las calles vacías, sintiendo aún más frío que antes del concierto. Al llegar a casa, encendí la estufa, me serví coñac, y permanecí un buen rato meditando junto al fuego mientras escuchaba en el gramófono el *Réquien alemán*. Debían de ser la cuatro de la mañana cuando oí el timbre de la puerta principal, que daba a la calle Marlet.

Ligeramente preocupado, salí de mi cuarto, crucé el patio y el zaguán, y acerqué el ojo a la mirilla para apartarlo inmediatamente, fulminado por lo que acababa de ver. Bajo la luz cetrina del primer farol de la calle Marlet brillaban los ojos de Erich Zarço. Abrí inmediatamente la puerta y vi al pianista, que traía un paquete en la mano derecha.

## 21

—¿Es usted Marc Forns?

—Sí —le dije lleno de asombro—, Y usted es Erich Zarço...

—¿Me conoce?

—Conocerle a usted no es ningún milagro. Estuve en su concierto...

—Oh... —Y sonrió levemente—. Le traigo un paquete de su amigo Waldo Mosen —susurró después.

—¿De Waldo? —exclamé—. ¿Dice usted de Waldo? Pase, por favor —dije, y le conduje a través del patio y las escaleras hasta la galería desde la que se accedía a mi cuarto.

—¿Aquí estuvo la judería? —me preguntó Zarço, acercándose a la estufa.

—Sí, aquí estuvo el corazón de la judería. Esta calle se llamó Jafiel antes de llamarse Marlet, y qué duda cabe que la casa donde nos hallamos debió de pertenecer a un judío —le dije indicándole los desgastados mosaicos del suelo en los que aún se percibía la estrella de David—, ¿Puedo ofrecerle una copa?

—Desde luego.

—¿Qué ha sido de Waldo? —pregunté con temor, mientras le servía.

Pensando quizá que las noticias trágicas es mejor darlas de prisa y con corrección burocrática, Zarço dijo, con su voz de asmático:

—Waldo murió hace dos años, en un asilo de alienados de Berlín. En la celda donde se ahorcó dejó este paquete para usted.

Tras un largo silencio en el que desfilaron ante mí las filmaciones que recientemente había visto sobre los campos, le dije:

—¿También usted fue amigo de Waldo?

—También. Lo conocí poco antes de que empezasen las primeras deportaciones, de las que me libré a costa de vivir cinco años en un sótano. Waldo y yo habíamos sido vecinos y a veces cenábamos juntos... Poco después de que concluyese la guerra, un amigo común me informó que de Waldo había regresado vivo del campo, y que se hallaba en el asilo mental de Grünewald. Allí lo volví a ver... Parecía otro...

—Ya me lo imagino.

—No; usted no se lo imagina. Nadie que no haya visto cómo llegaban los deportados puede imaginarlo. Treinta y siete kilos... La piel, la carne, las vísceras y los huesos formaban un todo reseco, de olor a tanatorio... Waldo no parecía vivo, ni siquiera parecía un loco... Era un ser de otro mundo, enfermo de irrealidad, que me miraba desde la profundidad de sus ojos de insomne... No podía comer, no podía beber... Hasta con agua se atragantaba... Lo alimentaban con suero... Y sin embargo la vida, la recóndita vida que latía al fondo de su cuerpo, fue emergiendo hasta la piel... Y empezó a comer y a beber... Y cuando se libró del suero y tuvo fuerzas para levantarse, se ahorcó... Una tarde entré en su habitación y lo hallé muerto... Sobre la mesa había dejado el paquete que le traigo y una carta para mí, en la que me decía que, de hallarse usted en paradero desconocido o simplemente muerto, el paquete pasaría a mis manos. Por eso era tan importante para mí saber si usted vivía o no, y aproveché este concierto en Barcelona para comprobar si en la calle Marlet residía todavía un amigo de Waldo llamado Marc Forns... He guardado más de dos años este paquete esperando poder entregárselo personalmente...

—Entiendo —le dije, pero no era cierto—. ¿Y a Ida Braun? ¿La conoció también?

—Ida Braun Leví —puntualizó él—. Cualquiera podría pensar que era hermana de la mujer de la Bestia... Claro que la conocí... Era inseparable de Waldo...

No me gustaba su forma de puntualizar, quizá inseparable de su puntillosa profesión, y su sentido del humor estaba muy lejos de entusiasmarme. Fuera de escena, Zarço resultaba menos convincente que cuando se enfrentaba a la ferviente

verdad de las *Variaciones*. Pero olvidé mis escrúpulos con él cuando me dijo, refiriéndose a Ida:

—También a ella la deportaron, y es muy posible que esté muerta...

Volvimos a hundirnos en un silencio irrespirable, que Zarço rompió para decir:

—Vive usted en una casa que los españoles arrebataron a los judíos, en la que además veo ciertos símbolos masónicos, y es de sobra conocida la simpatía que el régimen español profesa a los masones... Sin embargo, tengo entendido que ha militado usted en el partido del gobierno... ¿Puedo preguntarle la razón? —susurró mientras cogía un puro de mi cigarrera japonesa.

Se lo encendí y dije:

—¿Y yo puedo preguntarle que le hace pensar que he practicado la militancia que me atribuye?

—Su estancia en Japón en plena guerra. Waldo me habló alguna vez de usted y me comentó que se hallaba en Tokio...

—Nuestro común amigo no le mintió. Pero... ¿haber pasado la guerra en Japón le parece a usted tan determinante? —le pregunté, y me eché a reír con cierta satisfacción.

—Al parecer usted pertenecía al cuerpo diplomático español.

—No del todo...

—¿Qué significa «no del todo»?

—Que mi misión no era exactamente diplomática, aunque algo de eso había. Mi misión, señor Zarço, era comercial...

—Explíquese...

Armándome de paciencia, empecé a decir:

—En 1940 regresé a Barcelona, tras haber pasado cinco años en Berlín y tres en París. Mi hermano mayor, que se encargaba de los negocios familiares en Extremo Oriente, falleció en Tokio, y tuve que sustituirlo, abandonando de paso mis proyectos académicos. Mi familia pertenecía al gremio de la seda, de gran tradición en esta ciudad; y ocurría que, en aquel entonces, España acababa de firmar un acuerdo comercial con Japón, que tenía fijado su término para la primavera del año siguiente, pero que se fue prorrogando hasta dos años después del armisticio. En el acuerdo, España se comprometía a enviar a Japón sal, mercurio y potasa, y Japón se comprometía a enviarnos carbonatos de cobre, cristal, hilo de rayón y... seda natural.

—¿Y ahí estaba usted? —preguntó con fingido escepticismo.

—Sí, ahí estaba yo. Al principio sólo fue la seda, pero después tuve que ocuparme también de otros productos. Y le diré una cosa: después de haber pasado más de un lustro en Japón, estoy curado de espantos, y tengo la impresión de que cuando se complete de verdad la baraja de la infamia, casi todas las actitudes que conformaron y conforman el mosaico del terror dejarán mucho que desear... Por lo demás, los símbolos masónicos a los que usted se refiere, y que se reducen a esas dos columnas

de la biblioteca, son herencia de mi padre. Pero dígame, señor Zarço, ¿ha venido usted a interrogarme?

—No; he venido únicamente a entregarle el paquete de Waldo, y quiero saber en manos de quién dejo algo que, a primera vista, parece muy importante...

—Alabo su sentido de la responsabilidad, pero sospecho que si Waldo me ha dejado como herencia ese paquete, su contenido debe de estar relacionado con una época anterior al desastre, y seguramente al margen de lo que fueron nuestras vidas desde que nos vimos por última vez. ¿Puedo ofrecerle otra copa?

—Naturalmente.

Volví a servirle coñac y le felicité por su interpretación de las *Variaciones*, agradeciéndole los momentos que me había hecho pasar hacía unas horas y hacía unos años, cuando no me perdía ninguno de sus conciertos. Noté que se relajaba y le animé a que me hablara un poco de su vida y de su profesión. Fue entonces cuando me contó que en el sótano donde se ocultaba tenía un piano con las cuerdas inutilizadas. No le convenía hacer ruido y empleaba un piano mudo. Según me dijo, ensayaba más de seis horas al día, sintiendo cómo la música era la más pura emanación del silencio. Le sirvió para mantenerse en forma, y me aseguró que nunca había sentido la armonía tan a fondo, purificando todos los recovecos de su conciencia y haciéndole soportable la reclusión.

Su tren salía para París a las seis y media de la mañana, y apenas si estuvimos una hora hablando junto a la estufa. Ya en el andén de la estación de Francia, llena de emigrantes y mendigos, nos despedimos parcamente y prometimos volver a vernos. A las seis regresé a mi casa y rasgué el paquete lacado de Waldo, en cuyo interior hallé un cuaderno de tapas negras y una carta que decía:

## 20

Querido Marc:

Algunas noches, cuando estaba a punto de acabar la guerra y continuaba el horror en los campos, me evadía del infierno pensando en Ida y en ti y recordando la época anterior a la catástrofe, cuando éramos estudiantes en Berlín. Y a veces me preguntaba si sería posible, desde aquella región del pasado aún sin corromper, enderezar la vida e interpretarla de otra manera. Entonces acudían a mí las tardes de domingo recorriendo en bicicleta las orillas del Spree, o aquellos sábados de sabor a noche y a deseo con Ida y contigo, bebiendo hasta el alba en el Josty o en el Gato Negro; o las madrugadas en aquella casa junto al Havel... Lo compartíamos todo, hasta que lo dejamos de compartir... Pero es que tú acostumbrabas a ignorar que Ida y yo éramos judíos, y que nuestras familias aprobaban nuestra boda. ¿Recuerdas la mañana en que te estábamos esperando en la estación de la calle Friedrich y te oliste la exclusión? Y la tarde en el *dachgarten* del Edén en que decidiste romper con nosotros, ¿la recuerdas? No te volvimos a ver hasta dos años más tarde, cuando ya te habías trasladado a París donde continuabas tus estudios. Pretendiste parecer un desconocido, sin conseguirlo en absoluto. Más tarde me enteré de que habías abandonado repentinamente la universidad y de que estabas en Japón. ¡Qué lástima, pienso ahora, haber cortado por lo sano en tiempos tan difíciles! Como habrás sospechado, Ida y yo ya nunca fuimos tan felices. Ida nos quería a los dos y tengo la impresión de que tu ausencia supuso para ella una horrible

mutilación. Y mientras tú te dedicabas al comercio, para sorpresa de cuantos te habían conocido, nosotros nos hacíamos mitad sionistas, mitad comunistas. Y vivimos años de violenta agitación, hasta que empezaron las deportaciones. A Ida la llevaron a Dachau y a mí a Auschwitz, donde permanecí hasta hace unos meses. De Ida no sé nada, Marc, de la dulce Ida de nuestra juventud, pero es más que probable que la gasearan.

Tuve que llegar al faro del fin del mundo, cuya luz no era otra que la emitida por los crematorios, para darme cuenta de mi lugar en el peregrinaje hacia Akásar. Y me dirás: ¿qué es Akásar? Y yo te responderé: una sociedad secreta en la que acabas de ingresar, cofrade Marc.

Pero olvídate un instante de Akásar y déjame que te hable de mi vida en el campo. Durante toda mi estancia allí trabajé de relojero, y por mí pasaban todos los días miles de relojes sin dueño, que iba guardando en cofres de hierro tras comprobar su buen funcionamiento. Yo era el Señor del Tiempo en aquel universo de olor a petróleo y a heces, y podía calcular hora a hora, día a día, el número exacto de fichas que desaparecían del tablero.

Y mientras contaba los relojes deseaba que el dios del Zohar y del Gran Sínodo, el dios de ojos sin párpados y sin pestañas, que no duerme jamás y que jamás cierra los ojos, el dios del gran insomnio que vigila sin cesar el universo, y en cuyas pupilas se albergan las oscuridades más nítidas y las transparencias más negras del cosmos, calcinara con su mirada la tierra y abrasara el abismo humano, y que con su fuego, infinitamente superior al de los crematorios, acabase con todos los verdugos y todas las víctimas de los verdugos, y que los cipreses de los cementerios de Alemania se doblasen como hierbas, abatidos por el viento de la cólera divina.

Ya no meditaba en el esplendor del Anciano de los Infinitos Días, ni en la radiante luz del Macroprosopeo, ni en sus gloriosos brazos abiertos, albergando miríadas y miríadas de estrellas. Meditaba solamente en las cenizas de su ira cubriendo todo el universo, vengando nuestra humillación y haciendo estallar el cráneo de la Bestia negadora de razón y negadora de vida. Meditaba en la agonía de todos sus esbirros, y lleno de horror me preguntaba si la humanidad podría alguna vez sanar su cáncer de alma.

Y por las noches, en el barracón, miraba desde la ventanilla los riachuelos de agua y sangre, iluminados por las luces enfermas, y mientras recordaba una y otra vez la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní, esperaba el sueño pensando unas veces en Ida y en ti, y otras veces en los peregrinos de Akásar, a quienes conocerás si lees las crónicas que junto a esta carta te envío. Las heredé de mi abuelo, que antes de venir a Europa tenía una platería en Punta Arenas, ciudad de Costa Rica en la que un anciano llamado Basilio Rosas, administrador al servicio de Julio Monestir, le regaló el manuscrito que ahora tienes en tu poder, y en el que se habla a menudo de Grecia y de algunas islas que tuve a bien visitar antes de conocerte, aunque no te lo hubiese dicho nunca y nunca hiciese el más mínimo comentario sobre ellas cuando te daba por divagar sobre la antigüedad, en aquellas largas y felices borracheras.

Basilio Rosas encontró el cuaderno de tapas negras en el lecho de muerte de Julio Monestir, y creyéndolo un documento diabólico, se le ofreció al hombre que más había colaborado para arruinar a su patrón, y al que Julio debía una cuantiosa suma de dinero. Ese hombre, que en un pasaje de la narración de Julio sale comentando una de las noticias del *Heraldo del Atlántico*, era mi abuelo, que se convirtió de la noche a la mañana en el nuevo peregrino de Akásar, circunstancia que sin duda debió de provocarle más de un insomnio. Como creo que ya te dije alguna vez, mi abuelo, que se había quedado sin familia en Punta Arenas, se vino a morir a nuestra casa de la judería de Berlín, donde habían vivido algunos de sus ancestros sefarditas dos siglos atrás, y donde nos tenía a nosotros. Pocos días antes de fallecer, me llamó a su cuarto y me legó las crónicas de Akásar, no sin antes indicarme que la única isla del no-tiempo a la que los peregrinos podían aspirar era el cuaderno de tapas negras que tienes en tus manos, y en el que deberás incluir esta carta, como testimonio de mi paso por la vida y de mi pertenencia a la cofradía. Durante todo mi cautiverio, las crónicas permanecieron ocultas en un sótano de Berlín, y no las pude recuperar hasta mi regreso a la ciudad en ruinas, pocos días antes de escribirte esta carta. Puede que no entiendas parte de lo que te estoy diciendo. No importa; cuando hayas leído el cuaderno lo comprenderás todo, y custodiarás con celo el manuscrito, y adivinarás por qué nunca os hablé de él a Lida y a ti. Hubiesen sido demasiados miembros vivos en la cofradía. Y además, temía que me creyeseis

un loco y me irritaba tener que soportar preguntas como: «¿No crees que el cuaderno fue íntegramente escrito por Julio Monestir?» Antes de despedirme de ti, quiero que sepas que estoy convencido de que Julio Monestir es sólo el autor del último testimonio del cuaderno, y no deja de ser una lástima para los peregrinos de Akásar no saber lo que le ocurrió a Héctor y haber perdido el manuscrito del siglo XVI, así como los ojos de cristal y el tubo de oro que los contenía. Me gustaría tener esos ojos en mis manos: dos abraxas que iban pasando de uno a otro peregrino, como comprobarás cuando te sumerjas en el manuscrito; dos talismanes que podrían ayudarme, quizá, a retener el pensamiento... Me estoy perdiendo, Marc. Se me va la conciencia continuamente a otra parte, y tan sólo viene a mí unos instantes al día. Tan singulares momentos son como islas de razón, en los que puedo pensar, recordar, escribir. Pero enseguida vuelve el remolino, y me veo corriendo por un pasillo sin fondo, entre dos crematorios infinitos.

Por eso la carta que ahora te envió me ha costado más de un mes escribirla. Día a día he ido aprovechando las islas de razón para comunicarme por última vez contigo.

No sé en qué mundo vives ahora, ni a qué poderes sirves, pero haz lo que hagas, procura conservar las crónicas de Akásar.

¿No has pensado nunca que en algún oscuro lugar entre ésta y otras vidas podríamos volvernos a encontrar? Cuando éramos jóvenes y nos divertíamos en Berlín, a menudo sentía una intensa sensación de *déjà vu*. Nuestros encuentros de entonces me parecían recuerdos en el instante mismo en que se estaban llevando a cabo. Esta carta también me parece un recuerdo, y un recuerdo el momento en que la recibes y la lees. Que tengas suerte,

Waldo

Tras la lectura de la carta, me quedé un buen rato hundido en el sofá, sin atreverme a abrir el cuaderno. Una y otra vez, me asaltaban imágenes de Berlín que, convocadas por las palabras de Waldo, regresaban a mí con una intensidad inesperada...

## 19

Una brisa leve llega desde el río, y alivia el sopor del agosto berlinés. Waldo y yo nos hallamos sentados en un banco, junto a una fuente que mansamente gorgotea, acompañando nuestros pensamientos. Los dos vamos vestidos de blanco, como la mujer que ahora se acerca a la fuente. Su falda y su blusa más que velar afirman su anatomía de chica metropolitana. Waldo y yo nos quedamos mirándola, y ella, que parece tener ojos en la nuca, se demora ante la fuente para que podamos apreciarla mejor. Mas no puede eternizarse en tan difícil postura y, cuando al fin se aleja por la rotonda, el resol difumina su figura, haciendo que nos parezca una alucinación. Ocurría eso un domingo por la mañana a las orillas del Havel, y la mujer era Ida.

Más tarde volvimos a cruzarnos con ella en la playa fluvial, y allí quedamos fascinados por su silueta efébrica, sus pequeños pechos y su mirada, verde y líquida, de una dulzura casi bíblica. Y cuando tres días después la vimos una noche en el Romanisches Café, ya no pudimos resistir la tentación de saludarla. Estuvimos hablando con ella hasta las dos de la mañana, en una apartada mesa del café. Fue entonces cuando nos dijo que había nacido en la judería veneciana y que se hallaba en Berlín estudiando alemán. Cuando nos despedimos de ella en la parada de taxis, ya habíamos acordado una cita para tres días después.

Al año siguiente éramos inseparables. Íbamos juntos a todas partes; a las cervecerías, a los teatros, a los conciertos de Zarco. Mientras, la vida se iba envenenando en Alemania. Y de pronto, una mañana llego de Barcelona y compruebo que han decidido excluirme de su sueño. Ese mismo día, Waldo me asegura, con irritante vehemencia, que podemos seguir siendo amigos, incluso grandes amigos, pero ya sabiendo que Ida se ha decidido por él, tras una penosa deliberación consigo misma y una noche de amor en el hotel Edén.

Decidí no volver a verlos y me fui a Grecia. Fue un verano melancólico y feliz. En Delfos, en Epidauro, en Rodas, pasaba noches enteras mirando las estrellas, sintiéndome más partícipe que nunca de la mirada hacia adentro y hacia fuera de los antiguos... Desgraciadamente no pude ir a Délos, pues la barca que iba a llevarme desde Miconos se averió, y después hubo tormenta... En septiembre regresé a Berlín, desde donde me trasladé a París. Allí permanecí hasta que falleció mi hermano y mi padre me pidió integrarme en la empresa familiar. Por razones fáciles de explicar para quien ha padecido la servidumbre académica, empezaba a aborrecer la universidad, triste simulacro del útero materno, y deseaba sumergirme de lleno en las dichas y desdichas del mundo real. Y fue así como en enero de 1941 me fui a Japón, donde llegué a olvidarme casi por completo de Ida, Waldo, Grecia y Berlín.

Pero ahora aquella carta de mi mejor amigo de juventud me obligaba a recuperar una parte de mi pasado con la que creía haber roto para siempre, y ya no sabía si maldecirle por ello o agradecerse.

Preparé café, me puse cómodo, y empecé a leer el manuscrito. La letra no parecía la de Waldo ni parecía de Waldo el mundo que allí se iba desplegando. En realidad, aquella historia parecía un delirio y una maldición. ¿O podía considerarse un privilegio pertenecer a una organización donde los muertos pesaban siempre mucho más que los vivos? ¿Merecía la pena pertenecer a una cofradía de muertos, aunque fuesen discípulos de Platón o San Juan? Pero hablar de muertos, en plural, era quizá el mayor de los desvarios, pues por más que me extrañara, aquel relato sólo podía haber sido escrito por Waldo. Tanto en el campo como después en el manicomio, Waldo había conseguido evadirse del horror imaginando el mundo de los peregrinos de Akásar. Ciudades perdidas, partidas de ajedrez en Samarkanda, travesías por el Pacífico, noches de locura en Punta Arenas... Y ese universo le había ayudado a sobrevivir. Cierto que la letra del manuscrito no parecía la suya, mas quizá cuando escribía las crónicas de Akásar se sentía otro y era otra su letra...

Pero todos mis prejuicios respecto al manuscrito empezaron a tambalearse cuando llegué al testimonio de Fabio y me asaltó la sospecha de que la casa donde el octavo cronista amaba a Angelina y a Rachel, la casa, en fin, donde accedía a la copia en castellano del legado de Akásar, era la misma en la que yo había nacido y que ahora me pertenecía. Un lugar por el que ya habían pasado dos cronistas antes de que el manuscrito llegase a mis manos, circunstancia que lo convertía en uno de los

miradores privilegiados de la ruta de Akásar y en un punto tan frecuentado como Délos, Patmos, y el roquedal del desierto de Edom.

Volví a leer de nuevo el testimonio de Fabio y me detuve en el párrafo que decía: «En este cuarto estuvo y está el paraíso: dos ventanas treboladas formando ángulo, y en el suelo la estrella de David, sosteniendo mis pensamientos...» Difícilmente hubiese conseguido yo definir mejor el cuarto donde me hallaba. Pero no era la única coincidencia... Medio siglo antes, en el Club Alemán de Punta Arenas, Julio Monestir estaba escuchando las *Variaciones* mientras Ricardo Mosen hablaba de un ahogado, poco antes de que una tromba de agua inundase el edificio... ¿Por eso Waldo me descubrió las *Variaciones* y me ayudó a comprenderlas? El sentía una pasión enfermiza por esa pieza de Brahms, la misma que sentía hacia los barrios judíos de Europa, de hebraísmo enraizado. ¿Sospechaba Waldo que mi casa y la de Fabio eran la misma? Probablemente, pues ahora recordaba que en más de una ocasión estuvo a punto de viajar conmigo a Barcelona para conocer la judería.

## 18

Pasé un par de meses en otro mundo, tal vez en el pasado, tal vez en el futuro, pero nunca en el presente. Una noche, estuve a punto de telefonar a Zarço para que me hablase un poco más de Waldo, ya casi decidido a mostrarle el cuaderno; pero después lo pensé mejor y, siguiendo la estricta tradición de la cofradía, no le llamé, y me erigí en el único poseedor del secreto. Noche tras noche, me fui dejando poseer por los cronistas, hasta llegar a sentirlos como una fuerza que me empujaba desde la oscuridad para ayudarme a salir de aquella nauseabunda inactividad, en la que más de una vez deseé con ansiedad que llegase el fin del mundo. Pero el manuscrito de Waldo me había llenado la cabeza de preguntas sin respuestas y empecé a pensar que tras los símbolos que se deslizaban por las crónicas se ocultaba un enigma que yo debía descifrar. Entonces admití que Waldo no podía ser el único autor del manuscrito, y que por lo tanto había que pensar en diez o más cronistas, que se habían perdido siempre o casi siempre. Y también acepté la zona oscura de las crónicas: lo que tenían de misterio antiguo, con sus diferentes grados de iniciación. Desde hacía decenios, o tal vez siglos, nos hallábamos desprotegidos para enfrentarnos al misterio, y enseguida tendíamos a escudarnos tras una blindada capa de escepticismo y jactancia. Aunque me costara no caer en esa tentación tan consoladora, mi postura ante las crónicas de Akásar debía ser la misma que caracterizaba a los fieles cuando iban a ser iniciados en los misterios de Eleusis. Y para eso era necesario viajar a Délos, pensé, la isla que no pude visitar antes de la guerra, en mi primer viaje a Grecia. Había que volver al origen del sueño y desde allí mirar hacia delante y hacia atrás. Algo que por lo demás ya quiso hacer Procoro, antes de tomar la decisión de quedarse con Juan en Patmos.



Pero no fue hasta el verano de 1951 cuando, tras dejar resueltos mis asuntos en Barcelona y alquilar mi casa de la calle Marlet, ya más reconciliado conmigo mismo y con mi posible misión dentro de la cofradía, decidí iniciar mi segundo viaje a Grecia, que prometía durar varios años. Primero fui a Venecia en un expreso nocturno, oscuro y frío, donde padecí más de un ataque de pánico. Recuerdo que ya estábamos dejando atrás la laguna y que me hallaba en el bar del tren cuando creí ver un rostro conocido... Dios mío, es Waldo, grité para mis adentros... Está tomando una copa de vino y me mira desde la última mesa del vagón... Pero entonces ¿mintió? Quise acercarme a él, y no pude; me paralizaba el estupor. Hasta que le vi salir del bar y entrar en otro vagón. Corrí tras él, y volví a verle en medio del pasillo.

—¡Waldo! —grité.

Giró la cabeza y me miró aterrado.

Avancé de nuevo hacia él, que acababa de desaparecer detrás de otra puerta. Corrí hasta ella, la abrí, y comprobé que era la última del último vagón. Tras la puerta, que oscilaba peligrosamente, aparecieron las vías difuminándose mientras el tren avanzaba a toda máquina, obligándome a reconocer que mi encuentro con él había sido una alucinación.

Llegué a Venecia descompuesto y me instalé en un hotel situado en el mismo canal donde se hallaba el refugio en el que Guido y Angelo habían tenido sus citas secretas. Desde allí me fui hasta la judería, que ahora parecía un barrio muerto, de casas demasiado altas para ser venecianas, apiñadas las unas contra las otras. Un viejo capitán, que había sido partisano, me estuvo hablando de la vida de aquel barrio antes de las deportaciones.

—Todo se ha perdido. Todo ha sido arrasado. La vida del gueto, la alegría, la intimidad... —comentó el capitán en un sombrío café. Después evocó su infancia, y se echó a llorar.

Fue entonces cuando acepté que allí no iba a encontrar lo que oscuramente buscaba, y que me había incitado a hacer escala en Venecia. Yo sabía que Ida era originaria de aquella judería, en la que vivió hasta los diecisiete años. ¿Y si por casualidad estaba viva y había regresado al lugar anterior al dolor? Más lógico hubiese sido buscarla en Berlín, pero entonces yo no me regía por la lógica, y sólo tras oír al capitán reconocí que no tenía mucho sentido lo que estaba haciendo y decidí coger el avión a Atenas.

Llegué a la capital griega un plumiza madrugada de lluvia menuda, todavía con las vísceras revueltas. Pero en cuanto me vi paseando por las callejas del barrio de Plaka, en uno de cuyos hoteles acababa de dejar mi equipaje, empecé a sentirme mejor.

Antes de que las calles empezasen a llenarse de transeúntes, a la hora en que sólo las panaderías estaban abiertas en Atenas y se deslizaba por todo el barrio viejo la provinciana y amorosa fragancia del pan recién hecho, fui bordeando la Acrópolis hasta que las calles comenzaron a poblarse de gente simpática y tranquila, si bien las

reyertas civiles acababan de concluir, tras ser derrotados los comunistas por los seguidores del recientemente entronizado Pablo I. De todas formas, y a pesar de la aparente bonanza, se respiraba en la ciudad un cierto aire de paz amenazada muy parecido al de Barcelona, y al que por lo tanto ya estaba acostumbrado.

Desde el Plaka, caminé hasta Academos por la ruidosa calle San Pablo. Era ya mediodía cuando llegué a un polvoriento jardín en el que crecían algunos eucaliptos. El lugar donde había estado la escuela de Platón era ahora el corazón de un barrio fabril de casas ennegrecidas y de una sola planta, que dejaban ver las chimeneas de las fábricas y el humo de las locomotoras entrando y saliendo de la estación del Peloponeso.

El día seguía plomizo, y pasear por aquellos senderos rodeados de árboles tísicos tenía para mí un hechizo que no acababa de explicarme, y que me parecía al margen del prestigio que pudo haber tenido aquel mismo lugar en tiempos de Platón. Se estaba bien allí, escuchando el rumor de los suburbios, pues en aquel lugar mi platonismo se volvía a despojar una vez más de idealismo y asumía el fuego radical de Heráclito, el de Hiroshima, el de los peregrinos de Akásar y el de las fábricas de gas que se veían más allá de la estación del Peloponeso. Saber que me hallaba en el lugar donde Platón tuvo el sueño que originó el viaje de Tasio a Délos hacía que sintiese al hombre de Academos como el viviente que fue, carnal y mortal, más que como un mito literario, y hacía también más transparentes las crónicas de Akásar.

Al día siguiente, tras haber dormido más de quince horas seguidas, almorcé copiosamente en una taberna del Plaka, y más tarde fui paseando hasta la plaza Omonia, en uno de cuyos cafés me dispuse a tomar un brandy. Recuerdo que me hallaba sentado en un rincón del establecimiento cuando vi que entraba una mujer muy parecida a Ida pero con veinte años más de los que tenía en Berlín. La acompañaba un hombre de aspecto alemán, de mirada vaga y ademanes sobrios.

Se sentaron a unos metros de mí, pero no podían verme; yo en cambio podía detenerme en el rostro de la mujer. ¿Era Ida? Aún me lo estaba preguntando cuando salió enfadada del café, perseguida por el hombre. Decidí seguirlos y vi cómo entraban en una casa de aspecto sórdido junto a una iglesia. No mucho después, el hombre salió de la casa y desapareció al final de la calle. Oculto en un portal, esperé más de dos horas su regreso. Al ver que no volvía entré en la casa y subí por unas escaleras que conducían a un rellano iluminado con luces de clínica. Fue allí, en medio del pasillo en el que se prolongaba el rellano, donde la vi de nuevo.

—¿Desea algo? —me preguntó. Ahora llevaba una bata blanca y se estaba poniendo unos guantes de goma. Evidentemente, no era Ida, y tan sólo se le parecía un poco.

—Creo que me he perdido —dije.

—Pues no se ha perdido usted en cualquier sitio... —comentó ella, con irónica suavidad.

—¿Dónde estoy? —le pregunté.

—En el depósito de cadáveres —me respondió.

Huí corriendo de allí y volví al bar con la intención de tomar un café, pues creía necesitarlo de verdad. Salí algo más sereno del establecimiento y anduve un buen rato perdido por las calles, hasta que me encontré de nuevo paseando por el jardín de Academos. Acababa de caer un chaparrón, y olía a tierra mojada y los árboles brillaban a la luz de aquel sol suburbano del color del oro viejo. Fue entonces cuando vi sentado sobre un cascote de mármol a un niño de aire agitanado y ojos negros, que llevaba un bastón en la mano. A su alrededor varias ovejas devoraban la poca hierba que crecía entre los venenosos eucaliptos. Su presencia me sosegó. Desde que acabara la guerra, la muerte me salía continuamente al encuentro. En Tokio, en Barcelona, en el expreso de Venecia, en la plaza Omonia. Pero he aquí que ahora, en el desolado jardín donde buscaba los pasos perdidos del hombre que soñó el sueño de la Atlántida y otros muchos sueños, un hijo de los suburbios me decía, con sus ojos negros y líquidos, que después de la muerte nada hay más obstinado que la vida.

## 17

Al igual que había hecho Tasio dos mil trescientos años atrás, un plumizo amanecer me dirigí al Pireo con la intención de coger alguno de los numerosos barcos que hacían la ruta de las Cicladas, sin saber que allí me esperaba una de las sorpresas más agradables de mi vida, por lo mucho que tenía que ver con las crónicas de Akásar.

Recuerdo que ya me hallaba sentado en la terraza de uno de los cafés del muelle septentrional cuando vi que un nutrido grupo de personas se acercaban al agua. Tras ellas se divisaba una grúa con la bandera griega. Media docena de reporteros no paraban de hacer fotos, y se veían también varios individuos uniformados y dos señores con aspecto de arqueólogos. La curiosidad me obligó a acercarme al grupo en el instante en que la grúa sacaba del fondo del agua una estatua de bronce. Se trataba de una representación de Apolo, que adelantaba la pierna derecha en vez de la izquierda, contradiciendo la norma de los kuroi. Pero lo que más me sorprendió fue comprobar que sostenía en la mano derecha los restos de un frasco y que en la izquierda llevaba un cetro. Supe entonces que me hallaba ante la misma estatua que Tasio había visto en el santuario de Délos, y se humedecieron mis ojos y empecé a temblar.

Esa misma mañana, uno de los arqueólogos pretendió hacerme creer que lo que yo consideraba un cetro era un fragmento del arco que el dios debió de llevar cuando los mercaderes romanos, que tenían por hábito saquear los templos de las Cicladas, lo robaron de Délos para más tarde hundirse con la nave sobrecargada en aquella rada del Pireo. Mientras le escuchaba, sonreí para mis adentros y decidí no llevarle la contraria. Los peregrinos de Akásar sabíamos a ciencia cierta que aquel Apolo había

llevado siempre un cetro en su mano izquierda. Era uno más de nuestros secretos, que convenía guardar intacto, hasta el final de los tiempos.

Al atardecer, vi cómo extraían también del agua otra estatua más, una máscara trágica y un espejo de bronce. Fue un día feliz; y a media noche, tras cenar con los arqueólogos, dormí plácidamente en uno de los hoteles del puerto, sintiendo que una vez más los dioses estaban conmigo, haciendo ante mis ojos efectiva su parusía y susurrándome que no habían muerto, que simplemente habían estado sumergidos bajo las espumas marinas y bajo las capas más frías de nuestra conciencia.

A la mañana siguiente, me levanté como nuevo, sabiendo que ya no debía demorarme más y que había llegado la hora de partir a la isla de la que procedían las estatuas que acababan de encontrar. Antes de subir al barco, me despedí de Platón en uno de los muelles... Entre el humo de las fábricas y el humo de los buques, entre el gemido de las sirenas y la fragancia del alquitrán y el café, me despedí del maestro. Con los ojos semicerrados llegué a imaginar perfectamente al filósofo... Sus sandalias sobre las losas húmedas, su túnica movida por el viento, sus cabellos blancos, sus ojos examinándome por última vez... Tuvo que sonar varias veces la sirena del *Kamiros* para que decidiera embarcarme.

Llegué a Miconos un día de vientos muy parecidos a los que presidieron la conversación entre Tasio y Cristóbulo, y desde Miconos un barquero me llevó hasta Délos en una chalupa con motor. Era ya de noche cuando desde el mar divisé el punto inicial de la ruta de Akásar; y al ver las ruinas brillando a la luz de la luna empecé a creer que iba a ser también el punto final. Me extrañaba haber tardado tanto en llegar a la isla de Apolo, y me alarmaba sentirme por primera vez en mi vida ocupado por otros. Ocupado por Tasio, ocupado por Ida y Waldo. El recuerdo de mis experiencias se fue confundiendo con el de mis alucinaciones y llegué a creer que había visto realmente a mis amigos durante el viaje.

El barquero de Miconos me dejó sobre la calzada del antiguo muelle Sacro, y al contemplar lo que aún quedaba de la ciudad sagrada, me pareció que sus ruinas tenían algo que ver con las de Hiroshima, si bien en Délos todavía era posible imaginar la ciudad y sus templos con tanta claridad como en Pompeya. Lo que obligaba a pensar que dos milenios de piratería, viento y agua habían llevado a cabo un trabajo inferior al de un artefacto en dos segundos y medio: prueba irrefutable de que íbamos por el buen camino y que para llegar a esa desnudez tan griega como zen ya no era necesario depender tanto del tiempo, los saqueos y los elementos de la naturaleza.

—En el otro extremo de la calzada está el albergue —me dijo el barquero.

—Gracias —le dije, tras pagarle el viaje.

Con mi ligero equipaje en la mano, dejé atrás el muelle y me fui caminando hasta el albergue por la avenida de los Leones. El rumor del mar fundiéndose con el silencio de las piedras, tan visibles bajo la luna creciente, me situó de nuevo dentro de las crónicas de Akásar, de forma que pocas veces como entonces me sentí tan cerca del espíritu del manuscrito. Sí, me hallaba finalmente en Délos, tierra batida por las

olas, ventosa y no labrada, según había dicho Calimaco, más accesible a las gaviotas que a los caballos, plantada sobre el mar después de haber sido una isla errante.

Esa misma noche, decidí quedarme indefinidamente en Délos, tras asegurarme al administrador del albergue que era un especialista en Grecia y que estaba escribiendo un libro sobre Apolo.

Al día siguiente me levanté muy temprano y subí corriendo hasta la roca Negra antes de que llegasen los primeros turistas. La piedra era resbaladiza, tal como la describía Tasio, y desde su cúspide podía distinguirse el remolino al que cayó el primer peregrino de Akásar. El vértigo me obligó a apartarme de la roca y caminé hasta el monte Cintio. Desde su cima, a tan sólo ciento doce metros sobre el nivel del mar, la pequeña isla podía abarcarse enteramente con la mirada. Fue entonces cuando comprendí por qué Délos quería decir «visible», concepto que relacioné, irremediablemente, con el oráculo de Delfos, en cuya entrada estaba grabada la sentencia «conócete a ti mismo», y con lo que había pensado Tasio cuando se detuvo en aquel mismo lugar. Y ahora, al ver la isla desde la más alta de sus colinas, me sentía tan configurado como Délos, y en el propio perímetro de la roca nativa de Apolo veía mi propio perímetro, a la vez que recordaba el poema donde Calimaco contaba cómo Délos se había llamado en un primer momento Asteria: estrella fugitiva. Y es que antes de hacerse visible, Délos «se había arrojado desde el cielo al profundo abismo», y después había errado a la deriva, hasta enraizarse en aquel lugar del Egeo. Leyenda que me estaba susurrando al oído que para llegar a verse a uno mismo había que arrojarse a un abismo y perderse por mil lugares, como yo me había perdido antes de arribar a Délos y detenerme en la cima del monte Cintio.

Pero no sólo Délos era abarcable desde la colina sagrada. De pronto, toda Grecia se tornaba para mí visible, como una envolvente dimensión donde el hombre había llegado a pensar con absoluta libertad en su destino.

El mar que ahora se extendía ante mis ojos, manso y magnífico, moteado de pequeñas islas grises, azuladas, ocres, se convertía en la región más transparente de cuantas había conocido, y tenía la impresión de estar divisando desde Délos todo el Egeo, como en un escorzo donde al final el agua y la tierra se confundían con el cielo. Y podía ver las colinas áticas, y las ruinas de Corintio, calcinadas por el sol, y los siniestros peñascos de Micenas, y los pinares de Olimpia y Epidauro, y el mar de olivos de Delfos... Y hacia el sur podía percibir las casas colgantes de Zira, como suspendidas entre la niebla, y las costas de Rodas y Creta, y hasta el puerto de Alejandría...

Literalmente hablando, era como regresar al lugar de la tragedia, y era también volver de una maldita vez al punto cero de la ruta de Akásar.

Redacté las páginas que anteceden a ésta a los cuarenta años. Ahora voy a cumplir sesenta y cinco, y todavía sigo en Délos; una isla de tres habitantes, muchas ruinas, y una extensión aproximada de cinco kilómetros cuadrados; lo que equivale a decir que es imposible dar un solo paso sin encontrar algo que te remita al pasado.

Hace un decenio, me nombraron administrador del albergue para estudiosos de la isla, y dispongo de una amplia habitación en el primer piso, donde tengo una buena biblioteca de arqueología y otra de astronomía. Desde la ventana junto a la que he colocado un telescopio, domino el mar, las ruinas, y el cielo... Es mi destino, y en mí vuelven a encarnarse algunas situaciones que jalonaron la ruta de Akásar, y que me hacen sentirme más cerca de Tasio, Platón y San Juan... Y como Waldo en Auschwitz, soy el guardián del Tiempo, el guardián de Délos, donde hace algunos años llegué a creer que el misterio de Akásar hallaba su respuesta en las ruinas que me cercan. No podía hablarse de inmortalidad; ni siquiera el granito délico resistía el paso del tiempo, y las piedras acababan convirtiéndose en finísima arena, la arena sobre la que Diotima trazaba la palabra. Así pues, el secreto de la palabra, su significado, se hallaba en el soporte mismo que la sustentaba: arena. Pulverización de la materia, pulverización del tiempo. Arena, sólo arena..., como se indicaba en el sueño de Tasio... Y siempre que podía, me iba por la noche al templo de Apolo y me tendía sobre una piedra lisa. Durante mucho tiempo, mis sueños eran siempre sueños de arena. Veía Délos convertida en una duna de arena elevándose apenas por encima del mar. Ahora mismo la Puerta Sagrada, junto a la que desembarcaban todas las mañanas los turistas, estaba cubierta de arena... Era una indicación del dios, ya que no su respuesta.

Así pensaba cuando se llevó a cabo el primer alunizaje, que pude ver en la televisión del albergue. Huellas humanas en el desierto lunar... La imagen de la arena volvió a mí... Las pisadas del astronauta estaban quizá dibujando sobre la arena lunar la misma palabra que la mujer del sueño de Tasio... Habían llegado a la luna, de acuerdo. ¿Y qué encontraban en ella? Arena y más arena. Y sin embargo ahora, a esa obsesiva imagen se unía la sospecha de que siguiendo siempre la ruta de la arena, de la arena lunar y de la arena de Marte, se tendría que llegar a la puerta de las puertas cuya llave estaba oculta en algún lugar del manuscrito, en alguna palabra, en alguna idea...

Tales eran mis cavilaciones cuando decidí aprovechar mis vacaciones anuales para conocer la isla donde el segundo cronista de Akásar vertió al griego el Apocalipsis, y emprendí el viaje a Patmos sin sospechar que allí me estaba aguardando una nueva experiencia capital que habría de alterar de nuevo el curso de mi vida.

Pero antes de arribar a Patmos hice escala en Zira y pasé tres días recorriendo sus colinas negras, llenas de flores carnosas y amarillas de apariencia diabólica. Allí leí el *Critias* y recordé la explosión del Krakatoa descrita por Julio Monestir, mientras examinaba el lugar donde brotó el volcán más terrible de la antigüedad. Una gran

roca en forma de media luna en la que ahora se apiñaban las casas blancas, playas de guijarros, pinares y viñas era todo cuanto quedaba de la Atlántida.

En Zira volví a embarcarme, hasta que una noche estrellada de finales de julio el *Ramiro* me dejó en el puerto de Eskala, antiguamente Minirusa. Bajo una atmósfera llena de fosforescencias, que parecía impregnada de luz zodiacal, vi los dos monasterios de Patmos, las cruces brillando sobre las piedras volcánicas, las casas, algunas de aire italiano, los vendedores de esponjas, los vendedores de Biblias, las mujeres que ofrecían a gritos habitaciones, los perros, los gatos, y los pescadores tomando aguardiente en la taberna del puerto. En la plaza Mayor, el olor del pescado asado se mezclaba con el del incienso que llegaba desde la parroquia, y apenas se veían circulando por las calles una docena de extranjeros, casi todos ellos de aire más bien ausente, en los que ya no sabía si me gustaba o no reconocerme. Me hallaba detenido con mi equipaje en la plaza cuando se acercó a mí una señora y me preguntó si necesitaba un cuarto. Le dije que sí y me llevó hasta su casa, una destartada mansión no lejos del muelle, en el triángulo formado entre la carretera de Kampos y el paseo del puerto. Se accedía a la casa a través de un jardín sombrío, en el que creí percibir ruidos extraños, y mi cuarto estaba en el primer piso. Semejaba una celda monástica, grande, desnuda, fría... La cama parecía perdida en aquel vasto rectángulo, al igual que la mesa, la silla, y el Cristo de rostro ensangrentado que miraba fijamente la almohada.

—¿Le gusta? —me preguntó la mujer, y me pareció que uno de sus ojos no se movía, creando en su rostro una asimetría que la penumbra hacía aún más inquietante.

—Justo lo que necesitaba —le dije, pensando que, de todas formas, no tardaría en irme de allí.

Convinimos el precio, y la mujer me dejó solo. El cuarto tenía dos ventanas. La de la derecha, que estaba abierta, daba al jardín, desde el que seguían llegando ruidos que no me gustaban; pero la otra, ¿adonde daba? Lo supe en cuanto la abrí y vi ante mí un cementerio lleno de cruces azules y blancas.

Las cruces por un lado, los ruidos por otro, la mujer del ojo inmóvil... ¿Y si de pronto hubiese entrado en una dimensión donde lo extraño era lo normal?, me pregunté. Los gatos se deslizaban entre las tumbas, y a veces sus ojos se cruzaban con los míos, y se quedaban un rato mirándome, tal vez demasiado, hasta que daban un brinco y desaparecían entre las hierbas.

Venía muy cansado e intenté dormirme. No pude: los ruidos que llegaban desde el jardín me lo impedían. Conteniendo la ira, me levanté, cogí mi linterna, me vestí, bajé las escaleras procurando no hacer ruido, pasé delante del dormitorio de la señora, que roncaba con la puerta abierta, salí al jardín, e iluminé la zona oscura de la que procedían los ruidos. En una jaula llena de frutas podridas se agitaba un mono de culo rojo. Por su forma de mirar y de moverse, no parecía estar en su sano juicio, y pensé que quizá el viento lo había vuelto loco.

Iluminando la jaula con prudencia, me acerqué a él e intenté consolarlo. Mis dedos estaban a punto de rozar los barrotes cuando adelantó su mano con violencia. Ni siquiera me rozó, y eso le volvió aún más irritable.

Apagué la linterna y regresé a mi cuarto. Toda la noche estuvo la bestia agitándose. A las cinco de la mañana, iluminé su jaula desde la ventana y le pedí que se calmara. Fue entonces cuando empezó a rugir. Cerré las dos ventanas, me arrojé a la cama y finalmente me quedé dormido.

Dos horas después la danza del mono me despertó y me dispuse a abandonar aquella casa maldita. Me hallaba en la recepción, a punto de despedirme de la señora, cuando comprobé que sus dos ojos se movían por igual; lo que me obligó a pensar que mi impresión de la noche anterior no se ajustaba a la verdad. Mirándome con mansedumbre, la señora me dijo:

—¿No quiere desayunar en el jardín? Es un jardín único en Patmos, como esta misma casa. Ya sólo quedan nueve casas italianas en Eskala... ¿Y el jardín? ¿A que también parece italiano? En ningún otro lugar de la isla va a encontrar tantos árboles en tan poco espacio, si exceptuamos el cementerio, claro... ¿Lo ha visto?

—Sí, lo he visto —dije con aspereza, aceptando la taza de café que acababa de depositar sobre la mesa de hierro del jardín.

—¿Y le asusta tener a los muertos tan cerca? Son buena gente, créame. Mi marido ya está con ellos. El había nacido aquí y era capitán de la marina mercante; pero yo soy italiana... Si yo le contara... Me vine a los veinte años a Patmos, de maestra nacional... Entonces los italianos mandábamos en las Espóradas y las queríamos civilizar...

—¿Lo consiguieron?

—No —respondió con tristeza.

Temí que empezase a contarme su vida y le dije:

—Voy a dejar su casa...

—Ya veo; le molestan los difuntos.

—Se equivoca. No han sido los muertos los que me han impedido dormir. Ha sido el mono.

—¿Dionisio? Pobrecillo... Me lo trajo mi marido de la India poco antes de morir... Cuando está en celo sufre mucho... Pero luego se le pasa, y le puedo asegurar que se convierte en el mono más tratable de esta selva... Entonces ¿se va a ir?

—No —dije, sorprendido por su cordialidad y su sentido del humor—. Seguiré disfrutando de su jardín toscano y su magnífico palacio...

Estalló en una deliciosa carcajada, me sirvió otra taza de café y, tras decirme que se llamaba Palmira, me dejó solo en el jardín. Tomé el café muy despacio, observando a Dionisio, que ahora dormía profundamente; y a media mañana me dirigí al monasterio del Apocalipsis por un camino entre los pinos.



Ya me hallaba en el interior del silencioso recinto cuando, al descender por las estrechas escaleras que conducían a la cueva, me crucé con el superior; un monje de aire extremadamente severo, de blancas barbas ortodoxas y vistoso moño sacerdotal, que me miró como diciéndome: «Te conozco y no quiero que hagas ninguna locura.» Comprendí su actitud. Todos los años debían de llegar a la cueva cientos de apocalípticos de todos los países de la Tierra, y cabía sospechar que estuviese cansado de tratar a gente tan problemática. Pero conmigo no iba a tener el más mínimo problema, pensé, molesto de que Nicolaos Dalaris, como al parecer se llamaba, quisiera excluirme de la comunidad juanina con sólo mirarme a la cara.

La cueva era más angosta de lo que había creído y su bóveda natural se prolongaba en una bóveda artificial, de piedra gris. Me hallaba mirando el retablo que formaba ángulo con la pared más santa de la gruta cuando llegó Nicolaos Dalaris y me dijo que pensara seriamente en el punto de la tierra que estaba pisando. No había llegado allí por azar, me aseguró. Dios, que no negaba a nadie la posibilidad de caer del caballo y ver la luz, me había conducido hasta allí para que escuchase el eco de las palabras de Juan hablando a las siete iglesias de Asia.

Y como viera que habían llegado una decena de personas más y que todos le escuchábamos con atención, fue elevando la voz mientras nos decía:

—Los valores eternos no debían de serlo tanto, puesto que desaparecieron, devorados por dos guerras mundiales, que se prolongan ahora en otras guerras igualmente odiosas, consecuencia de la desorientación de la humanidad y de su vertiginosa carrera hacia el Anticristo. En esta gruta, donde San Juan abrió el Libro de la Vida, debéis atreveros a miraros a vosotros mismos y a hacer la elección definitiva. ¡O con Cristo o con el Anticristo! —exclamó, y tras mirarnos como un juez incorruptible que ya hubiese elegido, salió de la cueva.

Todos los presentes nos miramos con extrañeza, asombrados por el sermón de Dalaris. Yo quería salir de allí y librarme del olor a cirios y a incienso, pero a la vez pensaba que era mejor esperar a que todos los demás se fueran, para poderme quedar solo en la gruta e investigar su contenido. Me senté en uno de los bancos, me fijé en el saliente de la roca donde según la tradición Procoro se apoyaba cuando escribía, y empecé a sudar copiosamente. Me estaba abrasando en el interior de la gruta, pero seguía resistiéndome a salir. Cerré los ojos, permanecí inmóvil durante un rato, y empecé a ver cómo caía el muro de Berlín, y a oír las bombas estallando en Bagdad, tras la invasión de Kuwait, y a escuchar los morteros que destruían Sarajevo, en una futura guerra de los Balcanes más terrible que las que antecedieron al asesinato del archiduque Francisco Fernando. Después vi a media Rusia gimiendo, y más tarde la gran hoguera, avanzando de Este a Oeste, e inaugurando a cada paso las bacanales del fuego, mientras se iba configurando en el cielo la cuarta bestia del Libro de Daniel, la que era diferente a todas las bestias anteriores, y tenía dientes de hierro, y devoraba y trituraba, y machacaba los detritus con los pies... Y entre batalla y batalla una mujer cantaba e invitaba a morir. Era otra vez la voz de la virgen negra que viera

Julio Monestir, la que agitaba el látigo, y era dulce y obscena, e ignoraba la piedad... Y sabía que al fondo de aquellas llamaradas estaban, una vez más, los acumuladores de ganancias. Ellos serían los primeros en bailar siguiendo el ritmo del látigo. Yo los había conocido en mis años de funcionario mercantil y sabía de qué pie cojeaban... Tiburones de aguas frías y calientes, calmadas y revueltas, pues todas las aguas les eran propicias para el beneficio a los que habían escrito las páginas más negras del Libro de la Vida. Y ahora yo los veía desde la cueva del Apocalipsis, alabando a la mujer de la tralla, dedicándole espléndidos discursos en los parlamentos, hablando de su ropa interior de olor a pólvora y a crisantemos, y componiéndole himnos llenos de encendida virilidad...

Las visiones continuaron sucediéndose a velocidades de pesadilla, y yo me preguntaba cuándo iban a cesar. ¿Estaría profetizando a mi pesar las verdades de los otros sin saber nada de mí, como le había ocurrido al viejo Tiresias de pechos de mujer? Sentado en la cueva, yo sentía que también nosotros, los hijos de Occidente, estábamos una vez más a punto de cambiar de dioses... ¿Y cómo iban a ser los nuevos dioses? ¿Estarían en relación con las divinidades nombradas por Nicolaos Dalaris o con los dioses antiguos? ¿Y si fuesen una mezcla de las dos formas de entender el más acá y el más allá? Pero... ¿y si no hubiese dioses, si no los hubiese habido nunca? Si el hombre no tuviera verdadera conciencia de eternidad, si en el fondo de todas las cosas no hubiera más que una fuerza salvaje, bullendo y produciéndolo todo, lo grande y lo fútil, en un remolino de oscuras pasiones, si bajo las cosas no existiera más que un vacío sin fondo, que nada ni nadie pudiese llenar, ¿qué sería entonces de la vida?, me pregunté lleno de escalofríos, recordando a Kierkegaard. La Tierra, pensé, había aparecido sin el hombre, y todo nos indicaba que iba a desaparecer sin él. Y sin embargo, había que confiar hasta el final en la aventura humana, como creía Michel de Nostradamus, había que confiar...

Cuando abrí los ojos, ya estaba anocheciendo. Empecé a temblar. ¿Había llegado a media mañana a la gruta y ya era de noche? Los cirios iluminaban los negros salientes de la roca y los enormes y relucientes incensarios, y el viento silbaba y recorría los interiores del monasterio. Ya me iba a ir cuando empecé a distinguir en la penumbra los ojos brillantes del superior. Mirándome como si quisiera aniquilar una bestia que al parecer había visto en mí, me dijo:

—Salga de aquí... Esta mañana, cuando le vi entrar, temí lo peor, y no me equivoqué. Hace más de dos horas que se cerró el monasterio. Sin embargo usted sigue aquí, y aquí ha permanecido todo el día...

Irritado por su poco sentido de la hospitalidad, no me pude contener y le dije:

—Este lugar pertenece a todos los que han leído a San Juan y han sabido interpretar sus palabras, y usted no puede prohibirme hacer uso de él.

—Desde luego que no... —Y me miró con más simpatía—. Pero otro día procure salir cuando oiga la campana. Vaya usted con Dios...

Salí de la gruta mareado, subí por la carretera hasta Jora (antiguamente Fora), y estuve recorriendo sus intrincadas calles bajo la luz de las estrellas. Fuera porque la oscuridad agrandaba las distancias y complicaba los trazados, fuera porque aún seguía respirando el aire de la cueva, el caso es que Jora se me antojó la ciudad más parecida a un laberinto que había visto jamás. Esa noche, ya en la casa de la señora Palmira, comprobé con alivio que Dionisio estaba dormido, y me puse a leer el Libro de Daniel y el Apocalipsis mientras vaciaba una petaca de brandy; y hubo un momento, ya cerca del alba, en que me sentí poseído por una beatitud desde cuyas atalayas el fin del mundo no me parecía ni la mitad de extraordinario que el parpadeo de las estrellas, formando una inmensa bóveda alrededor de la bahía de Eskala, por donde ya habían pasado otros peregrinos de Akásar.

## 15

No dormí más de tres horas y hacia las seis de la mañana del día siguiente cogí en la plaza de Eskala un taxi, que me condujo hasta la bahía de Grikos por una carretera llena de curvas en las que a menudo se veían espejos abombados. Mientras nos íbamos acercando al lugar donde San Juan se enfrentó al sacerdote de Apolo, el taxista me señaló una roca que sobresalía del agua, y me dijo que era la piedra en la que se había convertido el pagano Kenepsi, según se decía desde siempre en Patmos. Supuse que ése debía de ser el nombre local de Kinops, y le agradecí al taxista su oportuna información.

Ya en Grikos, me sorprendió la reposada belleza de la bahía. Al final del primer arco de arena, se veía la roca en forma de alfa descrita por Procoro, que los nativos llamaban curiosamente Petra. Alquilé una chalupa con motor y fui hasta la piedra, en la que había una cueva (el ojo del alfa) y escaleras talladas en la roca. Desde allí fui a la isla Traonisi, también nombrada por Procoro, en la que vivían un hombre encorvado y diez cabras que parecían sonámbulas. El solitario cabrero se encontraba sentado a la puerta de su pequeña casa y, por lo que pude ver, le alegró mi presencia. Agradeció vivamente un trago de mi petaca de brandy y me dijo que se llamaba Calixto. Al parecer yo era el único forastero que había pasado por allí desde hacía un año.

—Mi hermano Nicolaos es el culpable de que nadie venga a verme... —comentó. Como aquel nombre me sonaba, le dije:

—¿Se refiere usted al superior de la cueva?

—¿Lo conoce? ¡Debí suponerlo! El es mi maldición... Dice a todo el mundo que yo soy el Anticristo y que ésta es la isla del diablo... ¿A usted no se lo dijo?

Negué con la cabeza.

—¡Miente...! ¿Y no le dijo que yo estaba loco? No le crea, ni a él ni a nadie... No estoy loco, pero ellos no piensan lo mismo y me tienen aquí... ¿Me invita a otro

trago?

Le regalé la petaca y le pedí que me hablase de su isla.

—Aquí no hay nada que ver, señor... En el fondo Nicolaos tiene razón... Sólo cabras, piedras, un pozo, una viña, y si se descuida un poco puede llegar a encontrarse con el diablo... Lo sé por experiencia.

Ignoré sus palabras y le pregunté por dónde se podía llegar al otro lado.

—Siguiendo el camino que acaba de coger la cabra negra —me dijo.

Comencé a caminar tras la cabra, hasta que llegué a una pequeña meseta desde la que se divisaba el norte de la isla. El pequeño universo que entonces se desplegó ante mis ojos me pareció de una pureza micénica más profunda que la del nido de águilas donde se criaron y mataron los Atridas. Pedregales ocres, algunas higueras, un pozo abovedado con rústicas piedras que lo hacían semejante a un túmulo funerario, muros derruidos, y al fondo, una viña rectangular y una playa de arena roja y gris.

Avancé hasta el pozo, sobrecogido por el silencio que reinaba en la isla, y me dejé invadir por aquella desnudez arcaica, que una vez más me transportaba a Délos y a Hiroshima, y en la que parecía notarse una hosca vibración. Y fue en medio de aquel paisaje lunar y al mismo tiempo micénico donde volví a pensar en la Horda de Fuego y volví a recordar a Ida. Oía su voz, intacta en el recuerdo, mientras gemía el viento, y sentí deseos de volver a Eskala. Así que descendí por la senda de las cabras hasta la casa de Calixto. El cabrero estaba a la puerta, y me miraba con ojos de asombro.

—¿Sabe qué hora es? Las doce del mediodía, la hora de la acidia, la hora en la que el diablo más tienta a los solitarios... Ha pasado más de cinco horas en mi isla... ¿Ha visto al maligno?

—No ha querido aparecerseme... —le dije.

Calixto me miró en silencio, y en cuanto puse en marcha el motor de la chalupa empezó a gritar:

—Miente, yo sé que miente. ¡Ha estado con él! ¿Quién le dijo que ésta era la isla del diablo? ¿Nicolaos? ¿Se lo dijo Nicolaos?

Mi chalupa ya se alejaba de Traonisi, pero Calixto seguía gritando, solo en la isla. Y cuanto más me alejaba más fuertes me parecían sus gritos y más estremecedores.

Al llegar a Eskala, me senté en la terraza de uno de los cafés del puerto, y mientras tomaba un vaso de vino, traté de olvidarme de Calixto contemplando las ocas que caminaban en grupos hasta la playa, huyendo de los gatos. Pronto me quedé dormido. Cuando me desperté vi que estaba pasando frente a mí un cortejo fúnebre. Sobre un carrito rojo y negro provisto de cuatro ruedas de bicicleta iba la muerta al descubierto y con los pies descalzos. Sus cabellos eran blancos y recta y afilada su nariz, y llevaba las manos sobre el pecho. Cuatro hombres tiraban del carro y tras ellos iban cinco sacerdotes ortodoxos cantando un salmo, que a ratos era secundado por la comitiva de paisanos. Decidí seguirlos hasta el camposanto y, tras presenciar la ceremonia, esperé a que todos abandonasen el recinto para poder pasear a solas por

los senderos cubiertos de hierba. Me hallaba a punto de salir del cementerio cuando me detuve ante una tumba en la que decía:

«Adiós, vosotros que aún vais  
por el camino de la vida.  
Aquí yazco yo, Héctor.  
“Adiós, Héctor”, repetid».

EN ESTE LECHO DUERME EL SUEÑO ETERNO  
EL AMIGO DE LOS GRIEGOS  
HÉCTOR MONESTIR Y ROSAS  
QUE MURIÓ DEFENDIENDO PATMOS

*Atenas (Costa Rica), 1850 - Patmos, 1912*

Sobrecogido por la magnitud de mi descubrimiento, corrí hasta la casa de Palmira y, temblando de felicidad, le pregunté si sabía algo acerca de Héctor Monestir.

—¿El costarricense?

Asentí.

—Yo no sé mucho de él, si he de decirle la verdad, pero aún quedan algunas personas en Patmos que lo conocieron personalmente —me dijo—. Suba usted a Jora y entre en el café que se halla junto a la iglesia de San Onufrio. Pregunté allí por don Vassilios Taxiarco, que fue marinero, como mi marido. El le hablará de Héctor Monestir...

Siguiendo los consejos de Palmira, me fui paseando por la carretera que iba desde Eskala a Jora. Llegué al café y encontré al viejo marino sentado frente a la ventana de su establecimiento, desde la que se divisaba la bahía de Eskala, el puerto y los barcos. No me costó entablar conversación con don Vassilios, que estaba a punto de cumplir los ochenta años; y tras pedirle un café griego, le nombré a Héctor.

—Oh... —me dijo—. Fue un caballero excelente, y muy cultivado. Yo lo conocí de niño... Llegó a Patmos hacia 1885, y ya no se movió de aquí... Cuando arribó al puerto de Eskala parecía un loco y aseguraba que había presenciado la erupción del Krakatoa... Pero su salud fue mejorando poco a poco, y acabó siendo un hombre muy cuerdo...

—¿Cómo murió?

—Como un héroe. Héctor fue uno de los pocos hombres que he conocido que hicieron honor a su nombre... Como sabrá usted, en 1912 las islas del Dodecaneso todavía pertenecían a los turcos; pero aquél fue el año en que los italianos, en guerra contra Turquía, llegaron a nuestra isla como libertadores. Hubo combates encarnizados en Eskala y Grikos. Los partisanos de Patmos se unieron a los italianos, y consiguieron encerrar a la guarnición turca entre dos fuegos. Por su condición de extranjero y su aspecto de hombre apacible, Héctor hacía de enlace entre italianos y griegos, hasta que los turcos lo descubrieron. Murió acribillado junto al monasterio del Apocalipsis, y todos en Patmos lloraron su muerte, pues era un hombre muy querido en la isla... Yo era el niño que más amistad tenía con él, y dos días antes de

morir me regaló estos abraxas de cristal que siempre llevo conmigo —dijo, y extrajo de uno de los bolsillos de su pantalón los ojos alfa y omega.

—¡Dios mío...! —exclamé—. ¿Y el tubo de oro? ¿También se lo regaló?

Don Vassilios se quedó perplejo, y tardó en reaccionar.

—¿El tubo de oro? Sí, recuerdo haberle visto alguna vez con ese tubo en las manos... Dentro del tubo había un manuscrito enrollado, que Héctor leía con frecuencia... Pero no entiendo por qué me pregunta por él. ¿No será usted de su familia?

Como no estaba en mi ánimo complicar las cosas, recurrí a las mentiras piadosas y le dije:

—Sí, soy sobrino segundo de Héctor Monestir, hermano de mi abuela... Durante mucho tiempo, en mi familia materna Héctor fue sólo una leyenda, en la que había acabado por no creer. Hasta que descubrí su tumba en el cementerio de Eskala... No sabíamos que estaba enterrado en Patmos...

Don Vassilios me miró con la suspicacia propia de los isleños del Dodecaneso antes de decir:

—Y claro, le gustaría tener los ojos de cristal...

—Y el tubo de oro...

—El tubo de oro se lo debieron de llevar los turcos. El manuscrito lo quemaron, y sólo se salvó un dibujo que representaba a Apolo y a su hermana, y que un monje encontró junto al monasterio de San Juan Teólogo...

—¿Y dónde está ahora ese dibujo?

—En el museo del monasterio...

—Iré a verlo... —dije, y añadí—: ¿Le tiene usted mucho cariño a los dos abraxas?

—Muchísimo...

—¿Me los cambiaría por este reloj? —le pregunté mostrándole el reloj de bolsillo que había heredado de mi padre, de oro macizo.

Don Vassilios observó detenidamente el reloj, y se sorprendió al comprobar que llevaba grabada la contraseña de la relojería Cuervo y Sobrinos de La Habana.

—¡Santo cielo...! —me dijo—. En esta misma relojería le compré unos pendientes a mi mujer, hace una eternidad... ¡Qué tiempos! ¡De acuerdo! —dijo finalmente—. Y que conste que accedo al cambio sólo porque me hallo ante un familiar de Héctor...

Cuando salí del café, volví a temblar de dicha. Me costaba creer lo que me estaba ocurriendo en Patmos, y mientras me encaminaba al monasterio de San Juan Teólogo por las empinadas calles de Jora, pensé que rara vez en mi vida me había sentido poseído por un calor tan bendito.

Crucé corriendo el patio central del monasterio, y apenas me fijé en la hermosa arquería. Entré en el museo cuando ya estaban a punto de cerrarlo y pude ver, junto al galeón-joya del siglo XVII, el dibujo que Michel de Nostradamus le había regalado a

Fabio. Allí estaban el efebo distante y la doncella indómita, bajo el sol sonriente y la luna en forma de arco. Pero lo que más me sorprendió fue comprobar que la roca triangular sobre la que se hallaban era una clarísima representación de la roca Alfa de Grikos, y las casas y las tumbas que la rodeaban parecían figuraciones más o menos logradas de Grikos y Eskala.

Oscurecía cuando salí del monasterio y me fui caminando hasta Eskala. Al llegar al puerto, comprobé que acababa de arribar el mismo barco que me había traído a la isla, y sentí un inesperado temblor. Llevaba unos minutos en el café del muelle cuando vi recortarse entre los arcos del establecimiento el rostro de una mujer extrañamente familiar. Temí que me estuviese pasando lo mismo que en el bar de la plaza Omonia y di un paso hacia atrás. Pero esta vez no se trataba de una alucinación, y ahora la mujer me miraba llena de asombro, y sus ojos se abrían tanto como los míos.

—Marc... —susurró.

## 14

Era su voz. Berlín 1931, en el Romanisches Café... Waldo aún no había llegado y estábamos solos los dos. Ida llevaba un vestido blanco y rojo y parecía feliz. Yo empezaba a codiciarla, y a punto estuve de decirle que se quedase definitivamente conmigo. No se lo dije; lo hizo Waldo en mi lugar no mucho después. Y era otra vez su voz, no me cabía la menor duda. Su voz ronca y profunda, que rompía las palabras convirtiéndolas en quebradizas sugerencias de deseos imposibles, a la vez que revelaba, en momentos de duda y de miedo a la oscuridad, una clara tendencia a seguir la norma, a ser la norma, a pesar de sus sonrisas casi lascivas, y sus miradas de gata, y su ambiguo sentido de la amistad.

En un abrir y cerrar de ojos, el pasado se convertía en algo tan imprevisible como el futuro.

—¿Eres tú? ¿Ida?

Asintió y sonrió, antes de besarme.

Instantes de abrazos y sollozos, en aquel rincón del café del puerto. Lo que tenía que haber ocurrido en el Romanisches Café de Berlín, ocurría ahora en Patmos, por eso dudábamos de que fuéramos nosotros, los de entonces, los de siempre.

El encuentro me parecía del todo milagroso hasta que Ida empezó a contarme que había salido viva del campo, y que había pasado medio año reponiéndose en una clínica, sin saber nada de Waldo. Cuando llegó a Berlín, Waldo acababa de darse muerte. Tres años después volvió a encontrarse con un antiguo amigo, Erich Zarço, con el que se casó al año siguiente.

—¿El pianista?

—Sí.

—¿Y nunca te habló de mí?

—Sí, me dijo que en el cuarenta y siete había estado en Barcelona, y como al parecer Waldo le había hablado mucho de ti y conocía tu dirección, se acercó a tu casa, donde el nuevo inquilino le aseguró que estabas muerto... También me dijo que había visto tu tumba en un cementerio junto al mar...

—Todo un detalle por su parte —murmuré, sin disimular la indignación.

—No te enfades con él... Erich creía que era mejor así. Estaba empeñado en borrar muchos capítulos de su pasado y el mío, tal vez demasiados. Pero poco antes de morir me contó la verdad. Falleció hace un año en París, víctima de una embolia. Había ido a dar un concierto y yo le acompañaba... Tres meses después, encontré tu dirección entre sus papeles y localicé tu número de teléfono de Barcelona. Llamé a la casa de la calle Marlet, y un hombre me dijo que estabas en Délos. Llamé al albergue de Délos, y una mujer me dijo que estabas en Patmos, en el hotel Boras. Llamé al hotel Boras, y una señora me dijo que nunca habías pasado por su hotel. Harta de tanta llamada inútil, cogí un avión hasta Rodas, y en Rodas me subí al *Ramiro*s. Salí de Berlín ayer por la tarde, y ya estoy aquí. Nunca me hablaste de esta isla...

—La isla del fin del mundo...

Los dos nos echamos a reír, hasta que Ida me dijo:

—¿Y qué haces aquí?

—Leer el Apocalipsis...

—Ya veo... Te arden los ojos.

—Y a ti.

Volvimos a abrazarnos. Su cuerpo no era el mismo, pero yo la deseaba más que en Berlín, pues a la apetencia carnal se unía la necesidad de apresar toda la ausencia en ella contenida y a través de ella convertirla en inesperada presencia.

Y mientras la besaba me venían imágenes del sueño de Tasio en Délos, cuando todo su ser se concentraba en el acto de besar. Y sabía que nunca había besado así y que nunca una mujer me había entregado tanto de sí misma en cada beso.

—¿Dónde te hospedas? —me preguntó.

—En una casa terrible... —le dije—. Mi cuarto tiene dos ventanas. Desde una se ve el cementerio de Eskala y desde la otra la bestia...

—¿Qué bestia? No me asustes...

—Un mono enjaulado que tiene la señora en el jardín y que no para quieto ni de día ni de noche...

—Lo del mono me da igual, pero lo del cementerio no me gusta...

—A mí tampoco. Espérame aquí; volveré enseguida con mi equipaje.

Cuando llegué al jardín, la bestia se agitaba más que nunca, y aún se alborotó más en cuanto me vio. Encontré a la señora en el vestíbulo y le hablé de mi encuentro con una antigua amiga, con la que deseaba trasladarme a Grikos, por parecerme un lugar más tranquilo que Eskala. Viéndome sesentón, además de solitario, la señora Palmira tendió a no creerme, y me costó convencerla de que mi decisión era irrevocable. Pero



al final aceptó que me fuera, no sin antes aconsejarme el hotel Boras, que pertenecía a una de sus cuñadas. Agradecí la sugerencia y le aseguré que ése era precisamente el hotel al que tenía pensado acudir desde el principio, si bien no me arrepentía de no haberlo hecho hasta entonces, pues mi estancia en su casa había sido muy agradable. La señora Palmira sonrió con ironía y me dijo adiós.

Cuando crucé el jardín, la bestia gruñó y golpeó vesánicamente los barrotes. Sus ojos brillaban de dolor.

—¿Así dices adiós? —le grité.

Dionisio se quedó inmóvil, mirándome fijamente, momento que aproveché para deslizarme entre los cipreses y salir corriendo.

Esa misma noche, Ida y yo nos fuimos en taxi hasta el hotel Boras, donde compartimos una habitación cuya terraza daba a la bahía de Grikos, junto a la playa solitaria, la roca en forma de alfa y la isla Traonisi. Una vez más, me hallaba en uno de los puntos cardinales de la ruta de Akásar. Y no estaba solo; junto a mí se encontraba una mujer que por su capacidad de supervivencia y su empeño secreto en conservar fuegos que parecían irremediabilmente condenados, ya empezaba a parecerme una de las intramujeres que cíclicamente irrumpían en las crónicas de nuestra logia.

La semana que pasamos en Grikos fue como un viaje a la época en que el ejercicio de amar estaba santificado por una diosa de ojos embrujados y sonrisa incendiaria, que unía con lazos hechos enteramente de Eros, como había dicho Empédocles.

No hablamos demasiado de nuestras vidas, tan sólo un poco de los años de Berlín. Y sabíamos, cuando de pronto nos quedábamos callados a altas horas de la noche, que había vacíos que ya nadie podría llenar y a los que más valía no asomarse.

Pero estábamos vivos, y no habíamos perdido la capacidad de temblar ante el irónico milagro de la vida.

Recuerdo con especial intensidad la penúltima noche con Ida en Grikos. Nos hallábamos en el balcón, viendo las luces de los aviones que continuamente surcaban la noche griega. El viento rugía y agitaba con violencia los tamarindos, mientras los barcos hacían extrañas maniobras sobre aguas que parecían de tinta china. Si de pronto nos hubiesen traído allí con los ojos vendados y nos hubieran dejado solos en aquella terraza fantasmal, habríamos creído que aquello era la guerra, otra vez la guerra, trastocando nuestras vidas. Una lancha de luces rojas surgía de un barco que reposaba junto a la isla Traonisi y avanzaba hacia el corazón de la bahía al tiempo que un avión rasgaba el cielo haciendo un ruido atronador. El viento volvió a rugir y la puerta del primer piso se abrió súbitamente. Ráfagas de aire frío cruzaban el hotel mientras los gallos cantaban y ladraban los perros. En medio de esa vorágine, Ida descubrió un escorpión en la terraza, muy cerca de su pie. Sin dudarle un instante, lo aplastó con su bolsa. Cuando lo supo muerto, me pidió un cigarrillo y me dijo:

—Creo que empiezo a comprender por qué Patmos es la isla del Apocalipsis.

Pero no acabaron ahí las sorpresas. Al día siguiente, estuvimos almorzando en el comedor al aire libre del hotel. El mar estaba en calma y llegaba hasta nosotros la profunda fragancia del jazmín y el salitre. En las otras mesas almorzaban dos italianos (uno de ellos estaba leyendo *El Banquete*), y un hombre de mi edad, con aspecto de arqueólogo y al que me parecía haber visto alguna vez en Délos.

Todo era tranquilidad cuando vi a Nicolaos Dalaris detrás de la puerta de cristal del bar. Acababan de servirle un vaso de brandy griego, que consumió de un solo trago, y parecía lleno de energía. Sus ojos se agrandaron cuando me descubrió entre los comensales. Con pasos casi marciales avanzó hasta el centro del comedor y dijo:

—Todos ustedes se hallan ahora en la isla donde San Juan vio el principio y el fin, y bueno es que lo recuerden y que sepan que cualquier momento es bueno para elegir el camino que tomarán a partir de ahora. O con Cristo o con el Anticristo. Esto se lo digo a todos, pero especialmente a usted. —Y me señaló con el dedo—. ¿Pasó todo un día en la cueva y aún no se ha decidido?

Yo quería tomármelo a broma pero no podía. La atmósfera de Patmos me sumía en una continua y ardiente alucinación. Nicolaos se acarició un instante su barba, miró con suspicacia a Ida, y abandonó el comedor con la misma arrogancia con la que había aparecido.

—¿Estoy soñando? —dijo Ida.

Yo sonreí con prudencia un instante antes de que apareciera Calixto, en medio del camino que bordeaba la terraza. Calixto descubrió a su hermano, que acababa de tomar el camino de muleros que conducía al monasterio, y empezó a decirle:

—Hijo de Satanás... ¿Qué haces aquí y por qué me persigues? Yo sé lo que buscas y sé adonde conduce tu gruta... No vayáis a su gruta —dijo, dirigiéndose a nosotros—. Conduce al infierno...

Nicolaos se dio la vuelta. Desde la terraza lo vimos erguido sobre un saliente de la roca, con sus hábitos negros y la cabellera blanca. Parecía un ídolo, brillando bajo la luz del mediodía.

—Vete a tu isla, infeliz —le dijo a su hermano—, y no regreses hasta que Dios no te dé un poco de luz...

—¿Y la comida? Ya no me queda nada...

—Di mejor la bebida... Esta tarde te llevarán la provisión semanal, pero ahora vete. ¿No me has oído?

Calixto cogió la botella de brandy que a escondidas le tendía la señora del hotel, y se fue corriendo hasta su barca mientras su hermano desaparecía por el camino de los muleros.

Recordando quizá lo que Nicolaos había dicho sobre mi larga estancia en la cueva, Ida me miró con inquietud. Su mirada me dolió, pues confirmaba mi sospecha. Dicen los budistas que sólo nos encontramos con los que nos tenemos que encontrar, por pura familiaridad kármica. Y yo me había encontrado con ella, pero también con Nicolaos y Calixto. El primero era el guardián de la cueva del fin del mundo, como

yo era el guardián del mundo extinto de Délos, y el segundo vivía en una isla minúscula en la que era el único habitante, como yo en Délos, cuando al iniciarse el invierno se iban del albergue todos los arqueólogos y me dejaban solo entre las ruinas. Aún me quedaba por citar a una persona: la señora Palmira, que vivía con un mono enloquecido y que tenía por vecinos a los muertos.

Sin embargo mi inquietud cesó cuando, al atardecer, nos fuimos caminando hasta la roca Alfa. A paso lento y en silencio, cruzamos la lengua de tierra que unía la peña con la playa de Grikos y subimos por la escalera tallada en la piedra. Al llegar a la cima, miré a mi amiga. El sol poniente se veía a la derecha, y a la izquierda la luna menguante. Ida no sabía que en ese momento mágico estábamos conformando la imagen del dibujo que el médico provenzal le había regalado a uno de los cronistas de Akásar y, poseído por una felicidad que ella atribuyó a nuestro amor, me sentí más reconciliado con mi propia vida y hasta llegué a creer que Ida y yo éramos hermanos desde mucho antes de haber nacido.

## 13

Un día antes de irnos de Patmos, estuvimos en la ermita de Apolo, a la entrada del golfo de Termia y muy cerca del cabo de Genaros, en la parte norte de la isla. Al parecer, la ermita había sido construida a principios del siglo pasado por un tal Apolo del Peloponeso, y la conformaban cuatro pequeñas edificaciones, una de ellas dedicada a Todos los Santos. El recinto era sombrío y al mismo tiempo acogedor. El agua gorgoteaba entre los muros y el patio estaba cubierto de losas. Un enorme plátano y un pequeño puerto completaban aquel resguardado paraíso.

Sentado sobre una piedra del muelle, le dije a Ida:

—Hasta ahora creía que el aislamiento era lo mejor para el alma y lo mejor para el cuerpo. Pero ahora creo que estaba equivocado... ¿Te gustaría vivir conmigo?

—¿Dónde?

—En la isla del fin del mundo. La señora del hotel Boras me ha hablado de una pequeña casa en Grikos, y había pensado que...

Ida me miró emocionada y dijo:

—Te costará creer que he estado pensando lo mismo...

—¿Hablas en serio?

—¿Y por qué iba a mentirte? —me preguntó antes de posar sus manos en mi rostro—. Después de conocer el sueño griego, ¿quién puede resignarse al invierno alemán?

—El sueño griego puede ser a veces una pesadilla —le advertí—. Pregúntaselo al cabrero que hablaba con el sacerdote; o pregúntamelo a mí, que llevo más de dos decenios en Délos... Allí no puedo seguir... Además, este año se cumple mi contrato como director del albergue...

—Por lo visto, he llegado a tiempo... Me gusta esta isla. Está llena de electricidad y de misterio. ¿Me enseñarás hoy mismo la casa?

—Desde luego.

Le había dicho casi toda mi verdad, pero preferí ocultar mi vinculación al manuscrito de Akásar. El secreto era una hermosa tradición dentro de nuestra logia, y no convenía crear más malentendidos que los estrictamente necesarios en toda relación amorosa.

El viento empezó a agitar la copa del plátano cuando dejamos atrás la ermita de Apolo y nos dirigimos a Eskala en bicicleta. Era como entonces, cuando recorriamos las orillas del Havel tras alquilar tres bicicletas en el quiosco de la playa fluvial. ¿Como entonces? No, estaba exagerando y olvidaba los vacíos que ya nadie podría llenar. Pero seguíamos amándonos, en aquella isla en forma de hipocampo. A los sesenta y cinco años habíamos vuelto a nacer, y nuestros cuerpos agradecían aquella súbita y tal vez merecida epifanía de la vida en los ojos y en la piel.

## 12

A finales de septiembre la acompañé hasta el aeropuerto de Atenas, donde supimos que, debido a una huelga de aviadores alemanes, su avión se iba a retrasar siete horas. Miré a mi amiga con cara de circunstancias, pero a ella le alegró la noticia y me propuso esperar en una habitación del hotel del aeropuerto. Asentí encantado y, no mucho después, nos hallábamos en la terraza del hotel, desde donde se podían contemplar las pistas de aterrizaje y, más allá, el mar, que brillaba a la luz del mediodía y parecía todo él rielado de fulgores de plata.

Volvimos al cuarto, cerramos las ventanas de doble cristal y, ya libres del rugido de los aviones, estuvimos mirándonos en silencio. Durante unos instantes de embrujo, en los que se mezclaron todos los tiempos de nuestras vidas, vi proyectarse sobre su cuerpo su silueta de dieciocho años, y me pareció que Ida seguía siendo esencialmente la misma. La Ida que yo quise y la Ida que yo quería, dispuesta a acompañarme en el atardecer de la vida.

Nos abrazamos, y al sentir el contacto de su cuerpo, cálido como la tarde de Atenas y como ella lleno de certezas, le agradecí al dios de los sueños proféticos el haberme deparado tantos hechos inesperados a lo largo de la vida, y especialmente en mi último año griego.

Al anochecer, me despedí finalmente de ella, que poco antes de subir al avión me prometió arreglar cuanto antes todos sus asuntos en Berlín para podernos ir a la casa que pensábamos compartir hasta la muerte.

Esa misma noche regresé a Délos, y mientras esperaba el retorno de Ida, continué mecanografiando las crónicas de Akásar, con mi propio testimonio incluido; trabajo que había iniciado dos años antes, y que estaba a punto de concluir. He de advertir sin

embargo que no se trataba exactamente de una copia, pues siguiendo la tradición de los iniciados de Akásar, fui modernizando y unificando el lenguaje de todo el manuscrito, desde los primeros testimonios a los últimos, evitando vocablos que me parecían anticuados o simplemente inoportunos, de forma que todos los peregrinos pareciesen el mismo, danzando como llamas de un único fuego.

El original de tapas negras quisiera quedármelo yo, así como los dos abraxas, que pienso donar al museo del monasterio de San Juan Teólogo, para que los coloquen junto al dibujo de los dos arqueros y quede siempre en la abadía un recuerdo secreto de los peregrinos akásicos; pero la copia a máquina voy a meterla en un tubo de plomo que después cerraré herméticamente, para más tarde introducirlo en una vasija que he comprado en Patmos, y que será enterrada en la casa de las máscaras, por parecerme la más adecuada para ello.

Si algún arqueólogo encuentra las crónicas dentro de algún tiempo, pensará que es una broma, y sin darse cuenta habrá entendido el mensaje del dios como debimos haberlo entendido todos los peregrinos desde el principio.

## 11

Con la copia de las crónicas casi acabada, me acerqué a la chimenea, prendí fuego a varias ramas de ciprés, y pasé un rato observando las llamas. Las ráfagas de chispas ascendían raudas para extinguirse en la negrura, formando apretados grupos, y al verlas pensé en la expansión del universo, en su desaparición, y en la infinidad de estrellas que había más poderosas y duraderas que el sol. Fue entonces cuando recordé lo que había escrito Fabio sobre «la catarata que incesantemente viajaba hacia un abismo sin luz», y en la que había visto una imagen del *Avayam*. De pronto, me pareció que «abismo sin luz» era una forma excelente de definir los agujeros negros que se hallaban en el centro de los quasares, y que sorbían impensables cantidades de estrellas. Y ante esas visiones, que suponían siempre un avance y a la vez una mirada a las simas del origen, poco me importaba el hecho de que algunos peregrinos de Akásar hubiesen o no falsificado sus vidas. Volví a mirar el fuego y creí ver, en los remolinos de chispas, ejemplos de muchos fenómenos del universo: versiones mínimas de discos de acreción, con sus remolinos gravitacionales de gas ardiente, formando anillos alrededor de efímeros centros de luz; versiones también de enanas blancas, de gigantes rojas y supernovas, de púlsares, de sistemas solares, de galaxias, de nebulosas, de constelaciones... Respecto a la duración de fuego generado por las ramas, las chispas debían durar lo mismo que nuestro sistema solar si lo comparáramos con la duración total del universo: un instante cósmico.

De un fuego pasé a otro y, acercándome al telescopio, dirigí su ojo hacia el lugar donde debió de hallarse la constelación del Centauro en tiempos de Platón, y que

Tasio vio encuadrada entre las dos últimas columnas de uno de los flancos del santuario.

Tanto ir y venir por todos los fuegos del fuego me produjo vértigo y, apartándome del telescopio, contemplé las ruinas de Délos y pensé en el doble legado de Akásar. Por un lado la creencia, cada cierto tiempo renovada, de que el fin estaba cerca, y por otro el deseo de acceder al grado cero del tiempo. Más que ser la luz, ser su velocidad, su desplazamiento, como cuando estaba con Ida. Y también caí en la cuenta de que, como me iba a ocurrir probablemente a mí, ningún peregrino de Akásar había muerto en la casa o en la ciudad del padre. No, miento. Guido, que tuvo la trágica idea de regresar a Venecia, acabó enterrado en vida en la ciudad de su familia. Una excepción que no dejaba de confirmar la regla de que todos los autores del manuscrito habían sido estrellas fugitivas, desaparecidas más allá de su propia galaxia. «Como las generaciones de hojas, así las de los hombres», le había dicho Apolo a Poseidón en la guerra de los dioses descrita por Homero. La sentencia era válida sobre todo para los peregrinos de Akásar, que se habían ido sucediendo como las hojas del libro que de siglo en siglo iban escribiendo.

Meditando en todo ello me tendí en la cama y me quedé dormido. Enseguida empecé a soñar que veía muchas estrellas dispersas; después una sola: y al contemplarla pensaba que era Tolimán, ahora llamada Alfa Centauro A. Un planeta giraba en torno a ella; estaba cubierto de agua y se parecía a la Tierra. Algunas islas se veían aquí y allá, perdidas en la inmensa esfera azul. Islas frondosas, que recordaban en algo a las de Polinesia, si bien sus árboles parecían cedros. Mis ojos se adentraban en una de esas islas, y atravesaban una selva llena de torrentes y lagunas. Había también piedras blancas y negras, colocadas en lugares concretos, y cuya situación parecía guardar algún significado. Hasta que empezaba a darme cuenta que aquella isla era como una masa pensante con conciencia propia, que oscuramente controlaba todos mis movimientos. Una masa que era eco de otra masa y de otra, hasta perderse en la infinitud sideral. Todo cuanto me rodeaba, árboles, piedras, agua, conformaba una misteriosa conciencia que se notaba sobre todo en los movimientos del aire. Me hallaba absorto en medio de la selva cuando surgían de entre la maleza unos seres desnudos, de apariencia humana, que me miraban fijamente. No parecían tener conciencia. No la necesitaban, pues su mismo entorno pensaba y los pensaba. Y en sus ojos sólo había fuego. Más que en mí, mucho más... Su cercanía se me hacía intolerable, pues me miraban sin distancia, desde la pura inmediatez de su propia combustión y la de la isla... Entonces yo corría hacia el mar y como veía que ellos me seguían empezaba a subir por una roca negra. Alcanzaba la cima y ya me iba a arrojar al agua cuando me despertaba y me sorprendía a mí mismo sobre la roca de la que se había caído Tasio, mirando desconcertado el remolino, como si acabase de ascender de él en ese momento. ¿Me había acostado en la cama de mi cuarto y ahora aparecía en la roca Negra...? No podía ser, yo nunca había sido sonámbulo, nunca... Dios mío, ¿y si me estaba pasando lo mismo que a Tasio?, me pregunté. Era como si

mi pensamiento se estuviese mareando aún más que mi cuerpo. Aterrado, volví a perder la mirada en el cielo y creí comprender mejor a Van Gogh cuando dijo que «así como nos subimos al tren para ir a Tarascón, nos subimos a la muerte para ir a las estrellas». Había que no ser para llegar a ellas, de esa forma especial en que yo no era cuando estrechaba a Ida, o cuando me desplazaba sin darme cuenta desde mi cuarto a la roca Negra...

Asombrado una vez más ante el hecho ineludible de que me había acostado en la cama y ahora aparecía en la roca, y aturdido por cuantos pensamientos me estaban asaltando desde mi viaje a Patmos, deseé más que nunca el retorno de Ida. Ella era como Petra: una roca ígnea, a la que sin embargo me podría agarrar sin abrasarme las manos en las noches en que mis pensamientos se convertían en estrellas danzarinas y empezaban a bailar al borde del abismo.

## CERO

10

«Nos subimos a la muerte para ir a las estrellas», repitió para sí Platón, al despertarse y verse de nuevo en el aposento de Academos. Asustado, se preguntó a sí mismo desde qué región de la niebla le llegaba esa sentencia. Miró atónito a su alrededor, reparó de nuevo en el manuscrito del *Critias*, que seguía sobre la mesa de mármol, y empezó a recordar... Acababa de tener un sueño muy largo, ahora se daba cuenta... Una pesadilla que había empezado el día anterior cuando, tras despedirse de Fedro y Selene, regresó con Timeo a la Academia, tomó el fármaco, y se tendió en el lecho después de haberle hecho una súplica ritual a Febo, escrita sobre las hojas de laurel que aún se hallaban bajo su almohada... Y en esa pesadilla un manuscrito iba pasando de mano en mano, generando esperanza y al mismo tiempo desesperación... Y resultaba extraño que mientras soñaba lo iba comprendiendo todo: las nuevas ideas, las nuevas lenguas, las nuevas religiones, las nuevas guerras, las nuevas abominaciones, el nuevo terror... Resultaba extraño, pero ya le había advertido antaño Diotima que a veces ocurría. En la cueva de Mantinea, entre los humos sulfúricos, la pitonisa le había asegurado que el dios nacido en Délos y afincado en Delfos permitía a ciertos mortales leer en sueños algunos fragmentos del Libro de la Vida, donde la historia del mundo coincidía con el juicio del mundo, en una dimensión en la que todos los tiempos eran uno... Entre los que tenían acceso al Libro, lo normal era que sólo comprendieran los pocos pasajes donde se hacía referencia a hechos futuros motivados por algo que dejaron trágicamente sin hacer, provocando una cadena de causas y efectos tan imprevisible (y sin embargo tan prevista dentro de los planes del universo), que sólo volviendo al origen de la pérdida empezaban a recordar de verdad... También le había dicho la mujer de Mantinea que el Libro de la Vida podía sentirse o leerse de muy diversas formas, y que por ejemplo era posible verlo, oírlo, o estar unido a él y hasta sumido en él... Por eso ahora recordaba con tanta precisión las palabras y los rostros de los peregrinos akásicos. Y le bastaba con cerrar los ojos para verlos, en una misma encrucijada del espacio y el tiempo, escribiendo las crónicas de Akásar, que no dejaban de ser la urna donde una cofradía que recorría la historia iba guardando el fuego del fin del mundo; un fuego que ardía al fondo de la escritura de Akásar, y quizá también al fondo de toda escritura y todo intento de perpetuar la memoria. Un fuego que ardía también en el manuscrito inconcluso del *Critias*, así como en la destrucción de la Atlántida y de todas las Atlántidas que vendrían después.

No sin esfuerzo, consiguió levantarse, y cuando ya volvían a poblar su cabeza ciudades que nunca vería y rostros que ya tenían para él más vida que los de cuantas personas le habían rodeado los últimos días, llamó a Timeo.



El pitagórico acudió adormilado al aposento y se detuvo ante él.

—¿Qué hora es? —susurró Platón.

Timeo, que había regresado ya de noche a la Academia, tras acompañar a Fedro hasta la alcoba nupcial, dijo:

—Alba profunda...

La hora en que Critón despertó a Sócrates para decirle que llegaba la nave de Délos, la hora en que el joven discípulo supo que el maestro estaba decidido a beber la cicuta, pensó Platón.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó Timeo.

—Mejor... —dijo mintiendo—. Pero me muero de sed...

Timeo vertió agua de la jarra en el kylix y se lo pasó a Platón, que bebió con avidez.

—Gracias, amigo. Ya no os molesto más... Seguid descansando.

—No es ninguna molestia, señor —musitó el médico, retirándose.

En cuanto se quedó solo, se acercó a la ventana y estuvo escuchando una salmodia que, mecida por el viento, llegaba desde las marmolerías. La cantaba una vidente llamada Sofía, que había perdido a sus tres hijos, pasto de las guerras de Atenas. Después cogió en sus manos el *Critias* y se quedó pensativo. Apolo le había escuchado, y no debía asombrarse por ello. ¿Acaso se había sentido alguna vez abandonado por el dios de la escritura? A través del sueño, la divinidad délfica le acababa de indicar la continuación del libro. Hasta entonces, sólo había escrito el prólogo, donde narra cómo eran Atenas y la Atlántida nueve mil años atrás. En aquella remotísima época, la región ática estaba llena de frondosos bosques, y la Acrópolis era enorme, si bien no tan grande como la otra Acrópolis, la de la Atlántida. Cuando aún era muy joven y se hallaba de viaje por Egipto, había visto en sueños el inmensamente rico y poderoso país de los atlantes, conformado por más de diez mil tribus, y tal como lo había soñado lo había descrito en el *Critias*. Pero su escritura se había detenido en el momento en que el rey de los dioses iba a profetizar la destrucción de la Atlántida, poco antes de que se iniciase su guerra contra los antiguos atenienses... Pensó que esa guerra sería contada de forma muy somera en su libro. Hablaría de pestes y terremotos, provocados por la ira de los dioses, hablaría de un nuevo fuego, infinitamente destructivo, y daría por concluido el prólogo. A partir de ahí comenzaría en rigor el libro. Habría un salto en el tiempo de nueve milenios, y aparecería de pronto él, en su alcoba de la Academia, soñando el sueño de los iniciados de Akásar: nueve cronistas que encarnarían nueve Atlántidas futuras, igualmente destruidas debido a su impiedad. Por descontado que a partir de un determinado momento ya sólo se hablaría del futuro en su libro, pero para quien había vislumbrado los desfiladeros del tiempo, hablar de lo que iba a ocurrir dentro de mil o dos mil años era, en el fondo, menos arriesgado que narrar lo acontecido hacía nueve milenios, como había hecho en el *Critias*. Además, todo parecía indicar que, por más que nos costase comprenderlo, el tiempo pasado y el futuro era uno y el

mismo, convergiendo sin cesar en el más irreal de los tiempos: el fugitivo presente, que se nos iba continuamente de las manos y del pensamiento. De ahí que su último libro seguiría siendo un diálogo, una conversación a través del tiempo, pues cada cronista hablaría a su modo con el anterior, conformando entre todos una incesante y al mismo tiempo silenciosa plática, una eterna y temblorosa escritura sobre el agua. Hasta que un peregrino del futuro regresase a Délos, consumando el sueño de Tasio. ¿Tasio? Por Zeus, gritó para sus adentros, Tasio se dirige ahora hacia Délos. Yo mismo se lo ordené y le acompañé hasta el Pireo... Y en Délos le van a anunciar mi muerte... No puede ser; seguro que aún estoy soñando...

Pensó que debía llamar a sus amigos y exigirles que partiesen en una rápida nave e intentasen detener a Tasio en Kea o en cualquiera de las otras escalas que jalonaban el viaje hasta la isla sagrada, para que el muchacho no llegase nunca a su destino y Cristóbulo no pudiese anunciar su muerte. Porque él iba a morir antes de que Tasio arribase a Délos. Entonces, ¿cuánto le quedaba de vida? ¿Un día, dos? No, una semana, y si los vientos se enfurecían podía ser más... Pero no era tiempo suficiente para escribir el largo libro del sueño... Y además, ¿por qué estaba tan seguro de que el dios no quería revelarle un nuevo secreto? ¿No le quedaba algo por soñar? Ahora tenía la impresión de que el sueño de los peregrinos akásicos no había concluido, y que tras el noveno cronista había todavía otro, perdiéndose y encontrándose en el más fantasmal de los futuros... Pero si se dormía de nuevo, era ya casi seguro que no volvería a despertarse...

Dejó el libro sobre la mesa, y se tendió en el lecho, notando por primera vez en su vida el peso de la historia, toda la dicha y todo el dolor humanos concentrándose en un punto medular de su intelecto que quería, pero que aún no podía, abrirse a una vastedad sin lindes, donde la conciencia del tiempo ya no le pesase tanto y pudiese sentir, de una vez por todas, que ya había pagado con creces el delito de haberse atrevido a nacer, de haberse atrevido a ser, y de haberse atrevido a saber.

Le daba miedo dormirse, le daba escalofríos, pero el sueño le fue poco a poco atrayendo hacia sus moradas, y en cuanto cerró los ojos empezó a ver un objeto metálico, tan ligero como la luz, atravesando un cinturón de piedras volantes. El objeto semejaba un disco que hubiese sido lanzado desde algún lugar del espacio por un atlante de músculos descomunales. El disco brillante cruzaba regiones de creciente oscuridad; pero más tarde volvían a verse las estrellas, formando cataratas que desembocaban en un Nilo sideral. Después el objeto atravesaba hondonadas gaseosas. Ráfagas de ceniza, que a veces parecían de nieve pulverizada, se extinguían a lo lejos. Pero de pronto todo parecía detenerse mientras el disco continuaba su viaje, y el cielo semejaba entonces el símbolo más majestuoso de la inmóvil movilidad del espacio y el tiempo. A la velocidad con que se deslizaba el objeto, el universo resultaba tan variado como reciente, y uno entendía de otra manera el sueño de la eternidad. Persistía la condensación de materia, y el cielo se impregnaba de luz zodiacal, elevándose oblicuamente por encima del disco, y perdiéndose en el infinito. No

mucho después el disco se acercaba a un planeta más azul que la Tierra, en el que se veía una isla casi circular, selvática y oscura. El objeto se posaba en la isla, en el corazón de un valle entre dos zonas boscosas, y él sabía que dentro del disco iba un hombre, y que ese hombre había leído las crónicas de Akásar.

## 9

Al abrir los ojos, Agnus sintió deseos de llorar. Durante unos instantes de profunda desorientación, no supo quién era y dónde estaba. Volvió a cerrar los ojos y trató de recapacitar. Él era solamente un aliento, un impulso ciego que luchaba por definirse y por hallar un límite a su temblor. Y su temblor tenía límites bien precisos, ahora se daba cuenta. Todo su cuerpo estaba cobijado bajo una bóveda transparente y lisa, situada a tan sólo un palmo de su nariz: era la parte superior del sarcófago en el que había estado nueve años muerto... ¿Nueve? Le costaba aceptar el tiempo transcurrido desde el momento en que se hizo efectiva la hibernación, y que le parecía ayer mismo, y el presente. Sin embargo, sus sentidos habían pasado una eternidad dormidos, y ahora necesitaban recordar de qué misteriosa sustancia estaba hecha la vida.

La tapa del sarcófago no tardaría en levantarse. Temía ese momento: iba a ser como volver a nacer; pero a la vez empezaba a sentir claustrofobia, y se atormentaba pensando en la posibilidad de que el mecanismo sufriese alguna disfunción y acabase asfixiado en el interior del sarcófago. Volvió a pensar en los nueve años de inconsciencia absoluta, en los que fue dejando atrás el sistema solar y se precipitó hacia las estrellas... Después empezó a recordar la época en que finalizó sus estudios de radioastronomía y comenzó a colaborar con el doctor Augusto Moore en la base de Cayo Negro. Dos años antes de su primer encuentro con Moore, el doctor había recibido un paquete desde Grecia, en el que un arqueólogo llamado Karl Blenn le enviaba una copia de las crónicas de Akásar, con una carta donde aseguraba haberlas encontrado en la casa de las máscaras de Délos, metidas en una vasija como si fuesen papiros, si bien era evidente que habían sido mecanografiadas en tiempos del primer alunizaje. Moore leyó sorprendido el documento, y discutió con Agnus el posible sentido de algunos pasajes. Ambos creían que las crónicas habían sido escritas por varios autores, aunque quizá no tantos como los que figuraban en la versión final, y los dos convinieron en que había sido una buena broma por parte del último cronista enterrar en Délos, y en plena era espacial, una copia mecanografiada de la narración. Era como sacarle la lengua a la arqueología, pero era también dar una indicación para interpretar correctamente el manuscrito, al que había que acercarse con la misma ironía con que había sido escrito y enterrado. Por descontado que aquel viejo administrador del albergue de Délos no había sido el único visionario de su tiempo, pero sí el único que había soñado el sueño que ahora se estaba haciendo realidad;

pues tanto Agnus como su superior estaban de acuerdo en que el último cronista hablaba del mismo planeta que ellos andaban buscando, y que el satélite *Teseus* iba finalmente a descubrir un año después de que accediesen al manuscrito de Akásar. Un planeta de agua, como indicaba el hombre de Délos, ubicado en una región del universo situada más allá de donde nacía el Sol; forma arcaica de decir en un lugar más allá del Sol, y por lo tanto en otra secuencia principal: la estrella Alfa de la constelación del Centauro, que en la época de Platón era visible desde Grecia, y que iba a ser el punto omega de la ruta de Akásar, su destino final. Por eso el Consejo decidió llamar Akásar al nuevo planeta de agua, y Erisia a la que parecía su isla más habitable. Sin embargo, ellos sabían que antes, mucho antes de que Akásar y Erisia tuvieran su lugar en el firmamento, habían sido sueños vinculados a intuiciones muy antiguas, y precedidos de épocas en las que las gentes habían creído que estaba a punto de llegar el fin del mundo. El hecho de que tal fin aún no hubiese llegado no dejaba de ser significativo además de esperanzador, y les confirmaba que los visionarios, como los científicos, sólo iluminaban una mínima parte de la realidad, a cambio de velar el resto mucho más, convirtiendo las tres cuartas partes del universo en una dimensión de una inconcebible oscuridad.

Cinco años después de haber leído el manuscrito de Délos, Agnus emprendió el viaje a Akásar, y ya no despertó hasta que el *Omega* se posó en Erisia, siguiendo el mismo recorrido que hiciera previamente el satélite *Teseus*, cuyo viaje sirvió para la elaboración de la memoria trashumante de la nave. Casi un decenio en el que apenas envejeció, errando a velocidades a veces muy próximas a la de la luz, por las frías inmensidades en las que se fue cruzando con sondas, cometas artificiales y satélites que se desplazaban desde hacía medio siglo por el espacio profundo y que le permitirían conectar con la Tierra. Pero nueve años, ¿no serían quizá demasiados?, se preguntó.

La tapa del sarcófago seguía inmóvil; Agnus trató de no perder los nervios recurriendo a un sencillo ejercicio de meditación. Se trataba de cerrar los ojos y concentrarse en el recuerdo de las mujeres que había conocido en la Tierra. Lo intentó pero, misteriosamente, todos sus rostros se le presentaban tan borrosos que era incapaz de individualizarlos. Tan sólo veía fantasmas flotando en una atmósfera cada vez más brumosa. Nunca hasta entonces había padecido esa clase de amnesia, que le produjo una gran inquietud. ¿Y si de pronto todo lo que había vivido en la Tierra se esfumaba y dejaba de tener sentido? Temía que le ocurriese lo mismo con otros recuerdos, y no fue poco su alivio cuando consiguió acordarse de lo último que había visto antes de que lo hibernasen en Cayo Negro. Eran imágenes de Moscú, que habían aparecido en la pantalla de uno de los monitores de la base. En el oscuro atardecer, grupos de hombres con máscaras corrían por una avenida que bordeaba el Moskova helado. Se oían sirenas y disparos; y más tarde se veían llamaradas junto al Kremlin. Las imágenes le habían inquietado, pero no tanto como las que llegaban por aquel entonces de Extremo Oriente. Las llamas que allí se estaban avivando podían

atravesar en tan sólo unos días las estepas rusas y morder los suburbios de Viena, Berlín y Varsovia, inaugurando el más duro crepúsculo de la fortaleza europea. Una migración del fuego que en el fondo ya se había llevado a cabo muchas veces, según creía Agnus, pues siendo Europa solamente un apéndice del gran continente de Asia, que respiraba todo él al unísono y que tenía vida propia, era previsible que cada cierto tiempo se alternasen invasiones de Este a Oeste y de Oeste a Este, que conformaban una inmensa pira nómada, una milenaria danza de la sangre y el fuego, que crecía según medida y según medida se apagaba, para volver a activarse más tarde, como el fuego de Heráclito, que no en vano había vivido en una ciudad fronteriza entre Occidente y Oriente, muchas veces incendiada y otras tantas reconstruida sobre las cenizas calientes de los muertos, como le había dicho más de una vez Augusto Moore, amante de las culturas antiguas... Un pensamiento le llevó a otro, y recordó una frase del manuscrito de Akásar: «Nos subimos a la muerte para ir a las estrellas...» El se había subido a la muerte para llegar a los dominios de Alfa Centauro, cuando corrían tiempos muy difíciles en la Tierra. Había pasado de Cayo Negro a Erisia de manera no muy diferente a como el último cronista akásico pasó, en sueños, de la cama del albergue de Délos a la peña resbaladiza. Y era angustioso volver de pronto a la vida y comprobar que la tapa del sarcófago seguía sin elevarse. Pero no se iba a desesperar por eso, después de haber atravesado un océano de ceniza de más de cuarenta mil billones de kilómetros. Tendría que pensar en un nuevo ejercicio. Por ejemplo, recordar los testimonios de los peregrinos de Akásar. Pensó en el octavo cronista y en la isla aquella del Pacífico, y recordó la noche en que Fabio se creyó en el interior de un sueño soñado por alguien que no podía ver, ni siquiera imaginar; un sueño donde él era únicamente un personaje frágil, ilusorio... ¿Y si a mí me estuviese pasando lo mismo?, se preguntó Agnus. De pronto, creyó que viajaba por otro cerebro. Se sentía en el interior de una mente ajena, y esa mente era como un lago, diáfano y profundo, en el que se iban creando círculos concéntricos... El era uno de los círculos, tal vez el último, el más extenso y el más difuso... Pero ¿quién puede estar soñándome? ¿Desde qué tiempo? ¿Desde qué mundo? Notó un sudor frío en la frente y en las sienes, y se propuso apartar de sí aquel pensamiento tan opresivo. ¿Dónde estoy? ¿Hacia dónde voy? ¿Avanzo hacia el pasado o retrocedo hacia el futuro?, se preguntó aterrado. Ya no podía aguantar más tiempo dentro del sarcófago. Notaba que le faltaba el aire y apenas tenía ya fuerzas para mover los párpados.

Creó que su pánico estaba llegando a un punto sin retorno, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que era posible mantener el calor del cerebro casi sin respirar, como le habían dicho que hacían los yoguis. Un estado parecido al de la hibernación profunda, y semejante, incluso, a la muerte, pero en el que la conciencia seguía atenta y más viva que nunca. En ese instante la tapa del sarcófago comenzó a elevarse, a la vez que se abría la escotilla de la nave, y Agnusapuró por primera vez la atmósfera de Akásar, que entró en sus pulmones como una fría ráfaga de gas pesado y denso. Al principio le pareció un suplicio, pero enseguida comprobó que era

fácil acostumbrarse a aquel aire húmedo y salado, de olor a árboles podridos y a heléchos.

El monitor de la izquierda se iluminó. Iba a recibir el primer mensaje desde la Tierra, que debía de haber sido enviado unos cuatro años y medio después de su despegue de Cayo Negro. Estaba ansioso por escucharlo. El monitor parpadeó un rato hasta que apareció la cara de Augusto Moore. Su superior hablaba desde el control de la misión, pero Agnus no podía oírle. No funcionaba el sonido... Probó en el otro monitor. Lo mismo. El doctor Moore hablaba, con cara de profunda preocupación, pero seguía sin oír nada. Intentó leer el movimiento de sus labios, y creyó captar algunas palabras: «colapso», «sobrevivir», «Alfa Centauro»...

## 8

Platón seguía pendiente de los pensamientos de Agnus cuando creyó que empezaba a agonizar de verdad. Su cabeza se inclinó hacia atrás, y comenzó a perder el contacto con el mundo, si bien seguía conservando el sentido auditivo. Sus ojos, ya entornados, permanecían inmóviles y no parpadeaban. Intentó llamar a Timeo, pero su voz se extinguió, como si se hallase bajo el agua, y una densa niebla le veló el techo de la alcoba. Su respiración se tornó bronca y difícil, como si la dilatación de su tórax no fuese suficiente. Más que respirar el aire, lo deglutía, sintiendo cómo descendía y ascendía la laringe en cada movimiento respiratorio, y notando cómo su corazón chocaba contra las paredes que lo envolvían, a la vez que se iban amortiguando sus latidos. Su piel estaba cada vez más fría, cubierta de sudores viscosos, y empezaba a sentirse un exiliado de la vida. Si ahora se dejaba arrastrar por las tinieblas, ya no se volvería a despertar. Pero él no podía decir adiós a la vida, todavía no...

Timeo oyó desde su aposento los estertores y acudió a él. Palpó sus muñecas, y notó su pulso cada vez más débil. Temiendo lo peor, salió corriendo de la alcoba para avisar a los demás. En el pasillo se topó con Aristóteles.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el macedonio.

—Te lo puedes imaginar... Su nariz se ha afilado, sus pómulos parecen más salientes que antes, tiene las sienas oprimidas, le ha crecido la barba, se le han hundido los ojos, sus labios parecen resecos, y respira con la boca entreabierta... — dijo Timeo.

—Pero entonces ¡es verdad que está agonizando!

—¡Naturalmente que es verdad! —murmuró con irritación Timeo, y se dirigió a los aposentos de Xenócrates y los dos sobrinos de Platón.

## 7

Lleno de inquietud, Agnus trató de reponer fuerzas tomando las píldoras prescritas para los primeros momentos del despertar. Después bebió medio litro del agua rica en minerales del termo azul. Empezaba a sentirse como antes de la hibernación cuando oyó ruidos procedentes de la superficie superior de la nave. Cogió la pistola y apuntó temblando hacia la escotilla. A la luz de un satélite algo mayor que la luna, y que ahora llenaba el centro del rectángulo, vio un búho de ojos alucinantes, que posó un instante sus garras en un ángulo de la escotilla, para alzar enseguida el vuelo.

Agnus sintió un escalofrío. Era como si aquella masa pensante y vigilante que le parecía Erisia hubiese empezado a acosarlo. El ave nocturna llevaba ahora grabada su imagen; un ser viviente de la isla ya lo tenía localizado. Subió a la escotilla y por primera vez vio con claridad dónde se hallaba.

Como estaba previsto, la nave se había posado en la ladera izquierda de un valle entre dos grandes áreas boscosas, pero las fotografías del *Teseus* no habían captado las piedras semejantes a menhires que se iban sucediendo a trechos por el valle. Su altura no llegaba al metro y medio, y algunas estaban cubiertas de musgo, confundándose con la hierba. No parecían colocadas al azar, ya que formaban figuras geométricas, perdiéndose en la distancia. La quietud que las rodeaba, así como su resplandor gris bajo la luz de aquella «luna» brillante como el magnesio, le dejaron sumido en un profundo estupor. Necesitaba pisar aquella hierba para convencerse de que ni estaba soñando ni era el personaje del sueño de alguien que no podía ver, ni siquiera imaginar. Necesitaba tocar las piedras de Akásar, y tras subirse a la escotilla, se deslizó hasta el suelo. Primero revisó el exterior de la nave, vio que los desperfectos no eran graves, y se dirigió hacia la primera hilera de piedras, notando que pesaba más que en la Tierra. Veinte kilos más, según le habían asegurado. Y era verdad. Todo pesaba más; también las ideas y los deseos. El deseo de tocar las piedras pesaba más... Él avanzaba, lento, desconcertado, notando el peso de su propio deseo; una sensación que hasta entonces desconocía, como de profunda y abominable fraternidad con la materia.

Tras examinar largo rato dos piedras y comprobar que no había en ellas el más mínimo indicio de escritura, decidió subir a la rocosa colina que se veía a unos doscientos metros de la nave, desde cuya cima comprobó, sirviéndose de los prismáticos, que Erisia estaba conformada por círculos concéntricos. El más periférico, y en el que dominaban los tonos ocres, amarillos, grises y negros, lo formaban playas, dunas y acantilados, rodeados por una franja de tierra negra, probablemente rica en sales, y que podría constituir un feracísimo suelo de labor. Después venía un segundo anillo de árboles grandes y poderosos pero no demasiado apretados, en los que vio algunos animales voladores, parecidos a las ardillas. Un bosque que se podía atravesar con cierta facilidad, y que dejaba paso al valle de las piedras, que de esa manera conformaba el tercer anillo. Tras él, se hallaba el círculo central, que se ofrecía a sus ojos como una dimensión de profunda oscuridad. Una densa selva conformaba ese círculo, con multitud de especies yuxtapuestas en

diversos pisos y unidas por lianas y epifitas, donde parecía pulular una misteriosa vida animal. En bastantes trechos, parecía una selva impenetrable; un auténtico bosque esponja donde la distribución del manto vegetal se iba efectuando en función del grado de humedad. Árboles gigantescos, dignos de haber crecido en la Atlántida, con los troncos a veces muy apretados entre sí, formaban un techo continuo, por el que la luz se filtraba a duras penas; pero más abajo, sobre un tapiz de plantas sin clorofila, se elevaban, en capas superpuestas, los heléchos, cuyas frondosidades se presentaban como una tentación parecida a la que sintió Eva ante el árbol de la ciencia.

Dejándose arrastrar por la tentación, bajó la colina, atravesó el valle de las piedras y, sirviéndose de una linterna, empezó a explorar el círculo central, lleno de rumores y zumbidos que parecían las palpitations del corazón de la isla. Los heléchos eran más altos que él, y al abrirse paso entre ellos se sentía un piojo, errando por una grasienta cabellera. ¿Quién vivía allí, en aquellas mansiones negras? ¿Quién colocaba las piedras en círculos y en hileras? Durante dos horas de marcha, sólo se cruzó con una serpiente amarillenta, del tamaño de una cobra, y con un pestilente animal parecido a una jineta. Y cuanto más avanzaba más se debilitaba su conciencia; como si el aire fuese cada vez más narcótico. Pero entonces, ¿si continuaba caminando y un día llegaba al centro de Erisia sería como llegar al grado cero de la conciencia? En varias ocasiones miró hacia arriba y tembló de vértigo. Los árboles formaban en pleno día un cielo gris oscuro por el que se filtraban infinitas partículas de luz que parecían estrellas. Era la noche en pleno mediodía, pensó, la noche que no le había abandonado desde que penetró en la jungla, la noche eterna, más allá de las rotaciones del «sol» de Akásar; la noche real, que sólo había vislumbrado alguna vez en sueños, y que ahora se presentaba ante él en toda su primigenia viscosidad.

Después de tres horas de avances y retrocesos, dio con una roca cubierta de musgo y trepó por ella hasta su cúspide, que se elevaba unos dos metros por encima de las copas de los árboles más altos. Desde allí pudo comprobar que apenas había recorrido un kilómetro, pues a esa distancia se encontraba el valle de las piedras. Al otro lado de la roca se hallaba la selva, cada vez más densa, en la que sin embargo se veían algunos claros, rodeando el tortuoso río que iba partiéndose en cascadas. Volvió a utilizar los prismáticos y no tardó en descubrir que el interior de la jungla hervía de cuerpos en movimiento. Parecían más altos que él, de piel negroamarillenta, nariz ancha y mentón puntiagudo; iban desnudos y llevaban los cabellos enrollados en penachos. Tenían la espalda bastante convexa y algunos poseían las enormes nalgas propias de la esteatopigia. Al principio no entendió sus movimientos, hasta que cayó en la cuenta de que se trataba de una guerra entre dos hordas. Se golpeaban con huesos y con piedras, entre los heléchos y la niebla, y los gritos llegaban hasta él como invocaciones de pesadilla. Después arrastraban a los muertos hasta el claro del bosque donde aguardaban las hembras y los niños, y lo disponían todo para el festín.



Agnus empezó a sudar. Tenía que salir de allí y volver a la nave. Necesitaba saber qué pasaba en la Tierra y qué le estaba ocurriendo a él. Por tercera vez en la ruta de Akásar, los cuerpos y las almas podían masticarse bajo los árboles. Y aquellas hordas no parecían conocer el fuego. ¿Quizá sólo conocían el horror? Comenzó a bajar la peña por el flanco opuesto a la jungla, hasta que se topó con una cascada. Iluminó el lugar donde caía el chorro de agua y descubrió una variada fauna de peces negros y grises en continua y violenta agitación. Muchos de ellos se arrojaron a la luz de la linterna, agrediendo unos a otros. Parecía como si en aquel pozo de menos de tres metros de diámetro se estuviese llevando a cabo una implacable lucha por la vida. Temiendo que si acercaba la mano se iban a arrojar a sus dedos como pirañas, llenó la cantimplora de agua algo más abajo, en una nueva cascada, y la probó. Tenía un sabor elemental, simplísimo. Parecía agua fósil, recién salida de las entrañas de Akásar, donde había permanecido intacta millones de años.

Se hallaba de nuevo entre los heléchos cuando, al mirar hacia arriba y ver el cielo vegetal, le pareció que bajo aquel manto era imposible tener conciencia del tiempo, y que por lo tanto los habitantes de Erisia eran tan inmortales como los animales que convivían con ellos entre la maleza.

## 6

Intentando contener el pánico, Aristóteles entró finalmente en la alcoba del agonizante y, acercándose a él, cogió su mano derecha y dijo:

—Maestro, soy yo, Aristóteles... ¿Me podéis oír?

Platón le oyó, y girando levemente la cabeza dirigió la mirada hacia él, pero sólo vio niebla. En realidad la vida, la única vida visible, seguía estando en el interior de su memoria.

Aristóteles se apartó del lecho y se fijó en los objetos que reposaban sobre la mesa: la estatuilla de Febo, el puñal, el espejo, el libro inacabado... No entendía por qué el maestro le tenía tanto apego a aquella fábula sobre los atlantes, hasta el punto de dedicarle sus últimos días. Después pensó en la demencia propia de la vejez, cogió el espejo, y se miró en él. Sus propios ojos le parecieron de otro, su barba y las profundas arrugas de la cara... ¿Era aquél su rostro? Por Zeus, no. ¿Tanto había envejecido en los últimos tiempos? ¿O estaba viendo el rostro de Platón? Asustado, se desprendió del espejo como de un escorpión. Él era en el fondo Platón, de la misma manera que Platón había sido Sócrates. Y todos, desde Tales de Mileto a los alumnos de la Academia, pasando por Parménides, Heráclito y Zenón, iban conformando una cadena de esperanza y desesperación, y todos iban en una misma barca, por un mar de razones y sinrazones, de fuego y agua, pensó antes de echarse a llorar.

Y mientras sollozaba sin atreverse a mirar al yacente, reconoció lo mucho que había en él de su maestro y que le acompañaría hasta la muerte. Platón le había enseñado, por ejemplo, que la filosofía era hija del tiempo libre y del asombro, por no decir del estupor. Quizá debido a ello los egipcios habían inventado la metafísica, porque la casta sacerdotal tenía mucho tiempo libre para asombrarse ante la vida y ante lo que había o no había más allá de ella. El maestro lo había dicho en uno de sus diálogos, y él lo pensaba repetir en un libro que ya estaba escribiendo. ¿Y quién le había prestado el pensamiento de que debíamos ser inmortales en la medida de nuestras posibilidades? ¿Y quién le había dicho, un atardecer en el cementerio de Cerámicos, que lo mejor era no nacer, pero que si uno nacía lo mejor era ser un amante del saber, para no morir tan ignorantes como cuando salíamos del claustro materno? Y ahora él, que acababa de cumplir los treinta y siete años, recordaba emocionado aquella tarde y pensaba en la muerte del maestro y en su propia muerte, prometiéndose a sí mismo que ese certero pensamiento figuraría en su propio testamento, cuando le llegase su hora. Pero de todas las enseñanzas que le regalara Platón, ninguna le interesaba tanto como su crítica continua a la idea de patria. Desdichados los que creían tener un suelo de ellos y para ellos; desdichados los que creían que alguna tierra era suya y que de ella había emanado la idiosincrasia que enarbolaban ante los extraños, pues estaban destinados a morir tan ignorantes como cuando nacieron, y a derramar sangre inocente, y a vivir fuera de la región de las ideas, justamente por creer que había patrias más sólidas y verdaderas que la del pensamiento referido al hombre en su soledad esencial, en su orfandad sin fronteras y en elemental desnudez bajo los astros. De ahí que a él ya no le importara saber que había nacido en Macedonia y que los macedonios ni siquiera eran considerados auténticos griegos. ¿Qué quería decir ser auténticamente griego? ¿Sabían lo que decían quienes empleaban palabras tan peligrosas? Y tampoco le importaba que los extranjeros residentes en Atenas no pudiesen tener casa propia, ni que sus hijos jamás llegasen a ser atenienses aunque se casasen con autóctonas. Ajeno a toda patria, y libre del más venenoso de los prejuicios, tendría mucho más tiempo para pensar en lo esencial: el hombre sin más, el hombre y su capacidad de asombro ante el misterio incesante de la vida.

## 5

Desde una frontera que parecía estar a igual distancia del sueño y la vigilia, Platón notaba cómo se iba descomponiendo su memoria en una sucesión de facetas parecidas a las de los diamantes, en las que se reflejaban infinidad de momentos de su vida. Flotaba en una pluralidad de tiempos, que acababan conformando un mismo remolino proyectándolo de nuevo hacia Akásar. Desde el sueño, y completamente inmovilizado, veía la noche caer como un manto de poroso terror sobre los akasios.

Una doble noche, que se añadía a la perpetua oscuridad de los bosques. Pegados los unos a los otros en improvisados nidos entre los heléchos, se entregaban al profundo y a la vez ligero sueño de quienes saben que la oscuridad está llena de garras. Y en esa oscuridad, atávica y a la vez recién creada, Agnus empezaba a interpretar de otra manera el manuscrito de Akásar.

Tras cruzar la región de los heléchos, llegó al valle de las piedras y se vio ante dos hileras de menhires que formaban un largo camino. El «sol» estaba saliendo por el punto hipotético en el que las dos paralelas se juntaban, lo que le obligó a pensar que seguían una orientación muy determinada, pues apuntaban hacia el lugar exacto por donde empezaba a ascender el disco anaranjado de Alfa Centauro A, que él prefería llamar Tolimán, como los antiguos.

Avanzó durante un buen rato por el valle, estudiando las figuras que iban formando las piedras. Parecían colonias separadas unas de otras por vastas tierras de nadie. Pensó que debían ser los diferentes cementerios de las diferentes hordas. De confirmarse su suposición, aquel valle que daba la vuelta entera a la isla sería el río de la muerte. Le sorprendía que los akasios relacionaran la muerte con la luz, más que con las sombras. Su Eskacamandro era un río dorado en el que se iban sucediendo sólidas boyas de piedra... Siguió avanzando hasta que oyó un grito estremecedor. Se ocultó tras una piedra y vio surgir de la espesura a los componentes de una horda. No eran más de quince. Cuatro machos encabezaban el grupo y cargaban con un cadáver.

Mientras las hembras gemían y se entregaban a una danza ritual barriendo el suelo con ramas y levantando una densa polvareda, diez machos arrastraron una piedra tendida en el suelo y la colocaron erguida, con una pericia que implicaba un inmediato y muy acertado reparto de fuerzas. Junto a la piedra enterraron al muerto, lo cubrieron con una capa de arena, y regresaron a la jungla. Algunos parecían inquietos, como si dieran alguna presencia extraña en la isla, y miraron llenos de dudas hacia el valle antes de desaparecer en la espesura.

Cuando ya hacía más de una hora que se habían ido, Agnus acudió a la tumba, retiró la arena de la cabeza del muerto y halló confirmada su sospecha. Parecía el cadáver de un jefe. Un macho maduro, al que le habían sorbido la materia gris por el orificio que se veía en su cráneo. Su tumba era la última de una espiral donde las piedras centrales estaban llenas de musgo. La espiral debía de ser el calendario de la horda que acababa de ver. La duración quedaba así representada por las boyas que iban dejando sus jefes en el río de la muerte... Un río al que tendían los muertos de todas las hordas, un río común, tan común como el logos según Heráclito, tan común como la vida y la muerte... A su manera, las piedras conformaban una escritura exacta y de una gran eficacia simbólica. El valle aquel era en realidad el libro akásico de los muertos. Un texto escrito sobre la hierba, entre dos selvas limitadas y al mismo tiempo infinitas, por el que discurría todos los días el disco enrojecido de Tolimán, formando, entre las dos hileras centrales, una corriente cobriza a la que los akasios sólo acudían para depositar en ella a sus muertos. En su conjunto, el valle le parecía

una imagen elemental del universo, con sus galaxias de diferentes formas: espirales, elípticas, enanas, siamesas... Casi un mapa del cielo, impreso sobre el río del eterno regreso a la hierba.

#### 4

Sintió que respiraba algo mejor y mientras seguía los movimientos de Agnus, empezó a recordar las mañanas de antaño en el cementerio de Atenas, cuando daba sus clases paseando. En los días de verano, él y sus discípulos atravesaban el barrio de Cerámicos, salían de la ciudad por la Puerta Dipila, y se adentraban en el valle de los muertos, por un camino rodeado de tumbas, entre las que se encontraba la de Pericles. Más tarde llegaban al jardín de Academos, donde se hallaba el altar consagrado al héroe que robó el fuego de los dioses para dárselo a los hombres. A Platón le gustaba tanto aquel lugar que, en cuanto tuvo la oportunidad, compró un terreno junto al jardín y ubicó allí su escuela. Al lado de Prometeo, sí, pero también al lado de los muertos. Y ahora le asombraba comprobar que los muertos le habían separado siempre de la ciudad. Ya antes de comprar el olivar de Academos, un muerto le separaba de Atenas... Entre los atenienses y yo, siempre ha estado ese Aqueronte de hierba y piedras, pensó, y creyó escuchar el llanto de Aristóteles y las lejanas voces de sus sobrinos, como un murmullo vacío. Así eran casi siempre las palabras, murmullos despojados de todo sentido que estuviese más allá de la pura necesidad animal de manifestarse ante los demás sujetos de la tribu. Manifestarse como algo diferente a una piedra, a un árbol, a un perro devorador de cadáveres, pensó en el instante en que irrumpieron en la alcoba Timeo, Xenócrates y Espeusipo, que al ver llorar a Aristóteles ya no pudieron contenerse y, cubriéndose los rostros con las manos, se entregaron al llanto sintiendo lo huérfanos que iban a quedarse cuando desapareciese el maestro.

—¿Y mi hermano? —preguntó Espeusipo.

—Se ha ido a Atenas, a avisar a Fedro.

—Menuda noche de bodas le espera... —murmuró Timeo entre sollozos, antes de acercarse al lecho y sentarse en el clismos junto a su amigo.

#### 3

Pensó que la nave se hallaba en un lugar demasiado visible y la cubrió con ramas antes de entrar por la escotilla. El monitor de la izquierda volvió a mostrarle el rostro perturbado de Augusto Moore, pero seguía sin llegarle el sonido. Parecía el mismo mensaje de siempre, del que sólo conseguía atrapar algunas palabras. El comunicado le resultaba cada vez más inquietante: «Colapso», «misión», «penoso», «sobrevivir», «paciencia», «Alfa Centauro», «Patmos», «quasar»... Algo muy grave estaba

ocurriendo, y nada funcionaba en el control de la misión. La noche y la niebla anegaban el valle y decidió apagar todas las luces. En cuanto lo hubo hecho, comprobó que el cielo se estaba aclarando levemente, permitiéndole contemplar, desde la escotilla semicubierta de ramas, el valle de las piedras transitado por varias vetas de niebla de una transparencia que desconocía, y que le recordaba antiguas pinturas chinas. Las brumas rozaban la hierba y se iban elevando en capas sucesivas, hasta velar vagamente los menhires, dándoles la apariencia de fantasmas sin peso y a punto de elevarse del suelo. Quizá se iba a demorar mucho su regreso a la Tierra, y convenía prepararse para sobrevivir en Erisia, pensó. Una isla demasiado lejos de la moral humana, si es que cabía la posibilidad de juntar ambas palabras sin enrojecer... ¿Qué podían saber en la Tierra de lo que estaba bien y de lo que estaba mal cuando faltaban hasta los fundamentos y todo era niebla? Perdidos en aquel arrabal de la Vía Láctea, y tan confundidos con su medio como los akasios con los heléchos, tenían una idea demasiado plana y lineal del espacio y el tiempo, y en consecuencia una moral igualmente plana y lineal. Pero en el origen, pensó, la moral era tan compleja como el ojo de una abeja y tan simple como el sabor del agua fósil. Un juego de fuerzas en las sombras, un continuo y habilidoso tantear en el pantano de la extrema existencia. Eso era Erisia: una región tenebrosa que había que doblegar y en la que sería necesario recurrir a la dureza para sacar a los akasios de su infierno de heléchos y bruma... Desde luego que si iba a quedarse tendría que buscar enseguida una compañera... ¿Compañera? De pronto le extrañó la palabra. No conocían el fuego, tal vez ni siquiera hablaban... La verdadera alteridad... No el abismo interracial; algo más oscuro y profundo... La hembra misteriosa anterior a la llegada del fuego... Entre la maleza había visto una singularmente hermosa. Ella también había probado la carne recién muerta, con los demás de su horda. Y sus nalgas no estaban deformadas por la esteatopigia. Las otras hembras parecían venus de Willendorf, pero la que él había visto correr entre los heléchos hasta un claro junto a una cascada era enjuta y ligera como una gacela. Podría tener hijos con ella y con otras, que formarían la casta dominante. Serían los excelentes, y sólo a ellos les revelaría parte del gran secreto. Con hordas como las akásicas no se podía operar de otra forma. Era el único lenguaje que entendían. Vivían en los orígenes de la magia, pensó, y eran una cultura triste, por más impresionante que resultase su río de los muertos... Además, y según había comprobado, practicaban una ferocidad cuaternaria, y estaban viciados por la oscuridad, que les impedía ser más conscientes de su propia humanidad. El fuego les iba a hacer mucho bien. Había que secar aquel ambiente tan húmedo y tan poco propicio para el establecimiento humano, y había que limitar aquella eclosión de vida... Ahora caía una vez más en la cuenta del poder transformador de las llamas y creía acceder al misterio de la Horda de Fuego y de los dioses incendiarios que habían inspirado el sueño de quemar el vientre materno. El provocaría el fuego ante los akasios, él les enseñaría a respetarlo y adorarlo. Sí, a adorarlo. Tendría que plegarse a su lenguaje mítico, lleno seguramente de espíritus. En situaciones como la

que se hallaba, no quedaba otro remedio que recurrir a la sabiduría de la antigüedad, hija de una época sombría en la que los mitos conformaron la única luz desde la que empezar a interpretar la realidad. Por eso ahora la antigüedad se le presentaba, inesperadamente, como la llama para orientarse en un mundo de asfixiante oscuridad. Él se llamaba Agnus, que quería decir «cordero». ¿Y cómo iba a presentarse como un cordero ante aquellos chacales? No, él iba a ser Prometeo, hijo de la gran brasa, que llegaba desde el disco anaranjado de Tolimán y les regalaba el fuego a los akasios, tras aceptar el sacrificio de convertirse en hombre y abandonar su anterior naturaleza ígnea y divina. Más que un último representante de la Horda de Fuego, se vería obligado a manifestarse ante ellos como un dios. No había otra alternativa en un mundo sin fundamento, sobre el que poder apoyar construcciones más complejas, pensó. Y el primer fundamento, en rigor el más real, debía ser necesariamente duro, transparente y oscuro como la amatista, y apoyarse en la ambigua crueldad de los mitos primordiales. Desde luego que en el control de la misión iban a pensar que se había vuelto loco, pero no les daría la oportunidad de comprobarlo. Ciertamente que ya habían llegado a Akásar una vez; él era la mejor prueba de ello, y bien podían llegar más veces, en naves como el *Omega*. Pero no durarían mucho. Él sabría adoctrinar debidamente a los akasios, y les hablaría un poco del infierno humano y de los diablos humanos. ¿Acaso no iba a ser terriblemente perturbador, para la realización del proyecto hacia el que ya se sentía abocado, el contacto con la Tierra? Ellos le prohibirían llevar a cabo un trabajo racional, riguroso y al mismo tiempo primitivo. Una experiencia única, que secretamente ya estaba incluida entre las líneas del manuscrito de Délos. Los akasios le parecían envidiables libros en blanco sobre los que empezar a escribir, con buena caligrafía, la historia de una cultura. Sería como jugar una prodigiosa partida de ajedrez contra sí mismo, convirtiendo Erisia en un tablero. Los indígenas que había visto, infinitamente más porosos y permeables que los individuos de la Tierra, se le antojaban las tablillas idóneas sobre las que hundir el buril de la civilización y comenzar la era del fuego y la escritura. Pensó en la Atlántida, después recordó la república que había querido fundar Platón a partir de cuerpos intactos y almas en blanco, y se le humedecieron los ojos. Quería estar solo ante los akasios, y decidió no enviar mensaje alguno al control de la misión. El padre Sol y la madre Tierra habían quedado atrás; y era como estar finalmente más allá de la secuencia principal de la ruta de Akásar.

## 2

Fedro y Adimanto, que acababan de llegar de Atenas, se echaron a llorar al ver al agonizante, mientras Timeo seguía palpando su muñeca derecha y Xenócrates, Espeusipo y Aristóteles continuaban inmóviles, a cierta distancia. En el fondo, deseaban que acabase pronto aquella espera. Y era como si estuviesen aguardando

ante las puertas de mármol negro del palacio de la muerte, pensando que de un momento a otro las dos moles empezarían a chirriar, y girarían los enormes, bellotudos goznes, y aparecería una moira sin dientes para decirles que el maestro ya estaba atravesando el Aqueronte, de aguas densas como la lava, en una barca de piedra. Mas los goznes no giraban, y las puertas negras seguían cerradas, retardando el desenlace.

Fedro se acercó al lecho y posó su mano en la frente del maestro.

—No está frío —susurró asombrado—. Su cabeza arde, su cabeza quema.

—A veces sube mucho la temperatura cuando las parcas están muy cerca —le dijo Timeo.

Platón les oía, pero no podía responder. En realidad, ni siquiera tenía fuerzas para hacer el más mínimo gesto con la boca, y no comprendía cómo esa falta de autoridad sobre sus miembros podía coexistir con la sensación de estar más que nunca fundido a la sustancia del tiempo y de las cosas. ¡En qué sitios tenía que residir al final la conciencia, en qué cuerpos...!, pensó, y volvió a notar en la habitación la presencia de sus amigos y sobrinos. Ya estaban todos allí, rodeándolo como a un muerto, se dijo a sí mismo antes de empezar a escuchar una canción.

—¿Quién canta a estas horas? —preguntó Espeusipo.

—Una *kale gyne* ciega que vive junto a las marmolerías... —dijo su hermano—. A veces el viento trae sus lamentos hasta aquí...

—No la había oído nunca. Parece una canción de muertos...

—Y lo es —susurró Adimanto—. Siempre canta la misma canción desde que perdió a sus hijos...

—Vete a su casa y hazla callar... —dijo Espeusipo.

—No me hará caso... Ya no entiende a nadie, ya no vive... Ella sólo canta esa canción...

—¿Y si la fuésemos a buscar para que viera al maestro? —propuso Timeo—, Ahora recuerdo que Platón le tenía mucho respeto a esa mujer. Se llama Sofía y cuentan que devolvió a la vida a más de un agonizante...

—Estás loco... —musitó Espeusipo.

—No perdemos nada con llamarla —dijo Fedro.

—Bueno, de acuerdo... —concedió el mayor de los sobrinos de Platón—. Traedla...

Aristóteles, que había escuchado lleno de asombro la conversación, salió al pórtico de la Academia mientras Fedro y Adimanto se iban en busca de la *kale gyne*. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los jardines ya estaban llenos de gentes que, avisadas por Fedro, habían acudido a la escuela para decirle al maestro el último adiós.

Fedro y Adimanto aún no habían vuelto cuando se oyeron truenos y relámpagos, y la lluvia empezó a repicar con contundencia sobre el tejado. Una ráfaga de aire apagó las lámparas de aceite y se hizo la oscuridad. Muchos de los que aguardaban

fuera cruzaron los atrios y empezaron a deambular por los pasillos, creando un súbito desconcierto. Aristóteles sintió pánico y recordó la segunda noche de la iniciación en Eleusis, cuando tras el ayuno del primer día y la ingestión del caldo de cereales fermentados, los iniciados eran conducidos a la gran sala subterránea, sumida en la más completa oscuridad. Todos empezaban a correr poseídos por el terror, hasta que se encendían las primeras antorchas y comenzaban los cánticos. Eran momentos en que los iniciados conocían por adelantado el pavor que sentía el alma al separarse del cuerpo, cuando todo era para ella desconcierto y oscuridad. Una oscuridad en la que poco a poco iban apareciendo las luces del más allá, que le permitían recobrase a sí misma... Fábulas y más fábulas, que tendría que desterrar alguna vez de su vida, pensó. Orden y esencia, orden y sustancia, orden y causas primeras. O eso o la locura, clamó para sus adentros, o eso o las tinieblas...

## 1

Sumido en el sueño, Platón se preguntó si no llevaría algún tiempo flotando en un universo donde el dolor físico, a pesar de ser intenso, era al mismo tiempo un recuerdo amorfo de sí mismo, una vaga sensación de pérdida por las corrientes fronterizas entre la vida y la muerte. Sin abrir los ojos respiró con íntimo placer el aire de olor a rosas que ahora llegaba desde el jardín, un aire tan caliente y tan cargado de humedad como el del valle de las piedras, donde la niebla se había ido adensando. Ya no se veían los megalitos. Todo el valle era un río de niebla láctea, del que apenas sobresalían las puntas de algunos menhires y las ramas que cubrían la escotilla de la nave. De nuevo Agnus volvió a creer que viajaba por las moradas mentales de alguien que no podía ver, ni siquiera imaginar... El hambre le sacó momentáneamente del desvarío. Extrajo veinte cápsulas de un frasco de cristal, y las ingirió con el agua de Erisia que llevaba en la cantimplora. Volvió a sentir el sabor a fósil. En realidad, todo parecía fosilizado en Erisia, de ahí que el fuego se le antojara cada vez más necesario; un fuego que vivificara aquel mundo tan concentrado en sí mismo y tan paralizado. Paso a paso, habría que ir convirtiendo Erisia en el horno alquímico donde se hiciese posible la verdadera mutación.

Tales eran sus pensamientos cuando vio desde la ventanilla central, apenas cubierta por las ramas, cómo el río de niebla iba descendiendo cada vez más. Todas las puntas de los menhires se fueron haciendo visibles, y con ellas las cabezas de cientos de akasios, rodeando la nave. Fue una visión angustiosa, que le recordó el Valle de las Estatuas descrito por Fabio. Hileras de cabezas sobresaliendo del manto de niebla... Pero la bruma continuó su descenso, y vio también sus pechos y sus piernas. Le rodeaban más de quinientos akasios, que quizá lo habían estado buscando entre la niebla, siguiendo su rastro con la misma habilidad que los perros. Y ahora se hallaban ante un túmulo de ramas, entre las cuales parecía estar oculto el espíritu



invasor... A medio camino entre la estupefacción y el horror, miraban el montón de ramas, sin atreverse a acercarse a él.

Agnus pensó que era el momento más propicio para actuar. Y cuando ya tres jóvenes machos estaban a unos pasos del túmulo, la nave despegó, desprendiéndose de las ramas que se alzaron a más de veinte metros del suelo. La luz violácea que empezó a emitir el disco iluminó las piedras y los rostros de los akasios. Llenos de pánico, los habitantes de Erisia vieron cómo el gran ojo aceleraba y desaparecía en el hondo cielo, para volver a aparecer no mucho después, más brillante y amenazador.

Y cuando más resplandecía, hasta casi parecer una brasa volante, surgió de él un fogonazo, que alcanzó el corazón de la isla. Agnus empezó a inquietarse, pues le costaba controlar la nave. No había sido su intención usar tan pronto las bengalas incendiarias. Algo había ocurrido. Se le había ido la mano... ¿Alguien se la movía sin que él pudiese evitarlo...? Quizá la misma sustancia sintiente que era la isla movía la nave, jugaba con ella... Y ahora el bosque central ardía, mientras el monitor de la izquierda se ponía en funcionamiento y podía oír finalmente el mensaje de Augusto Moore:

—Agnus, quiero que escuche con atención lo que le voy a decir. La Tierra ha cambiado mucho desde que usted se fue y estamos al borde del colapso total. No habiendo previsto con la suficiente antelación este momento, es para el control de la misión muy penoso tener que comunicarle que su travesía acaba de convertirse en un viaje sin retorno, pues las armas enemigas acaban de destruir parte de nuestras instalaciones. No es probable que pueda volver de momento a la Tierra, por lo que le aconsejamos valor y paciencia para sobrevivir, haciendo el mejor uso posible de toda la información que lleva consigo. Este mensaje, enviado a Alfa Centauro cuando usted llevaba cuatro años fuera de la Tierra, llegará al *Omega* el día mismo de su aterrizaje en Akásar. Espero que entonces me pueda escuchar; espero que me esté escuchando ya... Todo es distinto desde la batalla de Asia Menor; ni siquiera los cronistas de Patmos pudieron imaginar algo así... Hace tres años que el sol se tornó verde y comenzó la gran migración del fuego, desde el Pacífico al Índico, y desde el Índico al Atlántico... Volvemos al pasado a la velocidad de la luz... No se lo puedo explicar de otra manera... Y ese pasado es como un quasar que lo va sorbiendo todo: culturas, ciudades, sueños, religiones, templos, máquinas, deseos... Agnus, amigo, creo que me estoy despidiendo para siempre de usted...

Una vez más, Platón se sintió como al margen de su propio dolor, más pendiente que nunca de aquel mensaje sobre el fuego, y de los hombres atávicos que ahora seguían con la mirada el vuelo majestuoso del disco por encima de los árboles de Akásar, mientras otros huían del bosque en llamas. El corazón de la isla era una brasa. Los akasios corrían, entre las piedras y el fuego, y los que aún seguían dormidos entre los helechos sentían de pronto un calor desconocido y comenzaban a gritar. El espíritu cegador se acercaba a gran velocidad. Algunos morían, pero otros atravesaban el segundo anillo boscoso y se acercaban a la playa.

Lentamente el fuego se fue extinguiendo y aparecieron dos grandes manchas negras en el centro de Erisia. Tras dar una última vuelta a la isla, la nave se detuvo a orillas del mar, y el nauta salió de ella. En el círculo más periférico de la isla, grandes charcos se alternaban con las lenguas de arena y, nada más pisar el suelo, Agnus creyó que estaba en la playa donde Diotima había escrito la palabra.

Algunos akasios empezaron a acercarse a él, temblorosos y humillados, pidiéndole con los ojos un poco de luz en aquella repentina oscuridad que los había poseído desde que vieron al espíritu de los cabellos rojos devorar sus moradas.

Agnus les miró inmóvil, rígido, y sintió un doloroso calor en el cerebro, poco después de que volviese a oír el rumor de los árboles de Erisia. Un rumor muy nuevo y muy antiguo que de pronto se había visto perturbado por el fuego. Un rumor envolvente, en cuyas corrientes parecía muy difícil mantener iluminadas las regiones más oscuras de la conciencia, desde las que ahora le llegaba un vivo fulgor que sólo él percibía. ¿Y si el camino hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y hacia atrás, fuesen uno y el mismo como había dicho el filósofo más citado por Platón y los cronistas akásicos? Recordó las últimas palabras de Augusto Moore y pensó en la frontera que había ido dejando atrás. Era como si llevase varios días habitando el corazón de las tinieblas. Y en ese corazón había más mansedumbre de la que creía, y a la vez más terror. Sí, también él estaba viajando hacia el origen a la velocidad de la luz, y sólo ahora se daba cuenta...

## 0

Platón se sintió repentinamente expulsado del paraíso de Akásar; y de las junglas de Erisia pasó a su alcoba de la Academia. Los candiles habían vuelto a brillar, y los esclavos desalojaban de extraños los pasillos cuando llegaban Fedro y Adimanto con la *kale gyne* ciega.

En cuanto Platón sintió el contacto de las manos temblorosas de la anciana, empezó a normalizarse su respiración. Y era como si la *kale gyne* le estuviese pasando la poca vida que le quedaba para que pudiese incorporarse por última vez. Y no otra cosa le pedía él a los dioses: unos minutos más de vida, de fuerza, de lucidez.

—Sofía... Eres Sofía, ¿verdad? —murmuró ante el estupor de sus amigos.

—Sí, soy yo... —dijo la anciana.

—Por Zeus, no es posible —exclamó Fedro, al ver que Platón se incorporaba ligeramente y miraba a sus discípulos. Ahora los compadecía de verdad, tan sujetos a la vida... Nada sabían del abismo del tiempo, nada de las ironías del dios de los sueños, nada del horror, aunque lo hubiesen acariciado en ocasiones.

—Ha vuelto a nosotros... —musitó Espeusipo.

Los demás siguieron mudos, y el filósofo lo agradeció. Conteniendo a duras penas los temblores, se sentó sobre el lecho y se frotó el rostro con las manos. Qué

peso el de la vida cuando ya todo tendía hacia el olvido, pensó. Durante horas y horas se había sentido sin cuerpo, pero ahora retornaba a él y en él sólo había dolor.

—Vuelvo al infierno para pedir un favor —dijo.

—Hablad... —le pidió Aristóteles, desconcertado y lleno de curiosidad.

—¿Hace cuánto que salió Tasio para Délos? —preguntó.

—Unas doce horas —le respondió Timeo.

—Tardará en llegar...

—Tardará...

—¿Y antes pasará por Kea?

—Sin duda alguna —dijo Xenócrates.

—Es necesario que alguien llegue a Kea en un barco más rápido que la nave sagrada y detenga a Tasio.

—Pero ¿por qué? —preguntó Espeusipo.

Los ojos de Platón se encendieron como pocas veces lo habían hecho los últimos días.

—Tasio no debe llegar a Délos... He soñado que un sacerdote de Apolo le va a anunciar mi muerte en cuanto llegue a la isla...

—Tío, no os entiendo... —murmuró Espeusipo.

—Ha sido un sueño muy largo —dijo el filósofo, como si hablase consigo mismo—. Todos estamos muertos desde hace tiempo... —murmuró entrecortadamente, sin mirar a nadie—. Grecia es el pasado...

—¿El pasado? ¿Y el presente y el futuro no? —preguntó Aristóteles.

—¿Nadie va a salir a detener a Tasio? —insistió Platón, sin prestar atención a su mejor discípulo.

—Yo mismo me ocuparé de eso —le prometió Fedro.

—Ocúpate ya, Fedro, y podré morirme en paz...

—Sigo sin entenderos —le dijo Aristóteles—. ¿No queréis que Tasio llegue a Délos porque allí le van a anunciar vuestra muerte y al mismo tiempo deseáis morir?

—Sí, morir con la seguridad de que Tasio ya no va a iniciar nunca la ruta de Akásar... —dijo, sabiendo que no le entendían, y como si hablase con los dioses—. Nadie debería seguir jamás esa ruta, nadie, nadie... No sirve para nada, y tampoco sirve ya para nada el que acabe o no acabe mi libro sobre la Atlántida... En mi mente ya está concluido, y eso me basta. Nunca conoceréis el secreto de los dioses —añadió—, y en eso, como en todo, sois mucho más afortunados que yo. Nunca conoceréis ese secreto, nunca lo entenderéis, a no ser que ellos os permitan alguna vez leer lo que yo no he escrito, ni escribiré jamás...

Con paso torpe, y apoyándose en Sofía, Platón se acercó a la ventana con la intención de contemplar por última vez Atenas, ante el asombro de todos los presentes. Y al ver las dos filas de atenienses que se acercaban a Academos, unos por la Puerta Dipila y otros por la Puerta Sacra, creyó que ya estaba muerto y que le ocurría lo mismo que al armenio Er de su diálogo *La República*, aquel que,

creyéndose muerto, sintió que su espíritu se separaba del cuerpo, y vio las dos filas de almas en su viaje de ultratumba: unas ascendían hacia el éter, y otras descendían hacia el Hades llenas de polvo y detritus. Las dos filas coincidían en un punto intermedio y allí se saludaban y se contaban sus penas; justamente igual que hacían las dos hileras de atenienses al coincidir en el cementerio de Cerámicos, iluminado por un sol verde pálido.

Deseoso de cruzar cuanto antes la línea de la vida, besó a Sofía, se apartó de ella y se detuvo en medio de la alcoba, sintiendo una profunda sensación de soledad. Estaba una vez más amaneciendo, y los rostros de sus amigos se desdibujaban en la difusa luz del alba profunda. Una fuerza oscura, pesada y fría empezó a apoderarse de sus huesos, y al deslizar de nuevo la mirada por las caras de cuantos le rodeaban sintió que ya no podía tenerse en pie.

—Los dioses han urdido una maquinación terrible, que incluye nuestro fin y que conduce a la noche de los tiempos... Siento que no podáis entenderme; pero detened a Tasto, os lo ruego, y prohibidle que vaya en busca de Akásar... —dijo ahogadamente, y se derrumbó ante los presentes, que no pudieron ampararlo porque se hallaban atónitos y rígidos, pensando que el maestro se había demenciado. Y mientras caía, Platón veía por última vez a sus amigos, y sabía que no iban a hacerle caso.

Antes de que su cabeza chocase contra el suelo, sintió a sus discípulos repentinamente lejos, como flotando en una especie de antitierra, y creyó que los mosaicos se resquebrajaban y que se precipitaba por un hoyo de estrellas, entre aludes de luces brillantes y frías. Y al caer notaba que todo aquel remolino, que lo contenía y devoraba, comenzaba a calentarse y a contraerse a gran velocidad, hasta convertirse en un punto de una densidad impensable y no más grande que la cabeza de una aguja. Entonces el punto estallaba, y se sentía sin cuerpo, sin forma y sin memoria. Sin ojos, sin oídos, sin voz. Fuera de la ignorancia y de la superación de la ignorancia. Fuera de la vejez y de la muerte. Ajeno al sufrimiento y a la causa del sufrimiento. Flotando en una dimensión sin límites.